



**IÑAKI BARCENA**

PROFESOR E INVESTIGADOR EN LA UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO.

**JOSÉ VICENTE BARCIA MAGAZ**

RESPONSABLE DE PRENSA Y COMUNICACIÓN DE ECOLOGISTAS EN ACCIÓN.

**CHEMA BERRO**

DESDE HACE AÑOS PARTICIPA EN LA CGT Y ES DIRECTOR DE SU REVISTA *LIBRE PENSAMIENTO*.

**MANUEL CASAL LODEIRO, CASDEIRO**

COFUNDADOR DEL ANTIPARTIDO DEMOCRACIA DIRECTA DIGITAL (D3) Y DE LA ASOCIACIÓN VÉSPERA DE NADA PARA UNHA GALIZA SEN PETRÓLEO.

**FERNANDO CEMBRANOS**

MIEMBRO DE ECOLOGISTAS EN ACCIÓN. TRABAJA EN LA COOPERATIVA IC INICIATIVAS.

**ENRIQUE JAVIER DÍEZ GUTIÉRREZ**

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE LEÓN, DOCTOR EN PEDAGOGÍA, LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y DIPLOMADO EN TRABAJO Y EDUCACIÓN SOCIAL.

**JOSÉ LUIS DE LA FLOR**

LICENCIADO EN FARMACIA, DOCTORANDO EN RELACIONES INTERNACIONALES Y MIEMBRO DEL GRUPO DE ESTUDIOS AFRICANOS (GEA-UAM).

**LUIS GONZÁLEZ REYES**

COORDINADOR DE ECOLOGISTAS EN ACCIÓN DESDE 2003. PROFESIONALMENTE SE DEDICA A LA DOCENCIA.

**YAYO HERRERO**

INGENIERA TÉCNICA AGRÍCOLA, ANTROPÓLOGA, EDUCADORA SOCIAL Y PROFESORA-TUTORA EN LA UNED. ES COORDINADORA DE ECOLOGISTAS EN ACCIÓN.

**PACO PUCHE**

MIEMBRO DE ECOLOGISTAS EN ACCIÓN Y DE LA RED DE ECONOMÍA ECOLÓGICA, ACTIVISTA EN LOS MOVIMIENTOS DEL AGUA, ESCRIBE EN *EL OBSERVADOR. ECO PORTAL Y REBELIÓN*.

**EUGENIO REYES**

COORDINADOR DEL ÁREA DE URBANISMO DE ECOLOGISTAS EN ACCIÓN, DIRECTOR DEL AULA DE ESTUDIOS DE LA GLOBALIZACIÓN, PAZ E INTERCULTURALIDAD (ULPGC), Y DE ECONOMÍA.ORG.

**MANOEL SANTOS**

DIRECTOR Y FUNDADOR DE ALTERMUNDO, MIEMBRO DEL CONSEJO DEL FORO SOCIAL GALEGO Y DE LA REDE GALEGA ANTICAPITALISTA.

**CARLOS TAIBO**

PROFESOR DE CIENCIA POLÍTICA EN LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID.

**Carlos Taibo (dir.)**

# **Decrecimientos**

**SOBRE LO QUE HAY QUE CAMBIAR EN LA VIDA COTIDIANA**



DISEÑO DE CUBIERTA: ESTUDIO PÉREZ-ENCISO

© IÑAKI BARCENA, JOSÉ VICENTE BARCIA, CHEMA BERRO, MANUEL CASAL, LODEIRO, FERNANDO CEMBRANOS, ENRIQUE JAVIER DÍEZ GUTIÉRREZ, JOSÉ LUIS DE LA FLOR, LUIS GONZÁLEZ REYES, YAYO HERRERO, PACO PUCHE, EUGENIO REYES, MANOEL SANTOS, CARLOS TAIBO, 2010

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2010  
FUENCARRAL, 70  
28004 MADRID  
TEL. 91 532 05 04  
FAX. 91 532 43 34  
WWW.CATARATA.ORG

DECRECIMIENTOS. SOBRE LO QUE HAY QUE CAMBIAR EN LA VIDA  
COTIDIANA

ISBN: 978-84-8319-526-0  
DEPÓSITO LEGAL:

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

# ÍNDICE

PRÓLOGO, por Carlos Taibo 9

CAPÍTULO 1. DECRECIMIENTO Y MUJERES. CUIDAR:  
UNA PRÁCTICA POLÍTICA ANTICAPITALISTA  
Y ANTIPATRIARCAL 17

Yayo Herrero

CAPÍTULO 2. DECRECIMIENTO Y MIGRACIONES 31

Manoel Santos

CAPÍTULO 3. DECRECIMIENTO Y MEDIO URBANO. TRES DISCURSOS  
SOBRE EL DECRECIMIENTO DE LAS CIUDADES 51

Eugenio Reyes

CAPÍTULO 4. DECRECIMIENTO Y MEDIO RURAL. RECUPERACIÓN  
DE LA RESILIENCIA RURAL EN LOS ALBORES DEL  
DECRECIMIENTO ENERGÉTICO 65

Manuel Casal Lodeiro

CAPÍTULO 5. DECRECIMIENTO Y SINDICALISMO 95

Chema Berro

**CAPÍTULO 6. DECRECIMIENTO Y EDUCACIÓN 109**

Enrique Javier Díez Gutiérrez

**CAPÍTULO 7. DECRECIMIENTO Y SALUD. EN TORNO  
A LA SOBERANÍA SANITARIA Y EL DECRECIMIENTO 137**

José Luis de la Flor

**CAPÍTULO 8. DECRECIMIENTO Y TRANSPORTE. DE LOS MITOS  
DEL TRANSPORTE A LA UTOPÍA ECOLOGISTA 155**

Iñaki Barcena

**CAPÍTULO 9. DECRECIMIENTO E INDICADORES ECONÓMICOS.  
PÉRDIDAS QUE HACEN CRECER EL PIB 169**

Fernando Cembranos

**CAPÍTULO 10. DECRECIMIENTO Y OCIO. DECRECIMIENTO  
Y TIEMPO PARA LA VIDA 183**

Paco Puche

**CAPÍTULO 11. DECRECIMIENTO Y MEDIOS. LA INFORMACIÓN  
Y LA COMUNICACIÓN VISTAS DESDE EL DECRECIMIENTO 199**

José Vicente Barcia Magaz

**CAPÍTULO 12. DECRECIMIENTO Y RELACIONES  
CENTRO-PERIFERIA 225**

Luis González Reyes

**BIBLIOGRAFÍA GENERAL SOBRE DECRECIMIENTO 237**

## PRÓLOGO

Puede afirmarse que en el momento presente disponemos de una teoría general sobre el decrecimiento que, atractiva y sólida, ha ido adquiriendo entre nosotros cada vez más adeptos. Por momentos se hace evidente, sin embargo, que carecemos de estudios más precisos que permitan trasladar a ámbitos concretos esos conceptos teóricos generales. Ello es tanto más grave cuanto que esa traducción se antoja inexcusable si nuestro propósito, obvio, consiste en empezar a aplicar en todos los terrenos un programa que responda a las premisas propias del decrecimiento.

Lo que acabamos de señalar es, en los hechos, el cimiento de este libro, que pretende convertirse en una primera aproximación —ya vendrán otras— a ese traslado del proyecto que nos ocupa a ámbitos dispares. Como el lector apreciará inmediatamente, hemos realizado una selección de estos últimos que se interesa por algunos de los principales terrenos en los que la batalla del decrecimiento va a librarse. Estamos hablando, así, del medio urbano y el medio rural, de las mujeres y las migraciones, de la sanidad y la educación, del mundo sindical y el ocio, del transporte y los medios de comunicación, de los indicadores económicos y, conforme a pautas sin duda singulares, de los países del Sur. Aunque quedan, a buen seguro, materias relevantes por abordar, parece que aquellas

que son objeto de reflexión por los autores de estos textos tienen un relieve central en lo que al debate sobre el decrecimiento respecta. Subrayemos una vez más, eso sí, que por razones obvias el acercamiento que aquí se realiza a todas estas materias, poco habitual en la propia literatura sobre el decrecimiento que ha visto la luz en Francia y en Italia, tiene un carácter incipiente y a duras penas puede aspirar a zanjar las muchas y complejas cuestiones que se ven afectadas. Esto al margen, cada uno de los autores de estos textos ha podido darle al suyo el enfoque que ha estimado conveniente. Así, y como podrá apreciarse, si en unos casos se ha procurado una aproximación preliminar a la casuística de la materia estudiada, en otros el trabajo se ha encaminado directamente a sopesar lo que el decrecimiento supondría en un ámbito preciso. Si en unos casos, y por otra parte, el enfoque tiene un cariz más académico, en otros se ha asumido, antes bien, la perspectiva del activista. Si en unos casos, en suma, la reflexión se interesa por lo que nos es más próximo, en otros, en cambio, las perspectivas son más amplias.

No está de más, de cualquier modo, que en este prólogo formulemos algunas apreciaciones que permitan colmar la curiosidad de quien se haya acercado a este libro con un conocimiento nulo o limitado de lo que es el decrecimiento. No vaya a ser que, atendiendo de manera escrupulosa a las demandas de las muchas y los muchos que piden estudios más precisos volcados en ámbitos concretos como los antes mencionados, nos olvidemos por completo de las tesis más generales. Así las cosas, bueno será que, de la mano de diez sucintas observaciones, resumamos lo que el proyecto del decrecimiento nos dice.

1. Somos víctimas de un mito inconsistente: el que sugiere que el crecimiento económico, además de oxigenar todas las relaciones, es una fuente de cohesión social que permite fortalecer los servicios públicos y reduce sensiblemente la desigualdad y el desempleo. Frente a ese mito parece obligado subrayar que el crecimiento económico no es ninguna garantía de cohesión social —al fin y al cabo esto es lo que han repetido, incansables, los críticos de la globalización capitalista—, se traduce a menudo en agresiones medioambientales literalmente irreversibles, provoca el agotamiento de

materias primas que sabemos no van a estar a disposición de las generaciones venideras, se beneficia entre nosotros —en el Norte opulento— del expolio de los recursos humanos y materiales de los países pobres y facilita, en fin, el asentamiento de un modo de vida esclavo. Al amparo de este último, y contra toda razón, pensamos que seremos más felices cuantas más horas trabajemos, más dinero ganemos y, sobre todo, más bienes acertemos a consumir.

2. Aunque en los niveles inferiores de desarrollo el crecimiento económico y la disposición de recursos claro que tienen que ver con un incremento en el bienestar y, cabe suponer, en la felicidad —hay un cambio radical, naturalmente, en la situación de quien antes padecía hambre y ahora puede comer—, sobran las razones para afirmar que no puede sostenerse lo mismo una vez se han dejado atrás esos estadios iniciales. El hiperconsumo al que se entrega buena parte de la población de las sociedades opulentas es antes un indicador de infelicidad general que una fuente de felicidad exultante. Recuértese al respecto que, aunque la renta per cápita en Estados Unidos ha crecido más de tres veces desde el final de la Segunda Guerra Mundial, el porcentaje de ciudadanos norteamericanos que confiesa ser cada vez menos feliz ha ido manifiestamente a más. Una encuesta datada en 2005 concluía que un 49 por ciento de los estadounidenses declaraba ser cada vez menos feliz, frente a sólo un 26 por ciento que afirmaba lo contrario. Limitémonos a señalar, en lo que hace a esta cuestión, que el crecimiento económico, con sus aditamentos en los terrenos del consumo y de la tecnología, ha acabado por generar problemas muy graves —así, la contaminación, el estrés o la obesidad, que se suman a las condiciones habituales de explotación y exclusión— que en muchos sentidos obligan a añorar tiempos pasados. Una señal de lo que tenemos entre manos la aporta el hecho de que, si durante mucho tiempo hemos concluido que cada nueva generación que entraba estaba llamada a vivir mejor que las anteriores, las certezas al efecto han desaparecido llamativamente en el siglo que acabamos de iniciar.

3. Los indicadores económicos que manejan los sistemas que padecemos, y en lugar singular el producto interior bruto (PIB), distorsionan dramática e interesadamente la realidad. Bastará con recordar que, a la luz de la mayoría de esos indicadores, cuando destruimos un elemento natural y hacemos que sea, entonces, más

escaso, pareciera como si estuviésemos creciendo venturosamente; cuando, por el contrario, procuramos preservar ese elemento natural y nos empeñamos en garantizar sutiles equilibrios medioambientales y, con ellos, los derechos de las generaciones venideras, ello no tiene, en cambio, ningún reflejo en el PIB. De resultas, al contaminar facilitamos un doble crecimiento del PIB: el derivado de las actividades que generan la contaminación y el que se abrirá camino, más tarde, para poner freno a ésta. No está de más subrayar, en fin, que los indicadores oficiales en modo alguno contabilizan el cuidado amoroso de ancianos y niños que protagonizan tantas mujeres, mientras, y por el contrario, sí que consideran generadora de riqueza la actividad de fuerzas armadas e industrias militares.

4. Es evidente que en un planeta de recursos limitados no es concebible en ningún ámbito —tampoco, y por razones obvias, el demográfico— un crecimiento ilimitado. Nada retrata mejor el delicado escenario en el que nos vamos adentrando que un concepto de empleo cada vez más extendido: el de huella ecológica. Esta última mide la superficie del planeta, terrestre como marítima, que precisamos para mantener las actividades económicas hoy existentes. Todos los estudios relativos a la huella ecológica concluyen que hemos dejado muy atrás las posibilidades medioambientales y de recursos de la Tierra, o, lo que es lo mismo, que estamos haciendo uso de capacidades que infelizmente no van a estar a disposición de las generaciones venideras. No sólo eso: hemos puesto en marcha un proceso de velocidad endiablada que obliga a actuar con urgencia, en la certeza de que cuanto más tardemos en hacerlo más difícil y costoso será reenderarlo. Nada de esto parece impregnar, sin embargo, las respuestas oficiales, empeñadas en mantener abierto el grifo de un crecimiento económico que está en el origen de muchos de estos males e incapaces de encarar los problemas más allá del corto plazo que guía la lógica electoral más mezquina.

5. Conviene que dejemos constancia de una de las demandas expresadas que cualquier proyecto de decrecimiento sensato tiene que plantear en las sociedades del Norte opulento. Si hace treinta años nuestros pacifistas reclamaron el cierre de la industria de armamentos y chocaron a menudo con unos sindicatos obsesionados, sin más, con la necesidad de preservar los puestos de trabajo

correspondientes, ahora debemos asistir a una ampliación de esa discusión a otros muchos ámbitos económicos. Así, estamos reclamando que se reduzca sensiblemente —en su caso que se clausure— la actividad de sectores económicos punteros, como las industrias del automóvil, de la aviación y militar, como la construcción o como la publicidad. Si alguien se pregunta, legítimamente, qué haremos con los numerosos desempleados que esa decisión generará en primera instancia, la respuesta tiene dos partes: mientras, por un lado, estimularemos el desarrollo de las actividades que tienen que ver con la atención de las necesidades sociales insatisfechas y con el respeto por el medio natural, por el otro procederemos a repartir el trabajo en los sectores económicos convencionales que inevitablemente pervivirán. A efectos individuales, trabajaremos todos menos horas, quienes más ganan verán reducidos sus ingresos, dispondremos de mucho más tiempo libre y procederemos a reducir —es a menudo muy fácil— nuestros absurdos niveles de consumo.

6. Parece obligado subrayar que un programa de decrecimiento no puede contentarse con reivindicar lo que hemos planteado en el punto anterior. En su núcleo se halla, antes bien, el diseño de reconfigurar nuestras sociedades sobre la base de valores y principios diametralmente diferentes de los hoy imperantes. Estamos hablando, para entendernos, de la primacía de la vida social frente a la lógica de la producción, de la competitividad y del consumo; del ocio creativo, contrapuesto a las formas de ocio, siempre vinculadas con el consumo, que se nos ofrecen por todas partes; del reparto del trabajo, una vieja demanda sindical que fue muriendo, por desgracia, con el paso del tiempo; de la introducción de una renta básica de ciudadanía que permita hacer frente a muchos de los problemas que la aplicación de un programa de decrecimiento inevitablemente generará; de la necesaria reducción del tamaño de muchas de las infraestructuras productivas, administrativas y de transporte; de la recuperación de muchos de los elementos de la vida local, y con ellos de la democracia directa y la autogestión, frente a la globalización desbocada que se nos ofrece por doquier, y, en suma, de la sobriedad y la sencillez voluntarias. No hay manera de encajar el proyecto correspondiente, que tiene que ser a la vez individual y colectivo, en las reglas del juego del capitalismo.

7. Se equivoca quien piense que principios y valores como los que acabamos de anotar nos emplazan fuera del mundo. Antes bien, han estado —y en su caso están— presentes en al menos cuatro ámbitos diferentes. El primero lo configuran muchas de las prácticas del movimiento obrero de siempre, y en particular las registradas en el ámbito de la tradición libertaria. El segundo llega de la mano de la llamada economía de cuidados —alejada del mundo de lo monetario y ecológicamente sostenible— que protagonizan tantas mujeres. El tercero lo configuran los usos que en la mayoría de los casos marcan el derrotero de una institución, la familia, en la cual suelen imperar las lógicas del don y de la gratuidad. El cuarto y último se vincula, en suma, con la conducta cotidiana que han asumido de siempre muchos de esos pueblos que nos hemos empeñado en describir como primitivos y atrasados, y que, sin embargo, bien saben lo que es la vida social y bien han procurado mantenerse al margen de la idolatría del trabajo por el trabajo y del consumo por el consumo.

8. Hay quien se preguntará, con lógica, si la propuesta del decrecimiento debe afectar también, en los términos en los que la hemos descrito, a los países del Sur del planeta. Una respuesta razonable a esta cuestión debe invocar dos partes claramente diferenciadas. La primera subraya que, por razones obvias, no parece de recibo reivindicar la reducción de los niveles de consumo en países que tienen una renta per cápita treinta veces inferior a la nuestra. La segunda llama la atención, sin embargo, sobre la necesidad de que los países que ahora nos ocupan tomen nota del sinfín de desafueros que el capitalismo depredador ha protagonizado en el Norte desarrollado —también, claro, en el Sur—, siquiera sólo sea a efectos de no repetir los errores cometidos. En ese sentido, subrayemos una vez más que muchas de las prácticas locales que perviven en los países del Sur configuran un antídoto adecuado para muchos de los problemas que seguimos empeñados en crear de la mano del crecimiento, la división del trabajo, la explotación y la idealización de las dimensiones liberadoras de tantas tecnologías.

9. Se ha discutido mucho la idoneidad de la palabra *decrecimiento* para describir la propuesta que aquí estamos intentado explicar. Aunque ningún término es perfecto, el de decrecimiento

tiene la virtud del aldabonazo que pone delante de nuestros ojos una crítica radical —al menos lo es en muchas de sus versiones— del capitalismo existente. Como tal, es importante subrayar que el decrecimiento abre un nuevo frente de contestación de este último, un frente que debe sumarse, bien es cierto, a los previamente existentes. En ese sentido la propuesta que nos ocupa parece tener un singular atractivo en un momento de crisis global en el que las respuestas de casi todos —neoliberales, keynesianos y marxistas productivistas— siguen dando vueltas a fórmulas muy parecidas. Convengamos, de cualquier manera, en que lo de menos es el término que empleemos para describir lo que tenemos entre manos: lo realmente importante es el sentido de fondo de nuestra apuesta.

10. Es importante profundizar en algo que acabamos de sugerir. Hagámoslo de la mano del recordatorio de que la del decrecimiento no es una respuesta global que sirva para resolver, mágicamente, todos nuestros problemas: es, antes bien, un agregado —eso sí, importantísimo— que hay que realizar al discurso y a las prácticas del anticapitalismo de siempre. En modo alguno se trata, por consiguiente, de abandonar las luchas que han cobrado cuerpo durante decenios: lo que se trata es de conferirles una dimensión más que permita abrir, como ya hemos adelantado, un nuevo frente en la contestación del capitalismo. Aunque es verdad que pueden imaginarse sin mayores problemas proyectos decrecentistas que sean desesperantemente suaves en su crítica del capitalismo —y es cierto también que este último muestra una ingente capacidad para absorber propuestas que en inicio le son hostiles—, no lo es menos que la respuesta ante el riesgo correspondiente parece sencilla: hay que fortalecer la dimensión anticapitalista de la propuesta decrecentista. No sólo eso: lo suyo es que recordemos orgullosamente que hoy, a principios del siglo XXI, y al menos en lo que hace al Norte desarrollado, no es imaginable un proyecto anticapitalista que no sea al tiempo decrecentista, autogestionario y antipatriarcal.



## DECRECIMIENTO Y MUJERES. CUIDAR: UNA PRÁCTICA POLÍTICA ANTICAPITALISTA Y ANTIPATRIARCAL

YAYO HERRERO

LAS MADRES Y ABUELAS DE MAYO DEMOSTRARON A LOS QUE DESPRECIAN LAS TAREAS DOMÉSTICAS QUE PREPARAR CROQUETAS Y ZURCIR CALCETINES PARA LOS HIJOS DURANTE AÑOS Y AÑOS ES TAMBIÉN UNA BUENA MANERA DE ENTRENARSE PARA COMBATIR CONTRA UNA DICTADURA FERAZ. LA AMPLIACIÓN DEL ÁMBITO DE SU LUCHA DESDE LAS COCINAS DE SUS HOGARES Y LA EXPANSIÓN DE SU CONCIENCIA SOCIAL Y SU ACTIVIDAD MILITANTE MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS DE SU PAÍS CONFIRMA EL PASO NATURAL DEL CUIDADO DE LOS CUERPOS AL CUIDADO DEL MUNDO QUE LLAMAMOS POLÍTICA.

Santiago Alba Rico

El crecimiento económico como prioridad de la sociedad y la organización de la economía alrededor de la obtención de beneficios han conducido a un cambio global de los equilibrios dinámicos de los sistemas naturales a los cuales la especie humana está adaptada. En apenas un par de siglos los límites biogeofísicos del planeta han sido superados, los sumideros que deben degradar los residuos que genera el proceso económico no dan abasto y los servicios que prestan los ecosistemas comienzan a emitir señales de deterioro<sup>1</sup>.

Pero el modelo socioeconómico no ha crecido sólo a costa de los sistemas naturales; también lo ha hecho a partir de la incautación de los tiempos de las personas para ponerlos al servicio del mercado. Es evidente en el caso de las personas empleadas en el mercado laboral, en el que venden su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Sin embargo, la apropiación ha sido mucho menos visible o totalmente invisible en lo referente a los tiempos dedicados a la reproducción social y el mantenimiento de la vida cotidiana. La invisibilidad tiene que ver con la ignorancia que nuestro sistema económico muestra con respecto a todo aquello que no se expresa en unidades monetarias.

La noción de trabajo que se manejaba en las sociedades preindustriales se correspondía con la idea de una actividad que se desarrollaba de manera continua y formaba parte de la naturaleza humana. Sin embargo, hace aproximadamente dos siglos surgió una nueva conceptualización del trabajo que, forjada a partir de la mitología de la producción y el crecimiento, redujo la amplia visión anterior al campo mayoritariamente masculino de la producción asalariada.

Así, las nociones de producción y trabajo —reducido al ámbito del empleo— se reforzaron mutuamente al presentarse como los medios que permitían asegurar el crecimiento de la población y su consumo. Se les concedió una dimensión utilitaria que permitía identificarlas como las vías que de forma incuestionable hacían posible avanzar hacia el progreso y el bienestar<sup>2</sup>.

Esta reducción del concepto amplio de trabajo a la esfera del empleo oculta el hecho de que para que la sociedad y el sistema socioeconómico se sostengan es imprescindible la realización de una larga lista de tareas asociadas a la reproducción humana, a la crianza, a la atención en la vejez, a la resolución de las necesidades básicas, a la promoción de la salud, al apoyo emocional, a la facilitación de la participación social... En definitiva, una cantidad ingente de tiempo de trabajo que tiene por finalidad la resolución de las necesidades humanas y el bienestar de la gente y que, debido a la división sexual del trabajo que impone la ideología patriarcal, recae de forma mayoritaria sobre las mujeres en el ámbito del hogar. Esta asignación de roles es la que ha permitido a los hombres ocuparse a tiempo completo del trabajo mercantil, sin las corresponsabilidades que supone el cuidado de las personas de la familia o el mantenimiento decente de las condiciones higiénicas del hogar.

Por ello, si observamos las prácticas cotidianas de nuestra sociedad, podremos comprobar que ni los mercados ni los Estados ni los hombres como colectivo se consideran responsables primeros del mantenimiento de la vida. Son en su mayoría las mujeres, organizadas en torno a redes femeninas, en los hogares más o menos extensos (abuelas, madres, tías, hermanas, etc.) o en solitario, las que dan respuesta a esta necesidad imperiosa y hacen posible que el sistema funcione.

## EL TRABAJO DE CUIDADOS

La larga concatenación de procesos complejos necesarios para que exista la vida humana ha recibido varios nombres: "trabajos reproductivos", "trabajo doméstico", "trabajo de cuidados", "sus labores"...

Usaremos prioritariamente la expresión *trabajo de cuidados* para nombrar esta batería amplia de ocupaciones que incluye asuntos dispares como cocinar (tres veces al día los 365 días del año), atender día y noche a las personas enfermas, administrar y controlar medicaciones, hacer camas, acompañar constantemente los movimientos de un bebé que ya camina, decidir la dieta de las personas de la casa, asegurar productos para el abastecimiento (abrigo, leña, alimentos, agua...), amamantar, remendar o confeccionar ropa, mantener relaciones vecinales, hablar con la tutora de la niña, fregar los cacharros, parir, acompañar en traslados, limpiar el váter, mediar en discusiones, ordenar armarios, consolar, bañar a personas ancianas... La lista de trabajos que se realizan y son inexistentes para el mercado podría alargarse hasta el infinito.

Podríamos definir los trabajos de cuidados como aquellos que, destinados a satisfacer las necesidades del grupo, su supervivencia y reproducción, dado el orden de cosas existente, son asumidos de forma mayoritaria por las mujeres. Es importante destacar que no sólo exigen apoyo los niños y niñas, las personas que sufren una enfermedad, las personas mayores o quienes viven con una determinada discapacidad. Existe una gran cantidad de "dependientes sociales", personas adultas y sanas, mayoritariamente hombres, que no tienen ni la capacidad ni la intención de cuidar de sí mismos, ni mucho menos de otros. La atención de estos dependientes sociales también supone una importante carga que asumen las mujeres (curiosamente, el aumento del paro masculino de los últimos meses no ha supuesto una disminución del tiempo de trabajo de las mujeres en el hogar, sino un aumento; la mayor parte de los hombres se quedan "parados del todo", al estilo que reflejaba la película *Los lunes al sol*).

## PRODUCTORAS DE LA FUERZA DE TRABAJO

A pesar de que los trabajos de cuidados se analicen frecuentemente como trabajos separados del entorno productivo, generan una materia prima esencial para el proceso económico convencional: la fuerza de trabajo.

El sistema capitalista no puede reproducir bajo sus propias relaciones de producción la fuerza de trabajo que necesita. La reproducción diaria, pero sobre todo la generacional, requiere una enorme cantidad de tiempo y energías que el sistema no podría remunerar<sup>3</sup>. Los procesos de crianza, socialización y atención en la vejez son complejos e implican afectos y emociones que permiten que las personas se desarrollen con ciertas seguridades.

Sólo la gran cantidad de tiempo de trabajo doméstico y de cuidados que se desarrolla en el mundo invisible de lo no monetarizado hace posible que el sistema económico siga funcionando. De esta manera, la economía del cuidado sostiene la trama de la vida social humana, ajusta tensiones entre los diversos sectores de la economía y, como resultado, se constituye en la base del edificio económico<sup>4</sup>.

## CRISIS DE LOS CUIDADOS

Del mismo modo que los materiales de la corteza terrestre son limitados y la capacidad de los sumideros para reciclar residuos no es infinita, los tiempos de las personas para trabajar tampoco lo son. Si la ignorancia de los límites biofísicos del planeta ha conducido a la profunda crisis ecológica que afrontamos, los cambios en la organización de los tiempos que aseguraban la atención de las necesidades humanas y la reproducción social también han provocado lo que en el Norte denominamos "crisis de los cuidados".

En las últimas décadas se ha manifestado una serie de factores que han alterado profundamente el modelo previo de reparto de las tareas domésticas y de los cuidados que, como hemos visto, configura la base sobre la que se sostienen las estructuras económicas, el mercado laboral y el mantenimiento de la vida humana. La crisis de los cuidados es el resultado de la confluencia de un conjunto de factores

entre los que destaca el acceso de las mujeres al empleo remunerado dentro de un sistema patriarcal. La posibilidad de que las mujeres sean sujetos políticos de derecho se percibe como algo vinculado a la consecución de independencia económica a través del empleo. El trabajo doméstico pasa a verse como una atadura del pasado de la que hay que huir lo más rápidamente posible. Sin embargo, no son tareas que puedan dejar de hacerse y el paso de las mujeres al mundo público del empleo no se ha visto acompañado por un reparto de los trabajos de cuidados con los varones.

Dado que hay que seguir atendiendo a los ancianos, a la infancia y a las personas con discapacidades, dado que hace falta mantener una mínima higiene en la casa, que la ropa debe lavarse y que los hombres miran hacia otro lado y no se hacen responsables de estas tareas, las mujeres acaban asumiendo dobles o triples jornadas, desempeñando las tareas domésticas como pueden y viviendo su falta de atención con un fuerte sentimiento de culpa.

Paralelamente a la disminución de los tiempos que se pueden dedicar a los cuidados, se han operado algunas transformaciones sociales que complican de forma importante la gestión de los mismos. Por una parte, el envejecimiento de la población y el mantenimiento de la vida hasta edades muy avanzadas, en muchos casos en situaciones de fuerte dependencia física, exigen una mayor dedicación a las personas mayores. En segundo lugar, aunque el número de niños y niñas ha disminuido, la destrucción de espacios públicos para el juego y la transformación de la calle en un lugar agresivo invadido por los coches obligan a cuidar de una forma mucho más intensiva. Los niños y niñas ya no pueden estar jugando en las plazas sin vigilancia, ni van solos al colegio hasta edades muy avanzadas.

El crecimiento urbano desbocado desempeña un papel fundamental en la dificultad que existe en nuestras sociedades para garantizar el bienestar y el cuidado de la vida humana. Del mismo modo que el *tsunami* de cemento, el hipertrofiado entramado de carreteras y el excesivo transporte motorizado fragmentan y deterioran los ecosistemas, también escinden y alejan los espacios físicos en los que se desarrollan las diferentes dimensiones de la vida de las personas, obligando a invertir una gran cantidad de horas en los desplazamientos al trabajo, al colegio, a la casa de los mayores

que hay que atender, al médico o a la compra. Por si fuese poco, la precarización de la vida obliga a plegarse a los ritmos y horarios que impone la empresa —que se desentiende de los trabajos de reproducción social, aunque perviva gracias a ellos— y la pérdida de redes sociales de apoyo fuerza a resolver los asuntos cotidianos de una forma mucho más individualizada, con las dificultades añadidas que eso supone.

La crisis del sistema, que hasta el momento garantizaba el mantenimiento de las condiciones básicas de bienestar humano —a costa de la explotación de las mujeres—, se hace especialmente grave ante el progresivo desmantelamiento y privatización de los servicios sociales que trataban de paliar algunos de estos problemas.

Los intentos de responder a esta situación han sido variados. En los hogares se reorganiza la atención a las necesidades de las personas sin la participación de los hombres. Aquellas mujeres que por su condición de clase pueden pagar parte de los trabajos de cuidados que demanda su núcleo familiar compran en el mercado servicios domésticos, mientras que otras mujeres, también en función de su clase, venden su fuerza de trabajo para realizarlos, frecuentemente en condiciones de fuerte precariedad y ausencia de derechos sociales. En otros casos se produce también una transferencia generacional del trabajo de cuidados, y son sobre todo las abuelas quienes se ocupan de parte de la crianza y cuidados de sus nietos.

Es especialmente notorio el papel que desempeñan las mujeres migrantes en los trabajos de cuidados. Son mujeres explotadas, con horarios abusivos, en condiciones precarias y con exigencias disparatadas. "Me pagan 550 euros, tengo una tarde libre a la semana, estoy disponible día y noche porque el abuelo no duerme y, encima, me exigen que sea muy cariñosa con él", comentaba hace poco una mujer boliviana en unas jornadas feministas. Se crea así una cadena global de cuidados en la que las mujeres migrantes que asumen como empleo el cuidado de la infancia, de las personas mayores y discapacitadas, o la limpieza, la alimentación y la compañía, dejan al descubierto estas mismas funciones en sus lugares de origen, en donde otras mujeres, abuelas, hermanas o hijas, las asumen como pueden. De este modo, de la misma forma que los países ricos se apropian de las materia primas, de la fuerza de trabajo

remunerada y de los territorios de todo el mundo, ahora también se apropian de sus afectos.

Por otro lado, aunque el Estado ha definido algunos sistemas de ayudas sociales, estas medidas no son generalizadas y no suponen que los servicios públicos se hagan responsables de la vida humana, sino que más bien sirven para gestionar una excepción —la que nace de que no haya mujeres del entorno familiar que se puedan ocupar de cuidar— y se sostienen sobre la mercantilización y privatización de estos trabajos. Es decir: el Estado transfiere sus obligaciones a la empresa privada, que considera los cuidados como un sector emergente que potencialmente permitirá obtener grandes beneficios.

Como se observa, la crisis se ha cerrado en falso, perpetuando la división sexual del trabajo y agravando las diferencias socioeconómicas que acaban generando un nuevo *lumpen* femenino constituido por las mujeres migrantes que trabajan, casi siempre explotadas, en el servicio doméstico.

## DEUDA ECOLÓGICA Y DEUDA DE LOS CUIDADOS

Al analizar la apropiación de los bienes y servicios de la naturaleza y de los tiempos de trabajo femeninos, se pueden establecer paralelismos interesantes entre las perspectivas feministas y ecologistas. El ecofeminismo avanza en esta dirección explicando las vinculaciones entre el desprecio por la naturaleza y el desprecio por las mujeres, y restituyendo a ambas su dignidad.

La deuda ecológica es la que los países ricos han contraído con los países empobrecidos debido al desigual uso de los recursos y bienes naturales, así como a la desigual responsabilidad en el deterioro y destrucción del medio físico. La huella ecológica es un indicador que traduce a unidades de superficie lo que un Estado o una comunidad consumen y los residuos que generan. Según este indicador, si todos los habitantes de la Tierra tuviesen un estilo de vida similar a la media de la ciudadanía española se necesitarían tres Tierras para sostener ese nivel de consumo.

Paralelamente, cabría hablar de la huella de los cuidados de las mujeres como indicador que evidencia el desigual impacto que

tiene la división sexual del trabajo sobre el mantenimiento y la calidad de vida humana. La huella de los cuidados es la relación entre el tiempo, el afecto y la energía humana que las personas necesitan para atender sus necesidades reales (cuidados, seguridad emocional, preparación de los alimentos, tareas asociadas a la reproducción, etc.) y los que aportan para garantizar la continuidad de la vida humana. El balance de la huella de cuidados sería negativo para la mayor parte de los hombres, pues para sostener su forma de vida consumen más energías cuidadoras que las que aportan.

Siguiendo con el paralelismo, desde el feminismo podría hablarse de la deuda de los cuidados como la deuda que el patriarcado ha contraído con las mujeres de todo el mundo por el trabajo que realizan gratuitamente.

Esta deuda es esencialmente un elemento de visibilización. Aunque podría analizarse e incluso intentar cuantificarse, la reflexión es compleja, pues no pueden valorarse de igual forma la huella de una persona sana que la de una enferma, los tiempos dedicados a tareas agradables como cuidar un bebé o los dedicados a tareas penosas como cambiar el pañal a un anciano con demencia senil. En cualquier caso, lo que sí permite constatar es que existe un desequilibrio profundo que convierte en injusto y socialmente insostenible el modo de reparto de trabajos de cuidado, como es injusto y socialmente insostenible que el mundo se encuentre polarizado entre núcleos ricos que depredan población, capitales y recursos, y extensos territorios que se usan como áreas de apropiación y vertido.

La huella de cuidados y la deuda de cuidados pueden ser, como ya lo son la huella ecológica y la deuda ecológica, elementos de denuncia de un orden social basado en la explotación de las mujeres.

## COLOCAR LA VIDA EN EL CENTRO, CAMBIAR LAS PRIORIDADES

Como vemos, puede decirse que existe una honda contradicción entre el proceso de reproducción natural y social y el proceso de acumulación de capital<sup>5</sup>. Los objetivos de ambas lógicas y las estrategias para lograrlos no sólo son diferentes, sino irreconciliables.

En un planeta con los recursos finitos es absolutamente imposible extender el estilo de vida occidental, con su enorme consumo de energía, minerales, agua y alimentos. El deterioro social y ambiental es una parte insoslayable de un modelo de desarrollo basado en el crecimiento constante. Igualmente, la consideración de los mercados como epicentro de la sociedad desbarata e impide el mantenimiento de la vida humana en condiciones dignas. Nos encontramos, entonces, ante una crisis civilizatoria que exige un cambio en la forma de estar en el mundo. La obtención de beneficios y el crecimiento económico tienen que dejar de ser los que organizan los tiempos, los espacios y la actividad humana para articular la sociedad alrededor de la reproducción social, la satisfacción de las necesidades y el bienestar humano sin menoscabar la base biofísica que nos permite estar vivos como especie.

Puesto que los mercados no tienen como objetivo satisfacer las necesidades humanas, carece de sentido que se conviertan en centro privilegiado de la organización social. A la hora de resolver los procesos que garanticen la supervivencia humana y no humana, parece inevitable diseñar otros modelos económicos que reconozcan a los seres humanos como bio e interdependientes.

La economía ecológica nos demuestra que una buena parte de la actividad económica es nociva para la vida y consume muchos recursos sin producir bienestar, o incluso creando malestar. La economía feminista pone patas arriba la categoría del trabajo, desvelando la centralidad de la actividad de las mujeres que, históricamente despreciada y minusvalorada, sostiene la vida cotidiana. Junto a otros ámbitos de la economía crítica, ambas visiones son imprescindibles para configurar un nuevo modelo.

Colocar la satisfacción de las necesidades y el bienestar de las personas en condiciones de equidad como objetivo de la sociedad y del proceso económico representa un importante cambio de perspectiva. Tal cambio sitúa al trabajo—que permite a las personas crecer, desarrollarse y mantenerse como tales— como un eje vertebrador de la sociedad y, por tanto, de los análisis. Desde esta nueva perspectiva, las mujeres no son personas secundarias y dependientes, sino personas activas, actrices de su propia historia, creadoras de culturas y valores del trabajo distintos de los del modelo capitalista y patriarcal<sup>6</sup>.

## EL TRABAJO EN LA EXPERIENCIA FEMENINA

Para realizar este cambio de paradigma y colocar la supervivencia individual y la colectiva en el centro de nuestra mirada y de la política es imprescindible valorar los trabajos que el mercado ignora y recuperar la experiencia de las mujeres en la vida cotidiana.

¿Qué pueden aportar las mujeres a la construcción de una sociedad centrada en el mantenimiento de la vida? ¿Qué experiencia femenina es imprescindible generalizar para realizar el tránsito hacia sociedades justas y equitativas que se adapten a los límites de la biosfera? Hoy el trabajo mercantil en muchos casos carece de sentido para la persona que lo realiza, convirtiéndose en una actividad alienada que sólo proporciona dinero para disponer de capacidad de consumo. El capitalismo desbocado, apoyado en la tríada producción crecimiento consumo, ha logrado convertir a las fuerzas productivas en inconscientes fuerzas destructivas. Éstas obtienen el salario al realizar una actividad que deteriora la base natural que permite sostener la vida y que crea miseria y sufrimiento en otras partes del mundo.

Frente a ello, los trabajos domésticos son trabajos socialmente necesarios, dotados de sentido vital; quienes los realizan conocen el para qué de su actividad. El tiempo que se dedica a estas tareas es tiempo "con sentido", alejado de la alienación o el extrañamiento del trabajo de mercado. El tiempo de la vida y el tiempo del mercado están desajustados y, dado el orden de cosas existente, se prioriza el mercado. Por eso las políticas de conciliación, que buscan cuadrar los tiempos de la primera con las necesidades del segundo, no son capaces de conciliar. Si mercado y vida no encajan, se priorizará el primero.

Los trabajos de cuidados producen bienes y servicios para el autoconsumo, no para el intercambio mercantil (no se cobra por el servicio de traslado al colegio). Es decir: generan valores de uso pero no valores de cambio, por lo que su lógica es radicalmente distinta de la del empleo remunerado. Puede decirse que los cuidados en el ámbito del hogar no siguen completamente una lógica mercantil (aunque una parte de ellos se encuentre mercantilizada). No persiguen un aumento constante de la productividad (no se encuentra satisfacción en cambiar de pañales a la niña el máximo número de veces en el menor tiempo, ni en pasear al abuelo cada vez

más deprecia) ni operan según el mecanismo de la competitividad (no temo que mis hijos prescindan de mis cuidados porque la madre de su compañera de clase prepare una merienda más rica).

Son trabajos que comprenden procesos productivos amplios: en ellos no tiene mucho sentido la sobreespecialización (dedicarse sólo a hacer camas eficazmente). Conllevan una fuerte carga emocional —que no siempre tiene por qué ser positiva— y, a diferencia del mercado, responden a una ética centrada en las relaciones y en las necesidades humanas.

Los cuidados tienen un fuerte componente material. Su ocupación central son los cuerpos vulnerables de las personas. Mientras que la economía convencional ha roto los vínculos con lo material y “flota” en el mundo virtual de lo monetario a espaldas de lo que sucede en los territorios, la economía doméstica se ancla en la materialidad del mantenimiento de los cuerpos.

Mientras el trabajo en el mercado está orientado a la obtención de resultados, la satisfacción de necesidades cara a mantenerse vivo no tiene fin. La vida es un proceso continuo de autogeneración, en el que la necesidad de nutrición, higiene, caricias y cuidados no termina nunca. Por ello, en los trabajos de la naturaleza y de las mujeres los procesos son tan importantes como los resultados y este hecho constituye una característica diferenciadora respecto al trabajo como venta de tiempo de vida en el mercado al servicio de la generación de beneficios.

Se podría decir que, igual que las dinámicas de la naturaleza y los flujos de energía y materiales se enfrentan de forma constante a la degradación y luchan contra el aumento de la entropía, los trabajos de cuidados, realizados esencialmente por las mujeres, reconstruyen constantemente ante la tendencia al desorden, la suciedad, la degradación de los cuerpos y el abandono afectivo.

## REDEFINIENDO LOS CONFLICTOS

Reconocernos como seres vulnerables que precisan del cuidado de otras personas a lo largo de nuestro ciclo vital permite redefinir y completar el conflicto capital trabajo y obliga a afirmar que ese

conflicto va más allá de la tensión capital trabajo asalariado, para ser una tensión entre el capital y todos los trabajos: los que se pagan y los que se hacen gratis<sup>7</sup>. Si recordamos, además, que desde la perspectiva del ecologismo social también es palpable la contradicción esencial que existe entre el sistema capitalista y la sostenibilidad de la biosfera, encontramos, de nuevo, una importante sinergia entre feminismo y ecologismo. La perspectiva ecológica demuestra la inviabilidad física de la sociedad del crecimiento. El feminismo hace que ese conflicto aterrice en la cotidianeidad de nuestras vidas y denuncia la lógica de la acumulación y del crecimiento como una lógica patriarcal y androcéntrica. La tensión irresoluble y radical —de raíz— que existe entre el capitalismo y la sostenibilidad humana y ecológica muestra en realidad una oposición esencial entre el capital y la vida.

## MANTENER LA VIDA, UNA RESPONSABILIDAD SOCIAL

Salir de esta lógica biocida sitúa a la economía en un plano diferente y obliga a formular otras preguntas: ¿qué necesidades hay que satisfacer?, ¿cuáles son las producciones necesarias para que se puedan satisfacer?, ¿cuáles los trabajos socialmente necesarios para ello? Alcanzar la sostenibilidad exige que la sociedad se haga responsable de la vida. En lo ecológico esto obliga a reducir notablemente las extracciones de materiales finitos, a disminuir al máximo la generación de residuos y a conservar la dinámica compleja de los ecosistemas. Estos imperativos abocan inexorablemente en que las sociedades ricas aprendan a vivir con menos recursos materiales.

En una sociedad que necesariamente tendrá que aprender a vivir bien con menos, que deberá adoptar un modelo de producción y consumo más sobrio y más equitativo, es de capital importancia reflexionar sobre qué trabajos son social y ambientalmente necesarios, y cuáles, en cambio, no es deseable mantener. La pregunta clave para valorarlos es en qué medida facilitan el mantenimiento de la vida en equidad. Los trabajos de cuidados, que históricamente han realizado las mujeres, los que sirven para mantener o regenerar el medio natural, los que producen alimentos sin destruir los suelos y

envenenar las aguas, así como los que consolidan comunidades integradas en su territorio, facilitan el mantenimiento de la vida en equidad y por ello son trabajos deseables. También lo son los que sirven para detener la destrucción de los territorios.

Por tanto, la mirada desde las gafas de la sostenibilidad nos ofrece un panorama del mundo del trabajo completamente diferente del actual. Si intentáramos clasificar los trabajos en relación con su aportación a la calidad de vida, el orden de valoración social sería justamente el contrario. Irían primero la crianza, la producción agroecológica de alimentos, los trabajos dirigidos a la salud y la higiene...; en los últimos puestos quedarían seguramente los que realizan los ejecutivos de las bolsas financieras, los fabricantes de armas y los que promueven infraestructuras innecesarias. Podríamos distinguir con propiedad entre trabajos ligados a la producción de la vida y trabajos que provocan su destrucción.

Se hace imprescindible revisar y transformar profundamente el actual modelo de trabajo. No basta con que el cuidado se reconozca como algo importante si no se trastoca profundamente el modelo de división sexual del trabajo. Es preciso romper el mito de que las mujeres son felices cuidando. Muchas veces cuidar es duro y se hace por obligación, porque no se puede dejar de hacer. Si promover una huelga en el sector del automóvil no parece difícil, ¿quién hace una "huelga doméstica" y deja a su madre sin lavar o a su hijo sin comer, si no es con un enorme sufrimiento y sensación de culpa?

La sostenibilidad social necesita de un cambio revolucionario en el espacio doméstico: la corresponsabilidad de hombres y mujeres en las tareas de mantenimiento de la vida, realizada en equidad y mantenida en el tiempo. Este reparto no sólo permitirá que los hombres se hagan conscientes de la magnitud, importancia y, muchas veces, penosidad de estos trabajos, sino que seguramente pondrá en marcha cambios culturales de enorme dimensión. La transformación que un cambio así puede provocar es de un enorme relieve: variaciones en los usos de los tiempos de vida, en el aprecio por el mantenimiento y la conservación, en la comunicación, en las formas de vida comunitaria, en la vinculación entre el espacio público y privado, en la consideración de los espacios no monetizados...

El Estado desempeña un papel importante. La forma en que se diseñen y apliquen las políticas públicas y las normativas dirigidas a la empresa privada —a la que habrá que obligar a hacerse responsable de la vida humana—, el cómo se otorguen las transferencias monetarias, el cómo se configuren los sistemas de protección social, estará configurando una organización específica de distribución del tiempo y del espacio, de utilización de los recursos públicos y privados.

El cuidado, como exigencia para el mantenimiento de la vida, es un requerimiento de la sostenibilidad y tiene que ser asumido por la sociedad: no es una obligación sólo para las mujeres. La visibilización, politización y priorización del cuidado es una tarea necesaria para la sostenibilidad. Se trata de un cambio de prioridades al tiempo antipatriarcal y anticapitalista. Es antipatriarcal porque se enfrenta al orden que impone la división sexual del trabajo. Es anticapitalista porque socava el concepto y el valor que el mercado da al trabajo, denuncia la dependencia que el mercado tiene del trabajo de cuidados y propone la sustitución del objetivo de crecer por crecer por un compromiso con la defensa de las vidas —cualquier tipo de vida— en condiciones dignas.

La cultura del cuidado tendrá que ser rescatada y servir de base a una sociedad social y ecológicamente sostenible.

## NOTAS

1. W. Reid (dir.), informe *Evaluación de los ecosistemas del milenio* (2005), [www.millenniumassessment.org](http://www.millenniumassessment.org)
2. J. M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social* (Siglo XXI, Madrid, 2006).
3. C. Carrasco, "Tiempos y trabajo desde la experiencia femenina", *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global* (nº 108, 2009), pp. 45-54.
4. A. Bosch, C. Carrasco y E. Grau, "Verde que quiero violeta", en E. Tello (dir.), *La historia cuenta* (El Viejo Topo, Barcelona, 2005), pp. 321-346.
5. Piccio, *Social Reproduction: the Political Economy of Labour Market* (Cambridge University, Cambridge, 1992).
6. C. Borderías y C. Carrasco, *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales* (Fuhem-Icaria, Barcelona, 1994).
7. A. Pérez Orozco, "Feminismo anticapitalista, esa Escandalosa Cosa y otros palabras", intervención en las Jornadas Feministas de Granada (2009), [www.feministas.org](http://www.feministas.org)

Las migraciones masivas de seres humanos se han potenciado enormemente por causa del crecimiento económico planificado de las sociedades centrales, que tienen en los millones de migrantes del planeta una fuerza de trabajo, muchas veces barata y dominable, que les es imprescindible<sup>1</sup>. La situación ha ayudado a empobrecer aún más a los países del Sur geopolítico y ha desertizado salvajemente las zonas rurales del planeta, provocando terribles daños ambientales y sociales. El presente trabajo postula que la apuesta por el decrecimiento en las sociedades del Norte daría la posibilidad a millones de migrantes —tanto internacionales como interregionales y nacionales— de desarrollar sus vidas con los suyos, en sus lugares de origen y en condiciones de vida mucho más dignas y sostenibles que en la diáspora.

## DE LA PERIFERIA AL CENTRO

El emprendimiento de un proyecto de decrecimiento ordenado y sereno en el Norte<sup>2</sup>, que debería implicar no sólo la drástica reducción de nuestra producción y nuestro consumo, sino también cambios radicales en la manera de organizarnos política, social y

económicamente; con más autogestión, autoproducción, ahorro y por tanto autosuficiencia; con la relocalización de la economía, la producción, la política y en general con la primacía de todo lo local frente a lo global; con el reparto del trabajo y la producción de bienes relacionales; con la redistribución equitativa de los recursos disponibles en el nivel planetario; y sobre todo con el desarrollo de una vida más frugal<sup>3</sup> —incluso dando ciertos pasos hacia atrás—, debería ser una opción que hay que tener muy en cuenta para contribuir a que el planeta, y con él la humanidad y la vida misma, interrumpa e incluso revierta ese camino hacia la catástrofe que todos los datos parecen indicar.

Dicho cambio en nuestro estilo de vida podría tener efectos muy positivos en la reducción del drama social que suponen las migraciones en el nivel mundial, tanto de aquellas que sangran a muchas poblaciones del Sur geopolítico —incluiría también a las del este de Europa—, para las que la emigración hacia otros lugares y países se ve como la única salida a la pobreza extrema, como de las que desertizan los espacios rurales del planeta para engrosar las aglomeraciones urbanas. Si en el primer caso los migrantes internacionales representan la nada despreciable, pero tampoco escandalosa, cifra de unos 214 millones de personas, o lo que es lo mismo, el 3,1 por ciento de la población mundial<sup>4</sup>, en el segundo se puede hablar de la mayor migración humana de todos los tiempos. Desde el siglo XIX, el éxodo rural ha provocado que la especie humana haya pasado de ser eminentemente rural a urbana por primera vez en la historia. En 2008, cerca de 3.200 millones de personas —aproximadamente la mitad de la población mundial— ya vivían en ciudades, lo que, al ocupar éstas solamente el 0,4 por ciento de la superficie terrestre<sup>5</sup>, pero necesitar cantidades cada vez más abominables de recursos, ha impactado muy negativamente en el equilibrio ambiental, y también social, del planeta. Y la tendencia sigue en aumento. Según Naciones Unidas, se espera que entre 250 millones y 310 millones de personas en los países en desarrollo se integrarán en el ámbito urbano entre 2005 y 2015, ya sea porque migrarán del campo o porque sus asentamientos rurales degenerarán en urbanos<sup>6</sup>.

En lo referente a los migrantes internacionales, la opción del decrecimiento en las sociedades industrializadas tendría por fuerza

que provocar mayor justicia social en sus países de origen y por ende en sus sociedades, entre otras cuestiones por causa del freno que supondría para el expolio de sus recursos naturales, el cese de unas más que injustas relaciones —o imposiciones— comerciales y políticas capitalistas, y el obligado pago de la deuda del crecimiento que el Norte tiene con el Sur<sup>7</sup>.

Si hablamos del éxodo rural, que es la migración más copiosa tanto en los países de la Periferia como en los del centro del sistema<sup>8</sup>, un programa de decrecimiento ayudaría a invertir la tendencia urbanizadora del planeta, por cuanto éste sería inabordable sin una decidida repoblación humana del campo —lógicamente con un reparto y redistribución equitativa de la tierra—, orientada a relocalizar tanto la economía como la política. Dicho proyecto buscaría, entre otras cosas, caminar hacia una soberanía alimentaria<sup>9</sup> que a su vez ayudaría a paliar en buena medida el panorama multicrisis (crisis ambiental, energética, cultural, económica, alimentaria, humanitaria, etc.) que asola la Tierra.

## UN MURO DE CARGA PARA LA GLOBALIZACIÓN

Aunque las causas de las migraciones son a menudo complejas, en general éstas responden a la necesidad de los seres humanos de buscar siempre un lugar mejor para vivir y, por tanto, entrarían en la categoría de migraciones forzadas. Aunque éstas pueden tener en su superficie causas económicas, políticas, culturales, religiosas, de discriminación sexual, bélicas o incluso ser producto de desastres ambientales, en la mayoría de los casos subyacen causas estructurales relacionadas con la profundización de la pobreza. Es por esto por lo que, por ejemplo, el nivel de devastación de las catástrofes naturales es directamente proporcional a la pobreza estructural de los lugares en los que se producen.

La intervención histórica de los países ricos sobre los pobres, desde la época de la esclavitud y el colonialismo hasta la del actual neocolonialismo del mercado, ha sido sin duda un factor fundamental en el incremento de las condiciones de pobreza. Éstas no han parado de aumentar con la inestimable “ayuda” de los países

ricos: fomento de conflictos armados —las guerras son una de las principales causas de las migraciones en el sur del planeta—, apoyo a clases dirigentes amigas para obtener ventajas en la extracción de recursos y el libre desembarco de las transnacionales, demolición de la agricultura tradicional y de las estructuras de autoproducción en su conjunto, exterminio de las culturas tradicionales en beneficio del modelo económico occidental de mercantilismo y consumismo, e imposición de la democracia parlamentaria del Norte en contraposición con un sistema de valores y un equilibrio social consolidados y propios<sup>10</sup>. La imposibilidad de subsistir con tal devastación social y ambiental sólo dejó un camino para muchos: la migración en masa, que, además, redundaría en un nuevo beneficio para el explotador en forma de sumisos trabajadores.

En el contexto actual, las migraciones de la Periferia al centro del sistema parecen indisolubles del desarrollo del capitalismo, y en especial de la globalización neoliberal<sup>11</sup>, pues el orden político-económico imperante las entiende como puras exportaciones de una fuerza de trabajo que necesita fervientemente. Estas migraciones han desempeñado un papel central en la integración de las economías de ambos lados del Atlántico hasta la Primera Guerra Mundial, y entre los países del Norte y del Sur a partir de la Segunda<sup>12</sup>, para producir el desarrollo capitalista en Europa en el primero de los casos, y en el Norte en el segundo, en detrimento de América Latina o del Sur en general. El crecimiento económico continuo en el Norte geopolítico —y en buena medida su reflejo en el Sur con el controvertido concepto de desarrollo<sup>13</sup>— sólo parece rentable a condición de que el peso y el precio recaigan en la naturaleza en primer término, pero también en las generaciones futuras, en la salud de los consumidores, en las condiciones laborales de la población asalariada y, sobre todo, en los países del Sur —las regiones de la Periferia— y sus habitantes<sup>14</sup>.

El fomento controlado de las migraciones parece ser, entre otros, un factor fundamental para la instauración de este sistema. Las sociedades basadas en el crecimiento económico conducen necesariamente a un aumento de la migración de un número creciente de personas<sup>15</sup>. El neoliberalismo, que ha encumbrado las leyes del mercado como regidoras del futuro de la humanidad y del

planeta, lejos de mejorar el nivel de vida de los habitantes del mundo "subdesarrollado", los está expulsando de sus tierras<sup>16</sup>, pues la expansión capitalista ha provocado saldos desastrosos en muchos países —también en la periferia de los países centrales— en términos de justicia social y de condiciones de vida y futuro. Ningún dato invita a concluir que la globalización haya tenido efectos saludables en materia de reducción de la pobreza. Las diferencias en términos de ingresos entre el 20 por ciento mejor situado de la población mundial y el 20 por ciento peor emplazado han crecido de 30 a 1 en 1960 a 80 a 1 hoy en día<sup>17</sup>.

En este proceso, a la Periferia le ha correspondido desempeñar un decisivo papel como proveedora de fuerza de trabajo barata y de recursos naturales para el centro del sistema. Delgado Wise y Márquez<sup>18</sup> indican que los programas de ajuste estructural —apertura, desregulación y privatización— que desde la década de 1980 impusieron el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial tenían la intención de generar un triple movimiento: primero, el desmantelamiento y la rearticulación de sus estructuras económicas; después, el estrechamiento del mercado laboral y la generación de una profusa sobrepoblación; y, finalmente, el desbordamiento de la migración laboral. Con esto definieron lo que los autores denominan una "nueva división internacional del trabajo", caracterizada en primer término por la reinserción de los países de la Periferia en el sistema capitalista mundial en calidad de apéndices de las cadenas globales de producción, comercio y finanzas dominadas por las grandes corporaciones transnacionales, y en segundo lugar, por la exportación de fuerza de trabajo barata, ya sea por la migración laboral directa o por la indirecta, generada en empresas enclave al estilo de las maquilas mexicanas; éstas, que presentan condiciones de sobreexplotación laboral, representan hoy el 90 por ciento de las exportaciones manufactureras en ese país<sup>19</sup>. El mecanismo se asienta en un ataque sistemático a las condiciones de vida y trabajo de la mayoría de la población, lo que provoca el éxodo masivo de ésta y un insostenible despoblamiento de las zonas rurales de todo el planeta. Tal desertización humana ha provocado un desastre ambiental por la ruptura del equilibrio hombre natura (erosión, incendios, etc.) y ha dejado espacio a la industria

extractiva y contaminante, al desarrollo de la agroindustria o a la planificación de grandes infraestructuras, ayudando también al control de las poblaciones al servicio del mercado, mucho más fácil al estar aquéllas concentradas en ambientes urbanos dependientes totalmente del sistema.

A estos perniciosos mecanismos que han provocado gigantes-cas migraciones, pues las comunidades periféricas perdieron la capacidad para gestionar sus recursos naturales, energéticos y agropecuarios —especialmente desde mediados de la década de 1970—, habría que añadir la utilización de los medios de información y comunicación para promover mundialmente el ansia de “falsa” libertad y el deseo de consumo. La ruina económica sumió en la miseria y en la ausencia de futuro a los habitantes tanto de los países menos “desarrollados” como de muchas zonas rurales y regiones periféricas de los industrializados, cuya única salida era la búsqueda de un mejor lugar para vivir. “La huida hacia esos paraísos terrenales que les muestra la televisión se convierte en el sueño de los desposeídos de la tierra”<sup>20</sup>.

Pero esos paraísos resultan la mayoría de las veces ilusorios, fundamentalmente por la estigmatización del inmigrante en nuestras sociedades, en las que sin duda existe un evidente racismo que emana de todas las estructuras democráticas. Esta estigmatización está fomentada muchas veces por los discursos políticos —no sólo de la derecha—, produciéndose una especie de racismo institucional con leyes y persecución por los agentes de seguridad de los Estados y por los medios de comunicación corporativos, a los que corresponde el verdadero efecto llamada.

Las sociedades del crecimiento receptoras de emigrantes se ven, desde su óptica mercantilista, claramente beneficiadas por la llegada de éstos. De hecho, el 60 por ciento de esos emigrantes viven en países desarrollados. Entre otras cosas amortiguan el peligroso envejecimiento de las opulentas sociedades del Norte<sup>21</sup> —el 51,5 por ciento de los inmigrantes en España tiene entre 20 y 39 años—, ocupan los espacios laborales más indeseables y generan una parte cada vez más importante del producto interior bruto.

Para aumentar el control sobre estas nuevas fuerzas de trabajo, por un lado las criminalizan y limitan la llegada de emigrantes

con leyes de extranjería que conculcan derechos humanos fundamentales —lo que pone en peligro la ya de por sí depauperada cohesión social— y por el otro fomentan su arribada porque los necesitan, tanto en forma de mano de obra cualificada —hipotecando el futuro de las sociedades periféricas— como de “sin papeles”<sup>22</sup>. Estos últimos representan un 10 por ciento de los migrantes en Europa y unos 10 millones de personas en Estados Unidos, pero son muy convenientes porque forman un ejército industrial de reserva dispuesto a hacer, a muy bajo costo, los trabajos más sucios, peligrosos y difíciles. Ni la Italia neofascista de Berlusconi, en la que los inmigrantes ya suponen el 10 por ciento de su producto interior bruto —el 2 por ciento corresponde a los migrantes irregulares<sup>23</sup>—, ni la España de los centros de internamiento, que debe a los inmigrantes el 90 por ciento de su crecimiento en los últimos cinco años<sup>24</sup>, pueden prescindir de tan barata y dominable —especialmente por la utilización del miedo a la expulsión— fuerza de trabajo.

Para terminar con este apartado, cabe cuando menos hacer mención de un tipo de migrantes que, también producto de las actividades económicas del Norte y cada vez más relevante, irá acrecentando su peso aún más en los próximos años. Son los llamados migrantes ambientales. Unos diez millones de personas son desplazadas cada año a causa de la degradación ambiental provocada por el hombre, bien de forma directa —con grandes proyectos de infraestructuras (represas, urbanizaciones, canales de irrigación, etc.) o con el avance de la agroindustria (agrocombustibles, transgénicos, monocultivos en general, etc.)—, bien indirectamente —por causa de los impactos ya visibles del cambio climático o incluso de algunas políticas predicadas contra éste, como la minería de uranio, las plantaciones de árboles para absorber carbono o los ya mencionados agrocombustibles—<sup>25</sup>.

## MENOS MIGRACIONES, ¿MEJOR VIDA?

Aunque la lógica nos invita a pensar que nadie, o casi nadie, emigra por gusto, sino más bien por necesidad, y que la mayoría de los seres humanos estamos mejor adaptados a un entorno reconocible

y rodeados de los nuestros, una cuestión crucial estribaría en dilucidar si la posible reducción global de las migraciones sería beneficiosa o perjudicial para las sociedades humanas y para el planeta.

Cabría en este punto hacer un inciso para desmitificar los supuestos beneficios que las migraciones internacionales tienen, en forma de desarrollo, para los lugares y países de origen. Las pérdidas sociales —y con ellas muchas ambientales asociadas— no parecen ser compensadas en absoluto a través, por ejemplo, de los tan mencionados flujos de remesas, que ayudan mucho más a los datos macroeconómicos que a la vida y al futuro de esas comunidades. Además de que estas remesas se destinan fundamentalmente a cubrir necesidades básicas de las familias que quedaron, y por tanto contribuyen mínimamente al desarrollo local e incluso resultan poco relevantes de cara a la disminución de una pobreza cada día mayor, al hacer balance entre la entrada de estas remesas y los recursos que se transfieren asociados a la migración el saldo es muy negativo<sup>26</sup>. Entre estos recursos que se pierden con las migraciones están los costos en formación educativa<sup>27</sup>, de reproducción social —costo de la vida de emigrante antes de su ingreso en el país de destino— y otros más difícilmente cuantificables, como son el doloroso desmembramiento de las familias, los trastornos psicológicos, la sustitución de la escuela por un proyecto de migración, el despoblamiento y la pérdida de culturas completas, los desequilibrios ecológicos provocados por el abandono de las tierras y otras actividades productivas, o la excesiva dependencia con respecto al trabajo que realizan los familiares migrantes.

Muchos autores y analistas coinciden en indicar que, si bien por un lado un proyecto de decrecimiento en el Norte podría implicar más justicia social para el Sur, y por ende más oportunidades, para las poblaciones afectadas, de vivir dignamente con los suyos en sus lugares de origen, por otro lado provocaría un aumento de población en esos países, con consecuencias difíciles de valorar. Así, se prevé que la población comprendida entre 20 y 64 años en África prácticamente se triplique entre 2005 y 2050, pasando de 408 millones a 1.120 millones. En ausencia de emigración, esta población pasaría a 1.400 millones, pasando la asiática de 3.080 millones previstos para 2050 a 3.120 en ausencia de emigración<sup>28</sup>.

Sin embargo, y también teniendo en cuenta que el decrecimiento en el Norte no supondría el freno absoluto a las migraciones —las causas de éstas, aun siendo fundamentalmente de carácter económico, son diversas—<sup>29</sup>, por mucho que dicho aumento de población fuese el indicado, no parecería en primera instancia insostenible para unas comunidades que dispondrían de recursos mucho mayores, y probablemente mejor gestionados, para desarrollar sus vidas.

La ausencia de la necesidad de migrar tendría también efectos positivos en otros aspectos, especialmente los relacionados con la muerte masiva de miles de inmigrantes en su sueño por alcanzar una vida mejor o con el tráfico de personas que origina el fenómeno. Un informe de la Comisión Nacional de Derechos Humanos mexicana ha revelado que en los últimos quince años han muerto, intentando pasar a Estados Unidos, unas 5.600 personas, aunque otras organizaciones de derechos humanos estiman que la cifra puede rondar los 10.000. Del mismo modo, entre 8.000 y 10.000 personas murieron o desaparecieron entre 1989 y 2002 en su intento de entrar en territorio español desde Marruecos. Una ONG, *United Against Racism*, calcula que más de 13.000 personas han fallecido desde 1994 en su intento de llegar a Europa, ahogadas, agotadas o por catástrofes como la explosión de minas en las fronteras grecoturcas. Las cifras, evidentemente, pueden ser mucho más altas.

Por otra parte, según Naciones Unidas, cada año entre 600.000 y 800.000 personas son víctimas de la trata de seres humanos relacionada con las migraciones irregulares, lo que reporta beneficios de hasta 10.000 millones de dólares anuales. Esto es especialmente grave en el caso de las mujeres, que son frecuentemente esclavizadas por redes de trata, con trabajos precarios en los países de destino que dibujan una mayor vulnerabilidad a numerosas situaciones de violencia. Contrariamente a lo que pueda parecer, en los últimos años se ha dado un creciente proceso de feminización de las migraciones. Ellas representan ya casi la mitad de los migrantes (48,6 por ciento en 2005)<sup>30</sup>, superando a los hombres en América Latina y el Caribe, Norteamérica, Oceanía, Europa y la ex Unión Soviética. Los efectos de la ausencia de mujeres en sus lugares de origen —las mujeres suelen ser el sustento de las familias— son aún más terroríficos que los de la ausencia los hombres jóvenes.

Por otro lado, una ruralización digna y sostenible, tanto de las sociedades occidentales como de las del sur del planeta, tendría muchos más efectos beneficiosos que perjudiciales. En términos ambientales, todo el mundo parece coincidir en que las ciudades son verdaderos parásitos del planeta. De hecho, los Gobiernos se han esforzado durante décadas en frenar el proceso de urbanización. Según un estudio realizado en 2005 en 164 países, el 70 por ciento de éstos intenta ralentizar la migración rural a las zonas urbanas<sup>31</sup>. Hoy a nadie escapa que las ciudades provocan la mayor parte de las emisiones de carbono y que los hábitos de vida de sus pobladores, generados por el culto al crecimiento, inducen a una degradación ambiental extraordinaria. Tanto las necesidades de infraestructuras y de transporte como el consumo energético y de productos, la generación de residuos o la necesidad de una agroindustria cada día más agresiva son infinitamente mayores en áreas urbanas que en áreas rurales<sup>32</sup>.

Además, desde el punto de vista social, la urbanización de la humanidad, que es directamente proporcional al crecimiento y a su capacidad para generar la necesidad de más y más consumo, ha provocado una dependencia sistémica de ésta que ha socavado en buena medida su felicidad, estableciendo lo que se viene en llamar un modo de vida esclavo<sup>33</sup>. Las relaciones sociales, la autonomía de las personas y en general el disfrute de la vida en un entorno amable y saludable han sido sustituidas por un excesivo protagonismo del trabajo —fundamentalmente asalariado—, por el ejercicio eminentemente individual de un hiperconsumo que nunca resulta satisfactorio y por el desarrollo de la vida en un medio mucho más hostil que el del ambiente rural. En cierta medida, las sociedades urbanas ya no se pueden considerar como tales, pues las personas han dejado de ser socias las unas de las otras, abandonando el instinto comunitario para convertirse en manadas de individuos consumidores hacinados en altos edificios, cuya única misión parece ser la de aumentar el consumo cada día más<sup>34</sup>.

Si a esto añadimos que la urbanización de nuestra especie fue, y es, casi siempre caótica, sin planeamiento adecuado y sin sostenibilidad alguna, parecería lógico afirmar que la masiva migración a las ciudades es tremendamente perjudicial tanto para el medio

ambiente como para las personas. Si en 1900 la población urbana mundial era del 10 por ciento y en 1950 sólo Nueva York y Tokio superaban los 10 millones de habitantes, actualmente cada año 60 millones de personas migran a las ciudades y ya hay más de 20 gigantescas metrópolis y unas 60 con poblaciones entre 1 y 5 millones de habitantes. El 75 por ciento de Europa es urbana, e incluso en África, con el 35 por ciento de población urbanita, se llegará al 50 por ciento en 2030. Cifras que poco indicarían si no añadimos que unos 1.000 millones de estas personas viven en barriadas marginales donde carecen de los servicios básicos como agua potable, vivienda estable y digna o un simple aseo en las proximidades, dándose un creciente fenómeno de "urbanización de la pobreza" por el que cada año mueren 1,6 millones de habitantes urbanos. Aunque del fenómeno no escapa el Norte, de la mano de lo que se da en llamar tercermundización de las ciudades y sociedades occidentales, es infinitamente más grave en el Sur. Al contrario de lo que pueda parecer en un análisis profano, los habitantes de estas regiones del mundo emigran en su mayoría a las ciudades cercanas, y no al Norte, afirmación avalada por el hecho de que las mayores megalópolis del planeta (Shanghai, Mumbai, México, São Paulo) están fundamentalmente en el Sur.

Al fin y a la postre, el proyecto del decrecimiento trata fundamentalmente de evitar una catástrofe ambiental inminente y parece obvio que, como ha escrito Christopher Flavin, presidente del Worldwatch Institute, "irónicamente la batalla para salvar la salud de los ecosistemas no se va a ganar en los bosques tropicales o en las barreras de coral, sino en las calles de los paisajes más antinaturales del planeta: las ciudades"<sup>35</sup>.

Capítulo aparte merecería el estudio del impacto que generaría la reducción radical de migrantes —especialmente los internacionales— en una sociedad en decrecimiento. A las personas migrantes siempre se les acusa de poner en peligro la cohesión social por su cada día mayor presencia y diversidad étnica y cultural. Acusación "falsa", debida a un reaccionario proteccionismo demagógico que daña las esencias de la democracia. Si existe la percepción del peligro en el imaginario social es debido a la falta de mecanismos para convertir la tolerancia del multiculturalismo en

la comprensión de la interculturalidad<sup>36</sup>. El multiculturalismo reposa en la tolerancia —soportar mientras dure la paciencia— y ha sido la práctica habitual de los países capitalistas. La existencia de los guetos y de las islas étnicas en las grandes ciudades responde a esa práctica que, además, desea la asimilación de la población foránea. Esta asimilación supone la negación de la identidad cultural del sujeto y se asienta, entre otros factores, en la uniformización cultural sobre la base del consumismo capitalista, que también se exporta a la Periferia con los regresos esporádicos de los migrantes<sup>37</sup>.

El estigma de la criminalización se apodera de todas las personas migrantes, y especialmente de las llamadas “irregulares”. Criminalización que procede de todos los aparatos de poder del Estado: mediáticos, legislativos, judiciales. De ahí que calara el apocalíptico discurso del “choque de las civilizaciones” desde el 11-S. El discurso securitario, el blindaje de fronteras y unas leyes anti-migrantes son sus frutos<sup>38</sup>. Así, no extraña que la sociedad perciba al OTRO como un peligro<sup>39</sup>. El decrecimiento tendrá la responsabilidad de asentarse en una cultura de la no violencia y del diálogo intercultural. Buscará el horizonte ético de la responsabilidad para que la vida en común tenga sentido<sup>40</sup>. Por eso, el decrecimiento es ante todo anticapitalista y humanista, y sería el primer paso para luchar contra los estigmas que padecen las personas migrantes.

## ALGUNAS CUESTIONES CONCRETAS

Aunque, como afirma Carlos Taibo<sup>41</sup>, ahora disponemos de una teoría sobre el decrecimiento razonablemente asentada y podemos abordar el estudio de cómo se debe traducir en ámbitos precisos, no existe, y probablemente tampoco sea deseable, un programa político global de aplicación del decrecimiento: éste responde más a una filosofía rectora de la vida de cada uno de nosotros —con el objetivo también de que se vaya multiplicando— que a una forma de gobierno, aunque tendría muchas implicaciones en ésta.

Sin embargo, son muchos los principios postulados por la consigna del decrecimiento que tendrían efectos directos en la reducción del número de migrantes desde la Periferia al centro del

sistema. Se trata, especialmente, de los que hacen referencia a la primacía de lo local sobre lo global (relocalización), a la reducción radical del consumo, a la economía solidaria, a la redistribución equitativa de los recursos, a la necesaria sujeción a los límites naturales del planeta, siempre con la descolonización de nuestro imaginario capitalista, como dice Serge Latouche, como imprescindible paso previo.

Siendo el fenómeno de las migraciones una pieza clave para el orden económico actual del sistema mundo, no sería pues descabellado afirmar que la apuesta por un proyecto de decrecimiento, que por fuerza debemos enmarcar en un contexto de carácter anticapitalista y antidesarrollista, debería provocar una disminución radical del número de personas que se ven obligadas a abandonar sus lugares de origen, sus modos de vida, sus creencias, sus culturas y las personas que aman, para buscar una vida “mejor” o en muchos casos simplemente para sobrevivir.

Aunque no parece muy probable que, cuando menos en un tiempo breve, algún Gobierno vaya a asumir la necesidad de decrecer, sí es factible que muchos parámetros puedan ser asumidos por pequeños Gobiernos locales; de ahí la necesaria actividad también en el nivel político. Un ejemplo es el de las Ciudades en Transición (*Transition Towns*)<sup>42</sup>, un movimiento mundial que trata de transformar las ciudades para que reduzcan su huella ecológica, sean más habitables y sus ciudadanos más felices, pero, sobre todo, para hacer frente a los retos que se avecinan en los próximos años, especialmente el pico del petróleo y el cambio climático. Parece oportuno señalar que el decrecimiento tiene que ser fundamentalmente un proyecto descentralizado nacido en la base de nuestras sociedades, con compromisos personales que se multiplican más de lo que pensamos.

El proyecto de decrecimiento tiene en su base el abandono de la cultura del consumo por el consumo, que es a su vez la base de la civilización adicta al crecimiento. Todo lo que rodea a esta última, desde la publicidad a la sobreproducción, pasando por el crédito o la obsolescencia planificada de los productos, está orientado a una mayor ganancia económica con el consumo obsesivo e irracional. Y para que éste siga creciendo exponencialmente es necesario elevar,

por un lado, el número de consumidores y, por el otro, el número de trabajadores, algo en lo que la migración tiene un papel fundamental.

Reducir nuestros hábitos de consumo a lo estrictamente necesario, sustituyendo el imaginario de la felicidad consumista por el desarrollo de la sobriedad, la mesura y la simplicidad voluntaria, del fomento de la vida social y las actitudes contemplativas, tendría efectos directos en la reducción del número de migrantes. De esta forma, como indica Maurizio Pallante, si combatimos, por ejemplo, los monopolios de la gran distribución alimentaria, y lo hacemos con el consumo de productos locales y de estación en mercados locales —que además son mucho más sanos—, con la autoproducción en nuestros jardines, huertos urbanos o incluso balcones de los edificios, con la integración en grupos de consumo consciente que tienen relación directa con el agricultor, estaremos ayudando, por un lado, al planeta —menor quema de combustibles fósiles para el transporte, reducción del efecto invernadero, menor necesidad de agriculturas extensivas con agrotóxicos, menor erosión, menor explotación de los acuíferos y reducción de la fertilidad de los suelos—, y, por el otro, permitiremos el desarrollo vital de los pequeños productores del Norte, atacando directamente las causas que les obligan a emigrar a las ciudades. Más aún: la disminución de la facturación de las grandes distribuidoras agroalimentarias frenaría su expansión en los países del Sur, que es donde buscan grandes extensiones para sus nocivas actividades, tendría efectos positivos en la salud de los ecosistemas más valiosos del planeta y evitaría el desplazamiento forzado de millones de campesinos del Sur. “La valorización de la autoproducción de bienes y de la agricultura campesina en sustitución de la compra de bienes de mercado erosiona el dogma fundamental del crecimiento, mostrando que no siempre conduce a una mejor calidad de vida, mientras que el decrecimiento sí lo permite”<sup>43</sup>.

Estos cambios en nuestros patrones de consumo serían aún más beneficiosos si cuidamos ya no sólo la procedencia de lo que consumimos, sino también su composición. Así, por ejemplo, una reducción radical en el consumo de carne provocaría, además de una vida más saludable —existe una estrecha relación entre el consumo de carne y la cantidad de medicinas que necesitamos—, la

reducción radical de los terrenos agrícolas destinados a producir alimentos para la cría intensiva de animales. Éstos hoy suponen un tercio de la superficie cultivada del planeta y reclaman la utilización masiva de agroquímicos, la deforestación de selvas para crear pastos, el fomento de cultivos transgénicos... y el desplazamiento forzado de no pocas poblaciones humanas.

Cabe indicar que la asunción de estos nuevos parámetros en el consumo personal tiene efectos multiplicadores reales ya demostrables. Está demostrado que el impacto de la agricultura urbana cada día es mayor en el mundo. Una estimación global indica que aproximadamente un 20 por ciento de los alimentos son producidos en áreas urbanas. En La Habana, en 2000, existían más de 2.600 huertos populares, cubriendo 2.438,7 hectáreas y produciendo 25.000 toneladas de alimentos cada año. El ejemplo cubano es preceptivo, por cuanto la agricultura urbana se desarrolló especialmente después de la caída de la Unión Soviética y sus ayudas a Cuba, como solución al aislamiento comercial. Según figuras oficiales, en 1999 la agricultura urbana orgánica produjo el 65 por ciento del arroz de Cuba, el 46 por ciento de las verduras frescas, el 38 por ciento de las frutas, el 13 por ciento de las raíces, los tubérculos y los llantenos, y el 6 por ciento de los huevos<sup>44</sup>.

Más indicativo es el efecto sobre la gran distribución, cada día más amenazada. La asociación francesa de expendedores exportadores de frutas y verduras<sup>45</sup>, en su reunión del 5 de marzo de 2010, expresó su malestar por el desarrollo de los circuitos cortos de alimentación en Francia —suponen ya el 5 por ciento del volumen de frutas y hortalizas comercializadas— y llamó la atención sobre los peligros que acarrea para su actividad, pidiendo leyes nuevas que los limitaran. En su protesta, hacían especial referencia a los mercados de agricultores, a la venta en las proximidades de las carreteras y a la AMAP (*Association pour le Maintien d'une Agriculture Paysanne*), cuyos miembros cada mes pagan una pequeña cantidad al productor local, algo que permite que éste disponga de los ingresos necesarios a cambio del suministro de productos agroecológicos de temporada. La AMAP ya alimenta a un millón de franceses y francesas.

Los efectos beneficiosos en las migraciones serían además exponenciales, por cuanto el abandono de las zonas rurales, por

ejemplo, se ve incrementado por el hecho de que cuanto menos gente viva en esas zonas, menos servicios es capaz de dar la comunidad. Con la marcha masiva de personas se pierden también escuelas y médicos rurales, mercados locales, transportes colectivos, oficinas de correos, etc.

Son sólo algunos ejemplos que tratan de demostrar que la opción del decrecimiento es muy posible que ayudase a fijar población en las zonas rurales, cuestión que se potenciaría si revalorizamos todo lo local y lo comunitario en detrimento de la sociedad de consumo. La potenciación de todo tipo de economías solidarias (comercio justo, banca ética, consumo crítico, cooperativas de consumo, intercambios no mercantilizados, monedas alternativas, bancos de tiempo), así como la recuperación de muchos oficios tradicionales y la potenciación de otros nuevos relacionados con el medio ambiente o el desarrollo de actividades de ocio colectivas, sería, asimismo, fundamental. En todo caso, decrecimiento y ruralización —o reterritorialización— van de la mano: no habrá decrecimiento sin ruralización y no habrá reruralización sin decrecimiento.

Con respecto a las migraciones internacionales, conviene hacer un apunte añadido. Para muchos autores, decrecer sin atender al Sur ya generaría de por sí un beneficio para esas regiones históricamente expoliadas, por cuanto las condiciones de vida sumidas en la miseria de muchos pueblos del Sur son fundamentalmente debidas a los excesos del Norte, que es donde tendríamos que centrarnos. Sin embargo, si el proyecto implica también al Sur, con el pago de la llamada deuda del crecimiento y la toma de conciencia para no repetir nuestro modelo de desarrollo, la tan ansiada justicia social llegaría mucho antes a los confines del planeta. Además, la cooperación internacional puede asumir un papel fundamental al acompañar el proceso de ajuste estructural del Norte, mediante el intercambio de conocimientos con el Sur, para que Occidente aprenda a recuperar prácticas sostenibles, restaurando modos de vida ancestrales que, respetuosos con el planeta, se han perdido<sup>46</sup>. Al fin y a la postre, y como afirma Serge Latouche, "el decrecimiento en el Norte es una condición para el surgimiento de cualquier alternativa en el Sur"<sup>47</sup>. Y para que existan alternativas, también debe existir gente.

## NOTAS

1. El autor agradece especialmente la revisión y los apuntes aportados a este artículo, en materia de migraciones, a Xabier Ron y Alfredo Iglesias Diéguez.
2. El decrecimiento hay que enmarcarlo en un proyecto para el Norte, pero necesario para el florecimiento del Sur. Es, pues, una apuesta formulada esencialmente para las sociedades capitalistas de los países ricos. Los datos indican que la mayoría de países empobrecidos ni siquiera precisan reducir su huella ecológica, además de que eso sería extraordinariamente nocivo, toda vez que muchos tienen rentas per cápita muy inferiores a la nuestra. No obstante, eso no significa que el único camino que tengan sea el del crecimiento como lo entendemos hoy. Sobre todo, convendría que no sigan nuestro modelo de "desarrollo". Véase S. Latouche, *Le pari de la décroissance* (Fayard, París, 2006).
3. N. Ridoux, *Menos es más: introducción a la filosofía del decrecimiento* (Los Libros del Lince, Barcelona, 2009).
4. *World Migration Report 2008*, editado por la Organización Internacional para las Migraciones.
5. The Worldwatch Institute, *State of the world 2007: our urban future* (Washington, 2007).
6. United Nations Population Division, *World Urbanization Prospects. The 2005 Revision* (Department of Economic and Social Affairs, Nueva York, 2006).
7. G. Monsangini, *Decrecimiento y cooperación internacional* (Col·lectiu d'Estudis sobre Cooperació i Desenvolupament, 2007), <http://www.portaldbs.org>. El autor habla de una "deuda del crecimiento" del Norte con respecto al Sur, que incluye no sólo la conocida deuda externa (¿quién debe a quién?), sino una deuda ecológica, cultural, histórica, económica y social.
8. La mayor parte de las migraciones interregionales están relacionadas con el éxodo rural. Contrariamente a lo que se piensa, la mayoría de migrantes africanos se desplazan o bien a las regiones urbanas de su país o bien a otros países africanos, especialmente del Magreb; los desplazamientos internos son también masivos en China o la India. *World Migration Report, op. cit.*
9. "Carta de Maputo: V Conferencia Internacional de la Vía Campesina. Agricultura campesina y soberanía alimentaria frente a la crisis global" (Maputo, Mozambique, 1922 de octubre de 2008), <http://viacampesina.org>
10. M. Pallante, *Decrescita e migrazioni* (Ediz. per la Decrescita Felice, Roma, 2009).
11. Según la Comisión Mundial de Migraciones de Naciones Unidas, los más de 200 millones de migrantes de la actualidad son cuando menos el doble de los de 1980, y la tendencia sigue creciendo, así como la urbanización de la humanidad. De 1980 a 2000 el número de migrantes internacionales en los países desarrollados pasó de 48 millones a 110 millones, representando hoy el 60 por ciento del total de migrantes, mientras que en los países en desarrollo esta cifra ascendió solamente de 52 millones a 65 millones. Todo indica que los efectos de la globalización han sido devastadores. Sin embargo, disociar capitalismo y globalización no parece aconsejable, pues lo más posible es que la segunda constituya la evolución lógica del primero. Como dice François Houtart: "La distinción entre un capitalismo salvaje y un capitalismo civilizado no existe, porque el capitalismo es civilizado cuando debe y salvaje cuando puede".
12. G. Tapinos y D. Delaunay, "¿Se puede hablar realmente de la globalización de los flujos migratorios?", *Notas de Población* (nº 73, CEPAL, Naciones Unidas, 2001).
13. Entendiendo el "desarrollo" como un intento de reproducción del sistema económico y social del Norte en el Sur. Para ahondar en este concepto, muy

- presente entre los teóricos del decrecimiento, consúltese S. Latouche, *Sobrevivir al desarrollo* (Icaria, Barcelona, 2007).
14. S. Latouche, *Pequeño tratado del decrecimiento sereno* (Icaria, Barcelona, 2009).
  15. Pallante, *op. cit.*
  16. M. Donald Rivera, "Globalización e Inmigración", trabajo presentado en las IX Jornadas de Economía Crítica (Madrid, 2004).
  17. C. Taibo, *En defensa del decrecimiento* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2009).
  18. R. Delgado Wise y otros, "Seis tesis para desmitificar el nexa entre migración y desarrollo", *Seminario Internacional Medición de la Migración Mexicana a Estados Unidos: Aspectos Metodológicos* (Sociedad Mexicana de Demografía, agosto de 2009).
  19. D. Dusster, *Esclavos modernos. Las víctimas de la globalización* (Urano, Barcelona, 2006). Dusster recorre la India, Filipinas, Brasil, Honduras, Camboya, Marruecos, China, Vietnam o Sudáfrica y habla con adolescentes obligadas a prostituirse, mujeres secuestradas para ser vendidas como esposas, niños obligados a trabajar, campesinos forzados a emigrar a las grandes ciudades... También da la palabra a aquellos inmigrantes que buscaron el paraíso europeo y han conocido la explotación en España: mujeres rumanas inmersas en redes de explotación sexual, paquistaníes que malviven de obra en obra, sirvientas domésticas sin protección...
  20. Donald Rivera, *op. cit.*
  21. De 1990 a 2000 las migraciones representaron el 89 por ciento del crecimiento de la población en Europa, el 75 por ciento en Estados Unidos, el 56 por ciento en el total de países desarrollados y sólo el 3 por ciento en los países en desarrollo (Comisión Mundial sobre las Migraciones Internacionales de Naciones Unidas, *Informe 2005*). De seguir la tendencia actual, la Unión Europea habrá visto disminuir su población en cinco millones de personas en 2025 y en 40 millones en 2050, lo que amenaza el actual sistema de prestaciones públicas. En los próximos 25 años la UE necesitará que entren 159 millones de personas del exterior si desea mantener la actual proporción entre población activa y no activa, y por supuesto su masa de consumidores ("Globalización, migraciones internacionales y envejecimiento de la población", *Boletín Económico del ICE*, Subdirección General de Estudios del Sector Exterior, nº 2.649).
  22. A. M. López Salas, *Inmigración y Estados: la respuesta política ante la cuestión migratoria* (Anthropos, Barcelona, 2005); VV AA, *Sur o no Sur. Los derechos sociales de las personas inmigradas* (Icaria, Barcelona, 2006); VV AA, *Frontera Sur. Nuevas políticas de gestión y externalización del control de la inmigración en Europa* (Virus, Barcelona, 2008).
  23. Datos de ISMU Foundation, <http://www.ismu.org>
  24. "Ensayos sobre los efectos económicos de la inmigración en España", de la Fundación de Estudios de Economía aplicada (Fedea).
  25. *Ecología Política* (nº 33, junio de 2007), número especial sobre desplazados ambientales.
  26. Delgado Wise y otros, *op. cit.*
  27. K. Koser, *Le migrazioni internazionali* (Il Mulino, Bolonia, 2009). Un impacto negativo inicial de las migraciones es la "fuga de cerebros", que afecta "incluso en términos de salud pública" a todas las periferias, pero sobre todo a los países subdesarrollados. Desde el año 2000, casi 16.000 enfermeras de África Subsahariana han viajado para trabajar en el Reino Unido. En Zambia, sólo 50 de los 600 médicos formados desde la independencia siguen ejerciendo la profesión en su país.
  28. *World Migration Report 2008*, *op. cit.*

29. No conviene despreciar el hecho de que existe, por ejemplo, una proporción de migrantes que se convierten en tales por el simple hecho de haber nacido en zonas del planeta ambientalmente hostiles, o por cuestiones relacionadas con integristos religiosos, discriminación por la orientación sexual, etc. Ermano Vitale, en *Ius migrandi* (Melusina[sic], Barcelona, 2006), define parte de la casuística migratoria como autodeportación.
30. "Las migraciones en un mundo interdependiente: nuevas orientaciones para actuar", *Informe de la Comisión Mundial sobre las Migraciones Internacionales 2005*, <http://www.gcim.org>
31. United Nations Population Division, *op. cit.*
32. B. Boyle Torrey, "Urbanization: An Environmental Force to Be Reckoned With" (Population Reference Bureau, 2004).
33. Taibo, *op. cit.*
34. Richard Sennett, en *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo* (Anagrama, Barcelona, 2000), analiza de forma sociológica y antropológica la transformación de la relación entre trabajo y trabajador, que degeneró en infelicidad e insatisfacción laboral.
35. The Worldwatch Institute, *op. cit.*
36. G. Dietz, *Multiculturalismo, interculturalidad y educación: una aproximación antropológica* (Universidad de Granada, Granada, 2003).
37. Pallante, *op. cit.*
38. *Frontera Sur...*, *op. cit.* Se retrata así el racismo que emana de las instituciones y de la sociedad; véase M. Wieviorka, *El racismo: una introducción* (Gedisa, Barcelona, 2009). Sobre cómo el discurso mediático trata a las personas migrantes, véase M. Nash, *Los inmigrantes en nuestro espejo* (Icaria, Barcelona, 2005).
39. Por ello no debe chocarnos que sea el mercado laboral el lugar donde más se les criminaliza al mismo tiempo que se les desea. K. Calavita, "Un ejército de reserva de delinquentes: la criminalización y el castigo económico de los inmigrantes en España", *Revista española de investigación criminológica* (nº 2, 2004), pp. 11-15.
40. R. Jahanbegloo, *La solidaridad de las diferencias* (Atmarcadia, Barcelona, 2010), p. 24.
41. Taibo, *op. cit.*
42. La idea fue llevada a la práctica en 2006 por el experto en permacultura Rob Hopkins, quien en su ciudad natal, Totnes (Inglaterra), logró convencer a sus dirigentes de las ventajas de asumir este nuevo modelo. En la actualidad esta localidad británica cuenta con varios grupos de trabajo y proyectos en marcha, entre los que destacan una moneda complementaria para promover el comercio local, la plantación de árboles productivos, la asunción de medidas para mejorar la eficiencia energética en los hogares o una red de productores de alimentos locales. El movimiento se consolidó en la Red de Transición que agrupa ya a 64 ciudades de todo el mundo. Véase <http://transitionculture.org>
43. Pallante, *op. cit.*
44. M. González Novo y C. Murphy, *Agricultura urbana en la ciudad de La Habana: una respuesta popular a la crisis* (Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo/IDRC, 2000).
45. Aneefel (Association Nationale des Expéditeurs-Exportateurs de Fruits et Légumes), <http://www.aneefel.com>
46. Monsangini, *op. cit.*
47. S. Latouche, "Et la décroissance sauvera le Sud...", *Le Monde Diplomatique* (noviembre de 2004).



DECRECIMIENTO Y MEDIO URBANO. TRES DISCURSOS  
SOBRE EL DECRECIMIENTO DE LAS CIUDADES

EUGENIO REYES

DISCURSO I. EL DESCRIPTIVO: DE LA BIOSFERA A LA  
URBESFERA

... DEL STATUS NATURALIS AL STATUS CIVITAS.

De nuestra primera casa, la biosfera, esa pequeña piel de apenas 20 km de grosor —10 km de profundidad marina y 10 km de superficie aérea— que envuelve al planeta Tierra, hemos ido pasando a la urbesfera, siglos de transformación del medio natural hasta llegar a las ciudades modernas.

Aunque no hace mucho la vida rural predominaba sobre la urbana, el modelo económico que se impuso desde el final de la Segunda Guerra Mundial ha tenido entre sus consecuencias una expansión urbana planetaria. Hoy en día, más de la mitad de la población de la Tierra habita en ciudades, y por primera vez en la historia la población urbana supera a la rural. Unas 400 ciudades tienen ya más de un millón de habitantes, y todo apunta a que seguirán creciendo. De los casi 3.500 millones de habitantes que se asientan en el medio urbano, más de la mitad, 2.000 millones, lo hacen en chabolas, *favelas* o simples cajones sin alcantarillados o sin agua potable.

Se dice que el urbanismo moderno nace en la cárcel donde Sócrates apuró su copa de cicuta, un urbanismo como suicidio colectivo en el que los especuladores apuran la muerte del tejido urbano, carnada donde extraer la plusvalía que permite sobrevivir a la lógica insostenible de la acumulación. Algunos de los motivos que están en el origen de esta realidad remiten a que la producción industrial se ha ido desplazando hacia lugares con mano de obra más barata, a que la tecnificación de las prácticas agrícolas y ganaderas ha reducido la necesidad de mano de obra en el campo y al crecimiento de la producción de bienes y servicios destinados al consumo en masa.

El crecimiento de las ciudades es dispar. Algunas se expanden ocupando más territorio y la mayoría ven cómo aumenta su población. El crecimiento de espacios urbanos se ha visto acompañado de la construcción de infraestructuras para el transporte motorizado, la distribución de la energía, la canalización de aguas, las telecomunicaciones y un largo etcétera. Debido a esto, el crecimiento y el funcionamiento de las ciudades implican un gran consumo de materiales y energía, que hace que los espacios urbanos generen grandes cantidades de residuos y emisiones que contribuyen a la contaminación y al agotamiento de la biosfera.

## EL TAMAÑO DE LA ESPECULACIÓN

Aunque en España el suelo urbano ronda el 2 por ciento del territorio, sorprende saber que tenemos un 23 por ciento de viviendas vacías. Este crecimiento insostenible, conocido como el *boom* del ladrillo, está agotando recursos estratégicos (agua y energía) y llevando a la ruina a sectores básicos como la industria, la ganadería y la agricultura. A finales de 2007 había en España 4.700.000 casas vacías (alrededor del 23 por ciento del total). Si a esto sumamos la segunda residencia, la cifra se eleva a nueve millones de viviendas vacías. Tomen nota los casi diez millones de personas que no tienen acceso a una vivienda digna: hay casi una vivienda por persona. Para ser más exactos: 1,1 personas por vivienda desocupada. Si asignásemos cuatro personas por cada vivienda vacía daría para 36 millones de habitantes: un aforo de habitabilidad que cubriría el 80 por ciento del total de la población española de 2007.

En España, en los últimos años se ha dislocado el crecimiento urbanístico, se ha construido de forma discontinua y caótica, pero no sólo ha aumentado el volumen edificatorio: la lógica de un crecimiento urbanístico que acumula beneficios funciona también a través del crecimiento del precio de la vivienda (ente 1985 y 2009 la vivienda aumentó de precio un 3.000 por ciento, mientras los salarios sólo crecieron el 200 por ciento). Este crecimiento del urbanismo especulativo se ha producido gracias a la caída del poder adquisitivo de los ciudadanos.

El brutal crecimiento de las ciudades no sólo nos arrincona, sino que nos condena a ser cada vez más pobres. El resultado final es que tenemos muchos millones de viviendas vacías y muchos millones de ciudadanos sin vivienda y sin capacidad financiera para acceder a ella. Una de las aspiraciones del decrecimiento urbano es que el precio medio de la vivienda baje hasta no ser superior a ocho veces el ingreso anual del salario mínimo interprofesional.

## EL TAMAÑO DE LA CORRUPCIÓN

En 2009 más de 500 casos de corrupción urbanística hacían cola en los tribunales ordinarios españoles. Sólo en los expedientes abiertos se habla de una cantidad defraudada de 14.000 millones de euros —más de dos billones, con 'b' de barbaridad, de las antiguas pesetas— o, lo que es lo mismo, 2.240.000 sueldos mensuales medios.

No sólo la corrupción debe ser perseguida y sancionada. Recordemos que la especulación urbanística también es anti-constitucional. Recordemos que en el artículo 47 de la Constitución Española se asigna a los poderes públicos la tarea de luchar contra la especulación en los siguientes términos: "Todos los españoles tienen derecho a disfrutar de una vivienda digna y adecuada. Los poderes públicos promoverán las condiciones necesarias y establecerán las normas pertinentes para hacer efectivo este derecho, regulando la utilización del suelo de acuerdo con el interés general para impedir la especulación". El Estado debería adquirir las 4.700.000 viviendas vacías por efecto de un mandato constitucional que permita acabar con la especulación

urbanística. No olvidemos que la vivienda es un bien social de otorgamiento colectivo con aprovechamiento privado. Es la ciudad en su conjunto, sus calles, sus redes de alcantarillado, sus servicios públicos, lo que hace físicamente efectivo el derecho a la vivienda digna.

La finalidad de los planes generales de ordenación urbana no es crear urbes o ciudades: es antes que nada crear ciudadanía. Los planes no tienen como fin planificar edificios: éstos sólo son medios para producir ciudadanos plenos, garantizando sus derechos para que puedan desarrollarse como tales. Los planes de ordenación urbana tienen como objetivo garantizar el derecho a la vivienda digna, al acceso a la escolarización efectiva, a la salud...

## EL TAMAÑO DE LA MOVILIDAD INSOSTENIBLE

RECUPERAR AL PITECÁNTROPO... DECRECER LOS MONSTRUOS QUE ENSOMBRECEN LA CIUDAD HASTA QUE TENGAN LA DIMENSIÓN DE LAS PISADAS Y RITMOS DE NUESTROS NIÑOS Y NUESTROS MAYORES.

El espacio urbano ha muerto, la ciudad sólo es un conglomerado de edificabilidad, las ciudades sólo son sepulcros blanqueados, nichos mortuorios donde lo colectivo ha muerto. Viva el coche privado, viva la contaminación, viva el ruido, viva la tragedia de los atropellos, vivan las prisas, viva todo aquello que accine la vida comunal, viva todo lo que accine el sosiego democrático.

En las ciudades los entornos colectivos se ven seriamente deteriorados a causa de la presencia constante del automóvil y de los espacios que requiere (carreteras, estacionamientos...), lo que hace de aquéllas un lugar inhóspito, poco apto para grupos vulnerables como ancianos, niños y niñas, enfermos o personas de movilidad reducida. La ciudad tiende una alfombra de asfalto para el nuevo becerro de oro, ese becerro que nace de transformar 16 toneladas de materias primas sacadas de la biosfera en un coche de 1,8 toneladas, para transportar 100 kg de seres humanos durante tres meses y luego tirarlo a la basura. Y digo tres meses porque aunque un coche promedio suele durar doce años, se usa un promedio

de 29 minutos diarios, esto es, tiene un uso agregado de tres meses: el resto del tiempo ocupa suelo urbano, aparcado en cualquier esquina.

En la actualidad, en España los accidentes de tráfico son la quinta causa más frecuente de muerte y se han convertido en la primera causa de muerte entre los jóvenes. Más de la mitad de los accidentes se producen en las ciudades. El espacio público que ocupa un viaje medio en coche de casa al trabajo es 90 veces mayor que si ese viaje se efectúa en metro y 20 veces más que si se realiza en autobús o tranvía.

Uno de los parámetros de calidad de vida de las ciudades es el que aporta el tiempo que perdemos en desplazarnos a nuestros trabajos. Se asume por los expertos que si dedicamos más de una hora en la ida y la vuelta, nuestra calidad de vida se resiente. Pues bien: en las ciudades españolas el promedio sobrepasa las dos horas. Decrecer desde la ciudad del tamaño del coche hasta la ciudad del tamaño del peatón se presenta como una utopía necesaria.

## EL TAMAÑO DE LOS RESIDUOS SÓLIDOS URBANOS

CADA CIUDADANO DE OCCIDENTE PRODUCE 3 KG Y  
NUESTRA MOCHILA ECOLÓGICA SIGUE CRECIENDO...

En 2007 las ciudades españolas generaban más de 20 millones de toneladas/año de basuras urbanas. Ocupaban el volumen de una ciudad media de 50.000 habitantes. El consumo actual de bienes y servicios de las ciudades ha aumentado de forma espectacular a lo largo de las últimas décadas y, con él, también el consumo de recursos naturales. Este modelo de producción en gran escala realizado en países lejanos ha dado pie al crecimiento de grandes superficies comerciales. En poco más de 25 años más de 500 grandes instalaciones han colocado al Estado español a la cabeza europea en superficie comercial construida.

Mientras al ciudadano "consumo" se le han ofrecido aparcamientos gratis y grandes avenidas, el ciudadano de los derechos tiene que pagar por el aparcamiento al tiempo que se le ofrecen aceras estrechas y se le recortan los servicios urbanos.

## EL TAMAÑO DE LA HUELLA ENERGÉTICA

La población urbana de Europa hace uso del 71 por ciento de la energía total consumida en el continente. Esto es: las ciudades europeas son responsables de casi las dos terceras partes de la contaminación total que produce Europa. Los expertos señalan que se podría ahorrar hasta el 50 por ciento de la energía consumida si los diseños urbanos tuvieran en cuenta la orientación de los edificios para aprovechar mejor la energía solar y la iluminación natural.

En cuanto a la iluminación de los exteriores, la factura energética crece notablemente. Es importante considerar que en los últimos años el gasto anual de alumbrado público en España ha crecido mucho más rápido que la población. Aproximadamente, la mitad del alumbrado público se pierde hacia el cielo —con un coste de 450 millones de euros de 2008—, ilumina árboles de forma innecesaria o resulta molesto para las viviendas, con focos lumínicos que penetran por las ventanas. Según el plan estratégico de ciudades sostenibles, nuestros espacios urbanos han de reducir más del 60 por ciento el consumo eléctrico.

Hay que plantearse escenarios en los que sea posible reducir la intensidad y la cantidad de la iluminación exterior, instalando lámparas de bajo consumo, realizando un correcto mantenimiento de las luminarias y colocando miniplacas solares, entre otras medidas. Esto aparte, conviene recordar que los espacios urbanos son los responsables del 60 por ciento de los gases que producen el cambio climático. Un decrecimiento del metabolismo urbano es la única vía práctica para salvar el clima del planeta.

## EL TAMAÑO DE LA HUELLA ECOLÓGICA

... LA CIUDAD, UN MONSTRUO QUE DEVORA MÁS ALLÁ DE  
SU PROPIO ESPACIO...

Para los preocupados por el decrecimiento, los efectos de la insostenibilidad de las ciudades no afectan tanto al espacio que ocupa como a una degradación de espacios y recursos que va mucho más allá en la forma de su huella ecológica plena. Las ciudades modernas no

sólo condenan a la pobreza a amplios sectores sociales: nos condenan también a la destrucción masiva de recursos naturales.

Para que un metro cuadrado de las ciudades españolas funcione se necesitan 60 metros cuadrados de espacio rural, de suelo agrícola, forestal o praderas, que permita que el ganado produzca bienes y servicios para las grandes urbes. La huella ecológica urbana no hace más que crecer y crecer. Comoquiera que hace 50 años las ciudades necesitaban, por cada metro cuadrado urbano, sólo 25 metros cuadrados rurales, la proyección, de seguir este tren de consumo y gasto, señala que para 2050 harán falta 500 metros cuadrados de suelo rural por metro cuadrado urbano.

En conjunto, mientras la media mundial de suelo agrícola disponible por persona es de 1,8 hectáreas, los españoles urbanitas necesitan casi cuatro veces más (hasta 6,395 hectáreas).

Pero esta locura de crecimiento no parece tener fin. En el periodo de estudio 2001-2007 se ha clasificado como Suelo de Naturaleza Urbana —urbano y urbanizable por planeamiento— mucho más de lo necesario para los aumentos de población correspondientes. Las capitales de provincia que han experimentado un aumento del suelo urbano (29 de las 50 estudiadas) reflejan un crecimiento medio del 38,13 por ciento, lo que supone más de seis veces el crecimiento de la población en el periodo estudiado. En algunas de ellas el crecimiento ha sido muy notable, llegando a un 216,42 por ciento en el caso de Murcia o a un 134,13 por ciento en el de Toledo. La utopía de las ciudades como imaginario del bien social colectivo está siendo asesinada a manos de los especuladores del suelo urbano.

## DISCURSO II. EL EXPLICATIVO: PERO... ¿QUÉ SE CUECE?

NO PODEMOS SEGUIR DEBATIENDO LOS EFECTOS NEGATIVOS DE LA BURBUJA INMOBILIARIA, SIN PLANTEARNOS QUÉ MANTIENE CALIENTE, QUÉ ES LO QUE SE CUECE BAJO LA OLLA DE LOS ESPACIOS URBANOS...

¿En qué consiste esto de decrecer? ¿Se trata de hacer las casas más pequeñas de lo que ya son? ¿O de arrejuntarnos aún más, si cabe, en nuestros saturados barrios urbanos? No, no se trata de nada de

eso. Es más bien al revés, porque es el actual modelo urbano de crecimiento el que nos arrincona en edificios saturados e insanos. Es el crecimiento del urbanismo actual el que nos condena a habitar casas cada vez más pequeñas. Es el crecimiento actual el que nos concentra en grandes atascos. El decrecimiento del espacio destinado al coche nos permitirá disfrutar del espacio urbano. El decrecimiento de la contaminación permitirá que prospere nuestro respirar. El de la huella ecológica propiciará que disfrutemos del conjunto de recursos de la biosfera.

Pero ¿por qué el crecimiento del beneficio económico produce cada vez más conglomerado de gente? ¿Por qué necesita ciudades cada vez más grandes y compactas? La respuesta es simple. Por un lado, para el especulador, para el banquero que concede los préstamos hipotecarios, el tamaño de la vivienda es sólo un coste; si ahorra suelo puede hacer más casas y ganar más. Es la lógica del beneficio del que no concibe la vivienda como un servicio digno, sino como un negocio especulativo. Por otra parte, las grandes ciudades, los barrios dormitorio, son almacenes de mano de obra disponible en grandes cantidades, lo que permite forzar salarios más bajos y consumos masivos. No podemos separar la ciudad moderna del sistema que la nutre y la conforma. Este sistema, su lógica del lucro acumulativo, configura el espacio urbano y lo ordena al servicio de los flujos monetarios.

No podemos seguir debatiendo los efectos negativos de la burbuja inmobiliaria sin plantearnos qué es lo que se cuece bajo la olla de los espacios urbanos. En la elaboración de las políticas de crecimiento nuestras elites económicas, políticas y publicitarias nos prometen que con aquél habrá fondos para la Seguridad Social y para el desarrollo sostenible: nos recuerdan que no puede haber Estado de bienestar sin crecimiento. Sería bueno analizar este asunto un poco más despacio. Primero, la política de desregulación y privatización que impulsa el crecimiento está socavando las bondades a las cuales el crecimiento prometido está supuestamente supeditado. Segundo, cuando hay fondos no se usan para fines benéficos, sino para fortalecer el sector de los negocios.

## MEGAURBES, ¿HACIA DÓNDE VAMOS?: EN BUSCA DE UNA NUEVA GEOMETRÍA DE LA INSOSTENIBILIDAD

... UNA NUEVA INFRAESTRUCTURA HABITA ENTRE NOSOTROS, NO PERTENECE AL MUNDO SENSIBLE, SINO AL MUNDO INTELIGIBLE...

A nadie se le esconde que en el último cuarto de siglo, y gracias a fondos estructurales y grandes flujos de capital, hemos asistido a una transformación brutal. Sólo en Europa, más de 600.000 infraestructuras grandes y medianas han venido a transformar el territorio. Prácticamente hemos reformado o retocado más del 70 por ciento de las infraestructuras que existían antes de 1980. Las consecuencias positivas y negativas aún tardaremos algún tiempo en comprenderlas en toda su profundidad y extensión.

Sin embargo, ha habido otro cambio estructural que no es tan visible como el anterior: el que afecta a la relación entre el poder público y el sector privado. Este cambio, aparentemente silencioso, sí que ha sido y es un cambio profundo en la estructura del poder económico, un cambio profundo en la capacidad de operar en el territorio para generar bienes y servicios. Hemos asistido a la deslegitimación, primero, y a la transformación, después, de las políticas públicas orientadas a la redistribución de la riqueza, propias del Estado social democrático y de derecho del que nos hemos dotado en la Carta Magna (véase artículo 1 de la Constitución Española). En su lugar se ha producido una reformulación del papel del poder del Estado, que ha adquirido de modo progresivo un carácter empresarial y proactivo, abandonado sus responsabilidades de servicio público.

Este fenómeno ha sido subrayado por numerosos autores, que lo caracterizan a través de los dos adjetivos mencionados: "empresarial" —en tanto que las instituciones deben impregnarse de un sentido emprendedor que les permita identificar o crear oportunidades de inversión innovadoras, al tiempo que adoptan criterios y esquemas organizativos similares a los utilizados por el sector privado— y "proactivo" —en cuanto que el sector público se convierte

en un socio activo mediante acuerdos o apoyos directos a la iniciativa privada—. Es en este contexto donde la relación entre el sector público y la iniciativa privada se concibe cada vez más como un "partenariado", no siendo extraño que la aportación de cuantiosos fondos públicos como subvención directa, para actuaciones que responden fundamentalmente a intereses privados, reciba el calificativo de "buenas prácticas empresariales". Otro aspecto de la mayor trascendencia es que la participación de la Administración Pública en potentes intervenciones territoriales implica la asunción de riesgos, que son compartidos por el sector privado, pero con consecuencias muy desiguales en caso de producirse pérdidas. La probabilidad de que grandes proyectos urbanos o megaproyectos produzcan déficits debido a su naturaleza especulativa e inmobiliaria provoca, más tarde, una socialización de costes y riesgos a la vez que una privatización de los beneficios.

#### LAS GRANDES INFRAESTRUCTURAS Y LA IMPORTANCIA DEL SECTOR INMOBILIARIO

La exención de impuestos a los empresarios para que inviertan los fondos públicos en actividades de lucro es una nueva y oculta estructura financiera que ha permitido la capitalización privada, en visible abandono de la función redistributiva a la que están obligados los poderes públicos. En relación con la naturaleza inmobiliaria de los proyectos, Harvey ha puesto de manifiesto que la competencia interurbana e interregional conduce a que la gobernanza urbana se centre en orquestar una dinámica de continuas inversiones y en asegurar ciertas inversiones públicas consideradas cruciales. Del mismo modo, para Smith la promoción inmobiliaria constituye, en la actualidad, un aspecto central en el funcionamiento económico de las ciudades. Parece también probado que las decisiones sobre la creación de superficies terciarias o comerciales vienen determinadas por criterios inmobiliarios, sin que existan estudios que fundamenten dicha demanda, según revela el análisis de grandes proyectos urbanos en diferentes ciudades europeas realizado por Rodríguez y otros.

## LOS MEGAPROYECTOS

Altshuler y Luberoff han caracterizado como megaproyectos aquellas iniciativas que reúnen las siguientes características: 1) se refieren a proyectos de construcción de estructuras, equipamiento, preparación de emplazamientos para su desarrollo, o a alguna combinación de los anteriores elementos; 2) son iniciativas muy costosas; de manera aproximada cifran su coste en un mínimo de 900.000 millones de euros (de 2002); 3) surgen del sector público, que las financia en buena parte o en su totalidad.

Las intervenciones territoriales de gran envergadura en esencia sólo son una política neoliberal orientada a una reestructuración espacial, económica y social como reflejo de una nueva geometría de poder, es decir, una nueva gobernanza basada en el desmantelamiento de la soberanía territorial, de la soberanía alimentaria, de la soberanía energética, etc. En definitiva, estamos ante un modelo territorial que permite la rapiña de los recursos en virtud de un proceso de monetarización de los bienes comunales de la biosfera.

## DISCURSO III. EL COMPRESIVO: EL DECRECIMIENTO URBANÍSTICO COMO NUEVO REFERENTE UTÓPICO

EL MITO DE ESTE CRECIMIENTO URBANÍSTICO CONTINUO  
HACIA EL INFINITO ES IMPOSIBLE EN UNA BIOSFERA  
FINITA Y CONCRETA...

### LAS CUATRO SUBCULTURAS DEL CRECIMIENTO

El mito del crecimiento asienta sus raíces en las culturas ancestrales, desde la génesis misma de las civilizaciones, tal vez expresado en el mandato divino de "creced y multiplicaos". Pero es en la modernidad capitalista donde cobra toda su fuerza reveladora, en la forma de un elemento que articula y da cohesión interna al propio sistema. La modernidad ha cambiado el "creced y multiplicaos" por la reproducción y el crecimiento de los beneficios acumulativos de capitales monetarios en sustitución de los bienes comunales de la biosfera.

Este paradigma básico, el crecimiento de valores monetarios, se ha ido desarrollando hasta articular cuatro subculturas propias en distintos ámbitos del tejido urbano y social y en distintas fases históricas.

La primera tiene que ver con el mundo de las cosas y se basa en el axioma que sustituye el ser por el tener. Soy más porque tengo más. Los artefactos, las cosas, son los que me dan el ser. El "cosismo" como ideología.

La segunda es la muerte del tiempo vital: no hay tiempo ni para respirar. La subcultura de las prisas y el coche, la movilidad loca. Las prisas por producir más y en menos tiempo. *Tiempos modernos*, la película de Chaplin, da buena cuenta de ello. Necrosis del tiempo vital como praxis.

La tercera subcultura tiene que ver con lo que conocemos del mundo. Conocemos objetos y sujetos separados de sus complementarios. El crecimiento, que percibimos, no parece que produzca decrecimiento. Cuando en un país crece la economía, no somos conscientes de que algún otro decrece. Cuando yo gano, alguien tiene que perder. Cuando un árbol crece, los recursos del suelo decrecen. Sin embargo, existe una amnesia colectiva: sólo veo lo que crece, sólo veo mis beneficios y el desbeneficio que produzco se me hace invisible; sólo veo mi crecimiento económico sin apreciar el decrecer de los otros como algo vinculado a mi propio crecimiento. No logramos entender que la pobreza sólo es el fruto del expolio de los que se llaman ricos. La ideología del crecimiento tiene algo de conocimiento tramposo, de ocultamiento: no es que mienta, pero tampoco digo toda la verdad al igualar crecimiento a "casi-crecimiento" o a "casi-ocultamiento".

La cuarta subcultura iguala crecimiento con desarrollo. El mito del desarrollo como crecimiento nos impide soñar con otros mundos posibles. La mejor utopía posible, si no produce crecimiento, no es utopía. La utopía separada del crecimiento parece imposible.

## EU-TOPOS Y ECO-TOPOS

No es una locura hablar de decrecimiento urbanístico. Desde Ecologistas en Acción se sugiere que es posible hacer que las ciudades decrezcan. Aún mejor: probablemente sea la única opción viable

ante la crisis global, la única opción viable para recuperar nuestro poder adquisitivo, la única opción viable para evitar que se extinga la vida sobre el planeta.

Porque es cierto que las ciudades no sólo destruyen vida sobre el suelo en que se asientan, sepultando suelo fértil bajo el asfalto. También absorben grandes cantidades de recursos de los espacios rurales y vierten gran cantidad de residuos al mar, al aire y a la tierra. Cuando Tomás Moro escribió *Utopía*, situaba el sueño en una isla ideal, una nueva república, un lugar donde una nueva alianza entre campo y ciudad fuese posible. Planteaba que debemos, cada cierto tiempo, practicar el intercambio de las poblaciones: cada cierto tiempo, las gentes del campo deberían ir a vivir a la ciudad y las de la ciudad, trasladarse al campo. El intercambio igualitario de vidas entre ciudad y campo era la utopía necesaria.

El origen etimológico de la palabra *utopía* no fue explicado por Moro. Los estudiosos de su obra identifican ese origen en dos palabras griegas: *topos*, lugar, y *eu*, buen. ¿Dónde estará ese buen lugar, ese *eutopos* en el que vivir? ¿Qué características tendría? ¿Será un híbrido entre la ciudad y el campo? ¿Qué cantidad del uno o del otro será la medida adecuada? No olvidemos que más de la mitad de la población mundial vive en ciudades, aunque no todos los habitantes de éstas consumamos los mismos recursos. En conjunto, el 50 por ciento de la población mundial absorbe el 96 por ciento de los recursos del planeta. El 49 por ciento de esa población mundial sobrevive, entre tanto, con el 4 por ciento de los recursos naturales. De todas las emisiones de efecto invernadero el 65 por ciento lo emiten las ciudades del mundo.

Repensar la utopía urbana, soñar colectivamente, como otra forma de habitar el espacio, no es fácil. Más aún cuando nuestros sueños están contaminados por los ruidos urbanos y nuestros pensamientos están manchados con la polución de los coches privados. Pero, a pesar de estas circunstancias, también se hace valer una necesidad imperiosa de buscar vidas mejores. No sólo necesitamos nuevos espacios para vivir (*eu-topos*), ciudades nuevas y mejores, también necesitamos una nueva forma de habitarlos (*eco-topos*), una forma de vivir aquí sin producir daño más allá. No sólo necesitamos utopías, sino también ecotopías.

En ese contexto provisional e incierto se han ido configurando algunas nuevas utopías y ecotopías aún borrosas y pobres. Adelantemos algunos titulares o palabras clave que retratan esas nuevas utopías, para empezar a soñar:

- *Rurbanizar* las ciudades: la agrociudad como imaginario colectivo.
- Frente a la ciudad como producción machista del bienestar, la ciudad de los cuidados: de la ciudadanía a la *cuidadanía*.
- Repensar el itinerario utópico clásico del urbanismo: del *status naturalis* al *status civitas*.
- El decrecimiento del coche privado como prosperidad de la accesibilidad urbana.
- Hacer decrecer los residuos: reducir frente a reciclar.
- El decrecimiento de las prisas.
- La ciudad como espacio para la justicia climática y social.
- Reducir las distancias entre culturas: la ciudad como diversidad cultural.
- El apoyo mutuo: los bancos de tiempo.
- Las cooperativas de agroconsumidores.
- Los mercados de cercanía.
- Las tiendas gratis: el trueque.

## BIBLIOGRAFÍA

- ACCIÓN CULTURAL CRISTIANA (1996), *Carta a un consumidor del Norte*, Acción Cultural Cristiana, Madrid.
- BOFF, L. (2002), *Ecología: Grito de la Tierra, grito de los pobres*, Trotta, Madrid.
- FERNÁNDEZ DURÁN, R. (2006), "El tsunami urbanizador español y mundial", [http://www.nodo50.org/ramonfd/tsunami\\_urbanizador.pdf](http://www.nodo50.org/ramonfd/tsunami_urbanizador.pdf)
- NAREDO, J. M. (2005), *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra*, Universidad de Granada, Granada.
- NOVO, M. (2010), *Despacio, despacio. 20 Razones para ir más lentos por la vida*, Obelisco, Barcelona.
- REGOLINI, C. A. (2008), "El diseño del proyecto urbano sostenible", <http://www.ecourbano.es/el%20dise%C3%B1o%20del%20proyecto%20urbano>
- RUSSELL, M. (1993), *La tierra inteligente*, GAIA, Madrid.
- TRIGO CHACÓN, M. (2004), *Los nuevos feudales. De las multinacionales a la globalización*, Matri, Madrid.

**DECRECIMIENTO Y MEDIO RURAL.  
RECUPERACIÓN DE LA RESILIENCIA RURAL EN  
LOS ALBORES DEL DECRECIMIENTO ENERGÉTICO**

MANUEL CASAL LODEIRO

**LA GRAN ESTAFA DE LA 'MODERNIZACIÓN'  
DEL CAMPO**

Quizás uno de los ámbitos donde más éxito ha alcanzado el mito del progreso<sup>1</sup> haya sido el de las áreas rurales de los países industrializados. Podemos ver ese éxito reflejado en la opinión, mayoritaria entre sus habitantes, de que deben aspirar a los mismos servicios (en calidad y extensión) que los residentes en las ciudades, como si esos servicios fuesen —por un lado— realmente necesarios para ellos y —por otro— una especie de derecho natural en lugar de, como son en realidad, un producto efímero de la era del crecimiento, o más concretamente del Estado de bienestar, su hijo de corta vida<sup>2</sup>. No se admite que la carencia de esos supuestos beneficios de la modernidad se pueda compensar en el campo con otros de índole diferente: una vida más tranquila, más saludable, más sustentable, más humana... y sólo se quiere ver la falta de lugares de ocio moderno, de centros comerciales o de hipermercados ampliamente dotados de sustitutos exóticos de los alimentos tradicionales y locales de temporada. Así es que los habitantes del campo, al querer disponer de este tipo de lujos, se convierten en ocasiones en los más acérrimos demandantes de prácticas insostenibles. Donde

anteriores generaciones dispusieron de un pequeño soto para alimentarse y provisionarse de combustible sustentable (leña) ahora se demanda una pista asfaltada para poder circular con el 4x4. Donde hubo durante siglos un pastizal para alimentar el ganado que consumía o vendía la gente del pueblo ahora se aplaude un polígono industrial para empresas de fuera. Y ¡pobre del alcalde o la alcaldesa que no proporcione a sus vecinos su piscina climatizada, su estación depuradora centralizada y su polígono industrial! Será tachado/a de atrasado/a, de no preocuparse de sus vecinos, y defenestrado/a a las primeras de cambio, cuando no simplemente forzado/a por normativas legales pensadas desde y para las urbes. Pero no acaba ahí la cosa, sino que la lógica del progreso hace que cada agricultor/a pretenda poseer su propio tractor —cuanto más grande mejor—, aunque sólo lo use unos pocos días al año, porque —ya se sabe— “compartir es de pobres”.

Esa manera de pensar lleva décadas extendiéndose como una plaga en nuestros campos, y sólo entre los más viejos es frecuente hallar alguna resistencia a asumirla. Las nuevas generaciones criadas en plena era de la televisión no querrán otra cosa que aquello que las acerque (asimile) al modelo de vida urbanita, sin apreciar ningún valor en lo que fue sostén local de innumerables generaciones anteriores<sup>3</sup>. No existe apenas conciencia de que aplicar esos modelos en un medio como el rural es aún más insostenible si cabe que en las ciudades. Esto es algo especialmente notorio en la cuestión del transporte, ya que el medio rural, obviamente, tiene una población más dispersa.

En relación con el origen de ese cambio de mentalidad cabría hacer un análisis histórico y sociológico muy revelador. Dado que no es el objeto central de este texto, me limitaré a esbozar mi opinión al respecto. El hecho de que hoy la gran mayoría de los habitantes del campo posean esa escala de valores y deseos no es sino fruto de la colonización de las mentalidades (ideologización), proceso por el cual una sociedad (en este caso la rural) asume la ideología de quien ejerce un poder sobre ella (el colonizador ideológico: aquí, las elites urbanas industrializadas, la *intelligentsia* del capitalismo industrial). Es un proceso análogo al sufrido por las naciones colonizadas, sólo que en este caso se da, dentro de un mismo país,

entre los ámbitos rural (atrasado colonizado) y urbano (moderno colonizador). Considero sin duda la televisión como el vehículo fundamental de esa colonización y de la sustitución de la visión tradicional del mundo que existía en las comunidades rurales<sup>4</sup>. Es la vía por la que nos llegan esos cantos de sirena del consumismo que nos arrojan contra los acantilados de la insostenibilidad. Según acertó a describir Nicholas Georgescu-Roegen<sup>5</sup>, las comunidades campesinas tradicionalmente supieron recelar —con buena intuición por lo general— de los cambios que la ciudad les invitaba a introducir. Pero la llegada de la televisión a la casi totalidad de los hogares rurales, como ubicuo caballo de Troya, acabó por derrotar en apenas un par de décadas<sup>6</sup> esas reticencias defensivas del campo frente al *urban way of life*, incluso en aquellos países y regiones donde aún se daba una mayor pervivencia del modo de vida agrario tradicional. Este tipo de procesos se produce cuando el pueblo —o la clase social— desfavorecido y colonizado busca pautas de comportamiento imitando al poderoso (colonizador) y acaba creyéndose que es un pueblo ignorante cuyo modo de vida debe ser superado. Semejante interpretación pone en los factores exógenos, más que en los endógenos, el origen del cambio de imaginario colectivo rural del que tan solo pretendo dar unas pinceladas para ponernos en contexto<sup>7</sup>.

Podríamos encontrar los primeros pasos en esta dirección en el final del Antiguo Régimen (finales del siglo XVIII, principios del XIX), cuando se forzó a los agricultores europeos con la nueva legislación liberal (las *enclosures* en Inglaterra, la desamortización en España, etc.)<sup>8</sup>, entre otros cambios, a manejar dinero —hasta entonces sus impuestos o foros eran pagados en especie a las clases rentistas—. Fue entonces cuando en muchos países de Europa el campesinado fue empujado a dar su primer paso en el mundo protocapitalista<sup>9</sup>. Al sucumbir a esa imposición, el mundo rural se convirtió paulatinamente en víctima de unos intereses externos a él —los intereses del capitalismo—, de la acumulación de beneficios y excedentes, de la propiedad privada como modelo único, del lucro y toda su nueva colección de antivalores (apariencia, despilfarro, “más es mejor”, etc.). El capitalismo industrial necesitaba tierras que produjesen plusvalías en los campos, y obreros y consumidores

en las urbes: los labradores autosuficientes y de vida simple, que buscaban en la tierra tan solo su sustento y el de sus descendientes, no le servían para nada<sup>10</sup>; más bien al contrario, eran un modelo antagonista que eliminar del mercado de las ideas<sup>11</sup>. Así que, por el peso de las leyes liberales o mediante trampas ideológico sociales se fue forzando su masiva reducción. Hasta nuestros días, en los que muchos agricultores han acabado endeudados a cambio de un modo de vida que no necesitaban y de unas técnicas y maquinarias que supuestamente eran más eficientes, todo ello enmarcado en leyes y modelos de mercado impuestos en beneficio de otros. Les vendieron un progreso insostenible porque su modo de vida supuestamente era atrasado, inculto, y sobre todo no daba dinero. Es decir, el mundo rural tradicional no cometió un suicidio, sino que fue asesinado con premeditación. Como resultado, los agricultores acabaron siendo asalariados en sus propias tierras, mal pagados y, por si fuera poco, hipotecados. En esa coyuntura, demandar los mismos servicios que los urbanitas acaba siendo resultado lógico del proceso de alienación y precarización descrito; un proceso en el cual el mundo rural se volvió dependiente, es decir, perdió su autosuficiencia, su capacidad de supervivencia... su resiliencia.

## LA PÉRDIDA DE LA RESILIENCIA TRADICIONAL RURAL

Si algo caracterizaba a las comunidades rurales de cualquier lugar y época era su elevado nivel de *resiliencia*. Este concepto, manejado tanto en la física como en la biología o la ecología —y cada vez más con un enfoque social por parte de movimientos como la permacultura o las Ciudades en Transición (*Transition Towns*)<sup>12</sup>—, se refiere a la habilidad o capacidad de un ecosistema (o una comunidad) para encajar estrés ambiental (por ejemplo, una catástrofe) y adaptarse a él sin cambiar sus patrones característicos, para permanecer estable sin graves perturbaciones y sólo con algunas adaptaciones menores.

En la medida en que nuestras comunidades rurales tradicionales dependían poco del exterior para sus necesidades básicas, eran resilientes<sup>13</sup>. Aunque no hubiera mucho de nada, había algo

de casi todo: lo suficiente para vivir modestamente, que fue como vivieron nuestros campesinos hasta épocas muy recientes. Hoy en día basta con imaginar qué pasaría en cualquiera de nuestros pueblos si dejan de llegar camiones cisterna a su gasolinera, si faltan medicinas en su farmacia, si no hay quien traiga de una fábrica ladrillos, tablonos, aluminio o tejas para arreglar una casa, o si no tenemos repuestos en la tienda de turno (ferretería, ordenadores, bicicletas, taller de coches, electrodomésticos...). Puede que haya una panadería, sí, pero ya no cultivamos trigo en la comarca. Hay un supermercado, pero no tenemos suficientes huertas para abastecerlo de verdura y fruta frescas. Hay una carnicería, pero apenas nadie cría ganado. Hay un carpintero, pero hemos cortado ya casi todos los árboles o los vendemos para producir papel...

Con la modernización del campo —y mucho más desde el comienzo de la mundialización neoliberal— se ha producido una concentración de servicios en áreas concretas, una especialización geográfica dependiente del comercio a grandes distancias, que nos ha hecho perder autosuficiencia en el nivel local; hemos pasado a depender de una industria siempre en marcha y de sus productos siempre transportables *just in time*. Esto nos ha vuelto poco resilientes, en definitiva. Aunque qué duda cabe de que en las ciudades la situación es aún peor, pues han sacrificado sus *hinterlanden* productivos para traer alimentos desde cientos o miles de kilómetros de distancia, han urbanizado las zonas de tierra más fértil, desecado valiosos acuíferos y humedales e instalado en su lugar industrias insostenibles orientadas a la exportación, entre otras actuaciones suicidas. La ventaja comparativa del campo en este sentido no nos sirve de mucho consuelo.

## FACTORES ESPECÍFICOS DE INSOSTENIBILIDAD Y CAMINOS PARA EL DECRECIMIENTO EN EL MODO DE VIDA RURAL

En países que hasta hace relativamente pocas décadas conservaron modos de vida y de producción precapitalistas y preindustriales (caso de los países ibéricos, sobre todo en ciertas áreas más tardíamente

industrializadas) se cuenta paradójica y afortunadamente con una mejor situación de partida para el decrecimiento, precisamente porque aún no han crecido mucho. Sin embargo, esta ventaja del atraso, ese patrimonio cultural y natural que aún conservamos, se está evaporando a marchas forzadas, y las propias áreas en avanzado proceso de ideologización, colonizadas por mentalidades productivistas foráneas y por las propias elites modernizadoras locales, están abandonando sus métodos de cultivo tradicionales, su biodiversidad y sus modos de vida aún cuasi sostenibles, en aras del progreso<sup>14</sup>, la publicidad y la comparación omnipresente con los estándares de (supuesto) bienestar que divulga la televisión, instrumento de propaganda ideológica, irradiador de consumismo e insostenibilidad, cabeza de puente capitalista en los hogares rurales.

Si queremos detener este proceso e invertir la tendencia, la primera toma de conciencia imprescindible deberá ser la que nos recuerde que no se puede vivir en el campo de la misma manera en que se vive en la ciudad. Lo cual no quiere decir que se deba vivir peor, claro está. Tratar de imitar el modo de vida urbano sólo llevará al habitante rural a ser aún más insostenible que el urbanita. La clave aquí es, por supuesto, la relocalización: volver a vivir/producir/consumir más en el ámbito comunitario de proximidad. En palabras de Serge Latouche: "Producir de manera local, esencialmente productos que sirvan para satisfacer las necesidades de la población a partir de empresas locales financiadas por el ahorro generado localmente"<sup>15</sup>. Según el Post Carbon Institute, responsable —entre otros— de la web *Relocalize.net*, los objetivos de la relocalización son: "Aumentar la seguridad energética de la comunidad, fortalecer las economías locales y mejorar drásticamente las condiciones ambientales y la justicia social". Debe basarse, en su opinión, en "la producción local de comida, energía y bienes, así como en comunidades que promuevan su propio gobierno, cultura y moneda locales"<sup>16</sup>. El consenso en torno a esta apuesta por la relocalización es abrumador en los ámbitos de la ecología social, el decrecimiento, la economía ecológica, la transición pospetrolera, etcétera<sup>17</sup>.

La mencionada modernización ha supuesto que la vida en el campo cada vez comparta más la insostenibilidad de las ciudades o

la existente a escala mundial. No obstante, existen ciertos factores sobre los que haré especial hincapié en este texto porque afectan de una manera especial o más intensa a los habitantes del campo. Y será precisamente en cada uno de ellos donde propondré algunas alternativas prácticas de signo decrecentista, dejando a un lado la obviamente necesaria presión política que deberá acompañar a todas ellas, sobre todo en el nivel municipal.

## TRANSPORTE Y MOVILIDAD

Hoy en día se considera impensable vivir en el campo sin disponer al menos de un coche por familia. No está muy lejos la época en que caminar varios kilómetros cada mañana para asistir a la escuela, o pasar todo un día en el camino para ir a vender los excedentes agrícolas a una feria o mercado, era la norma entre los labradores de muchas partes del mundo. Pero ahora nos encontramos, por ejemplo, con que se considera un enorme atractivo (valorable incluso monetariamente) que una casa de pueblo esté situada próxima a una autovía. Es decir, se ha interiorizado que el automóvil es imprescindible para quien vive en el campo: es casi una parte más de su cuerpo. Esto está muy vinculado con el resto de factores de insostenibilidad, pues para abastecerse de alimentos, ropa, atención médica o simple entretenimiento, el modo de vida moderno requiere desplazarse en automóvil en ocasiones a decenas de kilómetros de distancia. El inminente Techo o Cénit de la extracción mundial de petróleo convertirá esto en un anacronismo en muy pocos años, al resultar cada vez más escaso y caro el combustible<sup>18</sup>. En consecuencia, al carecer de medios de transporte públicos suficientes en la mayoría de los entornos rurales —no sólo de los países del Sur, sino también en los del Norte rico— los habitantes muy probablemente se vean obligados, por pura incomunicación, a volver a buscar la satisfacción de las necesidades diarias en su ámbito más próximo: la aldea o el pueblo más cercano, en cualquier caso no más de unos pocos kilómetros a la redonda.

El Techo del petróleo y el cambio climático son razones más que suficientes para abandonar la obsesión por el coche y volver a asignar al viaje su papel histórico como excepción<sup>19</sup>, y no como

norma. La recuperación de los animales para el transporte (caballos, burros, mulos y bueyes; con o sin carro), la bicicleta y los recorridos a pie no sólo ahorrarán energía y materiales, sino que nos pondrán de nuevo en contacto con la naturaleza y con nuestros propios vecinos<sup>20</sup>.

En los casos en que haya que usar necesariamente un vehículo de motor, deberemos optar por los vehículos y combustibles más eficientes y ecológicos<sup>21</sup>: es decir, menos combustibles fósiles o agrocombustibles importados y más aceites o alcoholes producidos localmente<sup>22</sup>, que serán la clave para la movilidad motorizada a medio plazo mientras decenas de millones de personas se adaptan a una vida más local. Por supuesto, todo esto tendría que apoyarse en una defensa a ultranza del transporte público sostenible, adaptado en su concepción y diseño (rutas, horarios) para facilitar esa vida más local y la conexión esporádica pero eficiente con otros núcleos (aldeas con pueblos y pueblos con ciudades).

## ACTIVIDAD ECONÓMICA

La actividad económica del campo es por antonomasia la producción de alimentos, pero no solamente, ya que aquél también ha sido fuente de materias primas de primera necesidad: material orgánico para tejidos (lana, lino, cuero, cáñamo, tintes...), materiales para construcción (piedra, madera, arcillas, resinas, cal, pinturas, barnices...) y combustible (leña y carbón). Pero hoy esta actividad económica rural ha cambiado casi por completo y el campo ha sufrido como consecuencia una profunda transformación social. La mundialización ha exigido abrir el propio mercado y traer productos de otros países que han desestabilizado la economía tradicional rural autocentrada, perdiendo por el camino valiosos recursos y conocimientos, sustituidos por productos procedentes de lugares remotos (el lino y la lana por el algodón o las fibras elaboradas a base de petroquímicos, por citar sólo un ejemplo). En este contexto decrecer significa, por tanto, volver a autoproducir<sup>23</sup>, renunciar a importar lo que puede ser producido localmente (o sustituido por lo producido localmente) y rechazar la producción destinada exclusivamente a la exportación<sup>24</sup>. También significa repensar las

industrias que en la actualidad se ubican por diversos motivos en áreas rurales, y reorientarlas hacia productos que satisfagan realmente necesidades humanas (locales) y mejoren la vida de los propios habitantes del ámbito rural mediante circuitos cortos de producción-distribución-consumo<sup>25</sup>.

Decrecer también significa en este caso abandonar la costumbre, inédita anteriormente en la historia, de trabajar en la ciudad y vivir en el campo a no ser que existan transportes públicos sostenibles y las distancias sean modestas: va contra la lógica del decrecimiento vivir en un pueblo y recorrer todos los días en un vehículo privado 30 kilómetros para ir a la ciudad y otros 30 para volver. Si optamos por vivir en el campo —algo que hará cada vez más gente<sup>26</sup>—, deberemos o bien teletrabajar o bien buscar un empleo en las cercanías, quizá peor remunerado en la actualidad, pero probablemente más sostenible y con mejor porvenir. Con ello no sólo contribuiremos a un mejor futuro para nuestra especie, sino a una vida social y económica más activa en nuestro pueblo. Será necesario reabrir pequeños comercios, huertas, talleres, mercados y servicios en cientos de pequeñas poblaciones. Aprender un oficio útil (recuperando, por ejemplo, prácticas artesanales tradicionales) puede ser un paso necesario para quien actualmente viva en el campo pero tenga un trabajo no relacionado directamente con dicho ámbito, aunque la tendencia en la evolución humana consista en ser de nuevo más generalistas (saber desempeñar muy diversas labores) y menos especialistas<sup>27</sup>. Surgirán sin duda nuevos nichos de actividad y de negocio en el tránsito a un mundo más local y en decrecimiento (probablemente un decrecimiento más forzoso que voluntario) y, como suele suceder, los pioneros y pioneras tendrán dificultades pero también mejores oportunidades y disfrutarán de la satisfacción de contribuir a reconstruir una economía sostenible en sus comunidades. La producción de alimentos ecológicos para consumo local y de energía renovable descentralizada, la reparación de todo tipo de elementos (ropa, calzado, vehículos, aparatos, muebles...), la construcción sostenible, la mejora de la eficiencia energética de las viviendas, los oficios tradicionales recuperados y adaptados, y todo tipo de servicios personales serán previsiblemente áreas de gran actividad

y dinamismo en las zonas rurales de nuestro mañana inmediato<sup>28</sup>. Los más jóvenes deberían reorientar su formación hacia estos nuevos viejos nichos o adaptarla en la medida de lo posible mediante cursos complementarios y aprendiendo de los mayores, artesanos/as y agricultores tradicionales que aún poseen, en algunos lugares más atrasados, las claves de una economía en equilibrio con una naturaleza de la que se sabían parte inseparable. Ese saber tradicional debe ser enaltecido no sólo por su valor humano, social, cultural, etnográfico o histórico, sino también, ahora, por su utilidad y su futuro<sup>29</sup>.

A todo esto cabría añadir, integrada dentro del cambio global de valores que implica el decrecimiento, una reconsideración ética y filosófica del concepto de trabajo, que, como llevan denunciando múltiples pensadores en el último siglo y medio, es un invento moderno y en buena medida innecesario para quien se planteé un tipo de vida de decrecedor/a en el campo. Hasta no hace mucho las actividades relacionadas con la subsistencia ocupaban considerablemente menos tiempo que el que hoy supone una jornada laboral normal. No está lejos el tiempo en que la gente del campo no tenía ni necesitaba un trabajo como tal, más allá de las labores que proporcionaban lo necesario<sup>30</sup>. He ahí la clave: nos hicieron pensar que necesitábamos más cosas, otro tipo de vida, y por tanto nos vendieron la moto del trabajo como vía para lograrlo; detrás vino el dinero a crédito para mecanizar las granjas y ganar más dinero y la trampa estaba así cerrada sobre las vidas rústicas<sup>31</sup>. En consecuencia, cabe desertar del trabajo como hoy se concibe, siempre y cuando renunciemos a esas necesidades impuestas que nos atan a él. Por supuesto que entre la desertión absoluta y la sumisión completa a la rueda de hámsteres del trabajo-consumo-trabajo existen posibilidades de abandono parcial y progresivo (trabajo a tiempo parcial, bancos de tiempo, trabajo a cambio de moneda social, trabajo cooperativo...). Pero incluso tomar como referente viable del decrecimiento de una familia rural el modelo tradicional de máximo autoabastecimiento con comercio (o trueque) de excedentes no parece algo demasiado radical ni arriesgado, vista su comprobada efectividad a lo largo de milenios de historia<sup>32</sup>.

## PRODUCCIÓN DE ALIMENTOS

La dependencia absoluta que la producción agroganadera convencional tiene con respecto a los insumos fósiles es uno de los factores más alarmantes en un escenario de descenso energético como el que anuncia el fenómeno del Techo del petróleo<sup>33</sup>. No sólo el/la habitante del campo depende de ellos para producir su propia comida, sino que los mercados locales que abastecen (por desgracia cada vez menos) a las ciudades de su contorno sufrirán una considerable escasez a medida que falle el suministro de pesticidas y fertilizantes químicos, plásticos y gasoil. Como no podía ser de otra forma, aquí el decrecimiento debe ponerse del lado de la lucha por la soberanía alimentaria.

Sólo la agricultura tradicional y ecológica puede sostener la producción de alimentos en ausencia de productos derivados de los combustibles fósiles. Esto es vital reconocerlo para poder decrecer por el camino adecuado en el mundo campesino actual. La inapropiadamente llamada revolución verde supuso una auténtica y descomunal estafa en términos energéticos: en 1945 una granja típica norteamericana producía 2.500 calorías de comida por cada caloría que empleaba; en 1975 esa ratio había bajado a 1:1 y hoy en día estaría en torno a 1 caloría de comida por cada 10 empleadas<sup>34</sup>. Si tenemos en cuenta los fertilizantes, herbicidas, maquinaria, irrigación, refrigeración y transporte (entre 2.500 y 4.000 km)<sup>35</sup>, la relación actual sería de 1 caloría de comida producida a cambio de 2.000 calorías gastadas<sup>36</sup>. Por tanto, el abandono de las prácticas agrícolas y ganaderas que dependen de insumos externos procedentes del petróleo y el gas natural es una medida estratégica no sólo para la supervivencia de las explotaciones agroganaderas actuales, sino para la propia supervivencia de la población en su conjunto.

Es decir, una vez desaparecida la exuberante e irreplicable fuente energética que supone el petróleo, habrá que volver a lo único que sostuvo la alimentación humana durante milenios: los materiales renovables disponibles en las cercanías, la fuerza humana y animal, las fuentes renovables y locales de energía y el reciclado de nutrientes. Ello exigirá transformaciones tal vez dolorosas en muchas granjas familiares que han seguido un camino sin salida,

hipotecándose a menudo para perseguir un carácter industrial, monocultivista y exportador que las ha convertido en dependientes en prácticamente todos los aspectos de su actividad, como consecuencia del proceso de colonización mental y económica anteriormente descrito<sup>37</sup>.

El modelo agroganadero en su conjunto se deberá transformar para volver a un sistema muy parecido al tradicional, es decir, a una utilización de la tierra más extensiva que intensiva<sup>38</sup>; a una alimentación del ganado mediante recursos locales; a un aprovechamiento más diversificado (policultivos) y más basado en los recursos disponibles localmente (incluidos los recursos genéticos, es decir, las variantes locales de semillas y animales); a una combinación eficiente de sistemas agrícolas, ganaderos, forestales, silvopastoriles e incluso minipiscícolas, donde los ciclos de energía y nutrientes se aprovechen y reciclen al máximo; y a un sabio mantenimiento orgánico de la fertilidad del suelo, el principal tesoro de cualquier comunidad rural<sup>39</sup>. La/el habitante rural debe aprovechar la facilidad que tiene (comparada con la/el urbanita) para el aprovechamiento y reciclado local de materia orgánica mediante aves de corral o cerdos, lombricompostaje, retretes secos, etc., evitando la producción de residuos que deban ser recogidos y reciclados de manera centralizada en plantas ubicadas a decenas de kilómetros, y minimizando el desperdicio y contaminación de un agua que previsiblemente escaseará<sup>40</sup>.

Por otra parte, y enlazando de nuevo con el tema económico, a medida que la agricultura industrializada deje de ser viable será necesaria mucha más mano de obra para producir alimentos para toda la población y, por tanto, se producirá una gran demanda de nuevos jornaleras/os y campesinas/os. Este será un factor que atraerá previsiblemente, en el caso de muchas familias sin empleo y sin futuro en las ciudades, a emigrar al campo.

Para facilitar este modelo de nueva agricultura tradicional sería inteligente buscar una combinación diversa y flexible de tierras propias, tierras cedidas o alquiladas, tierras comunales o incluso parcelas abandonadas *okupadas*. Si tenemos una granja de vacas, por ejemplo, quizá sea hora de ir vendiendo algunas y comprar o alquilar algo más de tierra<sup>41</sup> para alimentar a las que nos

queden con pastos sin depender de piensos<sup>42</sup>. Y tal vez, también de pensar en vender los productos de la granja directamente a nuestros vecinos o a una cooperativa de consumidores de la ciudad más próxima, en lugar de hacerlo a una gran empresa del complejo agroindustrial que nos impone un precio de venta asfixiante. Probablemente menguarán nuestros ingresos, pero más aún nuestros gastos, y eso sin contar con que nuestro medio de vida habrá ganado en resiliencia e independencia.

No podemos olvidar que los habitantes del campo también son, obviamente, consumidores de alimentos y actualmente consumen una dieta muy similar a la urbana, repleta de productos con una mochila energética a costas igual de grande, o mayor incluso, que la que se consume en las ciudades. También se hace preciso, por tanto, cambiar de hábitos alimenticios en el campo para decrecer, consumiendo más producto local y de temporada, cultivado por uno/a mismo/a siempre que sea posible. Y, por supuesto, hay que consumir menos carne<sup>43</sup>, ya que la cría y engorde de ganado es menos eficiente energéticamente que el cultivo de vegetales, además de una importante fuente de emisiones de efecto invernadero. En cualquier caso, la alimentación del ganado debería realizarse en extensivo y ecológico<sup>44</sup>, es decir, sin depender de piensos industriales basados actualmente en productos importados transgénicos, como la soja, cuya producción en los países del Sur para alimentar el ganado del Norte es causa de la deforestación de amplias zonas (talamos a sangre y fuego el Amazonas para producir hamburguesas, como ya anticipara Frank Miller, el guionista de cómic, en 1990)<sup>45</sup>.

Para empeorar las cosas, en los hogares rurales españoles suele ser común disponer de arcones congeladores, con el fin de conservar la comida —mucho de ella precisamente carne— durante largos periodos, con el consiguiente consumo eléctrico continuado. En este sentido sería coherente con el decrecimiento volver a prácticas de conservación más sostenibles como son las tradicionales —salazón, ahumado<sup>46</sup>, secado/deshidratado, embotado, en dulce, encurtidos, fiambres, en fresqueras, etc.—, que pueden ser potenciadas con elementos de bajo o nulo coste energético como los deshidratadores solares autoconstruidos.

Para decrecer en el ámbito rural resulta clave, en resumen, caminar hacia la autosuficiencia alimenticia, no necesariamente individual ni familiar, sino comunitaria, intercambiando alimentos excedentes mediante mercados locales que deberíamos recuperar o incluso mediante el uso compartido de equipamiento para la producción y comercialización de conservas, por ejemplo<sup>47</sup>. Con ello se minimizarían la producción de envases, los desplazamientos a los supermercados y el transporte desde las zonas alejadas de producción. En el campo existe una oportunidad mucho mayor para este tipo de autosuficiencia que en las ciudades, donde la disponibilidad de tierra, sol, agua o fertilizantes naturales es mucho menor, aunque desde luego no nula<sup>48</sup>.

Precisamente en la alianza directa entre los consumidores de las ciudades y los productores de sus áreas rurales más próximas —sobre la base de unos principios compartidos de ecología, relocalización y decrecimiento— está la clave para reforzar tanto la sostenibilidad en ambos ámbitos como el apoderamiento frente al sistema de la gran distribución alimentaria comercial. Es lo que en Estados Unidos llaman CSA (*Community Supported Agriculture*) o en Japón, *teikei*, un movimiento que comenzó en la década de 1960 y urge extender mundialmente. En nuestro entorno ibérico cada vez son más numerosas las cooperativas de consumo que siguen modelos similares, o de tipo integral (producción + consumo), como la pionera Bajo el Asfalto está la Huerta, de Madrid, Can Masdeu, en Barcelona, o Crestas y Lechugas, de Sevilla.

## VIVIENDA Y ENERGÍA

Junto con nuestra movilidad, la vivienda es uno de los factores con los que las personas ejercemos mayor impacto sobre el medio natural y social. Los materiales constructivos actuales más empleados en el campo no son una excepción: son poco sostenibles y muy poco eficientes energéticamente. Las casas suelen estar mal aisladas, calefactadas con calderas de gasoil o propano, cuando no con radiadores eléctricos, y todo se arregla con uralita, ladrillo, cemento, aluminio o PVC.

La bioconstrucción adaptada a las condiciones locales de clima, orografía y materiales disponibles, y la búsqueda de la máxima

autosuficiencia energética de los hogares deben ser las guías del decrecimiento en la construcción rural, y especialmente de la rehabilitación de casas, un sector que experimentará con seguridad un renacer en las próximas décadas debido a dos factores: por un lado, la emigración masiva al campo de la población que unas ciudades en pleno descenso energético ya no puedan sostener y, por el otro, el deterioro progresivo de las infraestructuras (casas, construcciones auxiliares, puentes, carreteras, etc.) construidas con hormigón, cemento y otros materiales con fecha de caducidad (apenas cien años en el mejor de los casos). Los materiales constructivos tradicionales como la madera, la piedra, la cal, el barro y otros que no son tan tradicionales pero sí sostenibles, como la paja, los aglomerados de papel, cáñamo y otros, o los plásticos reciclados compactados, serán posiblemente los únicos con los que podremos contar en un futuro más o menos próximo, además de que su huella ecológica será mucho menor<sup>49</sup>. La recuperación de fábricas locales de tejas y ladrillos a partir de arcilla local, la formación de nuevos/as canteros/as que sepan trabajar la piedra natural, así como la reconstrucción de aserraderos y de herrerías serán fundamentales para este retorno a la construcción sostenible y relocalizada.

Otro factor que obligará a las poblaciones a reubicarse será el hecho de que los habitantes de muchas urbanizaciones periurbanas (de chalés o adosados) no podrán seguir contando con ir en coche todos los días a trabajar a la ciudad y todas las semanas al supermercado, ni con llenar sus depósitos de agua gracias a estaciones de bombeo impulsadas con gasoil. Al estar ubicadas por lo general en lugares poco fértiles y sin agua (es decir, incapaces de alimentar tales densidades de población), tampoco podrán reconvertirse en aldeas agrícolas. De nuevo, las poblaciones tenderán a concentrarse allá donde haya recursos renovables que sean explotables por medios sostenibles, como se hizo durante toda la etapa preindustrial de la humanidad. Por tanto, muchas aldeas abandonadas serán previsiblemente recuperadas como lugares aptos que fueron y pueden volver a ser para una vida rural y local, mientras que muchas urbanizaciones insostenibles se convertirán en las nuevas aldeas desiertas postindustriales.

Por otra parte, el gasto energético en calefacción de las construcciones rurales (en zonas de clima frío especialmente) es elevado y poco sostenible, pues se han abandonado en muchos casos los sistemas tradicionales de calefacción por otros modernos pero totalmente dependientes del exterior: las calderas de gasoil o propano, por ejemplo. En este sentido, la primera medida debe ser reducir las necesidades de calefacción realizando un buen aislamiento de ventanas, paredes exteriores y tejados, y aplicando criterios de arquitectura bioclimática: muros Trombe, galerías, invernaderos adjuntos a las casas, masas térmicas, etc. Posteriormente, esas necesidades de calefacción, una vez reducidas, podrán y deberán ser satisfechas con medios renovables, eficientes y disponibles en las cercanías: por ejemplo biogás/gasógeno, leña, residuos de biomasa o carbón vegetal. E incluso podrán aportar adicionalmente electricidad mediante sistemas de cogeneración<sup>50</sup>. Es de esperar que resurja toda una nueva economía rural en torno a los combustibles sostenibles, como sucedió por ejemplo en la Rumanía de la década de 1990, ante la escasez de gasoil para calefacción.

En los hogares rústicos occidentales se emplea en la actualidad no sólo la misma parafernalia de electrodomésticos que en los urbanos, sino toda una serie de aparatos modernos para el jardín y la huerta (eléctricos o alimentados con combustible fósil: cortacéspedes, motosierras, tronzadoras, desbrozadoras...) que la filosofía del decrecimiento nos invita a abandonar para volver a sus sustitutos manuales tradicionales. Cuando la sustitución manual sea difícil o imposible, deberemos buscar combustibles alternativos sostenibles (aceite en lugar de gasoil, por ejemplo) o la ayuda de la energía renovable (solar, eólica, microhidráulica), que nos proporcionará electricidad y en ocasiones incluso fuerza mecánica directa (molinos de agua o viento). Por supuesto, también aquí procuraremos partir de un consumo drásticamente reducido: menos electrodomésticos, más eficientes y menos horas conectados. Esto podría valer también para ordenadores, lavadoras, frigoríficos, etc. Por cierto, que sin neveras y sin lavadoras eléctricas vivieron todos nuestros antepasados, y nosotros también podemos volver a hacerlo sin excesivo sacrificio<sup>51</sup>. Lógicamente estaremos renunciando a

la comodidad del botón, y a la rapidez que proporcionan nuestros esclavos energéticos<sup>52</sup>, pero son sacrificios que la/el decrecentista puede asumir sin mucho problema, organizando su vida de otra manera, liberando su tiempo y recuperando las tecnologías apropiadas<sup>53</sup>. Por poner otro ejemplo, una radio gasta mucho menos que un aparato de televisión y sirve para estar igual de (des)informados, si es que no seguimos usando Internet para ello. A este respecto, es recomendable minimizar el uso de la Red, por su elevado consumo eléctrico no sólo en nuestro extremo de la comunicación, sino en todos los ordenadores intermedios y en los servidores que la conforman<sup>54</sup>. Pero el uso de Internet para una persona que teletrabaje desde el campo bien puede verse justificado por el ahorro de un desplazamiento diario de 20 o 30 km en coche. Una tarde buscando en la Red nos puede servir para aprender una técnica que nos permita decrecer mejor en algún aspecto de nuestra vida diaria. En cada caso tendremos que valorar los pros y los contras del uso de Internet y mantener un equilibrio favorable a los principios del decrecimiento.

En definitiva, en cada ubicación será fundamental estudiar los tipos de energía que podemos obtener tanto de los flujos solares directos e indirectos (viento, lluvia, corrientes de agua) como de los residuos (restos de biomasa, desechos orgánicos, etc.). Existen dispositivos de tecnología relativamente sencilla y económica que permiten la producción local de biogás, por ejemplo, que podemos usar como combustible o para refrigeración. Debemos diseñar nuestro hogar rural como un sistema en el que la producción de alimentos, el reciclado de materiales y la captación y aprovechamiento de la energía estén integrados eficientemente, proporcionando la mínima dependencia del exterior y la máxima sostenibilidad<sup>55</sup>.

## SANEAMIENTO Y AGUA

Tradicionalmente los excrementos humanos se reciclaban como estiércol junto con los del ganado, mediante diversos métodos según las culturas y los climas, manteniendo la lógica del ciclo de los nutrientes: lo producido por la tierra volvía a la tierra y así no se necesitaban tantos fertilizantes del exterior para compensar pérdidas<sup>56</sup>.

Del mismo modo, el agua se captaba y conservaba como un tesoro en los climas secos, o se gestionaba sin consumo de energía en los climas húmedos. Hoy en día, por contra, las leyes impuestas por la modernidad han ido haciendo cada vez más difícil este reaprovechamiento natural de los ciclos de los nutrientes y del agua, y en muchos lugares se han ido extendiendo los alcantarillados y las consiguientes estaciones de bombeo y depuración, muy costosas energéticamente y un auténtico desperdicio de nutrientes. Eso sin mencionar el derroche diario de litros y litros de agua en los inodoros, un problema común a las ciudades. Cuando no existe alcantarillado, la normativa urbanística o ambiental exige fosas sépticas, con un consumo de materiales y combustibles nada desdeñables tanto en su construcción e instalación como en su mantenimiento; las fosas tampoco proporcionan un reaprovechamiento de los nutrientes<sup>57</sup>. Por otro lado, la captación de aguas subterráneas desde decenas de metros de profundidad (pozos de barrena) se ha extendido de tal manera que la carencia de combustibles para los equipos de bombeo que requieren pondrá en peligro el suministro de agua para consumo y regadío en muchas zonas en las próximas décadas. Todo esto sin mencionar el agotamiento y la contaminación creciente de los acuíferos.

Los pozos artesanos (manuales) y la traída de agua por gravedad desde fuentes naturales son la única opción coherente en los climas húmedos, como lo son los métodos tradicionales de captación y conservación en los climas más secos (aljibes). En ambos casos se pueden complementar con sistemas innovadores de captación de aguas pluviales y de aguas grises, comerciales o autoconstruidos, comunitarios o individuales. Las bombas alimentadas con agrocombustibles locales servirán de ayuda, aunque la necesidad de repuestos y un mantenimiento de cierta complejidad nos desaconsejan depender de ellas, sobre todo si no queremos que nuestro consumo de agua implique necesariamente un consumo de energía. Existen métodos tradicionales, y otros que se pueden adoptar de otras culturas, así como técnicas ecológicas sugeridas en el ámbito de la permacultura, que pueden ayudar a abastecernos de esta materia básica para la vida, con un gasto prácticamente nulo de energía. La propia energía procedente del Sol mueve el agua

arriba y abajo en sus ciclos: nosotros tan sólo tenemos que aprender a captarla sabiamente y a no usar más que la imprescindible.

Para acabar, y retomando la cuestión agrícola, probablemente convenga sustituir los cultivos de regadío introducidos en las décadas pasadas en zonas tradicionalmente de secano, en buena parte debido a lo insostenible de dicho uso en términos energéticos y de recursos hídricos, al menos en aquellos casos que no utilizan sistemas de regadío por gravedad.

## SANIDAD

El abandono poblacional que se ha venido produciendo en nuestro campo en las últimas décadas ha supuesto la pérdida de médicos y de otros servicios sanitarios básicos para la gente que permanece en él. Cualquier persona herida o enferma medianamente grave debe ser transportada en vehículos movidos con combustible fósil (¡en no pocas ocasiones, incluso helicópteros!) a unos hospitales sumamente concentrados en las áreas de mayor población, centros que en muchas ocasiones son auténticos mastodontes del consumo energético. Qué duda cabe de que este hecho, sobre todo en áreas de población envejecida, se convierte en un factor que favorece el abandono del campo en busca de la proximidad a los hospitales, impulsado por el miedo a la enfermedad y a la muerte que han extendido la modernidad y la industria farmacéutica. En paralelo, la pérdida de población hace que el tradicional cuidado de los enfermos entre familiares y vecinos, tan propio de la vida comunitaria rural en cualquier lugar del mundo, se haya convertido en algo cada vez más difícil, simplemente por la propia carencia de vecinos.

Con una sanidad pública de futuro dudoso<sup>58</sup> y cada vez más alejada de los habitantes rurales, ¿qué opciones nos quedan? Volver una vez más la mirada a nuestras prácticas comunitarias tradicionales puede ser la clave: la medicina natural, la autogestión de la salud, la formación en fitoterapia, el cultivo de plantas medicinales y una alimentación y un modo de vida saludables son las mejores herramientas y las únicas que están directamente en nuestras manos. Eso, y la imprescindible ayuda mutua: la atención a los mayores en sus casas —como siempre se hizo—, el cuidado comunitario de los

más pequeños, el saber compartido... incluyendo aquí a los sanadores tradicionales, tan despreciados y relegados por la arrogante medicina moderna, pese a ser en no pocos casos tan eficaces y desde luego mucho más sostenibles. Por supuesto, quedarán facetas de la salud que estos medios locales no puedan cubrir, enfermedades y accidentes de gravedad que requieran de técnicas modernas o de instrumental complejo de diagnóstico, pero fuera de esos casos existe un amplio terreno en el que la sanidad moderna del día a día puede ser sustituida con éxito por medios más sostenibles.

En todo caso, dentro del decrecimiento es vital derivar el consumo energético y material (minimizado y eficiente) hacia lo más importante: y ahí estará siempre la sanidad, cuyo objeto es —o debería ser— el cuidado de la vida humana. Por tanto apostaremos por la pervivencia de unas instituciones sanitarias públicas, aunque, eso sí, descentralizadas de tal manera que normalicen, por ejemplo, la asistencia a domicilio, como mínimo para las personas con problemas de movilidad. El soporte colectivo de este modelo alternativo de sanidad serviría como ingreso complementario a muchas personas en el ámbito rural (servicios sanitarios personales) y evitaría el trauma adicional que para muchos supone dejar su hogar para ingresar en un alejado hospital o geriátrico donde recibir atenciones que podrían muy bien realizarse en casa, con un coste (monetario y de recursos) probablemente mucho menor<sup>59</sup>.

## OCIO Y VIDA SOCIAL

De todos es sabido que la industrialización capitalista ha destruido progresivamente los conceptos de ocio tradicional, mercantilizándolo, y de ocio compartido, comunitario o social, individualizándolo: es la partida con la videoconsola *versus* el baile en la plaza del pueblo. Esto ha llegado al punto de convertir el ocio —más bien el entretenimiento, ya que el ocio debería ser otra cosa— en un inmenso negocio dentro del mercado capitalista actual, un sector industrial que mueve no sólo miles de millones de euros al año, sino también millones de toneladas de materiales y megavatios de energía en todo el planeta. Nuestros jóvenes —y no tan jóvenes—

habitantes del campo pasan sus horas consumiendo electricidad (de origen poco renovable) ante una pantalla, o quemando litros de gasolina (en absoluto renovable), acudiendo a discotecas, multicines y otros centros de ocio alejados de los lugares donde residen. En ambos extremos transcurre el ocio del habitante de los países industrializados: la inmovilidad electrónica o la diversión en coche. Y en el caso del ocio rural en España, este hipolo está aún más desplazado hacia el segundo de los extremos, por carencia de ocio moderno a una distancia caminable o de un transporte público conveniente, y por la deficiente conexión a Internet que existe aún en muchas poblaciones rurales.

Si queremos decrecer también en nuestros momentos de ocio, podemos de nuevo echar la vista atrás y preguntarnos: ¿cómo se entretenían nuestros abuelos? ¿Cuántos kilovatios/hora consumían en el ocio con que llenaban sus largas noches de invierno? Todos lo hemos escuchado de primera mano o al menos lo hemos leído: las narraciones, la música, el juego... siempre tenían tiempo para festejar<sup>60</sup>, con un ocio compartido y siempre frugal<sup>61</sup>, adaptado a los flujos de energía solar disponibles en cada momento del año. Recuperar esas tradiciones, aprender esas historias, esos modos de compartir el tiempo sin dañar la naturaleza ni agotar sus tesoros, es sin duda la vía para decrecer también en el ocio rural, además de una práctica que conservará una cultura útil y hermosa para las generaciones posteriores, que también la necesitarán para llenar su tiempo de una manera creativa y enriquecedora. La cultura rural cumple siempre una función, casi nunca es casual, y debemos buscar en ella caminos utilizados con éxito durante siglos o milenios para lograr la sostenibilidad, ahora que aún estamos a tiempo y están vivos muchos de los guardianes de ese legado<sup>62</sup>. Para contribuir a este cambio cultural no estaría de más alejar a los niños rurales de la televisión y animarlos al contacto con la naturaleza, con sus iguales y, sobre todo, con sus abuelos, enseñándoles a valorar la experiencia y conocimientos de éstos.

La vida social y la reconstrucción de su cohesión<sup>63</sup>, no sólo en el terreno del ocio, es clave para el decrecimiento rural<sup>64</sup>. El factor social será precisamente uno de los más críticos en las áreas rurales en las fases iniciales de la nueva era del decrecimiento, principalmente porque se prevé que millones de urbanitas se trasladen a

vivir al campo de manera que nuestra especie retorne a tasas más lógicas de población productora de alimentos sobre el total de los habitantes<sup>65</sup>. Es de esperar que las personas que primero abandonen la ciudad para volver al campo sean precisamente las que tengan allí raíces más próximas en el tiempo: labradores emigrados a las ciudades en décadas recientes o sus descendientes directos, en ocasiones aún con tierras o casas a las que volver, aunque necesiten arreglos. Esto podrá hacer más llevadero (por progresivo) el nuevo Gran Éxodo, que no obstante será fuente más que probable de conflicto.

De hecho, algunos conflictos o choques culturales a pequeña escala ya se están produciendo entre los urbanitas con conciencia ecológica que están siendo pioneros en ese retorno al campo, por un lado<sup>66</sup>, y buena parte de los rúricolas, por el otro. Éstos —como ya hemos explicado— son en ocasiones alienados defensores del cemento, el nitrato, el herbicida y el gasoil. No deja de resultar irónico que quienes implantaron ese tipo de valores en el campo fuesen precisamente los urbanitas a lo largo de los últimos 250 años, alardeando de una superioridad intelectual y moral que también acabó asumiendo como cierta el común de los rústicos mediante el proceso de ideologización que describí anteriormente. Desde esa dialéctica dominado/dominador es lógica la pervivencia de cierta y sana desconfianza, aunque ahora juegue, por desgracia, en contra del necesario decrecimiento y vuelta a los límites naturales, es decir, en contra de los intereses finales de la pervivencia de la sociedad rural. Para atenuarla pienso que convendría huir del paternalismo y que los neorrurales —y los escasos rurales aún resistentes a la colonización mental— se apoyasen con humildad pero firmeza en los ejemplos históricos o actuales del propio lugar, renegando de esa supuesta autoridad urbana y buscando la superior autoridad precisamente en las dignas prácticas de los abuelos de quienes hoy desconfían del ecologista o de la decrecedora<sup>67</sup>. Y por supuesto, predicar modestamente con el ejemplo, viviendo y practicando un modo de vida sustentable desde el propio entorno rural. Ésa será acaso la única propuesta decrecentista que convenza a los habitantes rurales actuales y logre la integración fértil: la de sus propios convecinos, que apuesten con ellos por un futuro local en común y cooperen reforzando las redes de apoyo mutuo preexistentes en el lugar.

## EL PAPEL DE LA INFORMACIÓN

A la luz de todo lo anteriormente propuesto no quiero terminar sin abordar el problema de la información y la comunicación, que considero básico para la necesaria y urgente transformación social<sup>68</sup>. El entorno rural se informa hoy día básicamente por medios ajenos y pasivos (TV, radio, prensa) y por ello es vital producir desde dentro y desde abajo nueva información participativa para esta nueva revolución<sup>69</sup>. En este sentido, la comunicación local de tipo práctico y oral (la propaganda rural por el hecho, bien podríamos llamarla) puede ser complementada con una comunicación horizontal y más extensa por medio de Internet, e incluso con la creación de publicaciones impresas destinadas a las comunidades rurales y producidas —a bajo coste monetario y ecológico— por los sectores más conscientes de dicha sociedad, como en épocas precedentes de transformación<sup>70</sup>. Creo que este tipo de publicaciones populares contribuiría notablemente a reforzar los esquemas mentales anti-capitalistas que aún pueden pervivir entre los campesinos<sup>71</sup>, al aprendizaje mutuo y a difundir modelos sostenibles de vida rural, enlazando la recuperación del saber rural tradicional con nuevas técnicas y visiones adaptadas a la época del descenso energético, combinando información práctica y reflexión política, entrevistas con jóvenes pioneros y viejos sabedores, noticias y reportajes, etc. Como nos recuerdan Meadows, Randers y Meadows<sup>72</sup>, los innovadores pueden ser ninguneados, marginados, ridiculizados... pero sólo son ellos —los que perciben la necesidad de nuevas reglas y objetivos, y no sólo los practican, sino que también los difunden— quienes pueden introducir los cambios que trasformen el sistema. Algo así sucedió en Cuba durante el periodo especial, cuando los hasta entonces ignorados agrónomos proponentes de la agricultura orgánica contribuyeron a la transformación urgente del sistema agrícola nacional obligada por la falta de petróleo soviético<sup>73</sup>.

Decrezcamos, pues, fertilizando nuestro entorno con la práctica de la nueva vieja filosofía de la suficiencia rural. Sembremos de experiencias y modelos nuestros pueblos y aldeas. Pronto llegará el momento en que el clima histórico favorable hará que germinen y reemplacen las prácticas sin futuro que nos vendieron.

NOTAS

1. Acerca del aspecto religioso y anticientífico de esta fe moderna en el progreso, encarnada en la etapa más reciente del capitalismo neoliberal en el Dios Mercado, véanse J. M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social* (Siglo XXI, Madrid, 2006); Ó. Carpintero, *La bioeconomía de Georgescu-Roegen* (Montesinos, Barcelona, 2006); J. M. Greer, *The Long Descent. A User's Guide to the End of the Industrial Age* (New Society Publishers, Gabriola Island, 2008), o W. R. Catton, *Bottleneck: Humanity's Impending Impasse* (Xlibris, Bloomington, 2009).
2. Esta pretensión de universalizar los patrones de consumo de las urbes occidentales también se produce en los países empobrecidos, un paralelismo que más adelante veremos que no es casual.
3. Por no hablar del cada vez menor valor que se otorga a lo propio, a lo que conforma la identidad local de cada sociedad rural: sus tradiciones, fiestas, dieta, cultura...
4. Este hecho ha sido denunciado por múltiples críticos sociales. Ivan Illich hablaba de una auténtica inyección de percepciones que destruye la inmunidad de todas las poblaciones del planeta frente a los valores de la sociedad de consumo (cit. en Naredo, *op. cit.*, p. 118). Para comprender mejor cómo funciona el ejército mediático publicitario de colonización mental, recomiendo el librito de N. Chomsky e I. Ramonet, *Cómo nos venden la moto* (Icaria, Barcelona, 1995), y *Fabricando el consenso*, una obra clave del propio Chomsky.
5. En "The Institutional Aspects of Peasant Communities: An Analytical View" (1965), cit. en Carpintero, *op. cit.*, pp. 97-98.
6. Aproximadamente entre 1970 y 1990, con variaciones según el país e incluso la región.
7. Agradezco a Xoán R. Doldán García sus iluminadores comentarios sobre esta cuestión.
8. X. Pérez Pintos, *Historia contemporánea da destrución da natureza en Galiza* (A Nosa Terra, Vigo, 2009), pp. 29-30.
9. Según nos recuerda Greer (*op. cit.*, p. 141), hasta el siglo XVIII la mayoría de productos y servicios en Occidente eran producidos por las economías domésticas y comunitarias e intercambiados en redes regidas por la reciprocidad y el compromiso, no por la oferta y la demanda.
10. En este sentido, es muy significativo que la política agraria europea lleve años incentivando el abandono de la producción agraria. La guerra capitalista contra el modelo de vida rural tradicional continúa aún hoy.
11. Naredo, *op. cit.*, explica que precisamente esa eliminación de la economía natural (según se entendía hasta el siglo XVIII) de todo aquello considerado inútil, sin valor, no producido, sin dueño, etc., efectuada por los economistas neoclásicos (siglo XIX hasta la actualidad), está en el origen del divorcio ecología/economía que nos ha llevado al callejón sin salida actual.
12. Véase [www.TransitionNetwork.org](http://www.TransitionNetwork.org)
13. Lo cual no quiere decir invulnerables, ya que un año de malas cosechas o una plaga podían significar una hambruna e incluso la muerte de parte de la población.
14. La expresión "en aras de" no puede ser más apropiada en este caso, pues un ara es un altar donde se ofrecen sacrificios a un dios, en este caso el dios Progreso.
15. S. Latouche, *La apuesta por el decrecimiento* (Icaria, Barcelona, 2008).

16. <http://www.oildepletionprotocol.org/citizens/relocalize>
17. La lista de autores es extensa: José Manuel Naredo, Óscar Carpintero, Joan Martínez Alier, Serge Latouche, René Dumont, Lester C. Thurow, André Gorz, Ivan Illich, Theodore Roszak, D. F. Noble, Elmar Altvater, Vandana Shiva, René Passet, Alain de Benoist, H. T. Odum y E. Odum, William Catton, E. F. Schumacher, David Holmgren, Richard Heinberg, Jeff Rubin, Mark Lynas, Agnès Bertrand, Ted Trainer, Margrit Kennedy, Bernard Lietaer, Jason Bradford, Rob Hopkins, J. H. Kunstler, Pat Murphy, Michael Pollan, J. M. Greer, Julian Darley, John Ralston Saul, Jared Diamond...., por citar algunos.
18. No existe consenso al respecto, pero cada vez más científicos y analistas lo sitúan antes de 2015. A partir del momento del Techo, cada año se producirá menos petróleo, y el que se ponga en el mercado resultará más costoso de extraer, más caro y ofrecerá menos energía neta al conjunto de la economía mundial, totalmente basada en el supuesto del petróleo abundante y barato a perpetuidad. Podría no estar a muchos años vista el momento en que no compense energéticamente extraer un solo barril más de petróleo, debido al rápido descenso de la tasa de retorno energético. Véase Asociación Véspera de Nada, "Ao final vai resultar que si que se acaba o petróleo...", <http://vesperadenada.org/2010/01/17/aofinalvairesultarquesiquesecabaopetroleo/>
19. Las sociedades tradicionales eran sostenibles entre otras cosas porque su movilidad era la imprescindible. Al producir para el autoconsumo y en todo caso para el mercado local, eran innecesarios grandes movimientos de mercancías. Al tener medios de trabajo en las cercanías, tampoco se necesitaba transporte para conseguirlos. El sistema agrario rural también eliminaba la necesidad de otros movimientos relacionados con la formación, la disgregación familiar y comunitaria, etc. Las necesidades y los deseos se satisfacían primordialmente en el entorno local. Georgescu-Roegen identificaba la satisfacción de las necesidades mediante la disponibilidad de recursos en un entorno próximo como uno de los factores que permitían la reproducción del sistema campesino tradicional. Véase Carpintero, *op. cit.*, p. 92.
20. Y, en el caso del empleo de animales de carga o tiro, además proporcionarán abono natural a nuestros campos.
21. Aquí no nos debemos dejar engañar por las propuestas supuestamente verdes: desguazar un coche de gasolina y comprar otro eléctrico o híbrido difícilmente compensará en términos ecológicos. Para empezar, construir un vehículo de uno u otro tipo consume aproximadamente el equivalente energético a una tonelada de petróleo (con sus correspondientes emisiones de CO<sub>2</sub>). Así que nada más salir de fábrica el coche ecológico... ya ha dejado de serlo. Tal y como bien sabe explicar Manuel Amigo, concienciado responsable de un taller en la localidad de Santa Comba, adaptar el coche viejo para que consuma menos —o incluso otro tipo de combustible más limpio como el aceite reciclado—, es seguramente la opción más ecológica en casi todos los casos.
22. Muchos coches, camiones y tractores diésel pueden funcionar, con mayores o menores modificaciones en su motor, con diversos tipos de aceite, y los de gasolina, con alcohol. En algunos lugares como Brasil es algo ya muy extendido; véase UOL Noticias (2008), "Consumo de álcool supera o de gasolina pela primeira vez em 20 anos", <http://economia.uol.com.br/ultnot/valor/2008/04/11/ult1913u86744.jhtm>. Dado que la producción de aceites o alcoholes a partir de productos agrícolas puede entrar en competencia con la alimentación

- humana (la tierra fértil es un recurso limitado), lógicamente habrá que mantener su consumo al mínimo, reduciendo la necesidad de transporte.
23. Latouche, *op. cit.*, p. 189.
  24. Además, la generalización mundial de unas pautas de producción capitalista comunes, sometidas a la agroindustria, hegemónica abastecedora de alimentos, ha convertido en competidoras a sociedades agrarias que nunca lo habían sido porque atendían primordialmente a sus propias necesidades. En esta competencia mediada por el capital transnacional, unos y otros son perdedores, imposibilitados para influir en las reglas de juego.
  25. Para poder cumplir así el criterio ya mencionado, identificado por Georgescu-Roegen, para la subsistencia de una comunidad campesina. Los otros serían la tradición oral, el instinto cooperativo, un equilibrio recursos/necesidades y una población limitada.
  26. La organización norteamericana Community Solution estima en varias decenas de millones los estadounidenses que abandonarán la ciudad por el campo en las próximas décadas, debido principalmente a las consecuencias del Techo del petróleo (véase <http://www.CommunitySolution.org>). Basa sus propuestas agrarianistas en dos C: *community* (comunidad) y *curtailment* (restricción, un concepto muy próximo al decrecimiento).
  27. Catton, *op. cit.*
  28. En todo este movimiento por la relocalización de la actividad económica pueden ayudar las monedas locales, que contribuyen a mantener flujos económicos circulares conservando la riqueza generada en la comunidad y evitando que fluyan hacia el exterior y drenen la liquidez monetaria local. Esto contribuye a contrarrestar el efecto que Latouche (*op. cit.*, p. 186), entre otros, ha identificado: "El desarrollo ha destruido y destruye lo local al ir concentrando gradualmente los poderes industriales y financieros". El propio Latouche considera la creación de sistemas de moneda local una herramienta útil para promover la relocalización (*op. cit.*, p. 190).
  29. Experiencias como las de las denominadas universidades rurales son muy útiles en este sentido.
  30. Paul Lafargue, en *El derecho a la pereza* (Fundamentos, Madrid, 1974), ya denunciaba en la década de 1880 la pérdida de esa filosofía tradicional.
  31. Tal ha sido el éxito de la mitología del progreso y de la veneración al trabajo que hasta los propios habitantes rurales de los países industrializados son ya incapaces de concebir que se pueda vivir en el campo sin tener un trabajo, es decir, sin entrar en la dinámica del dinero y el consumo, algo que es, no obstante, más notorio en las ciudades, incluso entre los ex campesinos emigrados a ellas. Si alguien sugiere la idea de trasladarse a vivir al campo, indefectiblemente surgirá la pregunta: "Y allí ¿de qué vas a vivir?". Por desgracia, ante una más que probable y masiva desindustrialización, pronto cabrá devolver la pregunta: "En el campo vivo de lo que produce la tierra. Y tú, en la ciudad, sin dinero y sin tierra para cultivar, ¿de qué vas a vivir?".
  32. Aunque nosotros tenemos ejemplos mucho más cercanos en el tiempo y la geografía —además de exentos de base religiosa—, citaremos uno de Richard Heinberg —*Powerdown. Options and Actions for a PostCarbon World* (New Society Publishers, Gabriola Island, 2006), pp. 151-153—, quien explica cómo los amish han podido mantener sus pequeñas comunidades agrícolas mientras otras pequeñas granjas de Estados Unidos sucumbían en las últimas décadas ante la devoradora agroindustria. Los amish sólo venden lo imprescindible para comprar

aquellas cosas que, necesarias en su frugal estilo de vida, no pueden elaborar por sí mismos, en un modelo cercano a la autosuficiencia y muy intensivo en mano de obra.

33. Según R. Bermejo —*Un futuro sin petróleo. Colapsos y transformaciones socioeconómicas* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2008), p. 145—, entre otros autores, el sector agrícola será uno de los más gravemente impactados por esta irreversible situación.
34. Bermejo, *op. cit.*, p. 157, entre otros autores que citan ratios muy semejantes.
35. Dato referido a recorrido medio de frutas y verduras entre las granjas y las tiendas en los países industrializados (Bermejo, *op. cit.*, p. 155).
36. A. Bates, *The PostPetroleum Survival Guide and Cookbook* (New Society Publishers, Gabriola Island, 2006).
37. El cambio mental y cultural necesario para dar este difícil paso atrás puede resultar abrumador para muchos. Pero cuando se es consciente de que el camino no tiene salida, cuanto antes se desande, menos energía desperdiciaremos. Catton, *op. cit.*, habla de este tipo de *cultural lag* como de uno de los factores que, según él, están conduciendo a nuestra especie a un cuello de botella evolutivo.
38. Aunque eso no quita que se puedan y deban aprovechar técnicas ecológicas intensivas (biointensivas, permaculturales...) cuando sea conveniente y con el mínimo gasto energético posible.
39. H. T. Odum & E. C. Odum —*A Prosperous Way Down. Principles and Policies* (University of Colorado, Boulder, 2001), p. 238— señalan que para disponer de nuevo de un entorno productivo será necesario reconstruir el capital natural que fuimos perdiendo durante la era del crecimiento. La fertilidad natural del suelo es un componente fundamental de dicho capital.
40. No sólo como consecuencia del cambio climático y el agotamiento de muchos acuíferos, sino porque buena parte del agua que hoy consumimos, o simplemente gastamos, se obtiene y trata mediante bombas y otros sistemas dependientes de la energía fósil. Por suerte, parece demostrado que la agricultura ecológica es más productiva que la industrializada en contextos de sequía. Véase Bermejo, *op. cit.*, p. 157.
41. Odum & Odum (*op. cit.*, pp. 239-247) señalan algo que parece obvio: al escasear los *inputs* fósiles, la productividad de las parcelas agrícolas se reducirá y, para mantener la misma producción, se necesitará cultivar una mayor extensión, además de variar los métodos actuales volviendo, por ejemplo, a la rotación de cultivos.
42. La BBC produjo en 2009 un interesante documental titulado *A Farm for the Future*. En él se puede comprobar cómo una inteligente innovación en cuanto al tipo de pasto puede minimizar enormemente la dependencia del exterior a la hora de alimentar el ganado. La permacultura en general ofrece métodos muy interesantes en cuanto a este tipo de autosuficiencia, así como compartir el saber tradicional entre unas culturas y otras.
43. El consumo popular frecuente de carne es algo muy reciente en términos históricos. En España sólo a partir de la década de 1960 se comenzó a extender. Además, desde un punto de vista nutricional, es sabido que comer tanta carne no sólo no es necesario, sino que puede acarrear bastantes problemas. Según Gustavo Duch —“Como nos imos alimentar?”, en <http://www.altermundo.org/content/view/3072/1/>—, el 40 por ciento del grano cultivado en el mundo se destina actualmente a engorde del ganado. Bates (*op. cit.*, pp. 76-77) indica

- que esa cifra es del 70 por ciento en lo que respecta al maíz en Estados Unidos y que se destinan al ganado en el planeta los dos tercios de la tierra agrícola total, además de un tercio de las capturas de pescado. Según Bates, es probable que, como consecuencia del Cénit del petróleo, el precio de la carne suba más rápido incluso que el precio de la gasolina.
44. En el citado documental de la BBC se describe la transformación de una granja británica en esta dirección.
  45. *Give me Liberty* (edición española de Norma, Barcelona, 1997).
  46. Sería el método menos aconsejable por los efectos cancerígenos del humo.
  47. En 2008 tuve la ocasión de conocer uno de estos servicios pioneros en Vilar de Santos (Ourense): el Centro de Innovación e Transformación Agraria da Limia.
  48. Ahí están para demostrarlo las esperanzadoras experiencias de horticultura urbana, que probablemente han existido desde que existen las ciudades gracias a los campesinos que emigraban a ellas y aprovechaban cualquier rincón para plantar unas hortalizas, tal y como comprobé durante décadas en mi natal y ahora ex industrial Barakaldo. En este sentido, la experiencia de las ciudades cubanas durante el Periodo Especial vivido por el país caribeño en la década de 1990 —lograron prácticamente autoabastecerse de verduras y frutas frescas— se ha convertido en un referente mundial moderno.
  49. Por poner un ejemplo: para fabricar cemento se necesitan hornos que trabajan a más de mil grados centígrados.
  50. Sistemas que obtienen simultáneamente energía térmica útil y energía eléctrica.
  51. Para quien no le baste con tener la comida viva siempre a mano en la huerta o el gallinero, y con conservas preparadas por métodos tradicionales, existen métodos para disponer de cuartos o arcones fríos autoconstruibles, como las neveras del desierto (sistemas de acumulación térmica) o los armarios fríos por convección. Para las lavadoras tenemos nuestros propios lavaderos tradicionales —u otros más eficientes como los rumanos—, que siempre son un medio y ocasión para la interacción social con los vecinos.
  52. Según R. Heinberg —*The Party's Over. Oil, War and the Fate of Industrial Societies* (New Society Publishers, Gabriela Island, 2003), pp. 30-31—, el/la estadounidense medio/a consume a diario la energía equivalente a 150 esclavos que trabajasen las 24 horas del día para él o ella.
  53. El movimiento por una tecnología adecuada surgió en la primera crisis del petróleo y parece que está volviendo, esta vez para quedarse.
  54. Una búsqueda normal en Google puede implicar la producción de entre 1 y 10 g de CO<sub>2</sub>. Véase J. Leake & R. Woods, "Revealed: the Environmental Impact of Google Searches", *Time Online* (2009), [http://technology.timesonline.co.uk/tol/news/tech\\_and\\_web/article5489134.ece](http://technology.timesonline.co.uk/tol/news/tech_and_web/article5489134.ece)
  55. La permacultura proporciona valiosas enseñanzas en ese sentido, además de un marco de diseño holístico para conseguirlo. Véase B. Mollison, *Permaculture: A Designer's Manual* (Tagari, Sisters Creek, 1988).
  56. En Galicia lo tradicional durante siglos fue utilizar como fertilizador complementario las leguminosas que se iban a recoger a los montes, como el *toxo* y las *xestas* que se ponían en las cuadras a fermentar con los excrementos del ganado. Cada biorregión y cada cultura utiliza sistemas diferentes con esta misma finalidad.
  57. Aunque si se conectan estas fosas con sistemas de depurado de aguas —por ejemplo, mediante plantas acuáticas (macrófitas)—, pueden aprovecharse de

- una manera mucho más sostenible. De nuevo aquí el choque con las regulaciones urbanísticas o medioambientales locales es más que probable.
58. Greer (*op. cit.*, pp. 134 y 143) o J. Sullivan —“El cémit del petróleo y del sistema de salud”, *Medical Economics* (26 de marzo de 2010)—, por ejemplo.
  59. Agradezco a Xoán Doldán que contribuyera al presente texto aportando también esta interesante perspectiva.
  60. Según Baldomero Iglesias Dobarrío, cantor, poeta y maestro rural, el concepto de *festexar* significaba, en la Galicia de ayer mismo, “compartir enteramente. Es decir, además del encuentro feliz con los demás, era saberse protegido, estimado por quién eres y no por lo que tienes, perder la vergüenza y las distancias, soltarte de tal manera que aquel encuentro se convertía en un inolvidable recuerdo”.
  61. Es frugal si lo comparamos con el de hoy en día, porque la fiesta en el campo siempre fue ocasión para ciertos excesos —sobre todo gastronómicos— con los que dejar momentáneamente a un lado las estrecheces del resto del año. Véase X. Castro, *A mesa e manteis. Historia da alimentación en Galicia* (Biblos Clube de Lectores, Mandaio, 2010).
  62. Al menos en ciertas zonas como Galicia, donde tenemos la fortuna, pocas veces reconocida, de disponer de estos auténticos tesoros vivos, humanos y culturales. Pensando en este reto de nuestra generación, escribí alguna vez una especie de lema: “Si no aprendemos pronto de nuestros mayores, no tendremos nada que enseñar a nuestros hijos”.
  63. Heinberg, *op. cit.*, p. 152, y Greer, *op. cit.*, pp. 146-151 y 155.
  64. La comunidad debe reemplazar al consumismo como eje de nuestras vidas. Véase P. Murphy, *Plan C. Community Survival Strategies for Peak Oil and Climate Change* (New Society Publishers, Gabriola Island, 2008).
  65. Desde 2007 más de la mitad de la población mundial vive en ciudades, lo cual es totalmente insostenible y sólo se puede explicar como una excepción en la historia de la especie humana, debida a la momentánea —en términos históricos— disponibilidad de combustibles fósiles abundantes que nos convirtió temporalmente en otra cuasi especie: el *homo colossus*. Véase Catton, *op. cit.*
  66. Los neogagricultores, neorrurales o neoartesanos de que habla Serge Latouche (*op. cit.*, p. 184) o el reportaje de Comba Campoy “Historias de vida sinxela e responsable” y “Un proxecto de esquerdas ten que pedir algo máis que o Estado do benestar (entrevista con Carlos Taibo)”, *Tempos Novos* (nº 151, diciembre de 2009).
  67. Como experiencia personal puedo mencionar que uno de los argumentos que mejor resultado me suele dar a la hora de defender la agricultura ecológica ante personas que siguen las técnicas hoy día consideradas convencionales consiste en acudir al ejemplo de nuestra más cercana historia: nuestros abuelos no usaban pesticidas y aun así cultivaban, vendían y comían lo que producían, con éxito más que suficiente.
  68. La última actualización del Informe Meadows —D. Meadows, J. Randers y D. Meadows, *Los límites del crecimiento 30 años después* (Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2001), p. 420— incide con fuerza en esta cuestión en su apartado de transformaciones necesarias para lograr la sostenibilidad: “La información es un factor clave de la transformación. [...] Significa información relevante, estimulante, seleccionada, potente, oportuna y exacta que fluya por nuevos canales a nuevos receptores, que transmita nuevos contenidos, sugiera nuevas reglas y objetivos [...] Cuando cambien sus flujos de información, todo sistema se comportará de modo distinto”.

69. Tras la invención de la agricultura y la revolución industrial, la tercera gran revolución de la humanidad deberá ser la de la sostenibilidad. Véase *ibidem*.
70. Por ejemplo, las publicaciones del movimiento agrarista y anticaciquil de la Galicia de hace un siglo.
71. Según declaraba no hace mucho Carlos Taibo (Campoy, *op. cit.*), la supervivencia de estos esquemas mentales coherentes con la lógica del decrecimiento es más frecuente en las comunidades tradicionales de los países empobrecidos o en zonas pobres del Norte rico —como Galicia— y sobre todo entre las mujeres.
72. Meadows, Randers y Meadows, *op. cit.*, pp. 420-421.
73. Heinberg, *Powerdown...*, p. 184.

Desde sus inicios el sindicalismo ha sido desarrollista. Esos inicios están impregnados de un progresismo noble, en la confianza de que el desarrollo de las ciencias y de las técnicas era en sí liberador y abría las puertas a otro modelo más justo de sociedad. Posteriormente, perdidas ya las posibilidades transformadoras, las épocas de crecimiento económico lo eran de abundancia de empleo, lo que situaba al sindicalismo en una posición de fuerza, favorable a la consecución de sus reivindicaciones. Así, el sindicalismo siguió siendo desarrollista, ya menos noblemente. En la actualidad lo sigue siendo por inercia, pese a que el crecimiento económico ya no genera empleo o pese a que los efectos favorables de esa generación de empleo están perfectamente neutralizados a través del control, por ejemplo, de las políticas migratorias. Con todo, si las fases de crecimiento económico dejaron de ser favorables al sindicalismo, cierto es que las de recesión siguen siendo mucho más desfavorables, lo que ha ayudado a su no ruptura con las rutinas desarrollistas.

Sin embargo, el desarrollismo —que inicialmente, y por lo menos en apariencia, constituyó una esperanza transformadora y posteriormente fue una oportunidad reivindicativa— ha acabado por convertirse en una trampa, en la medida en que el sistema ha ido planteando más crudamente sus exigencias. El desarrollismo

requiere concentración de dinero y de poder, incremento creciente de los capitales y de sus beneficios, competitividad que se traslada a competencia entre los trabajadores, degradación de las condiciones laborales y de contratación, así como de las conquistas sociales, y, por tanto, permanentes incrementos de las desigualdades. Hoy todo ello constituye un mismo lote y una misma propuesta, y no se puede aceptar el desarrollismo sin aceptar, tácita o implícitamente, esas exigencias.

Pero aceptar todo el lote supone renunciar al sindicalismo, cuya razón de ser es el reparto. Hasta hace poco la realidad había sido más ambigua, en la medida en que podía asumirse un papel distinto sin ser por ello radicalmente diferente: se podía optar por el desarrollo y a la vez cumplir un papel, por lo menos parcial, en favor del reparto. Hoy la sociedad es inapelablemente dura, su identificación con el capitalismo resulta total y las exigencias del desarrollismo competitivo se sitúan necesariamente en un grado muy superior, en la medida en que el desarrollo alcanza niveles más acabados, más en el límite de los avances técnico-científicos, y requiere inversiones cada vez más grandes de las que resultan ciclos de utilización cada vez más cortos. Las dinámicas que se generan en el modelo desarrollista, en su estadio actual, han pasado del carácter de condicionantes al de determinantes. La apuesta por el desarrollismo implica aceptar sus exigencias; si se quiere defender otros parámetros diferentes, hay que hacerlo en su contra.

En sus inicios, el movimiento obrero, protagonizado por los artesanos, podía poner en cuestión la propuesta del capitalismo. Posteriormente, el sindicalismo, protagonizado por obreros cualificados, dejó de cuestionar el modelo para pasar a cuestionar el sujeto que pudiera gestionarlo. Por último, y ya en la época de la autonomía obrera, el obrero de la cadena dejó de cuestionar el modelo y el sujeto de gestión, construyéndose una fortaleza en su interior desde la que defender y mejorar sus conquistas. Hoy, arrasada esa fortaleza, el trabajador precario está a disposición y merced. Como su nombre indica, está de favor, sin capacidad reivindicativa alguna. La defensa de algún aspecto parcial implicaría cuestionar la totalidad del modelo, de tal suerte que la dificultad

estriba en cómo cuestionar la totalidad del modelo cuando no somos capaces de cuestionar ninguno de sus aspectos parciales.

## EL ATAQUE A LA FORTALEZA OBRERA Y LA NUEVA REALIDAD LABORAL

Conviene hacer un repaso de lo que ha ocurrido en las últimas décadas, desde la crisis del decenio de 1970, que dio al traste con el último ciclo de luchas autónomas, en el que todavía los sectores obreros con capacidad de lucha estaban en condiciones de obtener mejoras generalizadas que se extendían casi inmediatamente a la totalidad de los trabajadores.

El manejo de la crisis condujo al ataque a esa fortaleza obrera, previo a la puesta en marcha de enormes capacidades técnicas en beneficio exclusivo del capital. Esas capacidades generaron unas impresionantes posibilidades de dominación, que permitieron profundizar el ataque hasta alcanzar la voladura de la fortaleza obrera. Una voladura programada, llevada a cabo mediante el paro y la inflación.

La crisis, que además de un ataque a las posiciones obreras supuso una reestructuración del capital, generó un primer colchón de paro por la quiebra y el cierre de numerosas empresas que, pequeñas y/o secundarias en la estructura del capital, arrastraban una débil movilización obrera. Aunque con ese colchón de paro como amenaza se acometió la reconversión industrial con compensaciones económicas para los trabajadores, proporcionales a su capacidad de movilización, ello significó la desaparición de sectores industriales enteros, intensivos en mano de obra, con grandes centros de trabajo en los que la clase obrera había desarrollado su capacidad de movilización y ejercido el papel de motor y palanca de mejoras rápidamente universalizadas. A la reconversión industrial se añadieron la privatización y el desmantelamiento de la empresa pública, otro de los bastiones de la capacidad de movilización de los trabajadores.

Para "acabar con el paro" se emprendieron sucesivas reformas laborales que en primer lugar tendieron a fomentar el empleo

eventual a la carta —hasta 16 modalidades de contratación, además de la legalización de las empresas de trabajo temporal— y en segundo término permitieron desregularizar las condiciones de trabajo y al cabo favorecieron y abarataron los despidos.

Como es lógico, esos retrocesos legales se trasladaron inmediatamente a la realidad laboral, de modo que ésta siguió retrocediendo. Todos los empleos de nueva generación se rigieron por la nueva legislación laboral, y las empresas emprendieron un proceso constante de externalizaciones y expedientes de regulación de empleo. Por medio de éstos desaparecieron puestos de trabajo de “trabajadores con derechos”, que luego reaparecieron en condiciones degradadas, como empleos sin derechos.

Para frenar la inflación desbocada se contuvieron los salarios y se redujo el gasto público, al tiempo que se reformaba el sistema de pensiones, se introducían recortes en el de desempleo y se impulsaban medidas de concertación y privatización de servicios públicos. Todo ello simultaneado, sin pestañear, con la proliferación de subvenciones, bonificaciones y exenciones de impuestos a “la creación de empleo”, esto es, a los empresarios. Los y las paradas, que veían dificultado su acceso o recortada su cuantía de desempleo, se veían obligados a aceptar esos trabajos en cualquier condición laboral y económica que la nueva legislación laboral permitiese e incentivase. La práctica empeoraba aún más las cosas, hasta la realidad del empleo sumergido, que sigue siendo “mejor que el paro”.

Todo ello en un ambiente de paz social y de asentamiento de los sindicatos. Desde 1977 (pactos de la Moncloa) hasta 1986 (Acuerdo Económico y Social) hubo reiterados pactos explícitos, que posteriormente ni siquiera fueron necesarios. Los sindicatos, mediante las elecciones sindicales y toda la legislación que les permitía suplantar a los trabajadores, desplazaron la participación y autonomía obrera, no sin que faltasen momentos de neta confrontación. Las huelgas, dentro de la legalidad y bajo la influencia de unas organizaciones sindicales que asfixiaron cualquier otra expresión, fueron adquiriendo un carácter exclusivamente defensivo. Ya no tenían un carácter expansivo, sino que abordaban el conflicto concreto, sólo en lo referido a los trabajadores

directamente implicados, terreno en el que, naturalmente, los acuerdos eran más fáciles. Esos conflictos se zanjaban por medio de compensaciones económicas a los trabajadores afectados que todavía podían hacerse valer, pero sin impedir ni tan siquiera plantear el deterioro de la situación obrera: desaparición de puestos de trabajo, incremento del paro, reaparición de nuevos —muchas veces los mismos— puestos de trabajo en condiciones contractuales, laborales y salariales mucho más deterioradas...

Desde finales del decenio de 1970 hasta 2008 se dio siempre el mismo proceso, y se dio en situaciones cada vez más normalizadas o de menor conflictividad. El resultado fue un fraccionamiento entre los trabajadores que se fue haciendo cada vez más profundo, hasta el punto de que resulta difícil hablar de éstos como de un colectivo homogéneo o con suficientes rasgos en común. El empleado de la Administración o el trabajador con veinte años de antigüedad en una gran empresa matriz tienen una situación radicalmente distinta de la del eventual de una empresa subcontratada. Es distinta en salario, en estabilidad, en condiciones de trabajo y en derechos; también en cuanto a capacidad reivindicativa y en relación con el sindicalismo.

## EL PAPEL DEL SINDICALISMO

El sindicalismo actual es algo más, mucho más, que una organización de trabajadores. Su peso o capacidad de influencia no le viene dada por la capacidad de influencia de los trabajadores —proporcional a su capacidad de presión—, sino por otros muchos factores que nada tienen que ver con ella: reconocimiento institucional y empresarial, normalmente ligado a resultados electorales, pero no sólo; interlocución preferente; gestión por delegación de determinadas parcelas de decisión, como contrataciones, ascensos, traslados, fondos sociales...; subvenciones millonarias de dinero público y privado, como pago de servicios prestados. Todo ello, unido al desarrollo y mantenimiento de una entidad propia, con cargos retribuidos y miles de puestos de trabajo, hace que el sindicalismo sea mucho más que una organización de trabajadores. O mucho menos,

según se vea. Hablamos de un agente social reconocido y con papel asignado dentro de las dinámicas existentes, papel en el que la defensa de los intereses de los trabajadores a los que representa es relativo y supeditado.

Ese sindicalismo se sustenta en el sector de trabajadores establecidos, los restos de la antigua clase obrera, los que mantienen trabajo fijo, algunos derechos adquiridos y cierta capacidad de presión. Esa todavía mayoría social —aunque ha tenido que pagar un alto precio en otros indicadores, se ve beneficiada o es capaz de sobrenadar en lo económico con cierta holgura en esta sociedad competitiva y tendente a la desigualdad— es la que constituye la base de afiliación de todo el espectro sindical y a ella responde la actuación de los sindicatos. No hay una contraposición entre un mal sindicalismo y unos buenos trabajadores: lo institucional no deja de ser reflejo de la realidad, y aunque pueda empeorarla sólo está en condiciones de hacerlo ligeramente.

Durante estas décadas el sindicalismo se ha centrado casi exclusivamente en la defensa de los intereses económicos de ese sector de trabajadores o, lo que es peor, en la defensa de su capacidad de consumo. Ha defendido sus salarios al precio de cesiones en las condiciones de trabajo y en los derechos de esos mismos trabajadores, y ha buscado que se les compensase, incluso con dinero público, en las situaciones más adversas: jubilaciones anticipadas, despidos incentivados, expedientes de regulación de empleo a cargo del dinero público..., siempre con la consecuencia de ir ampliando el empleo eventual, intermitente, mal pagado y en peores condiciones laborales.

Los que quedan fuera de esa mayoría, los que están en peor situación —las mujeres y jóvenes en precariedad extrema, las personas mayores con pensiones raquíticas, los y las inmigrantes condenados a realizar los trabajos más duros y peor pagados—, también quedan fuera de la actuación del sindicalismo y de cualquier forma de expresión y presencia social. No es que el sindicalismo no tenga relación con ese otro sector de trabajadores: tiene una relación asistencial y siempre individualizada, a través de la oferta de recursos que son otorgados para administrar y hacer clientelismo —papeles para los inmigrantes, cursos, empleos eventuales cuya adjudicación se

gestiona...—, en una especie de permanente entretenimiento y distracción, sin afrontar nunca su situación, que es colectiva y no individual.

Si ése es el papel del sindicalismo oficial o institucionalizado, no ha ido mucho más allá el sindicalismo que ha tenido la intención de eso, de ir más allá, ya que ni ha sido ni es capaz de romper ese juego. Aunque es cierto que en muchas ocasiones se lo plantea y cumple un papel estimulante, también lo es que lo consigue en muy escasa medida, sin ser capaz de hacer variar la tendencia ni de romper las reglas. En la medida en que no es capaz de romperlas, queda atrapado en ellas, sin otro efecto que el de exacerbar la situación y llevarla al límite. Al margen de su voluntad e intención, en este plano de consideración, cuando la realidad ha adquirido un grado de espesor o pesantez que la hace definirse y reproducirse a sí misma, la intencionalidad, siendo condición imprescindible, es insuficiente.

Y todo parece indicar que el sindicalismo que ahora nos interesa no saldrá de ese papel, ni por su propio desarrollo ni por variación de las circunstancias. Hay realidades laborales en las que ese sindicalismo que intenta ser radical ha alcanzado su techo hace tiempo. Su papel no trasciende quedar dentro: es el papel que le otorgan los trabajadores, queriéndolo presente, pero sin dejar de ser la tercera fuerza, sin pasar de la influencia al protagonismo. Tampoco las circunstancias modifican la realidad, capaz, por ejemplo, de soportar cinco millones de parados y seguir presentando como solución las mismas dinámicas y el mismo funcionamiento.

La constante generación de necesidades por satisfacer es otro factor que, perfectamente manejado, viene a cerrar el círculo. Aunque el consumismo, cada vez más inducido, de una amplísima oferta para todos los gustos y posibilidades está más en relación con el incremento de los beneficios que con el bienestar de los individuos, cumple un enorme papel integrador. Ese consumismo, que nos llena de baratijas y nos impide ver lo mucho de lo que carecemos, junto con el deterioro de las condiciones laborales y de las garantías sociales, es factor de precarización, de recorte vital, de pérdida de autonomía, de ausencia de capacidad de decisión. La precarización de las vidas nos alcanza a todos; incluso aunque sea

con formas menos duras, alcanza a quienes tienen, o tenemos, las necesidades económicas resueltas.

Ese consumismo genera también falsos elementos igualadores. La persona precaria a tope y aquella a la que no le alcanza para una existencia autónoma tienen acceso a un móvil de última generación que no envidia al más pintado. Dispone de coche o moto, acude al cotillón de la noche de fin de año, se mueve en los bares y en las grandes superficies comerciales, accede al campo de fútbol o al concierto o a la discoteca, viaja los fines de semana, tiene televisión de plasma con múltiples canales... Aunque no tendrá acceso a una formación seria ni a un trabajo en condiciones ni a una vivienda propia, en todos esos consumos infra e inmediateistas será como el que más, y no se sentirá diferente, sino igual. Tiene algo que perder, y si ese algo es aquello en lo que está atrapado, sentirá que tiene mucho que perder.

Se trata, además, de un consumismo en sí mismo individualizado y fomentador de individualismo. Por eso, y frente a lo que ocurrió en otros tiempos con la explotación, que fue capaz de colectivizarse y ser factor de socialización, la precariedad (en la que el consumo tiene parte importante) se vive individualmente, aisladamente, incluso competitivamente. No sólo no genera respuesta social, sino que trabaja en contra de ésta y a favor de las dinámicas del sistema. Y ello tanto más cuanto de forma más dura y agresiva esté planteada.

## SINDICALISMO Y DECRECIMIENTO

De lo dicho anteriormente tendríamos que quedarnos con tres aspectos que pueden servirnos de referencia: la solidez de la realidad identificada con el capitalismo, el nulo papel desempeñado por éste en cuanto agente de reparto y la insuficiencia y limitaciones a la hora de intentar hacer otro sindicalismo diferente.

La realidad actual es algo pétreo y sin fisuras, en la que todo trabaja en una dirección: la de más capitalismo. En esa realidad, desarrollismo, competitividad, capitalismo y desigualdad son términos indisociables y en permanente crecimiento.

Que la crisis venga a reforzar el capitalismo es buena muestra de ésa su condición de inexorabilidad. Y, sin embargo, así es. De la crisis de la que ha sido causa, y que inicialmente parecía ponerlo en cuestión, el capitalismo sale fortalecido después de haber conseguido imponer como necesarias y beneficiosas todas las medidas que lo favorecieran: ayudas de dinero público, planes E y Renove, macroobras, propuestas de reforma del mercado laboral y de las pensiones...

Por otra parte, el sindicalismo dominante no sólo no se opone a esta realidad, sino que es su cómplice claro. Un sindicalismo basado en el sector más establecido de trabajadores y dirigido en exclusiva a la defensa de su poder adquisitivo —peor todavía: de su nivel de consumo— es un sindicalismo abocado al pacto y a paliar los efectos sobre los trabajadores directamente implicados sin encarar las causas, ni tan siquiera en las situaciones más duras de despidos y cierres. Un sindicalismo que permite el crecimiento de una realidad absolutamente hostil, de eventualidad extrema, pésimas condiciones de trabajo y total ausencia de derechos, a la que quienes están en paro y las nuevas generaciones que se incorporan al mercado laboral se ven enfrentados individualmente, sin capacidad de lucha y con escasísima intervención sindical. Es la contribución a la escisión que se está produciendo entre los trabajadores y un sindicalismo que ha perdido la referencia del reparto y de la igualdad, que no genera oposición a lo existente ni inconformismo ni enfrentamiento ni capacidad de lucha, sino que, al contrario, mantiene la paz social en una sociedad rica pero desigual.

Aunque es cierto que ha habido otro sindicalismo que ha intentado caminar a contracorriente —el que nos interesa, aquél en el que nos sentimos incluidos y al que irá dirigida la propuesta—, hay que reconocer que no lo ha conseguido. El papel en el que se ha dejado encasillar pudiera estar gráficamente representado por su mantenimiento como tercera fuerza sindical al que se ve reducido, en el mejor de los casos, por los trabajadores. Mantenido como el coco que puede venir, con influencia para llevar al límite el juego de la compensación, pero sin otorgarle nunca el protagonismo ni la capacidad de decisión que pudiera romperlo. Y esa imposibilidad de romper el juego —ni en sus momentos de máxima implantación

entre los trabajadores ni en las situaciones más duras— le lleva a quedar atrapado en él, pese a que sus intenciones sean otras.

Son esas tres constataciones —la realidad totalizadora, la inutilidad del juego sindical y nuestra imposibilidad de romperlo— las que nos obligan a reorientar nuestra actuación y hacer una apuesta diferente. Una apuesta es una opción que incluye riesgos y que no ofrece garantía de que los resultados sean los esperados. El sindicalismo y el conjunto de la actuación social son apuestas, y así debemos aceptarlo. Desde el punto de vista ecológico, desde el de las relaciones internacionales, así como desde el de otras problemáticas sociales, el decrecimiento aparece como una apuesta sensata. En lo sindical también, toda vez que desarrollismo y reparto son incompatibles: comoquiera que el primero siempre posterga al segundo y trabaja en la dirección de los incrementos de las desigualdades, el reparto, hoy, sólo puede ser defendido por encima y en contra del desarrollismo. Apostando arriesgamos, pero sin apuesta estamos abocados a lo que hay y a lo que todo empuja, al desarrollismo y a la desigualdad. La apuesta por el decrecimiento, siendo arriesgada, es lo más sensato.

Esa apuesta significa poner en el primer plano de nuestra actividad sindical el reparto, a lo que toda otra consideración ha de quedar supeditada. Vendría a ser la recuperación de la centralidad del hecho sindical. Aunque no en exclusiva, el reparto desde el punto de vista sindical incluye el reparto del trabajo. Podría parecer que siempre hemos estado por el reparto del trabajo: treinta años llevamos reclamando las 35 horas, pero sin dar pasos significativos en esa dirección, lo que implica que algo falla en nuestro planteamiento.

La opción por el decrecimiento implica que nuestra apuesta por el reparto incluye nuestra predisposición a repartir. Es algo fundamental. Aunque lo de que “la crisis la paguen los ricos” es una reivindicación deseable, mantenerse en ella esconde y disfraza nuestra nula predisposición a repartir, nuestra preocupación por que la crisis no nos afecte a nosotros y nuestra indiferencia frente a lo que está ocurriendo: la crisis la pagan los más pobres. Es difícilmente creíble nuestra exigencia de reparto si no va acompañada de esa predisposición a repartir. Esta última debe tender a cancelar la

escisión producida en el interior de los trabajadores, consiguiendo mayores cotas de igualdad interna que se traduzcan en una más verdadera y creíble exigencia externa de reparto.

Para hacer del reparto la preocupación y el objetivo central de nuestra actuación sindical, habría que empezar por plantear reivindicaciones salariales negativas, en un porcentaje similar al del paro existente, compensando esa disminución salarial con una mayor reducción horaria y con mejoras de las condiciones laborales (desaparición de turnos de noche o de fines de semana, por ejemplo), y repartiendo desigualmente la disminución salarial, con reducciones significativas de los abanicos salariales.

La disminución horaria implicaría la generación de empleo, en unos casos, y la reducción de la producción en otros, efectos ambos igualmente deseables. Liberarían al sindicalismo de su sometimiento al desarrollismo y de su pavor ante la deseable desaparición de empleo. Por otra parte, acercarían la reivindicación a la satisfacción de necesidades, pudiendo recuperar su carácter de exigencia y de confrontación, que han perdido con la reivindicación centrada en los niveles del consumo y de lo superfluo.

Simultáneamente a ese camino de reivindicación salarial negativa, habría que emprender otras iniciativas tendentes a incrementar nuestros impuestos —de la mano, por ejemplo, de declaraciones complementarias conforme a unas escalas progresivas—, reivindicando esa progresividad y ligándola a la defensa de las garantías y derechos sociales, y de su ampliación, especialmente en lo que se refiere a la renta básica o al salario social.

Naturalmente, ese giro en la actuación sindical requiere un giro en la totalidad del modelo. Un modelo sindical que apueste, sin dejarse llevar a los espacios a los que es conducido y a los que todas las dinámicas lo van a empujar. Un sindicalismo más fuerte y decidido, nacido de nuestra convicción personal. Que no se deje atrapar en y por el mayoritarismo. Que busque y abra formas de actuación en minoría, sin necesidad de esperar a ser mayoría para expresarse tal cual se quiere. Que ligue esa actuación en minoría a la no pasividad individual, a la implicación personal, que para expresarse y hacerse presente no necesita ampararse siempre en la mayoría.

Una actuación que seguramente nos llevará a terrenos próximos a la objeción de conciencia y a la desobediencia civil, de los que hoy estamos muy alejados, pero que tendremos que descubrir para el sindicalismo. Un modelo sindical que recupere algo del carácter de lo que fueron los movimientos sociales en los momentos en que emergieron.

Naturalmente, toda apuesta incluye riesgos, y esta apuesta arriesga todos los elementos estabilizadores del sindicalismo (afiliación, representatividad, búsqueda de la mayoría, situación económica, medios otorgados...) que son parte constitutiva de la propia naturaleza de la organización sindical. Son riesgos de los que tendremos que ser conscientes para afrontarlos sin ninguna frivolidad; son terrenos que hay que valorar bien, por los que tendremos que seguir peleando, aunque desde una situación de mayor desventaja.

Pero, por el contrario, además de empezar a practicar el sindicalismo que queremos, la apuesta tendría dos ventajas añadidas. Por una parte, ligaría vida y propuesta social, hoy totalmente escindidas. De ser personas que dicen, pasaríamos a ser personas que hacen, recuperando capacidad de presencia, una influencia de otra índole, no necesitada de la permanente agitación dispersa en que cae con frecuencia nuestra actuación. Esos elementos de presencia, que refuercen el *hacer* frente al *decir* y, con ello, el *estar* y el *ser*, permitirían sacar nuestro discurso y nuestra actuación del ámbito de la mera lógica, de la multiplicidad de razones, todas dentro de lo parcial, todas con sus pegas, en el que es difícil abrirse camino y fácil perderse en la dispersión de su multiplicidad. Significaría recuperar la capacidad de contagio y transmisión, sólo posible de persona a persona. Por otro lado, esa apuesta permitiría un trabajo de unificación de lo social. El decrecimiento es tema que atraviesa todas las problemáticas sociales (la de género, la ecológica, la militarista, las relaciones internacionales, la inmigración...) y podría dotar a éstas de cierta unificación de miras y objetivos comunes, sin renunciar ninguna de ellas a sus especificidades, pero sacándolas de la dispersión en que se ha convertido lo que inicialmente fue diversidad y riqueza.

Habría que insistir, para terminar, en el carácter de apuesta de esta opción y en que, por tanto, no hay garantía de que vayamos a

conseguir los efectos benéficos que con ella perseguimos ni a evitar los riesgos ciertos que entraña. Es la que elegimos y asumimos como nuestra apuesta, en tanto alguien no logre convencernos de que existe otra mejor y más ajustada, con menos riesgos y más garantías. Conscientes de que transitar los caminos que se nos ofertan y a los que se nos empuja, aunque sea de forma crítica e intentando modificarlos, ni nos lleva ni nos acerca a objetivo alguno. Conscientes también de que no es nada seguro que el decrecimiento abra un camino para la transformación de la sociedad y nuevas perspectivas de enfrentamiento con lo existente, aunque sí convencidos de que el desarrollismo es puro capitalismo, cada día más antisocial, y no puede ser de otra manera.

Manifestar voluntariamente una ausencia de certezas no debe entenderse como una ambigüedad en lo que proponemos, buscando nadar y guardar la ropa. En lo social, las certezas no existen nunca, y si alguien cree tenerlas, es seguro que se equivoca. Y, sin embargo, la apuesta decidida debe existir siempre, sin dejar el menor resquicio a la indecisión. En lo social, jugar a medias es dar el juego por perdido.

Por último, la opción por el decrecimiento no es una receta: supone una orientación que debe marcar todo nuestro sindicalismo, pero que debe concretarse en cada una de las situaciones a las que nos enfrentamos, sin ser igual la propuesta que podamos defender en la negociación colectiva y en un expediente de regulación de empleo, en la empresa privada o en la Administración Pública. En cada una de esas situaciones esa propuesta deberá adecuarse a las condiciones acompañantes. Lo que importa serán los avances que seamos capaces de conseguir en la realidad, más que la linealidad y la diafanidad con que se expresen nuestros deseos. El posibilismo es muy deseable para el radicalismo y la disociación de ambos suele tener consecuencias negativas.



Como plantean Latouche<sup>1</sup> o Castoriadis<sup>2</sup>, todo el mundo sabe, de una forma o de otra, que la humanidad corre hacia el precipicio con nuestro actual modo de vida, basado en el aumento imparable del crecimiento de la producción y el consumo. Pero nos negamos a asumirlo porque este capitalismo ha colonizado nuestro imaginario mental y utópico. De hecho, los planes de recuperación de las crisis se asientan constantemente en grandes obras e infraestructuras de transporte, que deterioran aún más la situación<sup>3</sup>. Se ha convertido en parte del pensamiento único el imperativo del aumento del crecimiento, de la productividad y competitividad, del poder de compra y, en consecuencia, del consumo. Hablar de decrecimiento, en este contexto, se considera literalmente blasfemo.

Sabemos que la globalización neoliberal "constituye el triunfo absoluto de la religión del crecimiento" y que "únicamente la ruptura con el sistema capitalista, con su consumismo y su productivismo, puede evitar la catástrofe", como plantean estos autores. Sabemos, pues, cuál es la solución. Ese sistema capitalista está condenado al crecimiento compulsivo, al sobreconsumo, a la depredación y el despilfarro. Lo sabemos, pero procuramos mirar hacia otra parte, porque, si no, nos veríamos obligados a cambiar de rumbo.

Como proponen estos autores, desde la óptica de una sociedad de decrecimiento hemos de empezar por cambiar los valores y descolonizar el imaginario colectivo. El objetivo del decrecimiento pasa por un cambio profundo de los valores en los que creemos y sobre los que organizamos nuestra vida<sup>4</sup>, que contrarreste la manipulación de la que somos víctimas, aunque ésta se resistirá a desaparecer. Hoy en día los valores más exaltados son la competitividad, la agresividad de la persona luchadora, la indiferencia ante el sufrimiento ajeno, la complacencia del consumidor irresponsable... Es necesaria, por consiguiente, una descentración cognitiva que reevalúe y deconstruya estos planteamientos. Para ello, se hace imprescindible y crucial repensar la educación, pues es a través de ella principalmente como han sido colonizados nuestra razón, nuestro pensamiento y nuestra imaginación. Esto supondrá una revolución que producirá cambios profundos en el imaginario capitalista del ser humano occidental. Para intentar salir del imaginario dominante, como expone Latouche, hace falta primero analizar la forma en que hemos entrado en éste a través del modelo educativo que nos han construido<sup>5</sup>.

## LA EDUCACIÓN AL SERVICIO DEL MERCADO

En los últimos años, y como consecuencia del impacto provocado por la globalización capitalista, muchos países han iniciado importantes reformas en sus sistemas educativos. Uno de los discursos recurrentes de la actual racionalidad neoliberal ha sido el de la imperiosa necesidad de reformas educativas encaminadas a mejorar la productividad y la competitividad nacionales. Discurso adornado con el término mítico de la "calidad educativa", asentado en los estándares de la teoría del capital humano y las competencias.

La aparición casi simultánea de reformas educativas similares en distintos países y continentes, a pesar de materializarse en tiempos, lugares y formas diferentes, muestra claramente que las reestructuraciones actuales de la educación, que siguen las directrices de organismos internacionales como el Fondo Monetario, la Organización Mundial del Comercio o el Banco Mundial, han de

entenderse como un fenómeno global y coherente con la ofensiva neoliberal que se vive en todos los campos y todos los frentes, indistintamente de centros y periferias en donde, aparte de algunos matices, tan solo cambia el grado de persuasión en los países empobrecidos<sup>6</sup>. De hecho, se ha tornado cada vez más difícil reconocer alguna divergencia sustantiva en las acciones y en los discursos de quienes actualmente orientan las propuestas de cambio educativo en todo el mundo.

Como analizan numerosos autores y autoras<sup>7</sup>, el neoliberalismo se ha convertido en el "telón de fondo" de los ajustes de las políticas educativas mundiales, que ya no se limitan al recorte en la asignación de recursos o a su privatización, sino que afectan básicamente a los núcleos del ideario educativo y a las propias políticas pedagógicas. La tesis central que se viene a concluir es que no sólo se está en un proceso privatizador de escala mundial, abriendo la educación a los mercados y rompiendo la concepción de la educación como un derecho social que ha de ser protegido por el Estado, sino que se está adecuando la misma educación a los principios y prácticas del mercado. Lo sorprendente es que esta dinámica neoliberal se ha configurado como "sentido común" tan poderoso que ha sido capaz incluso de redefinir los límites de la discusión<sup>8</sup>. Así, ésta, en el terreno educativo, ya no se centra en cómo desarrollar una educación emancipadora basada en un desarrollo vital de nuestro alumnado que garantice una ciudadanía plena y una participación real en la construcción de una sociedad más justa, más armoniosa, que tenga en cuenta los derechos de las futuras generaciones, sino en un currículum en función del mercado de trabajo con el fin de incrementar la competitividad internacional, la ganancia.

El neoliberalismo ha provocado una sorprendente inversión ideológica de valores: en términos de agenda educativa global resultaría, pues, que el papel de la educación como un valor público, dirigido a formar una ciudadanía participativa, solidaria y abierta, está perdiendo peso bajo la presión creciente de los valores de la economía (competitividad, rendimiento, beneficios) que van modelando el prototipo de una ciudadanía más individualista y consumista, cortada por el patrón neoliberal. Se ha llevado a cabo la

exitosa traducción de una doctrina económica al lenguaje de la experiencia, el imperativo moral y el sentido común. Todos estos síntomas no son un "daño colateral" del proceso de globalización neoliberal en el ámbito educativo, sino que son aspectos estructurales y cruciales dentro del proceso de adecuación de la educación a las nuevas exigencias de la economía capitalista<sup>9</sup>.

## EDUCAR PARA PRODUCIR

Ya en 1989 el informe *Educación y Competencia en Europa* de la ERT<sup>10</sup> recordaba "la importancia estratégica de la educación para la competitividad europea", lamentando la "inadecuación y el arcaísmo" de los sistemas educativos correspondientes, y afirmando alto y claro que la "oferta de cualificaciones no se corresponde con la demanda". Criticaba, además, a una Europa que "autoriza e incluso anima a sus jóvenes a que se tomen el tiempo necesario para realizar estudios 'interesantes', sin relación con el mercado laboral" y lamentaba que "la industria sólo tenga una escasa influencia sobre los programas enseñados", que los enseñantes muestren "una comprensión insuficiente del entorno económico de los negocios y de la noción de beneficio" y que esos mismos enseñantes "no comprendan las necesidades de la industria"<sup>11</sup>.

El argumento de la inadecuación del sistema educativo al productivo, y la necesidad de superar ese desfase poniendo a "la empresa" al mando, ha sido machaconamente repetido desde que las grandes corporaciones multinacionales irrumpieron con fuerza en el escenario, "orientando" los abundantes informes de los responsables de educación de los organismos internacionales<sup>12</sup>. "No forma para la vida real"; "la educación que imparte es inútil"; "no sirve cuando de verdad tienes que trabajar"... Estos estribillos se oyen continuamente en boca de los medios de comunicación y los discursos políticos, reduciendo la "utilidad" y la "vida real" al mercado laboral. Como si los seres humanos se pensaran y definieran únicamente como trabajadores y trabajadoras de la maquinaria laboral. De esta manera se está produciendo una auténtica mutación en la naturaleza y fines de la educación que, de formar ciudadanos y ciudadanas

provistos de valores, saberes y capacidades, pasa a subordinarse completamente a la producción de "recursos humanos" dotados de competencias flexibles para adecuarse al sistema productivo y aclimatarse a los valores y comportamientos en la empresa (conocimientos, destrezas y actitudes).

La tarea esencial ya no es la producción de "seres humanos razonables", personas capaces de juzgar y decidir razonable, crítica y rigurosamente, sino la de perfilar asalariados cualificados profesionalmente. La educación humanista, por muy ilusoria que haya podido ser su pretensión a la universalidad en una sociedad de clases, se proponía como meta la emancipación intelectual y, como referencia ideal, un ser humano completo para quien el trabajo no constituía la exclusiva ocupación de la vida. Este ideal se ha quebrado en la era neoliberal. La finalidad no es pensar y ayudar a cambiar la sociedad desde la educación para hacerla más justa, más sabia, más universal, más equitativa, más comprensiva: de lo que se trata es de adaptar la educación para que sea útil a los cambios que se están produciendo en la economía y la sociedad.

La filosofía de proporcionar a la industria y los servicios trabajadoras y trabajadores adaptados a las exigencias de la producción moderna se ha convertido, con mucho, en la más importante de las funciones atribuidas a la enseñanza al cabo de los años. En el imaginario colectivo y en el sentido común habitual de los discursos del mundo de la política, los medios de comunicación e incluso la gente corriente de la calle, se entiende que la tarea primordial de la escuela estriba en ser el soporte de la empresa y el mercado. De hecho, en el informe de la ERT sobre la enseñanza, de febrero de 1995, se afirmaba que "la educación debe ser considerada como un servicio prestado al mundo económico".

Así se están integrando los sistemas escolares dentro de proyectos industriales, contemplados como recursos para la obtención de capital humano, para la creación de trabajadores y trabajadoras dóciles, y creando las condiciones educativas necesarias para aumentar la competitividad, las ganancias y la disciplina<sup>13</sup>. Con el argumento de que la educación debe atender a las demandas sociales, se hace una interpretación claramente reduccionista de qué sea la sociedad, poniendo a la escuela y a la universidad al exclusivo

servicio de las empresas y centrando la formación en preparar el tipo de profesionales solicitados por éstas. Las inversiones en la educación y los currículos son pensados de acuerdo con las exigencias del mercado y como preparación al mercado de trabajo. La persona trabajadora "flexible" y "polivalente" constituye así la referencia del nuevo ideal pedagógico. El papel público de la educación como campo de entrenamiento para la democracia y para la ciudadanía democrática se ha pasado a considerar como un despilfarro del gasto público, siendo reemplazado por el punto de vista que la empresa privada tiene de la función de la enseñanza: un campo de entrenamiento para ajustar la educación a las demandas del mercado laboral.

Se emprenden, así, una nueva cruzada de reconceptualización del discurso sobre las prioridades de la educación para enfrentar los desafíos de la nueva época y una nueva retórica sobre los escenarios futuros en esta "sociedad del conocimiento", siempre con la finalidad de racionalizar y volver más eficaces y eficientes los sistemas de educación. De este modo se transforma, paulatinamente, la representación de la función de la educación en la profesionalización, pilar fundamental del nuevo orden de la escuela y la universidad. En adelante, se trata de pensar la enseñanza en términos de salidas profesionales. La profesionalización ya no es una finalidad entre otras de la educación, sino que tiende a convertirse en la principal línea directriz de todas las reformas. Con la difusión de esta peligrosa y sutil ideología, se está tendiendo a reducir la enseñanza a las competencias útiles para las empresas, y a obedecer con ello a un utilitarismo que impide a los jóvenes interesarse mínimamente en lo que parece no ser vendible en el mercado de trabajo<sup>14</sup>.

## EDUCAR PARA SER EFICAZ, COMPETITIVO Y EMPLEABLE

En este modelo neoliberal la función social asignada a la educación se centra en su apoyo al crecimiento económico, su aportación a la competitividad empresarial de las industrias nacionales, la formación para el trabajo y la capacitación para el desarrollo tecnológico

y el crecimiento industrial y financiero<sup>15</sup>. Estas funciones económicas priman sobre la función de socializar para participar activamente en una ciudadanía consciente y comprometida, transmitir la cultura y desarrollar la personalidad. Por eso la patronal empresarial exige menos conocimientos filosóficos, menos cultura y arte, menos humanidades, más saberes instrumentales y competencias flexibles. De ahí que se proponga desarrollar una educación fundamental de base para todos y, al mismo tiempo, organizar la enseñanza secundaria y superior más especializada e instrumental en relación con las exigencias del mercado<sup>16</sup>.

El organigrama se estructura de forma tal que algunas elites accederán a los saberes y a las competencias que harán de ellas los cuadros directivos de la economía globalizada. Un puñado de especialistas, altamente cualificados en las más modernas tecnologías, les asistirá. El resto constituirá una masa flotante provista solamente de las competencias generales y técnicas de base que permitirán alternar rápidamente los empleos poco cualificados y los periodos de paro. La función de la escuela será inculcarles el "saber estar", los comportamientos que harán de ellos trabajadores y trabajadoras con disciplina y respeto hacia las instituciones existentes, dispuestos a adaptar sus horarios de trabajo a las exigencias de la producción. Deberán ser adaptables y autónomos, capaces de reciclarse por sí mismos. Deben tener una formación continua durante toda su vida profesional para poder seguir siendo personas productivas y empleables, asumiendo los gastos de esa formación "a lo largo de toda la vida". De esta forma, los estudiantes podrán definir sus propios objetivos y dirigirlos a su ritmo personal: "libres" para buscar individualmente la forma de adaptarse lo mejor posible a las expectativas de las empresas.

No se espera que dediquen su tiempo a estudios fútiles, a conocimientos que simplemente les aporten un enriquecimiento intelectual o cultural personal, a saberes que les permitan analizar mejor la historia y las leyes de la economía o de la sociedad en la que viven, a competencias que desarrollen en él o ella el sentido artístico, la militancia o las ganas de escribir. Han de ser eficaces, rentables, flexibles y móviles. Por eso, ahora se trata, como lo recomendaba en 1997 el Consejo Europeo reunido en Amsterdam, "de

conceder prioridad al desarrollo de las competencias profesionales y sociales para una mejor adaptación de los trabajadores a la evolución del mercado laboral”<sup>17</sup>.

Los conocimientos se reinterpretan en el léxico de las competencias; se redefine el programa escolar como una suma de “competencias”; los grandes programas de evaluación apelan igualmente a esta noción invitando a los Gobiernos a juzgar y corregir los sistemas educativos a partir de ella. Este método, que consiste en analizar hasta el detalle los contenidos de la enseñanza y en traducirlos en “conocimientos prácticos” y en “competencias”, forma parte de una estandarización pedagógica que tecnifica, tayloriza y burocratiza la enseñanza con criterios de eficacia, transformando la educación en un mercado y las escuelas en fábricas de “competencias”<sup>18</sup>. Simultáneamente a esta transición hacia las “competencias” ha surgido el concepto de “empleabilidad”. Este concepto, difuso, implica “responsabilizar” a la persona trabajadora ante su formación, operar de manera que sea ella misma quien se encargue de mantener, actualizar y conseguir más competencias para seguir siendo “empleable”.

La empleabilidad implica la acumulación de competencias, que supuestamente garantizan la capacidad de ocupar empleos polivalentes y flexibles. La aceleración del progreso científico y técnico, pero sobre todo la naturaleza efímera de los empleos que el capitalismo ofrece, hacen que los conocimientos y competencias dispensados por la educación se vuelvan rápidamente caducos. Entonces, la empresa reclama al sistema de formación que desarrolle precisamente las competencias que favorezcan esta flexibilidad, esta capacidad de adaptación del trabajador o la trabajadora. Las competencias que tienen un valor profesional, por tanto, son las que son “transferibles”. Lo que se valora no es aquello que le inserta a uno en un campo profesional, sino lo que le permite pasar ágilmente de una especialidad a otra, en un contexto de precariedad y rotación laboral. Hay que preparar, no tanto para ejercer una especialidad como para poder reconvertirse permanentemente.

La transición de la cualificación profesional hacia la empleabilidad, y de los saberes hacia las competencias, marca el final del

modelo de reglamentación salarial y social, negociado colectivamente. Deja vía libre a una desregulación total, por lo que cada trabajador y trabajadora se halla solo, provisto de sus competencias, frente a las exigencias de la empresa. Los mecanismos solidarios de protección dejan paso al individualismo. La negociación, colectiva y explícita en la lógica de la cualificación, se vuelve individual e implícita con la lógica de la competencia<sup>19</sup>. Por eso cada trabajador o trabajadora debe acumular su propio "capital" de competencias originales y flexibles.

## LA EDUCACIÓN COMO PRODUCTO DE CONSUMO

Estos cambios no significan ya una reforma de la educación, sino una reconversión. De esta manera, la educación se está convirtiendo en un producto de consumo. En un bien preciado que confiere ventaja competitiva en la dura lucha por el ascenso social. Cuantos más certificados se acumulen, y mayor costo económico conlleven (mejor si es en un centro privado, mejor si es un máster caro, etc.), conferirán una situación más ventajosa en la carrera por la obtención del futuro puesto de trabajo. De hecho, las distintas investigaciones<sup>20</sup> ponen de manifiesto que la elección de centros concertados y privados tiene que ver, en el imaginario de las familias de clase media que los eligen, con la mayor posibilidad que ofrecen de promoción y futuro éxito social, aludiendo al "prestigio" que conlleva el que sus hijos e hijas estudien en esos centros "alejados" de los centros públicos, donde se concentra el alumnado inmigrante, con diversidad y de minorías. Se considera, por tanto, la educación como una "inversión" de futuro, un activo rentable, si se sabe elegir cuidadosamente.

Se quiere así convertir la educación en un asunto privado de consumidores y consumidoras que eligen según sus recursos. Esto supone un replanteamiento total del papel de la educación en la sociedad. Bajo este enfoque, lo que se hace, de hecho, es separar la educación de la esfera pública, negando su condición de derecho social, para confiarla al mercado, transformándola en una posibilidad de consumo individual, variable según la capacidad de compra de

los consumidores y las consumidoras. El sistema educativo pasa así del ámbito prioritario de los valores culturales y educativos a la lógica urgente del valor económico. Este replanteamiento se asienta sobre una suposición básica: la educación, como cualquier otro producto que se compra y vende, es una mercancía con la que aseguramos que nuestra prole tenga las mejores posibilidades de salir adelante y triunfar en la lucha despiadada y competitiva de cada uno contra todos en el sistema de darwinismo social del mercado. Y a "los míos" les compro las mejores oportunidades para que puedan competir con ventaja.

Lejos de ser un derecho del que gozan todas las personas, dada su condición de ciudadanas, la educación debe ser establecida como una oportunidad que a las personas emprendedoras, a las consumidoras "responsables", se les presenta en la esfera de un mercado flexible y dinámico (el mercado escolar). La ciudadanía, preocupada por lograr mayores cotas de justicia social e igualdad de oportunidades, queda desplazada por los consumidores y consumidoras para quienes sólo rigen las leyes del mercado: su preocupación es tener libertad para elegir y competir. Además, de esta forma se transfiere la responsabilidad del éxito o el fracaso escolar (que ya no es colectivo, sino individual) a los propios "clientes", dado que son ellos quienes eligen.

En este contexto en el que las escuelas han de someterse a las leyes del mercado, especialmente a la competencia, en donde proliferan los sistemas de evaluación desde la óptica del rendimiento para orientar, valorar, premiar y sancionar a las instituciones educativas, las escuelas procurarán hacerse más selectivas, pues el hecho de aceptar alumnado que haga descender los resultados en los exámenes —medida que establece el *ranking* de los centros— influirá en su posición global. Los estudiantes con "necesidades educativas" o los miembros de minorías no solamente son costosos, sino que desacreditan los resultados de los exámenes. Reducen las puntuaciones en esas tablas de clasificación que tan importantes parecen ser. Y esto "perjudica" la "imagen pública" del centro. Por lo que se vuelve más rentable y eficaz la asignación de los escasos recursos a la publicidad y las relaciones públicas para atraer a estudiantes "motivados" que eleven la posición del centro en el

*ranking* de resultados efectivos. Esto representa un sutil, pero crucial, cambio de énfasis de las necesidades del estudiante a las necesidades de la escuela y de lo que hace la escuela por el estudiante a lo que el estudiante hace por la escuela<sup>21</sup>.

Este movimiento de competición en el mercado educativo a través de la evaluación y la comparación internacional<sup>22</sup> es inseparable de la subordinación creciente de la escuela a los imperativos económicos. Acompaña a la "obligación de resultados" que se juzga que debe imponerse a la escuela como a cualquier organización productora de servicios. Son las reformas "centradas en la competitividad" que aspiran a fijar y a elevar los niveles escolares esperados<sup>23</sup>. En este contexto de competencia mutua los centros son más proclives a responder a presiones desde el exterior, en concreto a las exigencias de las empresas. Sus planes académicos se orientan cada vez más al mundo laboral, a formar eficazmente para el trabajo especializado, a introducir los idiomas que serán relevantes para el mercado (clases bilingües a las que se procura que no acceda el alumnado con más dificultades), a suprimir la formación filosófica o humanística, priorizando la técnica y utilitaria, a presionar con el cumplimiento de los tiempos y de los programas, considerando la atención a la diversidad como un problema y un entorpecimiento de la eficacia instructiva. Y las familias acogidas de buen grado estas exigencias, buscando con ello la manera de aumentar al máximo las posibilidades de sus hijos o hijas en el futuro mercado del empleo.

Los niños y niñas de clase trabajadora y minorías, y quienes tienen necesidades educativas quedan cada vez más reducidos a un gueto en las escuelas con pocos recursos. Este sistema refuerza los privilegios de aquellas familias capaces y bien preparadas para hacer frente a las complejidades del sistema. La consecuencia es que estamos asistiendo a una recomposición del tipo de clases sociales o grupos socioeconómicos que optan por una u otra red. Asistimos a una "fuga de blancos" hacia la concertada y privada protagonizada por buena parte de quienes pertenecen a los grupos con mayor nivel cultural, mientras que se concentra en la pública un mayor porcentaje de alumnado repetidor, con dificultades, de minorías étnicas.

## EDUCAR EN Y PARA EL CONSUMO

En la denominada "sociedad del conocimiento", como vemos, no sólo se ha abandonado *de facto* (aunque no se reconozca) la idea de que la educación debe estar prioritariamente al servicio del desarrollo integral de las personas y de la formación de ciudadanos y ciudadanas críticos, capaces de intervenir activamente en su mundo y transformarlo, mientras se promueve un modelo educativo cuya prioridad pasa a ser el logro de la eficacia y la eficiencia, en el sentido de que sea útil para responder a las "necesidades del mercado". Más allá de todo lo anterior, este modelo, a la vez, homogeneiza a quienes se educan en un pensamiento pragmático, "realista", acrítico, integrándolos plenamente en la sociedad de consumo.

El proceso no es nada sutil. A medida que el gasto público se reduce, las escuelas tratan desesperadamente de equilibrar sus presupuestos. En consecuencia, esta rebaja progresiva de medios y recursos destinados a la educación pública empuja a los centros, especialmente los de las zonas más desfavorecidas, a buscar formas de financiación externa, asociándose con las empresas privadas, aumentando su dependencia y reforzando la competencia entre centros por obtener recursos escasos. En este contexto, los acuerdos de asociación y de patrocinio con empresas parecen ser la única opción.

La comercialización en el ámbito escolar adopta formas distintas. La exposición directa a la publicidad a través de anuncios publicitarios en los centros educativos; el suministro de material escolar o lúdico que exhiba la mención de quien lo patrocina, exigiendo la venta en exclusiva de una determinada marca en la propia escuela; la distribución de muestras que pretenden fidelizar a los niños y las niñas en el consumo de los productos; la propuesta de concursos y juegos con propósito más o menos educativo. Incluso las escuelas mismas, en tanto que "empresas", compiten entre sí e incluso se venden y compran como cualquier otra empresa, desencadenando una carrera por dotarse, cuando pueden, de una imagen de "eficiencia" mediante la imitación de los signos de prestigio social de las empresas de elite (uniformes y códigos indumentarios, rituales de finalización y entrega de diplomas, actividades deportivas y control disciplinario).

En Estados Unidos, Alemania, Austria y Holanda la venta de espacio publicitario en las escuelas ha tenido gran repercusión: en las paredes exteriores e interiores de los centros, en los autobuses escolares, en las páginas de las revistas del alumnado e incluso en los libros de texto. En Estados Unidos no resulta infrecuente ver autobuses escolares cubiertos con avisos de Burger King y Wendy's. Los niños y las niñas de primaria llevan libros forrados con anuncios de Kellogg's Pop Tarts y con imágenes de los famosos de Fox TV. Eddie Bauer patrocina la final del concurso National Geography. Se distribuyen libros escolares con anuncios de Calvin Klein y Nike. El fenómeno se ha vuelto tan importante en Estados Unidos que ha habido quien habla de "alumnado en venta" para describir la avalancha de la publicidad en las escuelas<sup>24</sup>. En Francia, el Banco CIC ha logrado introducir en los institutos el juego concurso de los "másters de la economía", cuyo objetivo es enseñar a los y las jóvenes de secundaria a especular en Bolsa. El equipo ganador es aquel que consigue obtener las plusvalías más importantes.

Muchos centros se dejan seducir por las propuestas de actividades o de material que les formulan las empresas para aumentar sus recursos pedagógicos. Obtienen, así, a cambio de un anuncio publicitario o del patrocinio de una actividad, ordenadores, mobiliario y, a veces, incluso nuevos materiales deportivos o, más modestamente, la reparación de la pintura en las aulas. El ejemplo más significativo de esta venta de publicidad a las escuelas, por la extensa investigación que ha provocado, es la cadena de televisión Channel One, que difunde todos los días dos minutos de publicidad, en un programa de doce minutos de duración, a casi la mitad del alumnado norteamericano de secundaria. A cambio ofrece gratis una antena parabólica, vídeo y televisión a las escuelas. Unos ocho millones de estudiantes repartidos entre 12.000 aulas configuran el público cautivo que está obligado por contrato a mirar el programa de anuncios y noticias de Channel One, que se emite cada día. El contrato estipula ciertamente la prohibición de apagar el televisor o de bajar el volumen. El tiempo de aprendizaje perdido en la mera contemplación de anuncios es de un día entero al año. Esto se traduce en un coste anual para los contribuyentes de 1.800 millones de

dólares. Es como si el mundo de la educación estuviera de acuerdo en que los chicos y las chicas no ven suficiente publicidad<sup>25</sup>. Gracias a esta estrategia, Channel One puede vender sus anuncios a 195.000 dólares los 30 segundos, o sea, el equivalente del precio del anuncio en *prime time*<sup>26</sup>.

Esto contribuye a que los niños y niñas se conviertan en vehículos que trasladan el mercado del consumo al hogar. Se les induce a ser los depositarios del saber y la conciencia consumista. Sus mundos sociales se construyen cada vez más en torno al consumo, pues las marcas y los productos han pasado a determinar quién está al día y quién no, quién sigue la moda y “merece” tener estatus social. Es la comercialización de la infancia<sup>27</sup>.

Esto mismo está pasando en la educación superior. En todo el mundo, las universidades ofrecen sus instalaciones científicas y su inestimable credibilidad académica para que las empresas las utilicen: para diseñar nuevos esquis Nike, para evaluar la estabilidad de los mercados asiáticos para Disney, para explorar la demanda de los consumidores y las consumidoras para ampliaciones de banda de Bell o para medir los méritos de un medicamento de marca respecto al genérico. Los donantes imponen su logotipo en las paredes y el mobiliario, vuelven a bautizar los edificios y promueven cátedras a cambio de una denominación que revela el origen de los fondos, con nombres tan sonoros como los de “Profesor Emérito de Administración de Hoteles y Restaurantes de Taco Bell”, de la Universidad estatal de Washington, o “Cátedra Lego de Investigación sobre la Enseñanza” del Instituto de Tecnología de Massachusetts. La investigación que proviene de estas cátedras responde a los intereses de quienes las patrocinan, no sólo porque son quienes las financian y ante quienes hay que demostrar la eficacia de su inversión a través de resultados “tangibles” y que produzcan “beneficios”, sino también porque recortan y definen los temas e intereses de las investigaciones, así como las prioridades de las mismas<sup>28</sup>. Siempre será así mucho mayor la prioridad para la investigación de temáticas de interés para las empresas y la industria que la financiación disponible para la investigación de cuestiones locales de interés para la gente empobrecida, las minorías y las mujeres de clase trabajadora, por ejemplo.

En algunos casos, los fondos aportados por la parte privada limitan abiertamente la libertad de pensamiento y la reflexión crítica, con cláusulas de confidencialidad y de exclusividad que implican el derecho de impedir o aplazar la publicación de los estudios. De esta forma, el valor mercantil de las investigaciones prevalece sobre su contenido de verdad. La "disciplina por el dinero" que se impone en el mundo universitario, al dejar al mercado el cuidado de repartir los recursos y las recompensas, introduce muy serias amenazas en la vida intelectual y el pensamiento, tan peligrosas como las del maccartismo ideológico. Porque la penetración de la lógica del beneficio inmediato se produce también en los "cerebros" de las personas investigadoras y universitarias: los rectores y las rectoras de universidad, cuyo papel se parece al de los viajeros de comercio, se juzgan ante todo por su capacidad para conseguir fondos; los investigadores e investigadoras desempeñan el papel de portavoces de los intereses comerciales, inclusive en las revistas más prestigiosas, etc.

Es el modelo del denominado Plan Bolonia, en el que la investigación se convierte en una apropiación privada de recursos públicos, tanto a través de la subvención pública de los costes de proyectos de investigación encargados por empresas privadas como a través de la transferencia de personal, recursos y resultados de centros públicos a empresas privadas (*spin off*). Esto lleva a que las universidades se vean abocadas a concebir su propia labor como la exclusiva producción de aquellas mercancías por las que las empresas estén dispuestas a pagar.

## LA MCDONALIZACIÓN DE LA EDUCACIÓN

En este círculo vicioso, se plantea dotar de más financiación a aquellos centros educativos que presenten mejores resultados "contables" y "constatables", dejando de "invertir" en los situados en la escala inferior del *ranking*, pues no cumplen sus "objetivos" de conseguir resultados. Es el darwinismo organizativo de la "nueva gestión" empresarial aplicada a la educación. Se introducen así "modelos" de gestión privada del servicio público, en el sentido de

que los titulares públicos aprenden a gestionar como lo hacen los privados, presentados como modelo de excelencia<sup>29</sup>.

Gentili denomina a este proceso *mcdonalización*, en el sentido de que concibe la escuela a imagen y semejanza del estilo McDonald's<sup>30</sup>. Esta estrategia neoliberal parte de una concepción que define los problemas de la educación como una crisis de eficiencia, eficacia y productividad, es decir, como un problema cuantitativo y gerencial. Por lo que, para solucionarla, es necesario aplicar fórmulas de "racionalización" y "gerencialismo" al estilo de las plantas industriales de fabricación. De ahí que los cuatro principios que rigen la mcdonalización de la educación sean eficacia, cálculo, previsibilidad y control<sup>31</sup>. Lo que unifica a los McDonald's y a la utopía educativa del mundo de los negocios es que, en ambos, la mercancía ofrecida debe ser producida de forma rápida y según ciertas normas rigurosas de control de la eficiencia y de la productividad. Mcdonalizar la escuela, analiza Laval<sup>32</sup>, supone pensarla como una institución flexible que debe reaccionar a los estímulos o señales que emite un mercado altamente competitivo al que debe servir eficientemente en la preparación de trabajadores y trabajadoras eficaces. Es evidente que la educación debe tener conexión con el mercado de trabajo; lo cuestionable es que, como venimos analizando, parezca que sólo en función de ello se establezcan sus metas y se evalúe su impacto, como si lo auténticamente crucial de la escuela fuera preparar la mano de obra de los procesos productivos.

Se convierte así el proceso educativo en una labor meramente técnica. Se cercena y se niega el eminente carácter social y político del acto educativo que implica conflictos de intereses, valores e ideales. Esta mutilación no admite que la comunidad educativa y social, protagonista del proceso, se formule preguntas como ¿qué contenidos enseñar, para qué enseñarlos, a favor de qué o de quién enseñarlos?, ¿quién elige los contenidos y cómo se enseñan?, ¿cuál es el papel del profesorado y de las familias y del alumnado?... No se entiende que la comunidad participe activamente en la educación, ni que se organice democráticamente la misma.

La imitación del mundo de la empresa privada tiene como justificación la búsqueda de eficacia. Este tema de la "escuela eficaz" debe relacionarse con la reducción o, al menos, el control de los

gastos educativos, que se ha vuelto una prioridad: "hacer más con menos", éste es el nuevo lema. Si ya no se pueden aumentar los recursos a causa de la deseada reducción de los gastos públicos y los impuestos, el esfuerzo prioritario debe dirigirse hacia la administración más racional de los sistemas escolares, pasando, como en la industria, de las técnicas de producción de masas a las formas de organización fundadas en la "gestión de calidad".

La eficacia gestora se erige en norma suprema. Se pone en marcha un verdadero culto a la eficacia y al rendimiento, que da lugar al descubrimiento y a la clasificación de las "buenas prácticas" innovadoras que deberán ser transferidas y extendidas a todas las unidades de enseñanza. Se obliga a la escuela a ser "competitiva". Debe adaptarse a lo que quiere el "cliente". El toyotismo y la "calidad total" parecen haberse convertido en las nuevas Tablas de la Ley. La "legitimidad procedimental" (dirigir bien, organizar bien, calcular bien, gestionar bien) se pone por encima de la "legitimidad sustancial" (ética y valores que se pretenden compartir). El gestionarismo empresarial sustituye poco a poco al humanismo como sistema de inteligibilidad y de legitimidad de la actividad educativa. Todo parece que haya de racionalizarse según el cálculo de las competencias y la medida de los rendimientos<sup>33</sup>.

## EDUCAR EN Y PARA EL DECRECIMIENTO: REEVALUAR, RECONCEPTUALIZAR

La construcción de una sociedad del decrecimiento requiere no sólo luchas, propuestas, reivindicaciones y acciones; exige simultáneamente un planteamiento estratégico fundamental a más largo plazo, basado en la necesidad de descolonizar el imaginario dominante, para el que vivir de modo austero equivale a vivir como un fracasado, y de educar en nuevos valores socioculturales a toda la ciudadanía y, especialmente, a las nuevas generaciones.

Para crear esta nueva cultura debemos no sólo proponer cambios radicales globales, sino practicarlos simultáneamente en nuestra vida cotidiana: "A buen seguro que no es suficiente, claro, con acometer reducciones en los niveles de producción y de consumo. Es

preciso reorganizar nuestras sociedades sobre la base de otros valores que reclamen el triunfo de la vida social, del altruismo y de la redistribución de los recursos frente a la propiedad y al consumo ilimitado. Hay que reivindicar, en paralelo, el ocio frente al trabajo obsesivo, como hay que postular el reparto del trabajo, una vieja práctica sindical que, por desgracia, fue cayendo en el olvido. Otras exigencias ineludibles nos hablan de la necesidad de reducir las dimensiones de las infraestructuras productivas, administrativas y de transporte, y de primar lo local frente a lo global en un escenario marcado, en suma, por la sobriedad y la simplicidad voluntaria<sup>34</sup>.

Y la educación tiene en ello un papel primordial. Porque su currículo, su organización, las políticas que la enmarcan, construyen una red en sintonía con el sistema capitalista imperante. "La escuela contribuye a 'civilizar', inculcando en la población un *habitus* determinado: el *habitus* capitalista".<sup>35</sup> Es aquí, en el campo de batalla de la educación, donde se libra una de las luchas estratégicas y esenciales. La pregunta es, por tanto, ¿cómo educar a las nuevas generaciones en otra forma de pensar que no esté colonizada por el pensamiento único del crecimiento y el consumo capitalista?

Hemos de romper con el imaginario etnocéntrico del desarrollo economicista, incluido el sostenible<sup>36</sup>, como plantea Latouche, para educar en y para el decrecimiento. Eso supone aprender a diferenciar las necesidades básicas y vitales que demandan una satisfacción "objetiva", de los deseos que conllevan un modo de vida que, como el nuestro, el del Norte industrializado, es manifiestamente despilfarrador y vive a expensas del futuro, consumiendo recursos por encima de nuestras posibilidades. Debemos romper el círculo vicioso con el que nos han colonizado el sentido común, según el cual cuanto más se trabaje, más dinero se acumula, para poder consumir más y así hacer mayor nuestra felicidad. Romper el lema "gasto, luego existo" de esta economía del exceso. Rechazar la intoxicación y manipulación de las necesidades humanas a través de la propaganda que ha logrado transformar tener sed en ¡necesitar Coca-Cola!

No se trata de orientarse hacia un consumo responsable, sino hacia un no consumo. Romper el monopolio del deseo insatisfecho constantemente, hiperpotenciado por la publicidad, hacia

un proyecto civilizatorio de autocontención<sup>37</sup>. Necesitamos, por tanto, una educación que rompa la razón productivista que, como hemos visto, impregna todas las reformas educativas auspiciadas por los organismos financieros internacionales. La base de esta razón productivista "está en nuestra cabeza, en nuestro imaginario colonizado por el modo de producción capitalista. Hay que acometer todo un trabajo de liberación de las mentalidades y del imaginario"<sup>38</sup>.

Se trata, en definitiva, del tipo de educación que queremos, la política educativa que se debe desarrollar, el curriculum que queremos enseñar. Se trata de analizar al servicio de quién se diseñan, a quién favorecen y qué tipo de sociedad ayudan a construir. Se trata, por tanto, de que se garantice efectivamente el derecho a recibir una educación reterritorializada, relocalizada en función de las necesidades del tejido social cercano, en igualdad de condiciones y posibilidades para todos los estudiantes. Se trata de que la "libertad de creación" de centros, por parte de empresas o corporaciones religiosas, financiados con dinero público, para seleccionar a determinado alumnado y formarlo para la "excelencia", se convierta en una excepción y no en la norma, como sucede actualmente. Se trata de imponer un repliegue de los intereses privados y de la ideología de la gestión empresarial que actualmente colonizan la educación, desarrollando una escuela pública, con titularidad, gestión y financiación públicas, que garantice una educación en condiciones de igualdad para toda la ciudadanía, y especialmente de los que menos posibilidades tienen de obtenerla de otra forma, garantizando así el derecho que cada uno y cada una tiene a lograr el nivel máximo de formación y educando en un proyecto común de ciudadanía. Se trata de concebir la educación como espacio de aprendizaje, reflexión y argumentación que dé lugar a otras formas posibles de concebir el mundo y construirlo colectivamente.

Pero se trata, simultáneamente, de transformar el propio sistema educativo en función de propuestas coherentes con el decrecimiento que cuestiona radicalmente el capitalismo académico de la productividad escolar. Esto supone repensar la organización y gestión de la educación desde modelos que combinen formas de democracia representativa con democracia participativa: desde la gestión de presupuestos participativos que potencien una participación

democrática real en la gestión de los centros educativos, con la implicación de todos los sectores, aprendiendo a pequeña escala a autogestionar colectivamente una microsociedad como es una escuela, a definir prioridades y luchar por los aspectos importantes para la comunidad escolar, a plantear proyectos y ejercer el derecho a decidir la distribución de los recursos educativos; hasta la negociación y consenso de las normas de convivencia y relación en el centro a través de asambleas y debates que generen una forma de participación dialógica, fuertemente democrática. Este tipo de dinámicas potencia un imaginario social y vital que asienta auténticas "escuelas de democracia".

Se trata, igualmente, de convertir las escuelas en comunidades de aprendizaje donde quienes enseñan, y las personas adultas de la comunidad, son aprendices ejemplares, así como habilidosos facilitadores del arte de aprender lo que sea relevante y necesario para el desarrollo vital y la participación ciudadana en la construcción de una sociedad justa. Esto se consigue mediante la participación activa en una comunidad que aprende conjunta y colectivamente, a pesar de sus errores, pero con una visión de justicia y derechos humanos. Que convierte la escuela en un movimiento social, dinamizador y difusor de la cultura del decrecimiento en su entorno social cercano.

Se trata de "desarrollar un currículum cuyos contenidos desvelen los auténticos mecanismos económicos, sociales, políticos e ideológicos del poder"<sup>39</sup>. Sí. Pero se trata, también, de introducir en el currículum de la enseñanza la bioeconomía, es decir, pensar la economía en el seno de la biosfera en un mundo con límites<sup>40</sup>. Se trata de desarrollar la toma de conciencia del alumnado y el profesorado sobre lo que conllevan el modelo económico y la cultura desarrollista que tenemos y los graves problemas ecológicos, sociales y vitales que provocan; proponiendo la necesaria apuesta por el decrecimiento y cuestionado su ocultamiento en los libros de texto y materiales curriculares<sup>41</sup>, e introduciendo contenidos y experiencias alternativas y críticas con nuestra forma de producción, consumo, organización económica, social y cultural. Se trata, igualmente, de introducir en los planteamientos educativos la filosofía de la simplicidad<sup>42</sup>, de una vida sobria, para aprender a reducir

y limitar necesidades (desde la posibilidad de vivir sin televisión hasta habituarse a trasladarse en bicicleta). Se trata de potenciar una *slow education*, donde se tienen en cuenta los ritmos de maduración, donde se prima el desarrollo del proceso de aprendizaje y se centra el esfuerzo en facilitar las estrategias para la reflexión crítica, el análisis en profundidad, el trabajo cooperativo, frente al modelo de evaluar por resultados, memorizar para los continuos exámenes o avanzar en el temario con permanente prisa, dando por aprendido sin más lo que el profesor expone en clase.

Se trata también de "reconstruir" un currículum intercultural e inclusivo desde otras ópticas no contempladas, integrando visiones y puntos de vista olvidados, silenciados u ocultados, deslegitimando los valores y las ideologías dominantes, mediante la contrainformación y la contramanipulación de nuestro imaginario colonizado, (re)encontrando el sentido de los límites y del "justo" valor de las cosas. Porque la cultura escolar contenida en el currículum dista mucho de ser un resumen representativo de la sociedad de la que surge y a la que pretende servir. Existe un largo listado de culturas y subculturas olvidadas o silenciadas en el currículum: desde la vejez a las mujeres, desde el mundo rural a los y las pobres, desde las minorías culturales a los gays y lesbianas o transexuales, etc. Y esto tiene dos consecuencias: genera desigualdad e incapacita al alumnado para comprender el mundo, impidiendo educar a todos y todas para una ciudadanía universal en el contexto de una sociedad multicultural, mestiza y diversa.

Y no es una cuestión sólo de las escuelas. Es una cuestión de toda la sociedad. De los medios de comunicación, de las ciudades donde vivimos, del entorno del que nos rodeamos (ya, para Platón, los muros de la ciudad educaban a la ciudadanía). La publicidad no deja de adueñarse de la calle, de invadir el espacio colectivo, de canibalizar Internet y el propio imaginario humano, incitando permanentemente al sobreconsumo y contribuyendo a consolidar ese *habitus* capitalista. De ahí que sea urgente la reconstrucción en el discurso cotidiano del "sentido común", y en los programas políticos, la de una concepción de la educación formal e informal al servicio del decrecimiento y no del mercado.

La educación crítica para el decrecimiento entiende que todo proceso educativo es una forma de intervención política en el mundo y puede ser capaz de crear las posibilidades para la transformación social. Antes que ver la enseñanza como una práctica técnica, debemos entender la educación como una práctica moral y política bajo la premisa de que el aprendizaje no se centra únicamente en el procesamiento del conocimiento recibido, sino en la transformación de éste como parte de una lucha más amplia por los derechos sociales y la justicia: enseñando a vivir más simplemente, para que los demás puedan vivir simplemente (Gandhi); enseñando a pasar del "cada uno para sí mismo" al "cada uno para todos y todas". Porque la educación es inseparable de la vida, del modelo social y político que queremos construir y defender.

Como concluyen buena parte de los teóricos del decrecimiento<sup>43</sup>, no es suficiente con poner en duda el capitalismo. El decrecimiento está forzosamente contra el capitalismo. "El decrecimiento sólo puede ser un decrecimiento de la acumulación, del capitalismo, de la explotación y de la depredación, porque el crecimiento y el desarrollo son, respectivamente, crecimiento de la acumulación del capital y desarrollo del capitalismo, es decir, explotación de la fuerza de trabajo y destrucción sin límites de la naturaleza".<sup>44</sup> Dado, por tanto, que "el decrecimiento, lo hemos comprobado, está forzosamente contra el capitalismo", es inevitable plantear que sólo es posible en el marco del socialismo. Marco en el que, como dice Latouche, citando a Michéa, "la clase trabajadora puede aprender —desde el primer momento— a romper metódicamente con el imaginario del mundo capitalista, al poner en marcha formas de lucha y de vida en común, que son ya enteramente compatibles con los valores de desinterés, de generosidad y de ayuda mutua que implica una sociedad socialista. La construcción de una sociedad de decrecimiento se encuentra esencialmente enfrentada al mismo problema y comparte con el socialismo esos valores"<sup>45</sup>. Una sociedad del decrecimiento, afirman, no puede concebirse sin salir del capitalismo y del imaginario capitalista<sup>46</sup>.

Por eso, para generar esta cultura del decrecimiento hemos de construir una educación coherente, que practique lo que predica. Una educación anticapitalista, pues, como plantea Taibo<sup>47</sup>, "la lógica

del capitalismo anula cualquier posibilidad creíble de encarar en términos racionales todos estos problemas". "No hay decrecimiento plausible, en otras palabras", afirma este autor, "si no se contesan en paralelo el orden capitalista y su dimensión de explotación, injusticia y desigualdad; [...] la propuesta de sociedad alternativa que acompaña al decrecimiento implica la gestación de un mundo inequívocamente orientado a dejar atrás el universo del capitalismo"<sup>48</sup>. Por eso concluye que el grito "socialismo o barbarie", de Rosa Luxemburgo, se halla hoy de mayor actualidad que en cualquier otro momento de la historia. El programa de una política de decrecimiento pasa por la construcción de una sociedad alternativa al capitalismo<sup>49</sup>.

## NOTAS

1. S. Latouche, *La apuesta por el decrecimiento. ¿Cómo salir del imaginario dominante?* (Icaria, Barcelona, 2008).
2. C. Castoriadis, *Una sociedad a la deriva. Entrevistas y debates (1974-1997)* (Katz, Buenos Aires, 2006).
3. El tren de alta velocidad, ejemplo paradigmático, va más rápido. Por lo tanto, nos desplazamos más a menudo y exigimos más líneas que deterioran el entorno y desmantelan los trenes de cercanías.
4. "Toda la humanidad comulga en la misma creencia. Los ricos la celebran, los pobres aspiran a ella. Un solo dios, el Progreso, un solo dogma, la economía política, un solo edén, la opulencia, un solo rito, el consumo, una sola plegaria: nuestro crecimiento que estás en los cielos... En todos lados, la religión del exceso reverencia los mismos santos—desarrollo, tecnología, mercancía, velocidad, frenesí—, persigue los mismos heréticos—los que están fuera de la lógica del rendimiento y del productivismo—, dispensa una misma moral—tener, nunca suficiente, abusar, nunca demasiado, tirar, sin moderación, luego volver a empezar, otra vez y siempre—. Un espectro puebla sus noches: la depresión del consumo. Una pesadilla le obsesiona: los sobresaltos del producto interior bruto." Jean-Paul Besset, *Comment ne plus être progressiste... sans devenir réactionnaire* (Fayard, París, 2005), pp. 134-135.
5. Latouche, *op. cit.*
6. A los más empobrecidos se les convierte en imposición o chantaje encubierto a través del conocido mecanismo de los planes de ajuste estructural (que si no se aceptan suponen la supresión de la concesión de créditos imprescindibles para su economía nacional).
7. P. Gentili (1997), *Cultura, política y currículo. Ensayos sobre la crisis de la escuela pública* (Losada, Buenos Aires, 1997); P. Gentili, "El consenso de Washington y la crisis de la educación en América Latina", en F. Álvarez-Uría y otros, *Neoliberalismo vs. democracia* (La Piqueta, Madrid, 1998), pp. 102-129; G. Whitty, S. Power y D. Halpin, *La escuela, el Estado y el mercado. Delegación de poderes y elección en educación* (Morata, Madrid, 1999); M. Apple y J. Beane, *Escuelas*

- democráticas* (Morata, Madrid, 2000); N. Hirtt, *Los nuevos amos de la escuela. El negocio de la enseñanza* (Minor, Madrid, 2003); A. Martínez Boom, *De la escuela expansiva a la escuela competitiva. Dos modos de modernización en América Latina* (Anthropos, Barcelona, 2004).
8. Ya no se discute si la educación ha de servir para reproducir el sistema o para emancipar, sino que se plantea cómo hacer más eficaz y eficiente el sistema educativo al servicio de la empresa y del mercado; ya no se plantea como servicio público al servicio de la ciudadanía, sino como producto que las personas consumidoras han de elegir...
  9. E. J. Díez Gutiérrez, "Abrir la educación pública al mercado: la disciplina neoliberal", *Opciones Pedagógicas* (nº 32-33, 2006), pp. 94-118.
  10. Mesa Redonda Europea de los empresarios (en inglés ERT: *European Round Table*): importante grupo de presión de la patronal europea que funciona desde 1982 y ha influido en las decisiones de la Comisión Europea. Dio forma a la Red de Carreteras Transeuropea, al Tratado de Maastricht, a la moneda única y a diversos libros blancos elaborados cuando la Comisión era presidida por Jacques Delors.
  11. Hirtt, *op. cit.*
  12. Ya en 1996 la Comisión Europea mantenía que los sistemas de educación y de formación "contribuirán a la competitividad europea, siempre que se adapten a las características de la empresa del año 2000".
  13. M. Apple, *Educuar 'como Dios manda'. Mercados, niveles, religión y desigualdad* (Paidós, Barcelona, 2002).
  14. C. Laval, *La escuela no es una empresa. El ataque neoliberal a la enseñanza pública* (Paidós, Barcelona, 2004).
  15. La principal estrategia preventiva contra el paro, afirmó la OCDE en 1997, consiste en "procurar que los jóvenes hayan adquirido, al finalizar su escolaridad, las competencias, los conocimientos y los comportamientos que hacen que un trabajador sea productivo y empleable".
  16. La finalidad del Proyecto Tunning Educational Structures in Europe —J. González y R. Wagenaar (dirs.), *Tuning Educational Structures in Europe. Informe Final Fase I* (Universidad de Deusto, Bilbao, 2006)—, base del Plan Bolonia, es ofrecer el modelo de diseño curricular esencial, estandarizado, válido y eficaz que permitirá comparar titulaciones y establecer criterios de acreditación y evaluación estándar. Para ello se desarrollan perfiles profesionales, para distintas enseñanzas universitarias, a través de la especificación y selección de resultados de aprendizaje y "competencias deseables en términos de competencias genéricas y relativas a cada área de estudios incluyendo destrezas, conocimientos y contenido". Como puede verse, aquí no hay subterfugios. Se apuesta claramente por una Universidad Europea enraizada en el mundo empresarial y laboral.
  17. Sustituir la palabra "conocimiento" por la de "competencia" no carece de importancia. La competencia se utiliza cada vez más en la medida en que las relaciones de fuerza en las empresas dejan una gran libertad a las direcciones para la apreciación de la eficacia de su personal, y en la medida en que se miden cada vez más estrechamente los rendimientos efectivos de las personas empleadas. La competencia ya no se valida tanto mediante un título escolar que permita hacer valer de manera segura y estable su valor, sino que justifica más bien una evaluación permanente en el marco de una relación individual no igualitaria entre el o la contratista y la persona asalariada.
  18. Laval, *op. cit.*
  19. Hirtt, *op. cit.*
  20. J. Carabaña, *Informe sobre el estudio referente a la elección de centro de enseñanza por los padres* (CIDE, Madrid, 1985); AREA (Gabinete de Estudios y Aplicaciones),

*Estudio sobre la aplicación de las normas de admisión de alumnos en los centros públicos y privados subvencionados* (CIDE, Madrid, 1988); J. Gimeno Sacristán, "La educación pública: cómo lo necesario puede devenir en desfasado", en F. Angulo y otros, *Escuela pública y sociedad neoliberal* (Miño y Dávila, Madrid, 1999), pp. 65-82; J. Torres, *Educación en tiempos de neoliberalismo* (Morata, Madrid, 2001).

21. Apple, *op. cit.*
22. Este vasto movimiento de comparación basado en el modelo de competitividad se está aplicando en todos los ámbitos de los servicios públicos. El Gobierno de Estados Unidos ha abierto una página en Internet en la que se pueden comparar los servicios médicos de más de 4.200 hospitales del país. Esta iniciativa forma parte de la Ley para la "Modernización" de la Sanidad, que da incentivos financieros a los hospitales que publican sus datos de "calidad" de servicio.
23. Como reclama, de forma clara y rotunda, el neoliberal Philippe Nemo —"La libertad escolar, una necesidad para Europa", *Revista Española de Pedagogía* (nº 244, 2009), p. 427—, "muchos países europeos han adoptado políticas educativas igualitaristas que hacen imposible la adecuada formación de expertos y científicos de alto nivel".
24. McGraw Hill publica un manual de matemáticas lleno de preguntas como éstas: "La *cookie* más vendida del mundo es la *cookie* de la marca Oreo. El diámetro de una *cookie* Oreo es de 1,75 pulgadas. Expresa el diámetro de la *cookie* Oreo como fracción de dos números enteros". Otros ejercicios permiten calcular cuánto se ahorra al comprar calzado Nike en vez de otra marca. Un libro de matemáticas de tercero incluye ejercicios que consisten en contar caramelos Tootsie Rolls. En Inglaterra, McDonald's ofrece estuches pedagógicos referidos a las materias básicas. En ellos pueden encontrarse preguntas "instructivas". En geografía: "Situad los restaurantes McDonald's en Gran Bretaña". En historia: "¿Qué existía en el terreno de McDonald's antes de que se construyera el restaurante?". En música: "Con instrumentos musicales, recread los sonidos ambientales de un restaurante McDonald's". En matemáticas: "¿Cuántas patatas fritas hay en un cucurucho de McDonald's?". En inglés: "Identificad y explicad las expresiones siguientes: 'McCroquetas', 'Un tres pisos', 'Batido de leche'. Pueden encontrarse casos similares en un gran número de países, en Latinoamérica, Asia, Australia, Nueva Zelanda y España. Véase Laval, *op. cit.*
25. En 1997 William Iones y Mark Crispin Millar analizaron los contenidos de las emisiones propuestas por la cadena entre 1995 y 1996. De las emisiones de doce minutos diarios que retransmite Channel One, sólo el 20 por ciento del tiempo se dedicaba a temas políticos, económicos, sociales y culturales. Un abrumador 80 por ciento restante estaba destinado a publicidad, deportes, partes meteorológicas y promociones de la propia cadena.
26. Otro ejemplo significativo es el de la compañía llamada Zap Me!, que, siguiendo la estela de Channel One, ofrece a las escuelas materiales, programas informáticos y un acceso a Internet de alta velocidad, a cambio de una exhibición constante de avisos publicitarios de las empresas asociadas, en el ángulo inferior izquierdo de la pantalla. La escuela "beneficiaria" de la conexión y del material debe comprometerse a utilizar los ordenadores al menos cuatro horas al día y a facilitar su libre acceso fuera de las horas de clase.
27. J. B. Schor, *Nacidos para comprar. Los nuevos consumidores infantiles* (Paidós, Barcelona, 2006).
28. Esta práctica de dotación de las cátedras está muy difundida entre las marcas que intentan modificar o mejorar su imagen social. Por ejemplo, la marca McMoRan, una compañía minera acusada por su nociva conducta ecológica en Indonesia, creó una cátedra sobre medio ambiente en la facultad de Tulane.

29. Ejemplo de ello fue, en España, el Plan López Rupérez, bajo el Gobierno conservador del Partido Popular. Este plan proponía aplicar, a la gestión pública de los centros educativos, los criterios de *marketing* que se desarrollaban en la gestión privada de las empresas para asegurar su éxito en el mercado. Pero esta línea ya había sido inaugurada por el anterior Gobierno socialdemócrata del PSOE con un profundo giro neoliberal a través de la Ley Orgánica de la Participación, la Evaluación y el Gobierno (LOPEG), en la que se aumentaba el control "desde arriba" y, por otra parte, se estimulaba la competencia entre los centros.
30. Gentili, *Cultura, política y currículo...*, *op. cit.*
31. Á. San Martín Alonso, "La organización de los centros escolares al trasluz del tamiz digital", en J. M. Sancho Gil (dir.), *Tecnologías para transformar la educación* (Universidad Internacional de Andalucía/Akal, Madrid, 2006).
32. Laval, *op. cit.*
33. *Ibidem.*
34. C. Taibo, "En defensa del decrecimiento", <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=82648>
35. E. Tenti Fanfani, "La escuela y los modos de producción de la hegemonía. Propuesta Educativa", *Revista de Educación FLACSO* (2003), [http://www.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/rce45\\_05pole.pdf](http://www.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/rce45_05pole.pdf)
36. Este término, "desarrollo", aparentemente más suave y benigno, que viene a sustituir el vigor de términos duros como "acumulación de capital", parece venir bien a todos: a ricos y a pobres, a patrones y obreros, a Norte y a Sur..., algo que parece sospechoso. Desarrollo es una palabra tóxica, de ahí los intentos de matizar su significado con adjetivos como sostenible o duradero. Parece que hubiera incluso que matizar postulando una "sostenibilidad sostenible". El desarrollo sostenible "representa un continuo esfuerzo para equilibrar e integrar los pilares del bienestar social, la prosperidad económica y la protección ambiental en beneficio de las generaciones presentes y futuras. [...] Esperar que el desarrollo sostenible o la confianza en los negocios configuren políticas viables es como esperar que la víctima de un cáncer de pulmón se cure si deja de fumar, ambas medidas niegan la existencia de una enfermedad en la Tierra"; véase J. Lovelock, *The revenge of Gaia* (Penguin, Harmondsworth, 2007). "La idea de que resolveremos los problemas de la mano de una mayor eficiencia en el uso de los recursos, sin reducir el consumo y el crecimiento, se antoja una crasa equivocación"; véase C. Taibo, *En defensa del decrecimiento. Sobre capitalismo, crisis y barbarie* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2009), p. 48.
37. J. Riechmann, *Gente que no quiere viajar a Marte* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2004).
38. B. Guibert, "Quelle politique économique pour l'altermondialisme?", en B. Guibert y S. Latouche (dirs.), *Antiproductivisme, altermondialisme, décroissance* (Parangon, Lyon, 2006), p. 105.
39. C. Cascante, "Neoliberalismo y educación (El futuro, que ya está presente, que nos preparan)", *Utopías* (nº 172, 1997), p. 34.
40. N. Georgescu-Roegen, *Ensayos bioeconómicos. Antología* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2007).
41. Ecologistas en Acción, *Estudio del currículo oculto antiecológico de los libros de texto* (Ecologistas en Acción, Madrid, 2006).
42. La llamada a la simplicidad voluntaria puede quedarse en una propuesta de transformación individual, pero el enfoque que aquí se plantea es político, es decir, es necesario que se generalice a toda la sociedad para que sea realmente eficaz. Si no, corre el riesgo de transformarse en un "integrista ascético con

resonancias místicas que no está ausente en las filas de los 'decrecientes'" (Latouche, *op. cit.*, p. 95). "La lógica global es más fuerte que nuestro voluntarismo personal. [...] No es nuestro modo de vida en sí mismo el que se ha vuelto perverso, sino la lógica que engendra y le permite existir" (ibidem, p. 97). Por eso, propone este autor, es importante articular esta ética del decrecimiento voluntario con el proyecto político.

43. P. Ariès, *Décroissance ou barbarie* (Colias, Villeurbanne, 2005); Latouche, *op. cit.* Taibo, *op. cit.*
44. Latouche, *op. cit.*, p. 169.
45. J. C. Michéa, *Orwell éducateur* (Climats, Paris, 2003), cit. en Latouche, *op. cit.*, pp. 149.
46. Ibidem, p. 173.
47. Taibo, *En defensa...*, p. 59.
48. Ibidem, pp. 132-133.
49. Latouche, *op. cit.*



## DECRECIMIENTO Y SALUD. EN TORNO A LA SOBERANÍA SANITARIA Y EL DECRECIMIENTO

JOSÉ LUIS DE LA FLOR

El encuentro entre un enfoque decrecentista y el concepto de soberanía sanitaria es una interesante vía para identificar y contestar las relaciones de poder que producen las actuales políticas globales de salud.

### RELACIONES ENTRE LA ATENCIÓN PRIMARIA EN SALUD, LA SOBERANÍA SANITARIA Y LA TEORÍA DEL DECRECIMIENTO

En la conferencia de Alma Atá, celebrada en 1978 bajo el lema "Salud para todos en el año 2000", la Organización Mundial de la Salud (OMS) aprobó la estrategia de la Atención Primaria en Salud (APS). Abordar los problemas de salud de la población a través de la estrategia de la APS supuso enfatizar la prevención y no sólo la curación, rebajar la carga tecnológica en las actuaciones médicas, fomentar la participación comunitaria, considerar la salud en su dimensión laboral, doméstica y medioambiental, y reforzar el papel del médico general en vez del especialista. Históricamente, la institucionalización de la estrategia de la APS fue una contestación al poder hegemónico con el que Occidente, desde mediados del

siglo XIX, había producido unas políticas internacionales de salud. Para los Estados del Sur, la declaración de Alma Atá y la APS materializaron una idea de soberanía sanitaria basada en métodos y tecnologías socialmente aceptables y al alcance de toda la comunidad, la obligación de los Gobiernos de cuidar la salud de sus pueblos y el derecho y el deber de los pueblos a participar en la planificación y la aplicación de una atención en salud ajustada a sus necesidades.

La estrategia de la Atención Primaria en Salud y el concepto de soberanía sanitaria son interesantes herramientas para un enfoque decrecentista. La teoría del decrecimiento encuentra en la APS una interpretación social de los problemas de salud en la que se promueve una vida saludable, una relación positiva con el medio ambiente y una mayor participación social. Todo ello se distancia de la hipermedicación, el elitismo médico o el alto consumo en servicios sanitarios. Un pensamiento decrecentista localiza en el concepto de soberanía sanitaria un ejemplo histórico que muestra la importancia de contestar las lógicas, los intereses y el imaginario occidental presentes en las políticas internacionales de salud.

Para ejemplificar las conexiones históricas entre el concepto de soberanía sanitaria, la estrategia de la Atención Primaria en Salud y un pensamiento decrecentista nos acercaremos a un caso práctico: la cooperación internacional en salud con África Subsahariana. En las siguientes líneas recuperaremos, en primer lugar, el proceso histórico de construcción de las políticas internacionales de salud durante el colonialismo y las primeras etapas del desarrollo. Luego repasaremos la gestación, en la década de 1970, del concepto de soberanía sanitaria y su concreción a través de la estrategia de la APS. En un tercer apartado mostraremos los ataques internacionales que sufrieron estos enfoques a partir de las dos últimas décadas del siglo XX. A la luz de esta recuperación concluiremos ilustrando cómo la articulación de un pensamiento decrecentista, el concepto de soberanía sanitaria y la estrategia de la APS configuran una interesante vía para contestar al control de Occidente sobre las actuales políticas globales de salud.

## SALUD INTERNACIONAL

El obstáculo que supusieron en África, para la expansión colonial europea, enfermedades como la malaria y la fiebre amarilla hizo del imperialismo un factor determinante en el desarrollo de la bacteriología y la inmunología<sup>1</sup>. La explotación colonial fue una causa directa de la producción de la enfermedad y de la extensión de la malnutrición entre la población africana. La exigencia de mano de obra en las minas y la construcción de infraestructuras para la economía colonial rompieron equilibrios ecológicos y facilitaron la extensión de diferentes epidemias entre la población africana y su ganadería<sup>2</sup>. La atención médica colonial se limitó a la población blanca, mientras que esporádicas campañas de erradicación y algunos dispensarios misioneros, que intercambiaban curación por evangelización, dirigieron su atención a algunas necesidades de la población africana<sup>3</sup>.

La construcción de un imaginario occidental en torno a la enfermedad y África avanzó en paralelo a la producción de un conocimiento científico y a la sobreexplotación de los recursos naturales del continente. El colonialismo justificó su expansión considerando que era su misión civilizar otros pueblos y usó la enfermedad como una forma de legitimar sus propias políticas coloniales. Por ejemplo, la separación racial, los cordones sanitarios y la segregación urbana se argumentaron a través de la construcción de una lógica biocultural que identificó el cuerpo del africano como un reservorio natural de la enfermedad y la cultura africana con la promiscuidad sexual, la falta de higiene, el retraso evolutivo o el desconocimiento de lo que era una buena alimentación. Al argüir estas razones, el colonialismo construyó un imaginario en torno a la población africana que permitió desconsiderar cómo la explotación colonial producía enfermedad, malnutrición y pobreza<sup>4</sup>.

El imperialismo europeo necesitaba un discurso científico sobre el origen y la transmisión de las enfermedades infecciosas, tanto para expandirse colonialmente como para defenderse de epidemias, que, como el cólera, obstaculizaban sus vías comerciales y amenazaban la salud pública de su población. Así, el comienzo de la

cooperación internacional en salud a mediados del siglo XIX se debió a la búsqueda, entre diferentes Estados europeos, de un procedimiento de uniformización de sus distintas políticas frente a la amenaza del cólera y, en menor medida, también las de la peste y la fiebre amarilla<sup>5</sup>. El avance en las comunicaciones por cable y el desarrollo de un discurso lógico sobre el origen y la transmisión de la enfermedad permitieron que los primeros organismos internacionales de salud, la Oficina Internacional de Higiene de París (OIHP, 1907-1939) y la Oficina de Salud de la Liga de las Naciones (LNHO, 1921-1946), comenzasen a extender una red de vigilancia epidemiológica internacional cuya misión fue defender el comercio y la salud pública de las naciones europeas<sup>6</sup>. Diferentes territorios africanos que actualmente pertenecen a Madagascar, Sudáfrica, Mozambique y Sudán fueron nodos de esta red de vigilancia epidemiológica internacional<sup>7</sup>. Profesionales de las escuelas de medicina tropicales o de institutos de investigación como el Instituto Pasteur conectaron sus laboratorios naturales en África con otros centros europeos, universidades, fundaciones y comisiones de la Liga de las Naciones. Regular, estandarizar e internacionalizar estos conocimientos fue otra función de la OIHP y la LNHO<sup>8</sup>.

A mediados del siglo XX, la mejora de las condiciones socioeconómicas en Occidente rebajó la amenaza que suponía la internacionalización de las enfermedades infecciosas. Ante esto, la lógica imperialista que se había extendido en la cooperación internacional, para defender la salud pública y el libre comercio, requirió una actualización. En el orden surgido tras la Segunda Guerra Mundial, y caracterizado por la guerra fría y la multiplicación de los organismos supraestatales, Occidente actualizó su poder sobre las políticas de salud extendiendo su control sobre la recién creada Organización Mundial de la Salud (OMS, 1948) e institucionalizando internacionalmente una idea de desarrollo.

La autoridad de la OMS se organizó a través de una burocracia internacional dominada por la lógica biomédica, la influencia de los Estados donantes y el liderazgo personal del director general de la organización. Los Estados capitalistas, principales financiadores, limitaron la agenda de la OMS a labores de asesoramiento y transferencia tecnológica, excluyendo cualquier debate sobre el

papel social de la salud y las diferentes formas de organizar la atención médica pública<sup>9</sup>. El positivismo biomédico y la internacionalización de un concepto preciso de desarrollo —interpretaba el progreso como un avance lineal desde el atraso al consumo de masas<sup>10</sup>— se reforzaron mutuamente. El control de la enfermedad volvía a ser, como en las primeras fases de la expansión colonial, un prerrequisito para el desarrollo. Una lógica desarrollista que apuntaba a la modernización de las poblaciones subdesarrolladas demandaba planes verticales de control de las enfermedades infecciosas. Controlar la enfermedad era necesario para aumentar el capital humano y la fuerza de trabajo precisas para construir infraestructuras, extender el agronegocio y explotar los recursos naturales<sup>11</sup>. Durante las primeras décadas de la guerra fría, las agendas bilaterales de desarrollo y la OMS extendieron una red de expertos en salud pública dedicada a la lucha contra las enfermedades infecciosas<sup>12</sup>. Las campañas de erradicación supusieron un interesante mercado para la expansión de una industria biomédica productora del insecticida DDT, la estreptomycinina o la vacuna liofilizada contra la viruela, y una vía desde la que el bloque capitalista trató de ganarse la confianza de las poblaciones consideradas subdesarrolladas. Estas políticas dejaron una importante huella ecológica e impactaron negativamente sobre poblaciones que, dedicadas históricamente a la agricultura en pequeña escala o a la ganadería, fueron desplazadas hacia un medio urbano incapaz de ofrecer las condiciones necesarias de habitabilidad, salubridad y atención sanitaria<sup>13</sup>.

Con la descolonización, las naciones independientes africanas heredaron unos servicios sanitarios centrados en la atención curativa en unos pocos hospitales urbanos conocidos como “palacios de la enfermedad”. Entonces, la ayuda internacional comenzó a financiar los recursos humanos y técnicos de estos hospitales y quedaron en un segundo plano la salud pública y el medio rural<sup>14</sup>.

La teoría modernizadora del desarrollo, la relevancia de los expertos en salud pública, la dependencia con respecto a la ayuda para la lucha contra la enfermedad y el mantenimiento de unos servicios sanitarios centrado en la curación significaron la reimaginación de la superioridad colonial a través del surgimiento de una

cultura del desarrollo en la que los africanos eran objetivo de la ayuda internacional en salud, pero no parte activa de su diseño. Esta nueva relación se edificó en la superioridad de un conocimiento biomédico que debía ser enseñado a los receptores africanos de la ayuda. A esta concepción de superioridad se incorporaron las políticas de control de la población, antes de ser interpretadas desde un enfoque de derechos sexuales y reproductivos. La explosión demográfica y la pobreza se relacionaron con la violencia de poblaciones atrasadas y premodernas cuyo crecimiento debía ser controlado<sup>15</sup>.

## LA EXPRESIÓN HISTÓRICA DEL CONCEPTO DE SOBERANÍA SANITARIA EN EL SUR

Romper el control de Occidente en el ámbito de la salud internacional requirió desplazar de las políticas internacionales de salud la lógica positivista biomédica, los intereses económicos capitalistas y un imaginario de superioridad occidental. Este desplazamiento significó la sustitución de un enfoque centrado en la lucha contra la enfermedad por otro centrado en la salud como derecho de la población. La ruptura se materializó en la mentada conferencia de Alma Atá (1978), donde se internacionalizó la estrategia de la APS y tomó forma un concepto de soberanía sanitaria que la OMS interpreta como "el ejercicio del poder soberano de un país para proteger y promover la salud y la prestación de servicios de salud a su población"<sup>16</sup>.

Durante la década de 1970 se consolidó un movimiento internacional que, a favor de la Atención Primaria en Salud, articuló diferentes organizaciones y expertos internacionales. Influyeron en la promoción de este movimiento el fracaso de los planes verticales y una aproximación desde los lenguajes del desarrollo a las necesidades fundamentales. Pero ni la reemergencia local de enfermedades infecciosas, que mostraba los límites de la lógica biomédica, ni la actualización de una lógica del desarrollo, que revitalizó por otros medios la inversión en capital humano para potenciar el rendimiento productivo y favorecer el crecimiento

económico, fueron suficientes por sí mismos para desplazar el control de Occidente sobre las políticas internacionales de salud. Lo que permitió la institucionalización internacional de la APS fue la incorporación masiva de nuevos Estados independientes a la Asamblea de la OMS y la respuesta que las propias poblaciones del Sur dieron a sus necesidades de salud. Por ejemplo, las experiencias comunitarias en salud desarrolladas en países como Cuba, China o Bangladesh mostraron a los expertos otras estrategias para atender las necesidades de la población. Así, aparecieron algunos ejemplos africanos como la estrategia sanitaria de alcance nacional de Tanzania, la asistencia sanitaria de alcance local en Níger y las técnicas para ampliar la cobertura de los servicios de salud en Nigeria<sup>17</sup>. Lo que los expertos en salud pública internacional recogieron del terreno fue la respuesta dada por los Estados y las poblaciones consideradas subdesarrolladas frente al abandono sanitario que habían sufrido históricamente. Por ello, la formación de profesionales sanitarios a través de los medios al alcance de la comunidad, el poder de ésta en la toma de decisiones y la recuperación de los conocimientos locales fueron resultado de la incorporación al trabajo de los expertos en salud pública internacional de un enfoque de “abajo arriba” que se oponía al de “arriba abajo” que había caracterizado el diseño de las políticas internacionales de salud pública anteriores. Con ello, la población africana pasó de ser exclusivamente un objetivo de la agenda internacional de desarrollo en salud para convertirse en parte activa en su producción, mostrando al efecto su conciencia en lo relativo a las prestaciones a las que tenía derecho<sup>18</sup>.

En paralelo a este proceso, durante la década de 1970 los delegados africanos de Benín, Camerún, Congo y Malawi reivindicaron desde la Asamblea de la OMS el valor de sus plantas tradicionales y de sus terapias autóctonas. Se exigía que se considerasen internacionalmente los usos de otras terapéuticas distintas de la biomedicina<sup>19</sup>. A esta contestación de la superioridad de la lógica biomédica occidental se sumaron las presiones internacionales a favor de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), que contribuyeron a frenar la extensión de los intereses capitalistas en el ámbito de la salud. Así, en la estela de la conferencia de Alma Atá,

las presiones de las organizaciones no gubernamentales y de los Estados, y el papel de la propia OMS, propiciaron en 1979 el surgimiento del Programa de Acción en Medicamentos Esenciales (PAME) con el objetivo de racionalizar el uso del medicamento y ayudar a desarrollar políticas farmacéuticas nacionales<sup>20</sup>. En 1981, un código regulador de los sucedáneos lácteos frenó el lucro de las multinacionales alimentarias en los cuidados de salud materno-infantiles<sup>21</sup>.

## SALUD GLOBAL

Durante la década de 1980 las lógicas biomédica, civilizatoria y capitalista se revolviéron contra la declaración de Alma Atá, la estrategia de la APS y el concepto de soberanía sanitaria. La existencia real de una soberanía sanitaria se cuestionó desde una narración que definía la salud global como una nueva etapa histórica que resultaba de la incorporación de las políticas internacionales de salud a la era de la globalización. Diferentes autores<sup>22</sup> consideraron que esa salud global debilitaba la soberanía sanitaria a través de:

- Un menor control del Estado sobre la ordenación de las políticas nacionales de salud, debido a la proliferación de actores no estatales como nuevos organismos internacionales (ONUSIDA, OMC), estructuras público privadas (Fondo Global de Lucha contra el Sida, la Tuberculosis y la Malaria), multinacionales de gestión de los servicios de salud (HMO), farmacéuticas, tratados de libre comercio, organizaciones sanitarias no gubernamentales...
- Un menor control estatal sobre las fronteras, que ha permitido que riesgos para la salud pública—sustancias contaminantes, tóxicas e ilícitas, o enfermedades infecciosas— alcancen fácilmente el territorio nacional. Si bien la revolución en las comunicaciones ha facilitado la extensión global de enfermedades infecciosas, no puede negarse la existencia de una voluntad política cuando se defiende la idea de salud global. De hecho, los nuevos actores que promueven la legitimidad de la idea de salud global—tratados de libre comercio, Organización

Mundial del Comercio, organizaciones no gubernamentales, empresas farmacéuticas y empresas de gestión de servicios sanitarios— son el resultado de la expansión, desde las últimas décadas del siglo XX, de la sociedad occidental en las políticas internacionales de salud. Además, en algunos países del Norte la percepción de vulnerabilidad ante los nuevos riesgos para la salud pública ha legitimado el fortalecimiento de los controles médicos en frontera y el aumento, así, del control sobre los flujos migratorios<sup>23</sup>. En definitiva, no es errado pensar que el paso de una narración centrada en la salud internacional a otra centrada en la salud global ha permitido que Occidente reproduzca sus intereses económicos, prime sus prioridades de seguridad y legitime su superioridad global en el ámbito de la salud mundial.

Al respecto de esto último, cabe identificar tres puntos: a) mercantilización de la salud: una lógica técnica que incorpora los valores económicos liberales a la gestión de los servicios de salud convive con una lógica biomédica centrada en la lucha contra la enfermedad; b) securización de la enfermedad: la seguridad de los Estados del Norte frente a la reemergencia de las enfermedades infecciosas ha reactivado un sistema de vigilancia epidemiológico global propio del imperialismo; c) superioridad occidental: la reconstrucción de un imaginario colonial en torno a la enfermedad y África privilegia atender las demandas de salud de la población del Norte por encima de las de las poblaciones del Sur.

A continuación sobrevolaremos las principales características de los tres binomios encerrados en estos tres puntos; salud gobernanza, salud-seguridad y salud-superioridad occidental.

## SALUD-GOBERNANZA

Desde la década de 1980 la APS se ha identificado más como un elemento técnico de la gestión de los servicios que como una estrategia política para dar salud a la población y contestar las relaciones de poder internacionales. Las reformas neoliberales impulsadas desde organismos como el Banco Mundial y Gobiernos como los de

Reagan y Thatcher centraron su actuación en la internacionalización de los programas de ajuste estructural (PAE). De 1981 a 1993 se aplicaron 126 PAE en 42 países africanos. Supusieron la reducción del papel del Estado en los servicios públicos (privatización), la determinación libre de los precios por el mercado (liberalización) y la internacionalización de las economías nacionales (desregulación). Las condiciones impuestas por los PAE eliminaron los planes que, basados en la APS, habían sido impulsados a finales de la década de 1970 en Zambia, Mozambique, Zimbabwe y Malawi<sup>24</sup>. Los PAE regularon el acceso a los servicios de salud en función de un criterio de coste por servicio que impactó negativamente en el nivel de salud de la población africana<sup>25</sup>. Los PAE impulsaron actuaciones que, como la Atención Primaria en Salud Selectiva o la Iniciativa Bamako, centraron su atención en ciertos tipos de población a través de actuaciones específicas como los cuidados materno-infantiles, la rehidratación oral, la vacunación, el control del peso o el acceso a ciertos fármacos en el ámbito rural<sup>26</sup>.

Aunque en la década de 1990 el concepto de desarrollo humano dio centralidad a la salud, su base filosófica, asentada en el individualismo liberal, ha recuperado la APS como un elemento técnico de la coordinación del sistema de salud en el que la centralidad es otorgada al individuo y no a la comunidad. Este enfoque de la APS se adecúa a las necesidades técnicas de la actual agenda de salud global para África, que subraya la necesidad de coordinar una multiplicidad de donantes a través de un discurso de gobernanza entendido como un proceso de comunicación entre donante y receptor bajo los términos de participación de la sociedad civil, financiación, calidad y eficacia de la ayuda. El objetivo es fortalecer los servicios de salud públicos y coordinar los planes verticales de lucha contra el VIH/sida para que no arrastren recursos humanos y económicos de los servicios de salud africanos<sup>27</sup>.

## SALUD-SEGURIDAD

La idea de "reemergencia de las enfermedades infecciosas" como amenaza para la seguridad nacional se promovió a través del Gobierno de Estados Unidos durante la década de 1990<sup>28</sup>. Esa idea

permitió en 2005 que la OMS renovase el Reglamento Internacional de Control de las enfermedades infecciosas. El anterior databa de 1963 y había sido revisado tres veces, en 1969, 1973 y 1981. En él la atención se concentraba en el cólera, la fiebre amarilla y la peste, las tres enfermedades que habían permitido la creación de la cooperación internacional en salud a mediados del siglo XIX.

La comprensión de la reemergencia de las enfermedades infecciosas como una amenaza para la seguridad nacional del Norte —para la salud pública de su población y para el libre comercio— ha permitido reeditar el interés imperial por la extensión de un sistema de vigilancia epidemiológico<sup>29</sup>. Tras los atentados del 11-S, Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, la Unión Europea y Australia comenzaron a fortalecer sus políticas de seguridad frente a las enfermedades infecciosas y frente a un posible ataque bioterrorista. La amenaza geopolítica que suponen estas enfermedades para Occidente ha permitido la extensión desde la OMS de una red global de vigilancia epidemiológica (GOARN). Gran parte de la información de la que se alimenta esta red procede de fuentes diferentes al Estado (organizaciones no gubernamentales, webs, canales de información)<sup>30</sup>. Con todo ello la securización de las enfermedades infecciosas otorga poder a actores no estatales, detrae recursos para la lucha contra otras enfermedades infecciosas que amenazan al Sur y promueve una percepción de amenaza constante en el Norte<sup>31</sup>.

## SALUD-SUPERIORIDAD OCCIDENTAL

La producción de un conocimiento científico sobre la vida y su cuidado dirige su atención preferentemente a las necesidades de la población del Norte frente a las de la del Sur. Esto se refleja en prácticas y discursos concretos como la investigación farmacéutica, la lógica economicista adaptada al concepto de desarrollo, la promoción del libre comercio y la recuperación de una lógica colonial en torno a la enfermedad en África. Así, por ejemplo:

- La brecha 10/90. Apenas el 10 por ciento de los recursos mundiales destinados a investigación en salud se dedica a

las enfermedades responsables del 90 por ciento de la carga mundial de morbilidad. Esta mayor carga de morbilidad recae sobre la población del Sur<sup>32</sup>.

- Un discurso economicista subraya la transferencia tecnológica y el progreso en investigación y desarrollo asociados al despliegue de ensayos clínicos<sup>33</sup>. En el Norte, algunos de estos ensayos no encuentran, ni a través de publicidad, pacientes que quieran participar en ellos. Entonces, la transferencia tecnológica justifica trasladar estos ensayos al Sur y transformar a la población local en el tipo de paciente que la sociedad occidental no quiere ser.
- Los flujos migratorios de personal sanitario cualificado. Profesionales de salud africanos abandonan sus países para incorporarse a los actuales servicios de salud del Norte<sup>34</sup>. El sentido de este flujo prima el cuidado de la población del Norte por encima del de la población africana.
- La ideología del libre comercio. La base de los acuerdos de la OMC sobre patentes farmacéuticas privilegia el acceso del Norte a los fármacos en detrimento de la población del Sur.
- La recuperación de una lógica colonial en torno a la enfermedad en África. Disciplinar el comportamiento sexual llamando a la fidelidad y a la abstinencia sexual, como han hecho los sectores más conservadores del anterior Gobierno de Bush<sup>35</sup>, y como hace continuamente la Iglesia católica, recupera la idea colonial de promiscuidad sexual de las sociedades africanas. La recuperación de esta representación cultural tiene un interés político: reducir el análisis de los factores internacionales en la comprensión de la extensión del VIH/sida en África y responsabilizar exclusivamente a la propia población africana de esa extensión.

Estos tres binomios, salud-gobernanza, salud-seguridad y salud-superioridad occidental, no son compartimentos estancos; a través de ellos circulan mezcladas y en continuo intercambio las relaciones de poder que permiten a Occidente controlar las políticas globales de salud. Estas lógicas e intereses se tornan

amenazas a la salud del Sur, y en concreto a la salud de la población africana, cuando:

- Un enfoque técnico de gobernanza tiende a desconectar la salud de la población africana del actual orden neoliberal global.
- La securización de ciertas enfermedades infecciosas promueve interpretar la salud global como un espacio de control más que como un espacio de derechos.
- Una ideología global basada en el libre comercio, el economicismo y la investigación biomédica privilegia el cuidado de la población del Norte por encima del cuidado de la población del Sur.

## ENCUENTRO ENTRE DECRECIMIENTO Y SOBERANÍA SANITARIA EN LAS POLÍTICAS GLOBALES DE SALUD

En la primera parte de este texto hemos podido recuperar algunas de las sinergias existentes entre un pensamiento decrecentista, la estrategia de la APS y el concepto de soberanía sanitaria en las políticas internacionales de salud. Por ejemplo, la demanda de menor carga de tecnología en las intervenciones sanitarias, la oposición a la internacionalización de los intereses económicos de las empresas biomédicas y el desplazamiento de la superioridad dada a un imaginario desarrollista occidental en torno a la enfermedad. ¿Pueden ser actualizadas estas sinergias para contestar las políticas globales de salud? Creemos que sí. A través, por ejemplo, de la oposición al dominio de la gobernanza técnica global sobre el sector salud, a la protección del libre comercio realizada a través de la extensión de un sistema de vigilancia epidemiológico global y al privilegio dado al cuidado de la salud de la población del Norte por encima de la necesidades de la población del Sur. Esta actualización subraya:

- La validez de la estrategia de la APS. Porque más allá de su consideración técnica, la APS representa un ejemplo histórico de

institucionalización contrahegemónica en el ámbito de la salud mundial.

- La validez del concepto de soberanía sanitaria. Porque es un catalizador de un pensamiento que apuesta por socializar la salud como derecho de los pueblos frente al dominio de los intereses del mercado y el control de las agendas de seguridad del Norte.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

Cuando se aleja el cumplimiento de unos mínimos Objetivos de Desarrollo del Milenio, y en un escenario en el que 3 de las 8 metas, 8 de los 18 objetivos y 18 de los 48 indicadores planteados están directamente relacionados con la salud, puede ser oportuno preguntarse qué vamos a aprender para 2015<sup>36</sup>. Una respuesta será seguramente la que invite a considerar en detalle los aciertos y los errores para analizar por qué unos territorios han progresado en sus niveles de salud mientras otros no. Todo ese conocimiento será necesario para mejorar la eficacia y la calidad de las políticas internacionales. Muchos *think tanks* y grandes organizaciones no gubernamentales considerarán que la tarea de la sociedad civil del Norte deberá estribar en luchar por introducir esos análisis en las agendas internacionales de salud y después vigilar el cumplimiento de los compromisos suscritos por los Gobiernos del propio Norte. Sin menospreciar estos foros y reuniones internacionales, creemos que la tendencia a ligar las acciones de la sociedad civil al seguimiento de estos acuerdos reduce las potencialidades de nuestra propia sociedad para producir discursos y prácticas más críticas, que establezcan horizontes de actuación y regímenes discursivos más ambiciosos en el ámbito de la salud mundial. Frente a ello, la historia de la institucionalización internacional de la APS y del concepto de soberanía sanitaria nos invita a desplazar una idea de sociedad civil organizada en favor de la construcción de diferentes subjetividades políticas que desautoricen la superioridad global otorgada al cuidado de la salud de la población del Norte, comprendan el orden neoliberal como la principal causa de la mala salud

mundial y consideren que la principal estrategia para mejorar la salud de la población del Sur es la transformación de las relaciones internacionales de poder<sup>37</sup>.

## NOTAS

1. E. Hobsbawm, *La Era del Imperio* (Labor, Barcelona, 1990).
2. H. Kjekshus, *Ecology Control and Economic Development in East Africa* (James Currey, Londres, 1996).
3. J. Iliffe, *Africa. Historia de un continente* (Cambridge University, Madrid, 1998); J. Irwin y E. Scali, *Action on the Social Determinants of Health: A historical Perspective* (World Health Organization, Ginebra, 2005). Algunas mejoras sanitarias se propusieron en los últimos años del colonialismo, pero beneficiaron sobre todo a los funcionarios coloniales; véase M. Turshen, *Privatizing Health Services in Africa* (Rutgers University, Rutgers, 1999), p. 151. También para vigorizar la fuerza de trabajo en las minas se desarrollaron durante la segunda década del siglo XX algunos servicios médicos destinados a los mineros negros; véase R. Packard, "Industrial Production Health and Disease in Sub Saharian Africa", *Social Science & Medicine* (nº 28, 1989), pp. 475-479.
4. M. Vaughan, *Curing their Ills. Power and African Illness* (Polity, Cambridge, 1991); M. Worboys, "The Discovery of Colonial Malnutrition Between the Wars", en D. Arnold, *Imperial Medicine and Indigenous Societies* (Manchester University, Manchester, 1988).
5. Las cuarentenas son periodos de aislamiento preventivo que no tienen por qué durar cuarenta días y que obedecen al objeto de controlar a personas y mercancías sospechosas de padecer enfermedades infecciosas.
6. N. Goodman, *International Health Organizations and their Work* (The Blakiston, Filadelfia-Nueva York, 1952).
7. Manderson, "Wireless Wars in the Eastern Arena: Epidemiological Surveillance, Disease Prevention and the Work of the Eastern Bureau of the League of Nations Health Organisation, 1925-1942", en P. Weindling, *International Health Organisations and Movement 1918-1939* (Cambridge, Cambridge, 1994), p. 122.
8. Ciertas comisiones de la LNHO produjeron conocimientos basados en un enfoque social sobre la salud. J. Farley, "Bilharzia; a Problem of Native Health, 1900-1950", en Arnold, *op. cit.*
9. R. Cox y H. Jacobson, "WHO: Medicine, Regionalism and Managed Politics", en *The anatomy of influence. Decision making in international organization* (Yale University Press, New Haven, 1974), pp. 175-215.
10. G. Rist, *El desarrollo. Historia de una creencia occidental* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2002), p. 122.
11. R. Packard, "Visions of Postwar Health and Development and their Impact in Public Health Interventions in the Developing World", en F. Cooper y R. Packard, *International Development and the Social Sciences: Essays in the Politics and History of Knowledge* (University of California, Berkeley, 1997).
12. Irwin y Scali, *op. cit.*
13. En África, por ejemplo, el uso desmedido del insecticida DDT en las plantaciones de azúcar y cítricos en Swazilandia se relacionó con la reemergencia de

- la malaria, en tanto los programas de irrigación para el agronegocio en el valle de Awash en Etiopía, el negocio de la piña en Kenia o el proyecto de Talata Mafara del río Sokoto, al norte de Nigeria, se vincularon con desplazamientos masivos de población; véanse Packard, 1987, *op. cit.*, y Packard, 1989, *op. cit.*
14. D. Werner y D. Sanders, *Questioning the Solution: The Politics of Primary Health Care and Child Survival* (Healthwrights, Palo Alto, 1997); <http://www.healthwrights.org/static/cuestionando/inicio.htm>. También Irwin y Scali, *op. cit.*
  15. Algunos Estados asiáticos abogaron por los planes de control de la población como herramienta para el desarrollo. Los Estados africanos fueron más reticentes. Esto refleja la heterogeneidad en torno a las prácticas internacionales de control de la población. R. Symons y M. Carder, *The United Nations and the Population Question 1945-1970* (Sussex University, Brighton, 1973).
  16. OMS, "Health Sovereignty" (2010), <http://www.who.int/trade/glossary/story082/en/>
  17. V. Djukanovic y P. March, *Distintos medios de atender las necesidades fundamentales de salud en los países en desarrollo* (OMS/UNICEF, Ginebra, 1976).
  18. *Ibidem.*
  19. S. Lee, "WHO and the Developing World: The Contest for Ideology", en A. Cunningham y B. Andrews, *Western Medicine As Contested Knowledge* (Manchester University, Manchester, 1997), p. 38.
  20. F. Antezana y X. Seuba, *Medicamentos esenciales. Historia de un desafío* (Icaria, Barcelona, 2008).
  21. G. Walt, *Health Policy. An Introduction to Process and Power* (Zed, Londres, 1998), p. 140.
  22. R. Dodgson y otros, *Global Health Governance. A conceptual Review. Discussion Paper 1* (WHO/London School of Hygiene & Tropical Medicine, Londres, 2002); K. Lee, "Globalization and Health. An Introduction", *Health Impacts of Globalization. Towards Global Governance* (Palgrave, Basingstoke, 2003).
  23. I. Convery y otros, "Where is the Border? Screening for Tuberculosis in the United Kingdom and Australia, 1950-2000", en A. Bashford (dir.), *Medicine at the Border. Disease, Globalization and Security, 1850 to the Present* (Palgrave, Basingstoke, 2006).
  24. Thursen, *op. cit.*
  25. Ejemplos del impacto negativo en los recursos humanos y materiales disponibles y en los precios por servicios están recogidos en B. Schoepf, C. Schoepf y J. V. Millen, "Theoretical Therapies, Remote Remedies: SAPs and the Political Ecology of Poverty and Health in Africa", en K. Millen, J. Irwin y J. Gershman, *Dying for growth: global inequality and the health of the poor* (Common Courage, Monroe, 2000), pp. 109-118.
  26. Thursen, *op. cit.*; Werner y Sanders, *op. cit.*
  27. Acción por la Salud Global, *Health in Crisis* (2009), [http://www.actionforglobalhealth.eu/uploads/media/AFGH\\_Health\\_in\\_Crisis\\_Report2009\\_.pdf](http://www.actionforglobalhealth.eu/uploads/media/AFGH_Health_in_Crisis_Report2009_.pdf); J. I. Pita, *Nuevos instrumentos de la cooperación española: la experiencia mozambiqueña* (Fundación Carolina/CeALCI, Madrid, 2006).
  28. Caracterizan esta atención dos informes: *Emerging Infections: Microbial Threats to Health in the United States* y *Disease Control and Prevention. Addressing Emerging Infectious Disease Threats: A Prevention Strategy for the United States*.
  29. A. Bashford, "The Age of Universal Contagion: History, Disease and Globalization", en Bashford (dir.), *op. cit.*

30. E. Mykhalovsky y L. Weir, "The Geopolitics of Global Public Health Surveillance in the Twenty First Century", en Bashford (dir.), *op. cit.*
31. C. McInnes y K. Lee, "Health, Security and Foreign Policy", *Review of International Studies* (nº 32, 2002), pp. 523; S. Dry, *Epidemics for all? Governing health in a global age* (STEPS, Working Paper 9, 2008).
32. OMS, *Boletín de MacroSalud* (nº 4, 2004), <http://www.who.int/macrohealth/newsletter/11/es/index.html>
33. C. Lens Cabrera, "Propiedad intelectual e innovación", *Esenciales para la vida. Jornadas sobre la problemática del acceso a medicamentos esenciales y posibles soluciones* (Contextos Farmamundi, Paterna, 2009), p. 147.
34. Southern African Migration Project, "The Haemorrhage of Health Professionals from South Africa: Medical Opinions", *Migration Policies Series* (2007).
35. H. Burkhalter, "The politics of AIDS", *Foreign Affairs* (enero/febrero de 2004), pp. 8-14.
36. Las tres metas son reducir la mortalidad infantil (objetivo número cuatro), mejorar la salud materna (objetivo número cinco) y combatir el VIH/sida, la malaria y la tuberculosis (objetivo número seis).
37. Diferentes subjetividades relacionadas con el concepto de soberanía sanitaria las podemos encontrar en estudios poscoloniales en torno a la salud global como el de A. Bashford, "The Age of Universal Contagion: History, Disease and Globalization", en Bashford (dir.), *op. cit.* Diversos informes subrayan la actuación internacional sobre los determinantes sociales de la salud—Médicos Mundi/Prosalus/MDM, *La salud en la cooperación al desarrollo y en la acción humanitaria* (Madrid, 2009); OMS, *Comisión de Determinantes Sociales de Salud* (OMS, 2009)—o dan cuenta de la recuperación de la APS planteada por el Movimiento de Salud de los Pueblos—MSP, "Evaluación del Derecho a la Salud y a la Atención de Salud a nivel País" (Movimiento por la Salud de los Pueblos, 2006)—.



## DECRECIMIENTO Y TRANSPORTE. DE LOS MITOS DEL TRANSPORTE A LA UTOPIA ECOLOGISTA

IÑAKI BARCENA

EL NIVEL DE VELOCIDAD ES DIRECTAMENTE PROPORCIONAL A LA INTENSIDAD DEL OLVIDO.

Milan Kundera

UNA AUTOPISTA. HAY UNA LARGA FILA DE AUTOMÓVILES. COMO ES NATURAL HAY PERSONAS QUE VIAJAN EN LOS AUTOMÓVILES. UNO VIAJA PORQUE ES MÉDICO. OTRO, PORQUE ESTA CORTEJANDO A UNA MUCHACHA. UN TERCERO LO HACE PARA VENDER LÁMPARAS ELÉCTRICAS. OTRO MÁS VIAJA AL ENCUENTRO DE UN JOYERO AL QUE HA DECIDIDO ASESINAR. TODOS VIAJAN GRACIAS A QUE SON DUEÑOS DE AUTOMÓVILES. EN REALIDAD NO SON ELLOS QUIENES VIAJAN, SINO SUS PROPIOS AUTOMÓVILES. Y SI LOS AUTOMÓVILES VIAJAN ES PORQUE SON AUTOMÓVILES.

Iliá Ehrenburg

SE HACE CAMINO AL ANDAR.

Antonio Machado

### LOS MITOS DEL TRANSPORTE

Dice María Moliner que un mito es una "cosa inventada por alguien que intenta hacerla pasar por verdad. Una cosa que no existe más que en la fantasía de alguien". Y, sin embargo, los mitos funcionan. Movilizan los ánimos y las conciencias, generan cambios o actitudes sociales colectivas. También las utopías son ideales que mueven conciencias y aportan cambios sociales. Según el diccionario, este vocablo, inventado por Tomás Moro, dice ser "cualquier idea o plan muy halagüeño o muy bueno pero irrealizable".

La diferencia estriba en que los mitos son representaciones poéticas, líricas, y para resolver contradicciones sociales manifiestan

sentimientos innegables, "invencibles", mientras las utopías, por el contrario, son proyectos políticos razonados, en busca de un estado ideal, de perfección, "inalcanzables".

Así, mito y utopía son dos categorías ideológicas que históricamente aparecen juntas pero enfrentadas, que responden a estrategias diversas para resolver las controversias sociales y políticas. El socialista francés Georges Sorel (1930) apelaba a los mitos como "conjunto de imágenes en bloque e intuitivas, anteriores a cualquier análisis racional, que son capaces de encender en nuestro ánimo muchos sentimientos"<sup>1</sup>. A su entender el movimiento obrero y socialista debía apoderarse de mitos, como la huelga general, para derrotar al capitalismo. Distinta es la opción de aquéllos y aquellas que han buscado en el pensamiento utópico la guía para enfrentarse a la desigualdad y a la opresión. Según el historiador vasco Pruden Gartzia, las utopías aparecen intercaladas con los mitos; pero son racionales, explicables y gozan, al igual que los mitos, de capacidad movilizadora<sup>2</sup>. Más allá del imaginario y de los sentimientos míticos, el interés del pensar utópico reside en analizar, valorar, dialogar y compartir.

Desde esta perspectiva bifocal nos planteamos abordar uno de los aspectos más relevantes de la crisis socioambiental en que se encuentra la humanidad: el crecimiento desbocado del transporte, que genera como veremos graves impactos sociales y ambientales y la necesidad de calmar el tráfico, y de decrecer en la movilidad de personas y mercancías, y en los flujos de energía y materiales, para poder superar con éxito la crisis multipolar que nos atañe. Conocer y desmontar los mitos que rodean el incremento incesante del transporte motorizado basado en la combustión de recursos fósiles es una ingente tarea a la que se enfrenta el ecologismo. A mi entender, la mejor manera de acometerla es utilizar la racionalidad utópica para ofrecer alternativas al caótico *statu quo* actual.

Son muchos los mitos que sustentan el insostenible crecimiento de las dinámicas de transporte. Alguno de ellos, como el del libre mercado, reforzado en las dos últimas décadas por el colapso del socialismo real, se ha basado filosóficamente en la metáfora de la mano invisible de Adam Smith, según la cual el egoísmo particular se convierte, por gracia del mercado, en hipotético beneficio

para todos y todas<sup>3</sup>. Pero existen otros como el mito del desarrollo ilimitado, compartido asombrosamente por la derecha y la izquierda, que dan crédito a la expansión sin precedentes de la movilidad motorizada. El mito tecnológico, por su parte, trata de despejar las razonables dudas existentes sobre las posibilidades de seguir creciendo económicamente en un planeta limitado. Según Nicholas Georgescu-Roegen, "el verdadero mito de la economía convencional se refiere al poder de la tecnología para resolver cualquier crisis que se dé entre la especie humana y la oferta de energía y materiales procedente del medio ambiente... Venga de donde venga, encontraremos la solución... El crecimiento exponencial no sólo es un estado deseable, sino el normal. Ahora mantienen con total seriedad que la tecnología también progresa exponencialmente"<sup>4</sup>.

Ligado al mito tecnológico aparece más recientemente el de la desmaterialización de la economía, que nos dice que el crecimiento económico seguirá produciéndose con mejoras tecnológicas que harán posible usar menos recursos energéticos y materiales, y generar menos residuos. La realidad es muy tozuda y ese sueño tecnológico no se ha materializado; por el contrario, las demandas de materias primas y los impactos de su uso siguen aumentando, por lo que el decrecimiento se convierte en una utopía necesaria y razonable.

Yendo al terreno del transporte, André Gorz plantea, en su magnífico artículo "La ideología social del automóvil", de 1973, que el automóvil es como una vaca sagrada que ni siquiera la izquierda se atreve a poner en entredicho puesto que se beneficia de dos dimensiones que lo mitifican<sup>5</sup>. Por un lado, la victoria sin paliativos de la ideología burguesa sobre la práctica cotidiana, "esa creencia ilusoria —dice— de que cada individuo puede prevalecer y beneficiarse a expensas de todos los demás". Tal creencia se ha extendido de forma universal inoculada en el egoísmo agresivo y competitivo de los conductores que conciben al resto de automovilistas como estorbos y obstáculos materiales que se oponen a sus ansias de velocidad. Por otro lado, el automóvil se concibe como un objeto de lujo que se desvaloriza por su propia difusión y generalización. ¿Y por qué persiste ese mítico atractivo ideológico cuando

el auto privado ha perdido sus atributos de lujo y exclusividad? Dice Gorz que la persistencia se mantiene porque la enorme expansión del automóvil particular se ha hecho a costa de y con el deterioro del transporte público, con la modificación del urbanismo y de los hábitats. El coche ha devorado la ciudad y deshacer este ovillo requiere una revolución cultural que no podemos esperar que venga de la mano de las clases dominantes.

Para el movimiento decrecentista, las ideas de Ivan Illich han sido esclarecedoras. "Imaginemos que se organiza un sistema de transportes para uso diario que realmente sea rápido, gratuito e igualmente accesible para todos. En un mundo hipermoderno dotado de un sistema semejante todos los transportes serían pagados con fondos públicos, es decir, fondos recaudados por medio de impuestos. La imposición a su vez no sería solamente mayor para quienes ganan más, sino para quienes viven o tienen negocios más cercanos a los terminales. Además, en este sistema, quien llegara primero sería también el primero en ocupar su plaza, sin prioridad reconocida ni al médico, ni a quien va de fiesta, ni al directivo. Un mundo utópico semejante bien pronto se manifestaría como una pesadilla en la que todos serían igualmente prisioneros del transporte".<sup>6</sup> Obviamente, convenimos con Illich en que son otros los caminos de la utopía decrecentista, que se basa en admitir los límites ecosistémicos en los que vivimos.

Sin embargo, existen mitos realmente poderosos, afincados en el imaginario social. Es arduo enfrentarse al mito por el cual se afirma que las infraestructuras de transporte son estratégicas para el desarrollo económico. Eso es lo que hace que esas infraestructuras no se discutan. Se imponen de arriba abajo en una cadena que en nuestro caso comienza en los despachos de la Unión Europea, donde las grandes corporaciones tienen vía libre para proponer planes como las Redes Transeuropeas de Transporte de los tiempos de Jacques Delors, en un intento de rediseñar el continente sobre la base de aumentar sus negocios<sup>7</sup>.

Por otro lado, desde que a finales de la década de 1980 se pusiera en marcha el término *desarrollo sostenible*, también el transporte era un terreno abonado en el que tratar de implantar el escaparate de la sostenibilidad. Y ello aunque en este caso, al estar

el transporte tan directamente ligado al crecimiento económico, sus pilares sociales y ambientales han quedado claramente capitidisminuidos.

Como ocurre cuando se habla de desarrollo sostenible, deberíamos aclarar qué es lo que se quiere decir cuando añadimos el adjetivo *sostenible* a la movilidad. Observamos que desarrollo y crecimiento se usan como sinónimos, y que no acaban de entenderse las diferencias entre movilidad y accesibilidad, entre cantidad y calidad del transporte. Comentaba Antonio Estevan que la accesibilidad había que asemejarla con la cercanía<sup>8</sup>. Así era posible acercarse a una reconversión ecológica del transporte, buscando minimizar los desplazamientos y su longitud. Si la movilidad sostenible se basa en más infraestructuras y en nuevos medios de transporte motorizado, nos alejamos claramente de la sostenibilidad.

## EL TRANSPORTE Y LA CRISIS SOCIOAMBIENTAL

A pesar de los mitos que rodean al creciente transporte de mercancías y personas, los severos impactos del mismo sobre sociedades y ecosistemas son indiscutibles. Vivimos en el umbral o pico del petróleo y de muchos otros recursos energéticos como el gas natural o el uranio. Esto marca un principio y un final para el abusivo uso de recursos energéticos, de los cuales el transporte motorizado se lleva la parte del león.

El transporte mundial consume anualmente cerca de 2.000 millones de TeP (toneladas equivalentes de petróleo), lo que supone un 26 por ciento de la demanda total de energía de la humanidad<sup>9</sup>. Según los datos del World Energy Outlook para el año 2015, en un escenario energético plausible denominado "política alternativa" por la introducción creciente de energías renovables, el consumo total vinculado al transporte será de 2.400 millones TeP; en 2030 se acercará a los 2.850 millones. Además del creciente uso de recursos limitados y cada vez más escasos, el reparto de tales toneladas entre personas y países es muy desigual, aumentando constantemente la brecha entre quienes más gastamos y quienes se ven

marginados del uso del transporte motorizado. La justicia ambiental es una herramienta de trabajo para abordar estos debates, ya que la crisis socioambiental que padecemos responde a huellas ecológicas muy dispares, tanto entre países como entre personas y clases sociales.

En 2004 se estimó que el transporte motorizado produjo cerca de 5.000 millones de toneladas equivalentes de CO<sub>2</sub>, lo que supone el 21 por ciento del total de gases de efecto invernadero emitidos. No debemos olvidar que miles de millones de personas se mueven diariamente a pie; pero tampoco que los diversos modos de transporte son responsables de emisiones de GEI (gases de efecto invernadero) muy dispares. Según los datos de la Red de Acción del Clima, en 2004, del total de las emisiones derivadas del transporte motorizado el 79,5 por ciento correspondía al transporte por carretera, el 13 por ciento al aéreo, el 7 por ciento al marítimo y tan sólo el 0,5 por ciento al ferroviario, que es sin duda el más aconsejable, desde un punto de vista social y ambiental, para mover personas y mercancías. Aunque el avión constituye, por el contrario, el modo de transporte más costoso en energía consumida por persona/kilómetro, el bajo coste de los vuelos ha estimulado su uso trivializado y abusivo<sup>10</sup>.

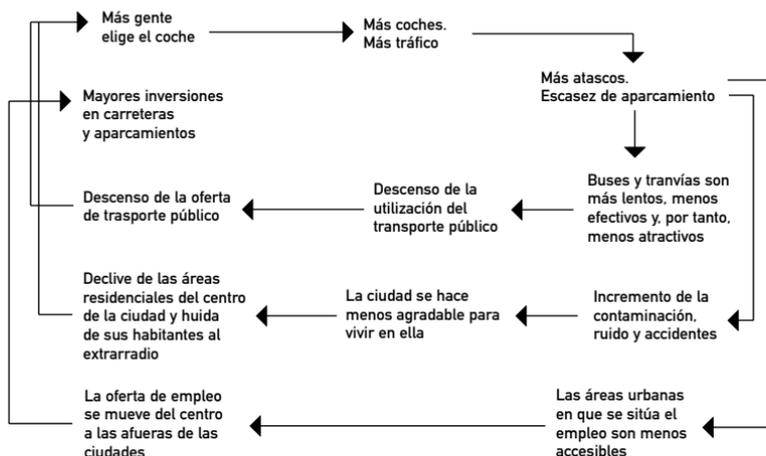
No deberíamos olvidar en esta larga lista de severas afecciones socioambientales los daños a la salud. Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), diariamente 3.000 personas mueren en accidentes motorizados (90 por ciento en países empobrecidos), lo que supone un drama sanitario de primer orden si tenemos en cuenta que son aún más las personas que mueren por la contaminación atmosférica provocada.

En todo el mundo se desarrollan campañas e iniciativas para frenar este voraz fenómeno moderno. Apuntan en la línea del decrecimiento del transporte motorizado y de la moratoria de las infraestructuras de transporte<sup>11</sup>. Normalmente, la construcción de grandes infraestructuras de transporte, y también la de aquellas que buscan proveer de servicios de agua o energía, se presenta como un gran logro de los Gobiernos y como uno de los antídotos para paliar el paro provocado por la crisis económica. Pero ¿son social y ecológicamente sostenibles estas grandes obras

o se debería limitar su construcción? Y, si es así, ¿en qué casos? ¿Cuándo y cómo habría que hacerlo? Éstas son algunas de las cuestiones que se planteaban en la segunda conferencia sobre decrecimiento económico celebrada en Barcelona en 2010<sup>12</sup>.

Para Ecologistas en Acción, como criterio general, la construcción de nuevas infraestructuras genera más consumo de recursos (cemento, petróleo, agua) y a más larga distancia; un consumo que puede estar por encima de las limitaciones y de la disponibilidad de recursos de un territorio, enmascarando los límites ecológicos y trasladando los impactos hacia otros lugares. El impacto ambiental generado asume también la forma de crecientes emisiones de CO<sub>2</sub>, ocupación de territorio, efecto barrera, contaminación y consumo de recursos. Por ello sería necesario plantear una moratoria para vías de gran capacidad y alta velocidad (autopistas y autovías), ya que favorecen el uso del coche y generan más tráfico y mayor ocupación del territorio, la expansión urbana y el mercado global. Para trenes de alta velocidad, porque tienen un alto impacto ambiental, crean desequilibrios territoriales, favorecen la larga distancia sobre la cercanía, asumen precios elitistas, tienen escasa utilidad social y no reducen el tráfico de la carretera o el avión, sino que crean nuevas necesidades. Para aeropuertos, ya que su proliferación aumenta el tráfico aéreo, cuyas emisiones tienen gran impacto atmosférico. Los desplazamientos en avión tendrían que limitarse a largas distancias (más de 500 km) y a lugares inaccesibles por medios terrestres, además de retirarse la exención de los impuestos del combustible. La moratoria debería afectar a la ampliación de grandes puertos que favorecen el mercado global frente al local, a los grandes trasvases que propician el incremento del consumo de agua, sobre todo para regadíos y nuevos asentamientos urbanísticos, a las grandes presas con alto impacto ambiental en el territorio y en el cauce del río, ya que los aportes de lodo y arena disminuyen, y a las líneas de alta tensión de largas distancias que, con fuerte impacto territorial y pérdida de eficacia, favorecen un mayor consumo eléctrico y una producción más centralizada. En las ciudades, la moratoria debiera aplicarse a túneles, aparcamientos y nuevas vías de circunvalación.

## EL CÍRCULO VICIOSO DEL DECLIVE URBANO



El gráfico anterior, elaborado por la Unión Internacional del Transporte Público, esclarece las contradicciones de un sistema de transporte que devora la ciudad y provoca severos desequilibrios socioambientales en un círculo vicioso del que es necesario salir.

Círculo propiciado por el mito del crecimiento económico imparable, que dicta que las infraestructuras de transporte son estratégicas para el desarrollo económico. Un mito sobre el que existe un consenso político de primer orden y por el cual las grandes obras ni se discuten ni se debaten. Se pagan con el erario público, aunque muy pocas personas se benefician de ellas.

Podemos tomar, a modo de ejemplo, el desarrollo implacable de líneas de alta velocidad en el Estado Español de la mano del Plan Estratégico de Infraestructuras de Transporte (PEIT)<sup>13</sup>. Basado en la máxima "Más movilidad, más rápida y más lejos", se propone conseguir el primer lugar mundial en la implantación de la alta velocidad ferroviaria (1.601 km en 2008), disputando el liderazgo a Japón (1.800 km) y superando a Francia (1.500 km). Otros países como Suecia o Gran Bretaña han tratado de ralentizar el crecimiento del transporte y parecen haberlo conseguido<sup>14</sup>.

A pesar de todas las míticas bondades ecológicas, energéticas, sociales y climáticas que la propaganda oficial atribuye a los proyectos de alta velocidad, los datos son muy otros y los contrastes no resisten ni un asalto. El consumo energético, en el caso del proyecto de la denominada "Y vasca"<sup>15</sup>, es seis veces mayor que el del tren convencional, con una ocupación de tierras superior a las 400 hectáreas, sin tener en cuenta los 33 millones de toneladas de escombros. Eso supone graves daños en los ecosistemas, a los que debemos añadir el aumento del efecto barrera y del ruido, o la desregulación hidrológica que se produce al afectar a 31 km de acuíferos que serán destruidos. A pesar de que la publicidad del Gobierno vasco señala que "el TAV nos ayudará a cumplir con Kyoto y responde al interés general" y de que el ahorro previsto es de 425 tCO<sub>2</sub> al día (0,60 por ciento total y 2,8 por ciento del transporte) por el número de automóviles y camiones que se espera sacar de las autopistas, no se nos cuenta que en el proceso de construcción se van a emitir 2,5 millones de tCO<sub>2</sub> no incluidos en los cálculos de reducciones de CO<sub>2</sub>. La demanda energética crecerá de tal manera que en el suelo vasco, además de las centrales térmicas en funcionamiento (Zierbena, Santurtzi, Zornotza, Pasaia, Castejón —2—), se proyectan otras (Lantarón, Lemoniz, Jaizkibel, Castejón —2—, Santurtzi...) que serán las "nuevas gasolineras del TAV", como se ha dicho desde el ecologismo vasco crítico con el proyecto del TAV.

Como plantea Luis Iriarte, la alta velocidad se justifica en la denodada búsqueda de ahorro de tiempos, en la ciega creencia de que las nuevas tecnologías solucionarán todos los problemas acarreados por las nuevas infraestructuras de transporte y en la careada idea de que no hay otra vía, otro modelo posible<sup>16</sup>. A modo anecdótico, podemos decir que esta veneración por la alta velocidad llega hasta las cumbres alternativas, como la celebrada en diciembre del 2009 en Copenhague: el documento elaborado y firmado entonces por las organizaciones y movimientos sociales reunidos en el Klimaforum también reivindicaba las líneas de alta velocidad entre grandes ciudades para enfrentarse al cambio climático. A mi entender, la respuesta correcta y simple a esta fiebre la aporta el activismo ecologista vasco: "Si quieres llegar antes, madrugá".

## LA UTOPIA DECRECENTISTA EN EL TRANSPORTE

Toda la gama de mitos que rodea las crecientes dinámicas de movilidad y de transporte hace tan difícil como necesaria la utopía ecologista que tiene como objetivo el decrecimiento. Este nuevo concepto de agitación anticapitalista es hijo del denominado ecossocialismo feminista (pónganse los tres términos de manera indistinta por orden de preferencia). Desde esta nueva ideología política se proponen nuevas relaciones sociales y formas de vida. Más allá de las tres "erres", ahora oficiales pero insuficientemente puestas en práctica en Occidente, Serge Latouche plantea otras "erres" complementarias para avanzar hacia el decrecimiento (reevaluar, reestructurar, repartir, reducir, reutilizar, reciclar). Básicamente se trata de potenciar nuevos valores como la cercanía y la parsimonia para calmar el tráfico, de convertir la industria automovilística y la de los combustibles fósiles para avanzar hacia medios de transporte colectivos basados en la energía solar y de defender la justicia social impidiendo que la movilidad siga creando marginación y graves desequilibrios entre las clases sociales.

Esto significa dotarse de un programa de transición que tenga en cuenta las dimensiones locales (micro), regionales y nacionales (meso) e internacionales (macro), coordinando propuestas que hagan posible caminar hacia otro modelo de movilidad. Defender menos transporte y tráfico para vivir mejor significa, por ejemplo, proponer medidas de reducción de infraestructuras que se llevan la parte del león de los presupuestos públicos, cuando desde los Gobiernos se están planteando medidas de austeridad. Como plantea la confederación de Ecologistas en Acción, teniendo en cuenta que en las sociedades de capitalismo avanzado los niveles de consumo han sobrepasado sus límites y que algunas actividades como el transporte motorizado son insostenibles si se mantienen en sus niveles actuales, habrá que estudiar medidas de reducción de infraestructuras. Reducción de carriles de autopistas, de túneles, de vías de circunvalación, siguiendo las teorías de la "evaporación del tráfico". Si nuevas infraestructuras generan más tráfico, la disminución de las mismas puede reducirlo sin crear más congestión. En el caso de las líneas de trenes de alta velocidad ya existentes, hay

que estudiar su reconversión para tráficos convencionales, con la apertura de más estaciones, bajadas de precios y otras medidas que ayuden a potenciar el tren como medio de transporte más ecológico y justo.

Dice Víctor Toledo que entre la retahíla de inventos medioambientalmente adecuados, por ejemplo, "podría una familia norteamericana o europea transitar en un auto eléctrico por carreteras con asfalto poroso", pero que este tipo de medidas son necesarias pero no suficientes para desactivar la amenaza que se cierne sobre la civilización humana<sup>17</sup>. En esta línea debemos recoger los argumentos y planteamientos de A. Gorz cuando dice: "¿Hemos perdido la partida? No, pero la alternativa al automóvil debe ser global. Para que la gente pueda renunciar a sus automóviles no basta con ofrecerle medios de transporte colectivo más cómodos. Es necesario que la gente pueda prescindir del transporte al sentirse como en casa en sus barrios, dentro de su comunidad, dentro de su ciudad a escala humana, y al disfrutar yendo a pie, o en bicicleta, de su trabajo a su domicilio. Ningún medio de transporte rápido y de evasión compensará jamás el malestar de vivir en una ciudad inhabitable, de no estar en casa en ningún lugar, de pasar por allí sólo para trabajar o, por el contrario, para aislarse y dormir"<sup>18</sup>.

¿Cuántos coches eléctricos necesitamos para esa transición? Ésta es una pregunta adecuada porque los vehículos eléctricos generan menos contaminación acústica, de gases y de partículas en las ciudades, pero originan otro tipo de problemas como los que planteaba André Gorz en relación con el modelo urbanístico y de transporte. Mantener y potenciar los desplazamientos privados en los entornos metropolitanos sigue favoreciendo un modelo de urbanismo insostenible e impulsa la creación de más infraestructuras de transporte.

Un primer criterio que ha de observarse para esa necesaria transición hacia la sostenibilidad del modelo de transporte es la utilidad social; las políticas de transporte han de estar destinadas a solventar necesidades básicas de la mayoría de la población y a usos cotidianos. El estudio de estas necesidades debe ser previo a la construcción de cualquier infraestructura, así como el planteamiento de las diferentes opciones posibles, incluida la alternativa cero.

Tal transición decrecentista ha de ser realizada con control democrático, estableciendo mecanismos de participación ciudadana en las decisiones sobre las nuevas infraestructuras, en especial cuando tengan un gran impacto. Según el Gobierno vasco, el 75 por ciento de la población de la comunidad autónoma vasca es partidaria de construir el TAV, aunque un 50 por ciento no sabe en qué consiste. Lo apoya “el 80 por ciento del parlamento vasco”, repiten, pero el 70 por ciento de la sociedad dice que falta información y las personas mejor informadas son las que más oposición expresan al TAV. A esto debemos sumar la rentabilidad social, económica y financiera de tales políticas, para lo que es preciso realizar estudios previos y hacerlos públicos, actuando con transparencia informativa y espacios de deliberación.

La puesta en marcha de estas políticas de transición hacia el decrecimiento del transporte significa también unificar las actuales luchas contra la creciente movilidad motorizada. Unir fuerzas, aceptar la diversidad y abandonar el sectarismo para construir alianzas potentes que presionen sobre las elites políticas y económicas. Poner en práctica esta estrategia de cambio social, en la línea de la llamada *democracia inclusiva*<sup>19</sup>, significa hacer la paz con la naturaleza, reconocer y reparar nuestra deuda ecológica, anteponiendo la calidad de vida al nivel de vida y defendiendo la solidaridad, la justicia y la sostenibilidad como valores guía hacia la sociedad del decrecimiento.

## NOTAS

1. G. Sorel, *Reflexions sur la violence* (Librairie des Sciences Politiques et Sociales, París, 1930).
2. P. Gartzia, “Mitoaren funtzio politikoaz”, *Jakin* (1991).
3. I. Barcena, “El mito del mercado y la democracia liberal”, en VV AA, *Claves del ecologismo social* (Libros en Acción, Madrid, 2009), pp. 27-32.
4. N. Georgescu-Roegen, *Ensayos bioeconómicos* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2007).
5. A. Gorz, en [www.ecopolitica.org](http://www.ecopolitica.org)
6. I. Illich, “La ilusión fundamental”, *Archipiélago* (nº 1819, 1994), pp. 155-162.
7. B. Balanyà y otros, *Europe Inc. Regional & Global Restructuring and the Rise of Corporate Power* (Pluto Press, Londres, 2000); F. Aldecoa (coord.), *Redes Transeuropeas (RTE) y el modelo federal de la UE. Una visión desde Euskadi* (Marcial Pons, Madrid, 2001).

8. A. Estevan, "Contra transporte, cercanía", *Archipiélago* (nº 18-19, 1994).
9. *Atlas medioambiental* (Le Monde Diplomatique, Valencia, 2008).
10. J. Sempere, "Aviones y volcanes", *Público* (15 de mayo de 2010).
11. I. Barcena, "European Governance and Green Social Movements: A reflection on GMOs and Transport Policies in Spain", *Human Ecology Review* (vol. 12, nº 2, 2005), pp. 120-131.
12. 26-29 de marzo de 2010. [www.degrowth.eu](http://www.degrowth.eu)
13. R. Bermejo, D. Hoyos y D. Guillamón, "Análisis socioeconómico del Plan Estratégico de Infraestructuras y Transporte, 2005-2020", *Cuadernos Bakeaz* (nº 69, 2005).
14. R. Bermejo, "La Alta Velocidad Ferroviaria ante el fin de la Era del Petróleo", en I. Barcena y J. Larrinaga (coords.), *TAV, las razones del no* (Tlalaparta, Tafalla, 2009), pp. 19-20.
15. I. Barcena y R. Lago, "TAV, energía y deuda ecológica", en Barcena y Larrinaga (coord.), *op. cit.*, pp. 51-76.
16. L. Iriarte, "Alta velocidad", en Barcena y Larrinaga (coords.), *op. cit.*, pp. 307-326.
17. V. Toledo, "Las claves ocultas de la sostenibilidad: transformación cultural, conciencia de especie y poder social", en VV AA, *La situación del mundo 2010. Cambio cultural. Del consumismo hacia la sostenibilidad* (Worldwatch Institute/Icaria, Barcelona, 2010), pp. 355-356.
18. Gorz, *op. cit.*
19. T. Fotopoulos, "Hacia una democracia inclusiva. La crisis generalizada de la economía de crecimiento y la necesidad de un nuevo proyecto liberador" (1997), [www.democraciainclusiva.org](http://www.democraciainclusiva.org)



**DECRECIMIENTO E INDICADORES ECONÓMICOS.  
PÉRDIDAS QUE HACEN CRECER EL PIB**

FERNANDO CEMBRANOS

Si se mira la realidad, sin dejarse llevar por la valoración de la economía convencional, se observa que una enorme máquina (formada por autopistas, fábricas, urbanizaciones, *parkings*, excavadoras, antenas, pegotes de chapapote, grúas, monocultivos, vertederos, centrales térmicas y residuos radiactivos entre otros) crece y crece comiéndose la riqueza ecológica (base de la vida) que encuentra a su paso: la capacidad de realizar la fotosíntesis, los ríos limpios, las relaciones comunitarias, las variedades de semillas, los bosques autóctonos, las relaciones cara a cara, la biodiversidad, los juguetes autoconstruidos, los caminos de tierra, los animales de los que tuvimos noticia en nuestra infancia, las maneras poco costosas (energéticamente) de calentarnos y enfriarnos, las aguas subterráneas no contaminadas, la fertilidad del suelo, etc. El metabolismo de la sociedad tecnoindustrial se alimenta de los elementos que generan la vida mientras va dejando atrás residuos tóxicos, desiertos, suelos pobres y contaminados, riberas muertas, superficies cementadas, radiactividad, mentes homogéneas y un negro futuro para la mayor parte de las personas y las especies de la Tierra.

Y todo ello se minimiza, se eclipsa e incluso se celebra bajo la denominación de crecimiento económico. Gobiernos, medios

de comunicación, analistas y consejeros delegados miran más el crecimiento del producto interior bruto (PIB) que la realidad misma para establecer sus valoraciones y sus políticas. El producto interior bruto es el valor monetario total de la producción corriente de bienes y servicios de un país durante un periodo. Un indicador que, según la economía convencional, viene a reflejar el grado de desarrollo e incluso de riqueza de un país.

Para muchos economistas críticos, el PIB no es otra cosa que un artificio que consiste en sumar lo que en realidad hay que restar. Para la economía ecológica, es un indicador que habla del grado de mercantilización de la realidad y para Vandana Shiva, una medida directa del deterioro. A más PIB, más destrucción. Como explica José Manuel Naredo, lo que se contabiliza en estos indicadores es solamente aquella parte de la realidad que ha sido apropiada, que puede ser comercializada y expresada en términos monetarios. Que no es toda la realidad, ni siquiera la más importante. El PIB es una información sesgada, errónea y manipulada de la realidad.

La economía ecológica, sin embargo, propone mirar la realidad física en lugar de los indicadores monetarios para entender lo que pasa. Por eso está más interesada en la cantidad de materia orgánica que se produce o que se pierde, en la huella ecológica, en la disponibilidad y el uso de la energía, en los ciclos de materiales, en la riqueza ecosistémica, en la evolución de la tierra fértil, en la resolución de las necesidades humanas o en la eficiencia ecológica que en el crecimiento del PIB, los "ciclos" económicos o la renta (media) per cápita. En definitiva, propone mirar más a los árboles, al movimiento de materiales, a las abejas, a los corales o a la alimentación de las personas que a los indicadores económicos y financieros.

Para la economía convencional, la biosfera cuenta sólo en la medida en que es comercializable; de lo contrario, carece de valor. La Tierra es un factor con peso decreciente en los cálculos del sistema económico. Algunos analistas ilusos han pretendido desvincular la economía del factor Tierra, al considerar éste sustituible por el capital y la tecnología. La economía ecológica denuncia el problema de la monetarización, que consiste en mirar sólo

aquello que tiene valor monetario, en dejar de percibir el resto de la realidad y en sacar conclusiones indebidas. Para la economía ecológica el sistema económico es un subsistema del sistema de la biosfera, y no al revés.

Cuando se mira lo que hay que mirar (la realidad física, biológica y social), la mayor parte de las conclusiones que extrae la economía convencional cambian: la agricultura industrial ya no es tan eficiente como dice ser (es simplemente una gran consumidora de combustible fósil); se resta lo que habitualmente suma (la extracción de materiales); los "adelantos" ya no lo parecen tanto y buena parte del "desarrollo" se percibe como despilfarro, cuando no como destrucción. Para la economía difundida por el llamado "pensamiento único", el mantenimiento de la complejidad de la vida no tiene apenas ningún valor; sin embargo, cuando ésta se destruye suele contabilizarse positivamente en los indicadores. En la actualidad puede afirmarse que, a pesar de que hay crecimientos económicos parciales positivos, cuando crece globalmente el sistema económico decrece el sistema de la biosfera.

Las propuestas del decrecimiento se dirigen en buena medida a la "producción" de supervivencia, justicia y bienestar con una reducción planificada de energía, materiales y residuos. Pero también tratan de deshacer los entuertos del crecimiento económico; los que se puede, pues algunos son irreversibles.

Resulta por tanto útil examinar algunas de las pérdidas y destrozos que contabilizan positivamente en el PIB y son considerados en consecuencia como riqueza y desarrollo: la extracción y degradación de materiales de la corteza terrestre, la apropiación de los bienes comunes, el deterioro y la destrucción de la naturaleza, el miedo y la inseguridad, el descuido y el despilfarro, la pobreza relacional y comunitaria, la insatisfacción, la fealdad inducida, la desigualdad, la ineficiencia ecológica, la lejanía y la sobreespecialización del suelo, el exceso de trabajo no deseado, la pérdida de autosuficiencia y soberanía, la escasez, la emisión de residuos y la ruptura de los ciclos de materiales de la naturaleza, la sinrazón y la irresponsabilidad, y la extracción y degradación de materiales de la corteza terrestre.

Cuando un material se extrae de la corteza terrestre, el sistema económico al uso considera que se ha "producido" ese material. Por eso se habla de países "productores" de petróleo. Cuanto menos petróleo queda en las bolsas donde la biosfera lo ha almacenado durante millones de años, más suma en los indicadores de "producción". Lo mismo pasa con los minerales o incluso con la materia viva, como es el caso de la pesca industrial de especies en peligro de extinción. La confusión entre extracción y producción que regularmente muestra el sistema económico tiene fatales consecuencias, pues vaciar la "despensa" de la biosfera se contabiliza como algo positivo. Si analizamos este fenómeno desde el punto de vista termodinámico, la interpretación es muy diferente: los materiales ordenados (petróleo, carbón, gas) almacenados en la corteza terrestre son extraídos y desordenados (pues no pueden volver a ser aprovechados por los seres vivos). Son sumados sólo por ser "introducidos" en el sistema económico y por eso se dice que se "producen". Lo que en buena lógica tendría que ser una resta es contabilizado como una suma. Se llega a la paradoja de que cuanto más se esquilma un territorio, más "rico" es considerado. La degradación de la corteza terrestre es buena para la economía.

*La apropiación de los bienes comunes.* Si un bien es de todas las personas —o no es de nadie—, no se considera un bien económico, pues no se puede o no tiene sentido intercambiarlo. Pero si este bien es arrebatado del común, apropiado y comercializado, entonces aumenta el PIB. Aunque una playa pública no puntúa en el sistema económico, si alguien le pone una valla y cobra por entrar, entonces se considerará "producción". Cuantas más vallas tiene un país, más "rico" y "desarrollado" es. El uso libre de los bienes de la Tierra contabiliza menos que el acceso privado. El empobrecimiento de la colectividad y las privatizaciones "aumentan" la "riqueza" de esa colectividad.

*El deterioro y la destrucción de la naturaleza.* Si el agua del río se contamina porque una industria vierte sus residuos a su curso, los habitantes que viven río abajo se verán obligados a dejar de beber el agua cercana y tendrán que comprar agua embotellada en el supermercado. Al comprarla será contabilizada como

actividad económica, lo que no sucedía al beberla de forma directa cuando estaba limpia. El agua contaminada hace "crecer", por tanto, el sistema económico. Un país se considerará más rico si sus recursos naturales sanos y abundantes han sido deteriorados. Un bosque quemado contribuye más al PIB que un bosque vivo. El aire contaminado de la ciudad impulsa la construcción de segundas residencias en el campo. La playa insalubre hace más atractiva la instalación de piscinas. El crecimiento económico degrada el medio y el medio degradado impulsa el crecimiento económico. La naturaleza muerta contribuye más al PIB que la viva. Por eso Vandana Shiva dice que el PIB es una medida de la destrucción.

*El miedo y la inseguridad.* Una población cohesionada, con un espacio compartido por diferentes personas y poco peligroso, proporciona menos "riqueza" que un espacio hostil, por el que hay que pasar rápido o incluso en el que no se puede estar. Las alarmas, la policía privada, las puertas de seguridad, las cámaras de videovigilancia y las personas que tienen que visionarlas crean actividad económica. Como muestra Michael Moore en la película *Bowling for Columbine*, una sociedad con mucho miedo es una sociedad con más posibilidades de desarrollar negocios. El miedo internacional y el desarrollo de una mayor capacidad letal de las armas y de los ejércitos aumentan el PIB. Al hacerse inseguras, las sociedades contribuyen a su "desarrollo".

*El descuido y el despilfarro.* El cuidado de los objetos y equipamientos empobrece las naciones. Si alguien conserva su coche durante veinte años tras un adecuado mantenimiento, está cometiendo casi un delito para su país, pues no ayuda a dinamizar la economía. Por eso los Gobiernos dedican ingentes cantidades de dinero a estimular que la gente vea como inservibles sus coches medio nuevos y los cambie por nuevos del todo. Cuanto menos se cuidan las cosas, mayor es la actividad económica. Incluso si algo se conserva bien, a través de la obsolescencia estética y simbólica, se considerará enseguida "inservible" y fuera de lugar. Una aspiradora que no tenga aspecto aerodinámico parecerá una antigüalla indigna de ser conservada. ¡Qué decir de una chaqueta o incluso de un tractor! Ensuciar las calles aumenta la

facturación de las empresas de limpieza. Dice Galbraith que se publicita lo que no se necesita. El sector publicitario no ha parado de crecer. Comprar cosas que no se necesitan, que no se usan, que se usan poco, o que se usan y se tiran, estimula la actividad empresarial. Tener varias casas que pasan la mayor parte del año sin ser habitadas, o barcos fondeados en los puertos deportivos, favorece los indicadores económicos. Una buena parte del lujo moviliza la economía de los países. Bush pidió a los norteamericanos que salieran a comprar para superar el freno momentáneo que había provocado el 11-S. La irresponsabilidad y la injusticia son recompensadas con el crecimiento económico. En su sugerente novela de ciencia ficción titulada *Los desposeídos*, Ursula K. Le Guin ya lo denunciaba bajo la consigna "El exceso es excremento".

*La pobreza relacional y comunitaria.* Las personas solas tienen menos capacidad para resolver sus necesidades y por lo tanto requieren más de los servicios del mercado. La soledad aumenta el PIB. Cuanto más rota esté la estructura comunitaria, más crece la actividad económica. Las estructuras colectivas, vecinales, permiten resolver numerosas necesidades en su propio seno: llevar los hijos al colegio, cuidar un momento a la abuela o arreglar un camino. Cuando aquéllas se rompen, las necesidades han de ser resueltas a través de la actividad mercantilizada. El individualismo es un gran dinamizador del mercado, la congestión en las autovías de coches semivacíos estimula el sector del automóvil y "exige" ampliar costosas infraestructuras. Sin embargo, el uso colectivo de recursos, los favores mutuos o la generosidad empobrecen económicamente a un país. Al mercado le espanta la gratuidad.

*La insatisfacción.* La insatisfacción es uno de los principales motores del mercado. Las personas felices con lo que tienen, ricas en relaciones, que cultivan su espíritu y disfrutan de su cuerpo necesitan menos de los bienes y servicios del mercado que las personas insatisfechas, hastiadas, incómodas con sus últimas adquisiciones y aburridas de sus vidas. Esto lo sabe bien el discurso publicitario y por eso nos recuerda unas tres mil veces al día que necesitamos cosas que ni hemos pensado, que lo que

tenemos ya no sirve y que seríamos más felices enchufándonos al mercado, y en especial a las propuestas de las compañías más grandes del mundo. Aunque para la economía el crecimiento representa el bienestar y, por tanto, en cierta medida, la felicidad, la psicología de la felicidad ha demostrado que una vez resueltas —o en proceso de resolución— las necesidades imprescindibles, la felicidad depende más de las relaciones afectivas, del humor, de la sabiduría, del compromiso y de los logros relacionados con el esfuerzo que de la relación con los objetos y bienes propuestos por el mercado. Precisamente la incapacidad de una buena parte de las conductas de consumo para hacernos felices de forma duradera es aprovechada por la provocación publicitaria para colarse hasta el fondo de la mente y ofrecer más y más nuevas propuestas. La psicología positiva ha demostrado también que la felicidad no aumenta por encima de cierto nivel de renta. La mayor parte de las culturas, de una manera u otra, han tratado de buscar la felicidad y la plenitud a lo largo de la historia de la humanidad, tratando de controlar los deseos y desarrollando equilibrios y satisfacciones más centradas en el ser que en el tener y en el compromiso con la comunidad. Por el contrario, el mercado trata de inducir incluso deseos que todavía no se han producido. El mercado aprovecha los diferentes resortes del sistema nervioso para colocar sus propuestas al precio que sea. La necesidad de estimulación y entretenimiento, la habituación y el rendimiento decreciente de los estímulos, la curiosidad natural, la necesidad de pertenencia al grupo, la seducción que provocan las novedades, inducen el deseo, y éste es manipulado para que sea percibido como necesidad. Aunque la risa y la alegría contabilizan poco o nada en el PIB, el consumo de psicofármacos reguladores de las emociones lo hace crecer de forma significativa.

*La fealdad inducida.* Una sociedad que valore la variedad de cuerpos y de expresiones corporales de la belleza es más pobre que una que tenga estándares estrechos, rígidos e inaccesibles para la mayor parte de la población. Los medios de difusión están reduciendo el rango de posibilidades de la belleza. Cuantas más personas se perciban a sí mismas como feas, más crecerán la

industria cosmética y la industria quirúrgica de la belleza. Cuanto menos conformes estén las personas con sus cuerpos, más crecerá el sistema económico.

*La desigualdad.* El ser humano, aunque puede alimentar deseos ilimitados, tiene en realidad un conjunto más o menos finito de necesidades. Como el resto de los animales, podría saciarse y conformarse con una cantidad limitada de recursos materiales. La desigualdad introduce la comparación y con ella la idea de necesidades ilimitadas. Tener lo que tienen los que tienen más se convierte en una necesidad. Si pobre es quien no tiene un televisor, cuando el país se desarrolla será pobre quien no tenga tres televisores. Se crea así una imparable espiral de necesidades. De hecho, los indicadores de pobreza se miden en magnitudes comparativas. Algunos economistas llegan a afirmar que la desigualdad funciona como un motor económico que hace que finalmente todos tengan más, pues parten de la idea de un mundo infinito. La realidad es que las "necesidades" ilimitadas creadas desde la desigualdad hacen crecer el sistema económico en un planeta que tiene límites.

*La ineficiencia ecológica.* Cada mañana se cruzan camiones que transportan galletas de parecidos sabores desde ambos extremos de Europa. No es difícil ver que se abre varias veces la acera de una calle para introducir varios tipos de conductos que podrían ponerse juntos y al mismo tiempo. En buena medida puede decirse que la economía realiza numerosos trabajos de Sísifo para engordar. Pasar frío en verano y agarrar catarros en el cine o en el transporte, mientras se padece un calor desagradable en invierno. Asimismo, el mercado fragmenta la actividad humana y trata de hacer negocio con cada una de las partes resultantes. En la actualidad no es difícil ver a personas que van en coche al gimnasio y que caminan en una cinta andadora. No resulta extraño observar cómo suben en ascensor personas que van a hacer *stepping* (la operación de subir y bajar un escalón de plástico). Las tiendas están llenas de objetos que permiten ahorrar tiempo y de aparatos que sirven para gastar el tiempo ahorrado.

Valga como ejemplo el curioso caso del cochecito Feber (un coche eléctrico de juguete en el que pueden montar niños de dos

a cuatro años). Produce menos estimulación que un triciclo e incluso que una corta carrerita, pues inmoviliza al niño en su pequeño receptáculo. No puede ser acarreado por el infante debido a su excesivo peso, y tampoco puede ser comprendido tecnológicamente por sus padres o madres. Requiere energía exosomática (diferente de la del propio cuerpo). En general, resulta difícil repararlo. Se usa menos horas que el triciclo, pues resulta más aburrido y simple desde un punto de vista psicomotriz, y finalmente supone un residuo mucho más pesado y contaminante. Sin embargo, si los niños de un país tienen cochecitos Feber se dice de ese país que es más avanzado y desarrollado.

*La lejanía y la sobreespecialización del suelo.* Imaginemos dos ciudades: en una, las personas viven cerca de sus trabajos; en otra, cada persona busca vivir lo más lejos posible de su trabajo. Esta segunda fórmula engordaría los indicadores económicos. Las infraestructuras de la ciudad moderna y "desarrollada" estimulan la realización de actividades regulares cada vez más lejanas: "Yo, ahora, con los vuelos de bajo coste, me voy con mis amigas a comer a Viena y vuelvo en el día". Una forma de mirar la globalización es ver cómo aumentan las distancias que recorren los materiales, las mercancías y las personas para resolver las necesidades que podrían resolverse desde la proximidad, sin los costes ecológicos y sociales añadidos. La cementación y la sobreurbanización impiden vivir de la tierra cercana. La especialización de los suelos obliga a aumentar el transporte para realizar el ciclo de actividades vitales. Lo mismo ocurre con los monocultivos. Los territorios complejos, integrales y ricos en biodiversidad contribuyen menos al crecimiento económico.

*El exceso de trabajo no deseado.* El mercado, con su capacidad para seducir, en especial a través del sistema de créditos, engancha con facilidad a las personas en consumos que obligan a trabajar más de lo que necesitarían y desearían para llevar una vida satisfactoria y digna. No es difícil ver cómo los ejecutivos de una de las clases favorecidas por el sistema trabajan hasta las tantas de la madrugada contra su voluntad. El exceso de trabajo no deseado contabiliza positivamente en el PIB. Un pueblo que repartiera el trabajo necesario y trabajara lo justo para vivir sería considerado más pobre.

*La pérdida de autosuficiencia y soberanía.* Cuando una comunidad humana obtiene los recursos y alimentos que consume de las tierras que habita, su actividad alimenticia no es registrada económicamente, por lo que tiende a considerarse pobre. Sin embargo, si es altamente dependiente de recursos externos, aumentará el volumen de su economía. Una familia que come de su huerta contribuye menos al PIB que si compra los productos alimenticios en el supermercado. La pérdida de soberanía activa el sistema económico y lo hace crecer.

*La escasez.* Se dice que la economía es aquella materia que estudia la gestión de los recursos escasos. Si un bien es abundante, entonces no es considerado económico. Pero si la disponibilidad de ese bien disminuye, si se deteriora o se hace escaso, entonces pasa a ser un bien económico y es contabilizado como riqueza. Se da el caso de que el avance de la maquinaria tecnoindustrial deteriora muchos recursos abundantes (agua, aire, biomasa, relaciones interpersonales, medio ambiente sano, risa, etc.), haciéndolos escasos. La expansión de la mancha gris de la biosfera, por tanto, contabiliza dos veces.

*La emisión de residuos y la ruptura de los ciclos de materiales de la naturaleza.* La naturaleza convierte en recurso cada residuo, cierra los ciclos de materiales, que son finitos, y no produce compuestos que no puedan ser reintegrados en los ciclos de la vida. El sistema económico, al ignorar el origen y el final del ciclo, es muy poco cuidadoso con esta regla imprescindible de la biosfera. Al desentenderse de los residuos, necesita transformar nuevos materiales extraídos de la corteza, lo que contabiliza, como ya hemos visto, como "producción". Cuantos más residuos, más se estimula la actividad económica. Esto se ve bien con toda la cacharrería tecnológica "obsoleta". A pesar del desasosiego que parece asaltarnos cuando tiramos al contenedor los aparatos semiusados, los indicadores del sistema económico lo celebran encantados. Desde el punto de vista ecológico, el orden de prioridades se contabiliza: primero, no usar; segundo, reutilizar; tercero, reciclar; y, por último, usar y tirar. El sistema económico convencional lo valora exactamente al revés. Por eso promociona más el envase no retornable, luego el reciclaje del vidrio

apenas propone reutilizar las botellas, y es casi inexistente la práctica de llevar el recipiente desde casa para llenarlo en la tienda, que es lo ecológicamente más eficiente.

*La sinrazón y la irresponsabilidad.* A pesar de que una parte importante de la teoría económica clásica se basa en la supuesta racionalidad de los agentes económicos, cualquier persona que trabaje en investigación de mercados o en agencias de comunicación sabe que precisamente, para aumentar las ventas de cualquier producto o servicio, hay que hurgar en la sinrazón. Vender cosas que no se necesitan, comprar cosas que no se usan, tirar cosas nuevas, realizar trabajos absurdos, destruir lo que todavía vale, aumentar la ineficiencia, engañar con la apariencia, derrochar, asociar valores contradictorios (cuidar el planeta comprando coches), provocar la frustración, crear complejos de inferioridad, suscitar la envidia o la avaricia, son mecanismos habituales del sistema económico que hacen crecer la riqueza de un país. Cuanto menos responsable se es, más se dinamiza el mercado. En realidad, puede decirse que la inmoralidad es buena para el PIB.

## UNA CONCLUSIÓN

En general, las estructuras injustas y antiecológicas hacen crecer más el PIB. Las fórmulas antiecológicas de satisfacción de las necesidades consumen más energía, requieren mayor cantidad de materiales organizados, emiten más residuos, consumen más espacio, concentran más poder y, por lo tanto, crean más desigualdad. Es muy destructivo mantener el crecimiento como objetivo principal de las políticas de los Estados.

Si no es una medida de la riqueza ecológica, ni del bienestar humano, ni de la justicia, ¿qué es entonces el PIB? Es, a lo sumo, una medida del grado de mercantilización de la realidad. Los cuidados realizados sobre todo por mujeres no contabilizan en el PIB, a pesar de ser más necesarios para la supervivencia y la reproducción que una parte importante de las ofertas del mercado. Los trabajos que realiza la naturaleza para mantener la vida, reproducirse y, cuando la dejan, complejizarse y ampliarse, tampoco son

visibilizados por este indicador económico. Cuando estos procesos claves para la supervivencia se ven deteriorados o suprimidos no se reflejan de forma negativa. La aceleración de la entropía no tiene su expresión en el PIB, a pesar de que nos va la vida en ello.

El grado de mercantilización, en el capitalismo avanzado, es un indicador de la cantidad de realidad que pasará a ser controlada por las grandes compañías multinacionales. Quizá por eso goce de tan buena prensa. Tal vez el producto interior bruto sea bruto de verdad.

Una sociedad preocupada por la justicia y la sostenibilidad dispondrá de nuevos indicadores de medición, tales como el grado de equidad, el grado de suficiencia, la resolución no violenta de conflictos, el mantenimiento de la biodiversidad, el consumo energético por habitante, la huella ecológica o la relación entre felicidad y recursos.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, L. E. (1989), "La producción social de la necesidad", *Sociología del trabajo* (nº 16).
- CARPINTERO, Ó. (2003), "Los costes ambientales de la nueva economía", *Economía Industrial* (nº 352).
- (2005), *El metabolismo de la economía española. Recursos naturales y huella ecológica, 1955-2000*. Fundación César Manrique, Tahiche.
- ECOLOGISTAS EN ACCIÓN (2008), "Tejer la vida en verde y violeta", *Cuadernos de Ecologistas*.
- ESTEVAN, A. (1994), "Contra transporte cercanía", *Archipiélago* (nºs 18-19).
- FERNÁNDEZ DURÁN, R. (1993), *La explosión del desorden*, Fundamentos, Madrid.
- GALBRAITH, J. K. (1960), *La sociedad opulenta*, Ariel, Barcelona.
- ILLICH, I. (1977), "Energía y Equidad", <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n28/aiill.html>
- (1989), *H2O y las aguas del olvido*, Cátedra, Madrid.
- LAKOFF, G. y JOHNSON, M. (1995), *Metáforas de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid.
- LATOUCHE, S. (2008), *La apuesta por el decrecimiento*, Icaria, Barcelona.
- LE GUIN, U. K. (1974), *Los desposeídos*, Minotauro, Barcelona.
- MANDER, J. (1996), *En ausencia de lo sagrado*, José J. de Olañeta, Palma.
- MOSANGINI, G. (2007), "Decrecimiento y cooperación internacional", <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=56547>
- NAREDO, J. M. (1987), *La economía en evolución*, Siglo XXI, Madrid.
- NAREDO, J. M. y VALERO, A. (1999), *Desarrollo económico y deterioro ecológico*, Visor, Madrid.
- MAX-NEEF, M. (1994), *Desarrollo a escala humana*, Icaria, Barcelona.
- PENINOU, G. (1996), *Semiótica de la publicidad*, Gustavo Gili, Barcelona.

- PONTING, C. (1992), *Historia verde del mundo*, Paidós, Barcelona.
- RAMONET, I. (1996), "El pensamiento único", *Le Monde Diplomatique*, Madrid.
- RIECHMANN, J. (coord.) (1998), *Necesitar, desear, vivir*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- SCHUMACHER, E. F. (1978), *Lo pequeño es hermoso*, H. Blume, Madrid.
- SHIVA, V. (1995), *Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo*, Horas y Horas, Madrid.
- VERA, B. (2008), *Psicología positiva*, Calamar, Madrid.



## DECRECIMIENTO Y OCIO. DECRECIMIENTO Y TIEMPO PARA LA VIDA

PACO PUCHE

ESPECIALMENTE ATACADAS SE VEN AQUELLAS DE NUESTRAS PRIORIDADES QUE PROCEDEN DE LA NECESIDAD HUMANA DE COMPARTIR, LEGAR, CONSOLAR, CONDOLERSE Y TENER ESPERANZA.

John Berger<sup>1</sup>

Todo viene de considerar a la economía actual como el "todo" social, político y cultural.

### DE LA ECONOMÍA

Como dice Polanyi, "es por la desproporcionada influencia que el sistema de mercado ha ejercido en la sociedad y en nuestra propia experiencia por lo que encontramos difícil comprender el carácter limitado y subordinado de la economía tal como ésta se presenta fuera de dicho sistema"<sup>2</sup>.

La economía ha de entenderse como un proceso institucionalizado de interacción que sirve para satisfacer las necesidades materiales humanas; en este sentido forma parte vital de todas las sociedades humanas. O, en un sentido más amplio, hay que entender la economía como "las formas en que cada sociedad resuelve sus problemas de sostenimiento de la vida"<sup>3</sup>. Toda sociedad, por tanto, debe tener alguna forma de economía dentro de la concepción anteriormente expuesta. Esto nos lleva a dos cuestiones centrales que van a tener mucho que ver con las propuestas de decrecimiento: el trabajo y las necesidades.

## DEL TRABAJO

El trabajo puede considerarse una invariante antropológica en el sentido objetivo del segundo principio de termodinámica. Como dice Georgescu-Roegen, "el proceso económico depende de la actividad de los seres humanos que transforman la baja entropía en alta entropía"<sup>4</sup>. Esto remite a la tarea de convertir una naturaleza que no está al servicio de los seres humanos en otra que sí pueda servirles, sometiénolos a sus leyes, especialmente a las de la termodinámica, como hemos dicho. Al fin y al cabo, la segunda ley mencionada, que dice que la materia y la energía, aunque no se crean ni se destruyen, se transforman en otras de mayor entropía, significa pérdida de utilidad para los seres humanos. Es, por tanto, una ley en cierto modo antropocéntrica.

Este "trabajo necesario" tiene una finalidad, como la propia economía: satisfacer necesidades, mantener la vida, o el placer de vivir, como sostiene Georgescu-Roegen<sup>5</sup>. No se debe confundir ni con el empleo remunerado ni con la penosidad que algunas actividades tienen asociadas, ni con la sociedad salarial ni con la remuneración, etc., que son meras formas históricas de esta actividad necesaria que hemos llamado "trabajo". El diálogo entre José Manuel Naredo y Jorge Riechmann sobre este asunto resulta esclarecedor<sup>6</sup>.

La economía feminista no deja dudas sobre la falacia de confundir trabajo con empleo remunerado, porque "esta actividad —los trabajos domésticos y de cuidados— es la que debería servir de referente y no el trabajo realizado en el mercado... porque es el trabajo fundamental para que la vida continúe"<sup>7</sup>.

## DE LAS NECESIDADES

Sobre las necesidades también hay mucho que decir en unos tiempos en que impulsos inducidos por la propaganda masiva, los deseos, los caprichos y la emulación se toman como necesidades irrefrenables. Las declaraciones de Patrick Le Lay, director general de la televisión francesa TF1, son reveladoras: "Para que un mensaje sea percibido es necesario que el cerebro del espectador

esté disponible. Nuestras emisiones tienen esta vocación... Lo que vendemos a Coca-Cola es tiempo de cerebro humano disponible”<sup>8</sup>.

El chiste de El Roto en el que un airado varón amenaza con defender lo superfluo con puño amenazante, es más que ilustrativo de la diferenciación que formulamos.



© EL ROTO/EL PAÍS S.L.

El esquema de Sempere nos ofrece una buena síntesis del estado de la cuestión<sup>9</sup>. Este autor nos propone distinguir entre dos grandes grupos de necesidades: las universales, transhistóricas e invariables, y las emergentes, históricas y variables. Las primeras abarcan todas las necesidades biopsicosociales (nutrición, seguridad física y psíquica, salud, descanso, ejercicio, sexo, reconocimiento, autoestima, pertenencia, confianza, etc.) y de potencial humano (autonomía, libertad, participación, autorrealización, afecto, amor, crecimiento moral, etc.); las segundas, históricas y variables, abarcan, en cambio, todas las necesidades instrumentales (satisfactores) y los sistemas sociales pertinentes.

Muchas de las necesidades tienen un carácter inmaterial y están fuera de la actividad económica propiamente dicha, y ello aunque, como otras actividades de la vida personal, social o política, tengan que ver con eso que hemos llamado "el mantenimiento de la vida" o el "placer de vivir". Al fin y al cabo, no es posible segregar unas actividades de otras a lo largo de un día, pues el tiempo en el que discurren es común a todas ellas.

MATRIZ DE SATISFACTORES

NECESIDADES EXISTENCIALES				
NECESIDADES AXIOLÓGICAS	SER (ATRIBUTOS)	TENER (INSTITUCIONES, NORMAS)	HACER (ACCIONES)	ESTAR (ESPACIOS Y ÁMBITOS)
Subsistencia	1) Salud, equilibrio, solidaridad, humor, adaptabilidad.	2) Alimentación, abrigo, trabajo.	3) Alimentar, procrear, descansar, trabajar.	4) Entorno vital, entorno social.
Protección	5) Cuidado, adaptabilidad, autonomía, equilibrio, solidaridad.	6) Sistema seguro, ahorro, Seguridad Social, sistema de salud, legislación, derecho, familia, trabajo.	7) Cooperar, prevenir, planificar, cuidar, curar, defender.	8) Contorno vital, contorno social, morada.
Afecto	9) Autoestima, solidaridad, respeto, tolerancia, generosidad, receptividad, pasión, voluntad, sensualidad, humor.	10) Amistades, parejas, familia, animales domésticos, plantas, jardines.	11) Hacer el amor, acariciar, expresar emociones, compartir, cuidar, cultivar, apreciar.	12) Privacidad, intimidad, hogar, espacios de encuentro.
Entendimiento	13) Conciencia crítica, receptividad, curiosidad, asombro, disciplina, intuición, racionalidad.	14) Literatura, maestros, métodos, políticas educacionales y comunicacionales.	15) Investigar, estudiar, experimentar, analizar, meditar, interpretar.	16) Ámbitos de interacción formativa: escuelas, universidades, academias, comunidades.
Participación	17) Adaptabilidad, receptividad, solidaridad, disposición, convicción, entrega, respeto, pasión, humor.	18) Derechos, responsabilidades, obligaciones, atribuciones, trabajo.	19) Afiliarse, cooperar, proponer, compartir, discrepar, acalar, dialogar, acordar, opinar.	20) Ámbitos de interacción participativa: cooperativas, asociaciones, iglesias, comunidades, vecindario, familia.
Ocio	21) Curiosidad, receptividad, imaginación, despreocupación, humor, tranquilidad, sensualidad.	22) Juegos, espectáculos, fiestas, calma.	23) Divagar, abstraerse, soñar, ahorar, fantasear, evocar, relajarse, divertirse, jugar.	24) Privacidad, intimidad, espacios de encuentro, tiempo libre, ambientes, paisaje.

## MATRIZ DE SATISFACTORES (CONT.)

NECESIDADES EXISTENCIALES				
NECESIDADES AXIOLÓGICAS	SER (ATRIBUTOS)	TENER (INSTITUCIONES, NORMAS)	HACER (ACCIONES)	ESTAR (ESPACIOS Y ÁMBITOS)
Creación	25) <i>Pasión, voluntad, intuición, imaginación, audacia, racionalidad, autonomía, inventiva, curiosidad.</i>	26) <i>Habilidades, destreza, método, trabajo.</i>	27) <i>Trabajar, inventar, construir, idear, componer, diseñar, interpretar.</i>	28) <i>Ámbitos de producción y retroalimentación, talleres, ateneos, agrupaciones, espacios de expresión.</i>
Identidad	29) <i>Pertenencia, coherencia, diferencia, autoestima, asertividad.</i>	30) <i>Símbolos, lenguaje, hábitos, costumbres, grupos de referencia, sexualidad, valores, normas, roles, memoria histórica, trabajo.</i>	31) <i>Comprometerse, integrarse, confundirse, definirse, conocerse, reconocerse, actualizarse, crecer.</i>	32) <i>Sociorritmos, entornos de cotidianidad, ámbitos de pertenencia, etapas madurativas.</i>
Libertad	33) <i>Autonomía, autoestima, voluntad, pasión, asertividad, apertura, audacia, rebeldía.</i>	34) <i>Igualdad de derechos.</i>	35) <i>Discrepar, optar, diferenciarse, arriesgar, conocerse, asumirse, desobedecer, meditar.</i>	36) <i>Plasticidad espacio-temporal.</i>

NOTA: LO QUE ESTÁ EN CURSIVA ES INMATERIAL  
FUENTE: M. MAX-NEEF. DESARROLLO A ESCALA HUMANA. CONCEPTOS, APLICACIONES Y ALGUNAS REFLEXIONES (NORDRAM COMUNIDAD/CÁRRIA, BARCELONA, 1994), PP. 88-89.

Por eso tiene sentido, como recuerda Riechmann en el diálogo antes citado, que la actividad laboral pueda ser a la vez productiva, autorrealizadora y socializante, claro, cuando se cumplan condiciones de trabajo no alineado. Explica también el que algunas comunidades primitivas, como las de las islas Trobriand, se afanen en las tareas laborales (huertos, construcción, mantenimiento, etc.) mucho más de lo indispensable. Es como una suerte de trabajo lúdico, o una confluencia de ocio y trabajo necesario. Por el contrario, en la Antigüedad había constancia del desprecio por aquellas tareas dependientes y generalmente forzadas por la necesidad<sup>10</sup>.

Claro que es difícil separar la economía de la vida: al fin y al cabo aquella es un subsistema de la biosfera, como propone la economía ecológica. Manfred Max-Neef establece la pedagógica distinción entre necesidades y satisfactores<sup>11</sup>. Las primeras, "finitas, pocas y clasificables [...] son las mismas en todas las culturas y en todos los periodos históricos". Lo que cambia, lo que está culturalmente determinado, son los segundos, los satisfactores de esas necesidades, que son las maneras y medios utilizados para subvenir a las necesidades humanas fundamentales. Con matices<sup>12</sup>, coinciden estas propuestas con las de este autor arriba consignadas.

Es ilustrativa la tabla que Max-Neef propone. Cruzando necesidades existenciales y axiológicas, se da lugar a la *matriz de satisfactores* (véase la tabla anterior).

Esta matriz nos revela la cantidad de satisfactores (medios) que podemos usar para satisfacer nuestras múltiples necesidades y cómo la mayoría están fuera del mercado o de la economía entendida sólo en sentido material.

## DEL TIEMPO

La satisfacción de las necesidades implica trabajo y éste implica *tiempo*. Y el tiempo es un límite absoluto para el conjunto de actividades humanas. Su distribución a lo largo de un día es un juego de suma cero: lo que dedicamos a una actividad lo sustraemos de otra. Una distinción que nos permitirá avanzar en

nuestra indagación es aquella que se establece entre el *tiempo de trabajo socialmente necesario* para satisfacer necesidades y el *tiempo excedente*. El tiempo necesario incluye no sólo el trabajo remunerado, sino también el tiempo de trabajo doméstico y el de cuidados, casi no remunerado. Una enfermedad de nuestro tiempo es la falta de tiempo, tanto del lado del trabajo necesario —por la centralidad del trabajo asalariado y el empuje del sistema hacia el consumo despilfarrador— como del lado del tiempo excedente —por el predominio del ocio mercantilizado y pasivo—.

Una breve historia del tiempo de trabajo nos llevaría desde las dos horas diarias dedicadas a la agricultura de subsistencia de los papous kapauku de Nueva Guinea a las 20 semanales del siglo XVIII, a las dos o tres de los campesinos rusos antes de la revolución de Octubre, a las más de 18 diarias en los inicios de la revolución industrial —incluyendo niños— y a las 48 conquistadas después de 1920, para luego, con el fordismo, aumentar la intensidad del trabajo. Después de 1945, en Estados Unidos se revirtió la tendencia y a finales de la década de 1980 en este país se trabajaban 320 horas más al año que en Alemania o Francia. La petición, de momento frustrada, de elevar el horario en la Unión Europea hasta las 65 horas semanales marca las tendencias de nuestro tiempo<sup>13</sup>. Como señalaba Georgescu-Roegen, “uno de los ‘secretos’ por los que las economías avanzadas han conseguido su espectacular desarrollo económico es una larga jornada laboral”<sup>14</sup>.

En cuanto al denominado tiempo excedente, también solemos conocerlo como *tiempo de ocio*. El ocio tiene un doble estatuto en cuanto a su consideración: o es denostado como fuente de todos los vicios o es tenido como fuente de sabiduría. “Si el ocio es vulgar trae denuesto; pero si es filosófico, loase”<sup>15</sup>. El capitalismo ha desarrollado una elaborada estrategia para secuestrar el tiempo de la gente fuera del trabajo propiamente dicho. Es el capitalismo cultural que lucha por ocupar el máximo de tiempo posible de conciencia de cada individuo con contenidos prefabricados. Por ejemplo, en España, en el año 2000, la media de horas delante del televisor era de tres y media al día; en el caso de Japón, eran más de ocho, y más de siete en Estados Unidos.

Por otra parte, "la concentración oligopólica de los medios de comunicación de masas y de los productos del entretenimiento está en su apogeo. Grandes empresas tienen el control mundial de casi todos estos productos, entre ellas General Electric, AOL, Time-Warner, AT&T, Viacom, Walt Disney, News Corp., Bertelsmann, Sony y Liberty Media Corp., que dictan a los seres humanos cómo deben pensar, qué deben consumir, cómo deben utilizar su tiempo libre"<sup>16</sup>. El Gran Hermano ya operativo. El capital, pues, ha conseguido en menos de medio siglo colonizar el tiempo de ocio de una gran parte de la población.

## TIEMPO PARA LA VIDA

Se trataría de luchar por el tiempo de nuestra vida en las dos dimensiones que hemos analizado, en el trabajo y en el ocio, en un "combate cultural y político por convertir el 'tiempo libre' de la industria del ocio en verdadero tiempo liberado, y el tiempo enajenado del trabajo asalariado en tiempo con sentido"<sup>17</sup>. En este combate podemos echar mano de tendencias antropológicas sustantivas que operan en el sentido propuesto. Nos referimos al sentido lúdico de la existencia y a la fiesta. Es necesario acudir a dos textos clásicos para referirnos a estos dos temas: el *Homo ludens* de Huizinga y *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento* de Mijail Bajtin.

Huizinga muestra cómo el juego existe previamente a la cultura y la acompaña y penetra desde su comienzo a su extinción<sup>18</sup>. Responde al carácter supralógico de nuestra situación en el cosmos. Es una suspensión temporal de la vida ordinaria, una actividad libre, superflua, sometida a reglas, en su expresión más desarrollada, impregnada de ritmo y armonía, y que se agota en sí misma. Es una de esas actividades llamadas *autotélicas*, como la experiencia poética o el disfrute emocional derivado de estar con los amigos. De ellas nos dice Riechmann que "son unas de las principales fuentes de sentido para la existencia humana"<sup>19</sup>.

Bajtin nos deja perplejos al examinar cómo el pueblo en la Edad Media y en el Renacimiento se defendía de la opresión y de

la jerarquía. Afirma que, "a diferencia de la fiesta oficial, el carnaval era el triunfo de una especie de liberación transitoria, la abolición provisional de las relaciones jerárquicas, privilegios, reglas y tabúes [...] que adoptaba la forma de una segunda vida del pueblo, que temporalmente penetraba en el reino utópico de la universalidad, de la libertad, de la igualdad y de la abundancia. [...] Esta segunda vida (basada en el principio de la risa) permitía establecer nuevas relaciones, verdaderamente humanas, con los semejantes. [...] De aquí que todos los símbolos de la lengua carnavalesca estén impregnados del lirismo de sucesión y renovación, de la gozosa comprensión de la relatividad de las verdades y autoridades dominantes"<sup>20</sup>. Las festividades, concluye Bajtin, "son una forma primordial determinante de la civilización humana". No en vano, en las grandes ciudades las celebraciones carnavalescas llegaban a durar tres meses por año, y no en vano también la literatura cómica medieval se desarrolló durante más de un milenio.

Lafargue, yerno de Marx, en su *El derecho a la pereza*, lanza una consigna que sigue siendo de actualidad: trabajar tres horas al día y producir en ese tiempo lo necesario, no lo superfluo<sup>21</sup>. Keynes, cincuenta años después, realizó la misma propuesta. Ya hemos visto, sin embargo, que el sistema propone más de diez horas diarias.

## REPARTO DEL TIEMPO DE TRABAJO

¿Es posible el pleno empleo remunerado con los horarios actuales? La búsqueda de pleno empleo es hoy día un oximoron. En efecto, si la productividad aumenta un 2 por ciento, para mantener el empleo se necesita un crecimiento del orden del 2,5 por ciento anual. La carrera hacia el pleno empleo en las actuales condiciones de reparto del tiempo de trabajo, con productividad creciente, exige un crecimiento exponencial. Igualmente, la maximización del beneficio exige también ese crecimiento exponencial.

Pero en un mundo lleno, en el que ya hemos sobrepasado la capacidad de carga del planeta, un crecimiento exponencial es imposible a largo plazo, y a corto plazo sólo es posible para unos cuantos y a costa de las capacidades del planeta para mantener las

siguientes generaciones. Se dice, con razón, que extender los modos de vida de un norteamericano medio al resto de los habitantes es un imposible: estallaría el mundo. "No se trata de recuperar el pleno empleo, porque éste nunca ha existido, sino que se ha basado siempre en exclusiones múltiples: la apropiación de los trabajos gratuitos de las mujeres, el expolio de la naturaleza y la explotación de los países no occidentales".<sup>22</sup>

De aquí se desprenden dos conclusiones. Una: que el pleno empleo sólo es posible con un reparto del tiempo de trabajo, en un contexto de decrecimiento de materiales, energía y contaminación, y que se trata de deshacer la ecuación "trabajo igual a empleo", es decir, de no seguir invisibilizando el trabajo no remunerado de cuidados, en manos mayormente de las mujeres. Dos: que para que ese empleo sea de calidad, como se propone, es necesario atender a las observaciones que la economista Joan Robinson nos hacía hace ya unas décadas: "El éxito económico nacional se identifica con las estadísticas del Producto Nacional Bruto (PIB). *Nadie se cuestiona el contenido de la producción*. El éxito del capitalismo durante los últimos veinticinco años ha estado fuertemente ligado a la carrera de armamentos y al comercio de armas (para no mencionar las guerras en que han sido utilizadas); los Gobiernos capitalistas no han logrado superar la pobreza en sus propios países, y tampoco se han visto acompañados del éxito a la hora de ayudar (por llamar de algún modo) a promocionar el desarrollo del Tercer Mundo. Se nos dice ahora que ese capitalismo está en camino de hacer el planeta inhabitable, incluso en tiempo de paz"<sup>23</sup>.

En una sociedad del decrecimiento hay que *repartir el tiempo dedicado al trabajo* socialmente necesario que proporciona valores de uso, incluidos los trabajos de cuidados, en condiciones de calidad laboral y democracia en la empresa. Los trabajos necesarios con dosis aún de penosidad y alienación (de ahí la etimología latina del trabajo como *tripalium*: instrumento de tortura con tres palos) hay que repartirlos también equitativamente<sup>24</sup>. Como resume muy bien Carlos Taibo, "el decrecimiento que defenderemos tiene por fuerza que reducir la oferta de empleos en la economía competitiva, como tiene que impulsar la necesidad de redistribuir aquéllos y de trabajar menos horas. En paralelo habrán de aumentar las actividades vinculadas con las economías

domésticas, con la educación y con el trabajo voluntario”<sup>25</sup>. Y Stuart Mill, cien años ha, profetizó: “Hay que subrayar que un estado estacionario no significa el estancamiento del mejoramiento humano. Habría más campo que antes para el mejoramiento del arte del vivir cuando las mentes se liberen del dominio del avance material”.

## SENTIDO DEL TIEMPO DE OCIO

Y esto nos lleva al otro tiempo, al que hemos llamado excedente o tiempo de ocio. El término “ocio” tiene una raíz griega muy interesante.



ALFABETO GRIEGO ARCAICO, VARIANTE OCCIDENTAL. MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL DE ATENAS. (FOTO MARSYAS, 2007.)

“Ocio” viene del griego σχολη, *skhole*; de ahí la palabra “escuela”. Para los griegos, el saber y la ciencia no han nacido en la escuela tal como ahora se entiende, sino que eran fruto de su ocio, de su tiempo libre, aquel que no tenía relación con las actividades públicas, la guerra o el culto.

De principio a fin de este artículo hemos ido llenando de sentido y de fundamentación el tiempo libre o de ocio para esta sociedad que reclamamos del decrecimiento: compartir, legar, consolar, condolerse y tener esperanza... y también de “tiempo”, es decir, de trasvase de cantidades de tiempo de trabajo al tiempo libre de él.

Santiago Alba, en los tiempos que corren, se permite hacer un elogio del aburrimiento. Dice: "El capitalismo prohíbe básicamente dos cosas. Una es el regalo. La otra, el aburrimiento"<sup>26</sup>. Porque hay dos formas de impedir pensar: la una, trabajar sin descanso. y la otra, divertirse sin parar. Como afirma Leopardi, "el tedio es la quintaesencia de la sabiduría". Nada más revolucionario que esta imagen del no hacer nada frente a la realidad que las multinacionales se esfuerzan en crear: la del consumidor permanentemente insatisfecho. Hay que recordar aquel afán de un directivo de la General Motors que propugnaba que "la clave de la prosperidad económica consiste en la creación organizada de un sentimiento de insatisfacción". El resultado de esta filosofía ha sido que este gigante ha tenido que ser nacionalizado.

Este tiempo liberado, este tiempo de ocio, podemos también "llenarlo" de múltiples actividades necesarias para el sostenimiento de la vida y para llevar una vida digna, fuera del mercado y fuera de un consumo creciente de materia y energía. La matriz de Max-Neef anteriormente consignada es muy ilustrativa de la cantidad de satisfactores inmateriales a los que "necesitamos" acceder para atender a nuestras necesidades fundamentales.

En un contexto de decrecimiento, podemos resumir como sigue los tiempos alternativos, los otros tiempos para la vida:

- *Tiempos para la soledad, el aburrimiento y el pensar.* Lleva razón Pascal al afirmar: "He descubierto que toda la desdicha de los hombres proviene de una sola cosa, que es no saber permanecer en reposo, dentro de una habitación". Ninguna receta mejor que ésta para ser más felices sin consumir. Cada cual tiene que poder llegar a habitar con contento su respectiva "habitación de Pascal". Sería como el tiempo para perder el tiempo.
- *Tiempo para la democracia.* Es evidente que si queremos una democracia participativa desde la empresa a la vida propiamente política, hemos de dedicar tiempo a deliberar, a discutir, a aproximar, a reunirnos con frecuencia y a hacer una pedagogía de asamblearismo respetuoso. El socialismo cuesta demasiadas tardes libres, se quejaba Oscar Wilde;

por eso la democracia exige tiempo y aprendizaje. Y no supone más que un poco de consumo de materia gris y atención. El activismo ha de ser ilustrado.

- *Tiempo para los encuentros y las relaciones.* Somos seres sociales y anhelamos la compañía; de ahí también la dificultad de la necesaria soledad de vez en cuando. Como nos recuerda Maturana, “los seres humanos modernos somos animales sensuales. Nos acariciamos tocándonos con palabras, y disfrutamos de la cercanía y el contacto corporal”. Tiempo, pues, para la familia, los amigos y el amor. Como relataba en mi libro *Un librero en apuros*, “si uno va a Granada y visita El Bañuelo —antiguos baños árabes, en la carrera del Darro—, al llegar a una estancia de la derecha, oírás decir a la guía que ‘éste era el lugar de reunión, perdón, el lugar de encuentro’. Ya en el siglo XI distinguían muy bien los cruces esporádicos de los convenidos, y en estos contactos imprevistos, pero buscados, se hablaría de lo divino y de lo humano”<sup>27</sup>.
- *Tiempo para el juego, la fiesta y todas las demás actividades autotélicas,* que como hemos visto responden a invariantes antropológicas que quizá den sentido a la vida y hagan más soportable nuestra finitud y contingencia.
- *Tiempo para sentirnos seres vivos y hacer la inmersión mística en nuestra condición gaiana.* Tiempo de gozar de la naturaleza y de la poesía, que sólo exigen unas buenas botas y unos oídos atentos.
- *Tiempo para la autoproducción, la artesanía y el bricolaje,* como actividades que nos hacen menos dependientes y más creativos, y nos permiten valorar los trabajos ajenos.
- *Tiempo para la belleza y la sabiduría.* Siguiendo la lectura que hace Castoriadis de la oración fúnebre de Pericles, el ciudadano ateniense existe y vive la unidad de tres elementos: el amor y la práctica de la belleza, el amor y la práctica de la sabiduría, y la responsabilidad del bien público, de la *polis*. “Los griegos son para nosotros un germen. Nunca dejaron de reflexionar sobre la cuestión de saber qué debe realizar la institución de la sociedad”<sup>28</sup>.

- *Tiempo para la rebelión y la disidencia*, para imaginar y luchar por un mundo nuevo, otro mundo posible dentro de este mundo terrenal.

Aunque hemos reclamado el aburrimiento para oponerlo al capitalismo y como ocasión para el pensamiento y la sabiduría, tenemos tantas actividades pendientes, fuera del mercado y de la crematística, como para no aburrirnos, en un contexto que además es de decrecimiento. Pero necesariamente hemos de superar el imaginario productivista y consumista en el que muchos andamos enredados. "Tenemos derecho a decir que, en las circunstancias presentes, un plan de demolición sostenible (o de decrecimiento acelerado) supondría un gran progreso para el género humano".<sup>29</sup>

Fuera del capitalismo nos espera el tiempo para la vida.

Un buen remate de todo lo que hemos pretendido comunicar sería leer el capítulo XXXI del libro de Lao Zi. Dice así:

*Las palabras verdaderas no son agradables,*

*las palabras agradables no son verdaderas.*

*El saber no es la erudición,*

*el erudito nada sabe.*

*El bien no es lo mucho,*

*lo mucho no es bueno.*

*El sabio no acumula;*

*obrando para los otros,*

*tiene cada vez más;*

*dando a los demás,*

*posee más cada vez.*

*Es propio del dao del cielo,*

*es propio del dao del hombre,*

*actuar y no luchar*<sup>30</sup>.

## NOTAS

1. J. Berger, "El coro que llevamos en la cabeza", *El País* (26 de agosto de 2006).
2. Karl Polanyi, *El sustento del hombre* (Capitán Swing Libros, 2009; edición original de 1977), p. 42.

3. C. Carrasco, "La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?" (2001), p. 12; disponible en [alainet.org/publica/mujtra/mujeres-trabajo.pdf](http://alainet.org/publica/mujtra/mujeres-trabajo.pdf)
4. N. Georgescu-Roegen, *La ley de la entropía y el proceso económico* (Fundación Argentaria, Madrid, 1996; edición original de 1971), p. 353.
5. *Ibidem*.
6. J. M. Naredo y J. Riechmann, en *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global* (nº 108, 2009), pp. 147-161.
7. C. Carrasco, "La paradoja del cuidado: necesario pero invisible", *Revista de economía crítica* (nº 5, 2006), p. 46.
8. *L'Expansion* (9 de julio de 2004).
9. J. Sempere, *Mejor con menos. Necesidades, explosión consumista y crisis ecológica* (Crítica, Barcelona, 2009), p. 243.
10. J. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico* (Siglo XXI, Madrid, 2006), p. 157.
11. M. Max-Neef, *Desarrollo a escala humana. Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones* (Nordam comunidad/Icaria, Barcelona, 1994), p. 42.
12. Sempere, *op. cit.*, p. 16.
13. S. Latouche, *La apuesta por el decrecimiento. ¿Cómo salir del imaginario dominante?* (Icaria, Barcelona, 2008), p. 86; Sempere, *op. cit.*, p. 56; A. Teitelbaum, *La armadura del capitalismo. El poder de las sociedades transnacionales en el mundo contemporáneo* (Icaria/Paz con Dignidad, Barcelona, 2010), pp. 99-100.
14. Georgescu-Roegen, *op. cit.*, p. 214.
15. J. Corominas y J. A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* (tomo IX, Gredos, Madrid, 1996), p. 262.
16. Teitelbaum, *op. cit.*, p. 117.
17. J. Riechmann, *Tiempo para la vida. La crisis ecológica en su dimensión temporal* (Ediciones del Genal, Málaga, 2003), p. 48.
18. J. Huizinga, *Homo ludens* (Alianza, Madrid, 1972; edición original de 1938).
19. *Ibidem*, p. 50.
20. M. Bajtin (1999), *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais* (Alianza, Madrid, 1999), pp. 15-16.
21. P. Lafargue, *El derecho a la pereza* (Doble J, Sevilla, 2007; edición original de 1880).
22. A. Pérez, "Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema de económico", *Revista de Economía Crítica* (nº 5, 2005), p. 28.
23. J. Robinson, *Relevancia de la teoría económica* (Martínez Roca, Barcelona, 2006).
24. Naredo y Riechmann, *op. cit.*
25. C. Taibo, *En defensa del decrecimiento. Sobre capitalismo, crisis y barbarie* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2009), p. 60.
26. S. Alba y C. Fernández Liria, *El naufragio del hombre* (Hiru, Ondarrabia, 2010), p. 70.
27. F. Puche, *Un librero en apuros. Memorial de afanes y quebrantos* (Ediciones del Genal, Málaga, 2004), p. 108.
28. C. Castoriadis, *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto* (Gedisa, Barcelona, 1988), p. 130.
29. Alba y Fernández Liria, *op. cit.*, p. 169.
30. Lao Zi, *El libro del Tao* (Alfaguara, Madrid, 1981), p. 163.



## DECRECIMIENTO Y MEDIOS. LA INFORMACIÓN Y LA COMUNICACIÓN VISTAS DESDE EL DECRECIMIENTO

JOSÉ VICENTE BARCIA MAGAZ

LA COMUNICACIÓN NO SÓLO ES CUESTIÓN DE NOTICIAS.  
ES UN FACTOR DETERMINANTE DE TODOS LOS PROCESOS  
SOCIALES Y UN COMPONENTE FUNDAMENTAL DE LA  
ORGANIZACIÓN DE LAS SOCIEDADES.

Gabriel García Márquez

LA HISTORIA HUMANA SE VUELVE CADA VEZ MÁS UNA  
CARRERA ENTRE LA COMUNICACIÓN Y LA CATÁSTROFE.

H. G. Wells

La actual situación de colapso económico, social y ambiental es la obra universal de un sistema, el capitalista, que ha utilizado todos los medios a su alcance para lograr la supremacía de unas cuantas elites; combustionando, a gran velocidad, los recursos planetarios, y llevando a la humanidad al borde de un precipicio en el que se concitan elementos tan vitales y de naturaleza tan colisionante como el agotamiento del planeta (agua, biodiversidad...), el fortalecimiento de núcleos de poder que controlan los recursos más preciosos y escasos, la explosión demográfica<sup>1</sup>, la saturación de los sumideros naturales de la Tierra (de la que una manifestación es el cambio climático), etc.

El presente trabajo, que nace de esta encrucijada, se estructura en cuatro partes. En la primera se analizan algunas claves necesarias para comprender por qué la humanidad y el planeta han llegado a estos extremos de barbarie, haciendo hincapié en tres aspectos esenciales: el consumismo como mediador necesario para generar un pacto de consentimiento de las sociedades occidentales con sus gobernantes; las medidas de choque para el control de los nodos más importantes de la geoestrategia, allende las fronteras de Occidente (militarismo, diplomacia, implantación de Gobiernos prooccidentales, colonialismo cultural); y la ingeniería de almas,

con la reasignación de significados y la fijación de valores occidentales en el imaginario colectivo a través de la creación de un pseudo-entorno.

En la segunda parte se asume una aproximación histórica a la infocomunicación<sup>2</sup> y se estudia, en el marco de la reacción de los países del Sur y de la UNESCO, a través del informe MacBride<sup>3</sup>, cómo la preparación de la globalización dio al traste con las propuestas para iniciar la era de la Sociedad de la Información.

La tercera parte del trabajo plantea las principales características de la infocomunicación occidental: definición, desarrollo, herramientas e impactos.

En la cuarta y última parte se aborda el asunto de la infocomunicación desde un triple aspecto: la necesidad de implantar políticas de decrecimiento en la infocomunicación occidental, la urgencia de redescubrir la comunicación como un elemento esencial de la capacidad de resiliencia humana y, finalmente, la recuperación de aspectos fundamentales propios del Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC), en consonancia con los valores reflejados en el denostado Informe MacBride.

## CONTEXTO DE CENIZAS

Durante décadas, la perspectiva de un crecimiento infinito logró romper la lógica de un desarrollo humano acorde a sus posibilidades de sustentación en un medio claramente limitado<sup>4</sup>. Aunque las estrategias que el sistema perfiló para que esto fuera posible resultaron muy numerosas, se pueden agrupar, no obstante, en tres grandes bloques: la afluencia de recursos y materias primas hacia Occidente, las medidas de choque y, finalmente, la ingeniería de almas<sup>5</sup>.

## LA AFLUENCIA DE RECURSOS Y MATERIAS PRIMAS

El círculo virtuoso del capitalismo se basa en generar las condiciones para que una sociedad estratificada en clases pueda producir mayores cotas de consumo, considerándose este consumo la garantía

de una mejor calidad de vida. Amortiguada la conciencia social occidental por la distancia con respecto a los lugares de los que se extraen los recursos naturales, por la ignorancia y por la adhesión masiva a un sistema que, sin ser perfecto, "funciona", la idea del crecimiento infinito tomó cuerpo<sup>6</sup>.

En una sociedad en la que se estima que el egoísmo humano es motor de desarrollo, en la que la visión de futuro se canjea por utopías de mayor consumo, validándose el presente como prioridad absoluta<sup>7</sup>, y en la que la perspectiva se acorta por un sentimiento inducido de miedo a un enemigo que altere esta realidad, ha resultado fácil generar un pacto de consentimiento, tan monstruoso como eficaz. Miremos, así sea de manera somera, tres ejemplos que ilustran este argumento:

*¿A quién le importa de dónde viene el petróleo?* Parece claro que el mantenimiento de un orden mundial sustentado en la petrodependencia necesita de la adhesión de la inmensa mayoría de las personas que nutren ese orden. La procedencia de determinadas materias primas, el coste ambiental, humano, etc., pasan a un segundo o tercer plano, cuando lo que se incentiva en la sociedad son los valores más egoístas e insolidarios. Especial peso ilustrativo tienen las declaraciones que Ana Palacios, ministra de Asuntos Exteriores del Gobierno español en tiempos de Aznar, hizo el 23 de marzo de 2003, en plena invasión de Irak: "Las bolsas han subido y el petróleo ha bajado. Los ciudadanos ya pagan unos céntimos menos por la gasolina y el gasóleo. Eso son datos". Cada vez más reducida la figura del ciudadano y acrecentada la de cliente, sólo queda recoger por parte de los poderosos los réditos políticos de consumos que cuentan tanto, sino más, que los votos.

*Diamantes de sangre.* Otro caso similar al anterior, y del que se ha escrito y rodado mucho, es el de los diamantes. Lo que ha representado económicamente este material para algunas economías mundiales es comparable a lo que significó el botín americano para el imperio español. Sin embargo, la crudeza de la extracción de diamantes en África fue —lo sigue siendo— de tal brutalidad que resultó imposible ocultarla. Por ello se explica que Naciones Unidas aprobara las resoluciones 55/56, en las que incluye el acta del proceso Kimberley, por el cual se establecen la certificación de diamantes legítimos y

un protocolo de garantías sobre la extracción y la comercialización. Sin embargo, son muchos los países que no han firmado tal protocolo y que siguen contribuyendo de una manera muy importante al mercado mundial de diamantes con sus gemas ensangrentadas, sin que ello provoque mayor movilización por los clientes que consumen y tienen acceso a este recurso.

*Transgenia en la selva de Chico Mendes.* En diciembre de 1988 fue asesinado Chico Mendes. La relación entre su asesinato y la destrucción de la selva con el fin de apoderarse de sus recursos es evidente. Junto al oro, las piedras preciosas y las prospecciones petrolíferas, hay que añadir las gigantescas explotaciones agropecuarias que cierran el ciclo de la hamburguesa: asesinato o desplazamiento de las poblaciones nativas, destrucción de la capa vegetal y de toda su biodiversidad, plantación de soja transgénica, de agrocombustibles o de pastos de alta eficacia, engorde de ganado, sacrificio y traslado de la carne a los países consumidores. A la ignorancia social de la huella ecológica de una hamburguesa, una esmeralda o una onza de oro, se debe sumar la deuda ética por semejante atrocidad.

## MEDIDAS DE CHOQUE

Aunque la literatura a propósito de las medidas de choque aplicadas por Occidente para controlar la geoestrategia mundial es inmensa, parece conveniente reparar en el gran paradigma del siglo XX: la Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos. Se justifica su mención por la capacidad que tuvo de sintetizar estrategias anteriores y por lo que todavía ha resultado más importante: su influencia y proyección de futuro.

Tras las proclamas mesiánicas tan habituales a lo largo de la historia de Estados Unidos<sup>8</sup> se han escondido dos elementos de gran importancia. De un lado la postergación de la profundización democrática interna, en virtud de la defensa de la cohesión social ante el enemigo externo, incompatible con críticas estructurales. De otro, la justificación para establecer un doble vínculo con lo externo: de amenaza y de interés. Con el primer vínculo se justifica que cualquier realidad externa a Estados Unidos es susceptible de

representar una amenaza directa. Con el segundo se establece la idoneidad de fijar cualquier lugar del planeta como generador de beneficios para Estados Unidos.

Fijados los objetivos genéricos de la Estrategia de Seguridad Nacional y extrapolada esta óptica imperialista al resto de Occidente, con alumnos aventajados del modelo imperialista, como son Europa, China y Rusia, resulta fácil definir algunos de sus métodos habituales. Las medidas de choque se fueron perfeccionando con el paso de las décadas, con resultado en una amplia panoplia de políticas desarrolladas a la carta para el control de regiones de interés. Así las cosas, las estrategias de control agregan a la intervención militar las estrategias diplomáticas, el alzamiento de Gobiernos educados y dependientes de Occidente en países del Sur, el fomento de políticas económicas neoliberales que permitan la penetración de empresas privadas (Consenso de Washington), así como diversos planes de reeducación social de una vastedad y refinamiento formidables, conducentes a minar las culturas críticas con el imperialismo. El protagonismo de la Teología de la Liberación como pulsión religiosa que cuestionaba las bases del capitalismo, por poner un ejemplo de lo anterior, tuvo una respuesta abrumadora que contó con financiación estadounidense, lo que significó la irrupción de cientos de sectas protestantes de ideología ultraconservadora, sobre todo en América Latina.

Buena muestra de todo lo anterior fueron los documentos elaborados por la CIA en la ciudad de Santa Fe, Nuevo México, bajo el epígrafe genérico de Documentos de Santa Fe, entre los años 1980 y 1986, con nuevas aproximaciones en años posteriores, como en 2000. En estos documentos se desvelan los planes para contener la expansión del pensamiento, las prácticas y las culturas de izquierda en América Latina, utilizando para ello medidas que guardaban relación con la deslegitimación del pensamiento de los disidentes y su estigmatización. Al mismo tiempo, se establecían vínculos entre el narcotráfico y la izquierda, que justificarían la intervención militar directa de Estados Unidos y la creación de escuelas de contrainsurgencia, que tan buenos resultados dieron con anterioridad.

## INGENIERÍA DE ALMAS

¿Alguien podría imaginar que todo lo anterior habría sido posible sin la fabricación del consentimiento social? La democracia consumista se basa en la aceptación de una seudodemocracia en Occidente, que sólo puede pervivir a través de la implantación de un orden brutalmente injusto en el resto del planeta. Para que ello sea tolerable, ha sido necesario refinar los procesos de comunicación e interacción. De este modo, toda la labor de comunicación social desarrollada por el capitalismo ha sido transversal a la casi totalidad de sus políticas, comportándose, de hecho, como una auténtica geometría compuesta, a su vez, por multitud de pequeños fractales que replican en lo esencial su matriz macro<sup>9</sup>. Por ello, la publicidad de un automóvil, de un licor o de una prenda promete en lo esencial lo mismo que cualquier programa electoral no disidente con el sistema: placer a corto plazo a través del acceso al consumo.

Así, el acceso al consumo ha funcionado, utilizando la aceptación de Walter Lippman, como un pseudoentorno. Es decir, como una realidad construida desde los ámbitos del poder, capaz de embaucar a sociedades enteras, impelidas éstas a reproducir una y otra vez inercias comportamentales en las que están inoculados de manera expresa o implícita valores de adhesión al sistema<sup>10</sup>. Para que esta ingeniería de almas pueda funcionar de manera eficaz es necesario diseñar una realidad que, tomando la idea expresada por Richard Sennett, corroa sistemáticamente el carácter individual y colectivo, haciéndolo de este modo más dúctil y manipulable. Desde esta óptica se pueden comprender algunos extremos que conforman el pseudoentorno occidental:

*Individualización de la realidad.* La pérdida de referencias estables, tanto de autoafirmación como de afirmación colectiva, en un mundo globalizado, donde todas las huellas se han tornado más debiles para aceptar la uniformidad propia del consumismo como referencia de identidad válida, se ha convertido en un atroz individualismo. Éste, puesto en contexto de competición, quiebra los recursos propios, tanto de la solidaridad orgánica como de la mecánica. La identidad colectiva se debilita, urdiéndose un entorno de aislamiento sólo aliviado por las alianzas de interés.

*La realidad del espanto.* Una sociedad cuyos modos culturales más característicos son el consumismo y el individualismo genera de manera inevitable un vínculo colectivo basado en el miedo. El miedo, además de ser inducido de manera constante por los medios de comunicación, abordando la complejidad factual de la realidad desde el simplismo de un contexto de incertidumbre negativa, donde lo imperativo es la desgracia, ha sido normalizado en muchas facetas de la vida. De este modo, podemos fijar la incertidumbre laboral, constante y propia de las desregulaciones neoliberales, como fuente inequívoca de una auténtica cultura del miedo. La aculturación producida por los modos consumistas ha disipado las culturas tradicionales, lo que se ha visto acrecentado con la sangría humana sufrida por los entornos rurales, a favor de núcleos urbanos convertidos en gigantescos aparcamientos de almas, y en escenario inevitable de las pesadillas personales y colectivas más desalentadoras.

*Fragmentación de la realidad.* Parece claro que el miedo enfatiza el aislamiento y que el aislamiento genera perspectivas de la realidad limitadas a la búsqueda, no de las causas, pero sí de las formas de atenuar la presión de los síntomas. Por ello, si una persona está desempleada, buscará lo antes posible una solución al problema que la acucia, pero no una explicación que devuelva un significado profundo de la realidad: que su desempleo guarda relación con un modelo de desarrollo económico cuyos réditos, en parte, residen en la flexibilidad laboral que ha dado con sus huesos en las filas del paro.

*Disociación de la realidad.* La secuencia lógica es sencilla: el individualismo genera una identidad disociada, aislada por el miedo a perder y obligada a actuar de manera agresiva (competitividad exacerbada), para garantizar las cotas de consumo. Conviene resaltar que estas cotas de consumo no sólo son referencia de necesidad vital, sino que, por el contrario, representan principalmente una consecución de bienes de ostentación cuyo objetivo es forjar cierto grado de identidad ante los demás. Pero para que todo ello sea posible es imprescindible asumir una disgregación de la realidad. Esa disgregación cuenta con diferentes facetas: disgregación entre el sujeto y su responsabilidad social, entre el sujeto y su comunidad,

entre, por ejemplo, lo profesional y lo personal, como referencias éticas y actitudinales diferentes.

*La realidad saturada.* La emisión de mensajes de toda índole en nuestro seudoentorno, lejos de generar mayores cotas de comunicación y conocimiento, abunda en una visión de lo desmesurado, del ruido, en la que los mensajes aparecen apenas sin jerarquizar. Todo ello provoca una sensación de pequeñez y distancia que invita a una penetración muy limitada de la realidad. Además, el sistema trata de trasladar de este modo una sensación de transparencia informativa que, en realidad, hace opaca por saturación la percepción ciudadana sobre las cuestiones que son relevantes, ofreciéndose en el mismo nivel, o incluso en grado superior, cuestiones que son completamente irrelevantes. Valga como ejemplo de lo anterior el tiempo de emisión de los programas del *corazón* en las diferentes televisiones, en detrimento de otras temáticas que, a todas luces, son más relevantes.

*La interacción como vínculo legitimador de la realidad.* El consumismo representa hoy en día una de las formas más importantes de adhesión al sistema capitalista. El concepto de libertad se ha reasignado y empobrecido, llegándose a asociar íntimamente con la elección de compra. De este modo, la ciudadanía queda relegada por el concepto de clientela y los derechos son arrumbados y sustituidos por la capacidad adquisitiva. El cliente paga y recibe un servicio, pero no se corresponsabiliza, como lo haría un ciudadano. El consumismo, de este modo, además de ser una forma de adhesión, adquiere valor político, transformándose en la nueva ágora a la que tienen acceso sólo los clientes<sup>11</sup>. Los esclavos y metecos son aquellos que no pueden acceder a importantes cotas de consumo.

*La realidad como hecho total.* Agotaremos el repertorio de ingredientes del seudoentorno occidental denunciando el retorno a un esquema de pensamiento que sitúa la realidad construida como referencia inevitable e inalterable. Una realidad totalizante que se nutre de la adhesión al sistema, de la dominación del resto del mundo y de la metabolización de cualquier disidencia a través del vaciado y reasignado de significados o de su destrucción<sup>12</sup>.

## ALGUNAS REFERENCIAS HISTÓRICAS: LA GLOBALIZACIÓN, UNA APISONADORA SOBRE MACBRIDE

El Movimiento de los Países No Alineados convocó en 1976 un simposio para analizar las políticas informativas en el nivel global, concluyendo que era necesaria una descolonización de la información, toda vez que se entendía que desde Occidente se estaban recrudesciendo unos modos informativos que posibilitaban y legitimaban sus políticas de dominación. En el contexto de este encuentro internacional se observó la necesidad de generar una nueva forma de gestionar los flujos de información y comunicación. Estas críticas representaron uno de los pilares básicos de lo que más tarde se conoció como Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC).

A raíz del discurso pronunciado en el seno de la UNESCO por el abogado irlandés, y premio Nobel de la Paz, Sean MacBride, en junio de 1977, en el que denunció la precaria situación del periodismo en el ámbito internacional, a causa de las presiones económicas y políticas motivadas por los intereses de los grandes grupos comunicativos y por el sesgo ideológico, claramente colonialista, de las grandes potencias del momento, se creó una comisión de trabajo. El fin último de esta comisión fue desarrollar una investigación con un doble objetivo: estudiar los flujos infocomunicativos a escala global y hacer propuestas y recomendaciones para evitar que la infocomunicación se significara como uno de los instrumentos más potentes para la perpetuación de un *statu quo* internacional desequilibrado e injusto.

A. M. M'Bow, en aquel entonces director general de la UNESCO, propuso a MacBride como presidente de la comisión internacional, que a su vez estuvo compuesta, entre otros, por el sociólogo canadiense Marshall McLuhan, por el periodista y escritor colombiano Gabriel García Márquez y por el fundador de *Le Monde*, Hubert Beuce Mery. En total, la comisión contó con 16 miembros, cuyas disciplinas abarcaban la historia, la sociología o el periodismo. La composición de la comisión tuvo en cuenta de manera escrupulosa criterios de pluralidad ideológica, de diversidad geográfica y cultural, y de interdisciplinariedad.

En 1980, tras tres años de intenso trabajo, el informe de la comisión internacional de la UNESCO vio la luz. Las conclusiones, con el título *Un solo mundo, voces múltiples*, no dejaron lugar para la duda. El propio MacBride resulta esclarecedor en la introducción del documento: "No hubo nadie en la Comisión que no estuviese convencido de que se requieren cambios estructurales en el campo de la comunicación y de que el orden existente es inaceptable para todos". El informe profundizó en la situación de la información y la comunicación a escala global, y para ello analizó sus consecuencias culturales, económicas, políticas, etc. En primer lugar, desarrolló una descripción en la que se vinculan los flujos infocomunicativos con los conflictos latentes o patentes en ámbitos como el desarrollo económico o la cultura; de este modo se explicita la faceta política, auténticamente nuclear, de la comunicación y la información. En segundo lugar, hizo numerosas recomendaciones genéricas sobre el desarrollo y aplicación de un marco deontológico de la infocomunicación, y sobre la importancia de la comunicación como elemento fundamental del desarrollo democrático. Finalmente, se planteó la infocomunicación como un derecho esencial de la ciudadanía. Un derecho que pasa por que la sociedad sea receptora, pero también emisora y productora, de información y comunicación. Desde esta óptica, el informe MacBride consideró medular la pluralidad ideológica en la infocomunicación, así como la restricción de los monopolios de la infocomunicación, defendiendo los derechos y libertades de los informadores y el desarrollo de infraestructuras de la comunicación, con el fin de evitar el acrecentamiento de las desigualdades en el mundo. Todo ello se vertebró a través de 82 recomendaciones que fundamentarían la conceptualización del NOMIC.

Si bien el informe MacBride puede ser objeto de no pocas críticas —Cees Hamelink sugiere que descontextualiza la información y la comunicación del hecho económico, cultural y social, a lo que se puede añadir la falta de profundización en el papel de las multinacionales de la información o la omisión de referencias relacionadas con cuestiones de género, por ejemplo—, lo cierto es que su aprobación situó las políticas comunicativas como clave del desarrollo de las políticas de dominación occidental y, por tanto, como herramienta poderosa para la transformación.

Las reacciones fueron, como cabía esperar en plena revolución ultraconservadora liderada por Reagan y Thatcher, de gran virulencia. Estados Unidos abandonó la UNESCO, seguido, al poco tiempo, por el Reino Unido. Mientras M'Bow fue relevado de su cargo como secretario general de la UNESCO, MacBride fue objeto de una campaña de desprestigio que minó toda su credibilidad pública, siendo acusado de soviético y de defender ideas que cuestionaban la libertad de expresión, al proponer restricciones al monopolio de las empresas de la infocomunicación. Su ostracismo se remató cuando en 1989, en el marco de la celebración de la XXIV Conferencia General de la UNESCO, se abandonaron los principios y acuerdos de su informe, para retornar a una tibia postura, más compatible con los postulados e intereses de Estados Unidos y el Reino Unido. No en vano, el profesor Calabrese recordaba, con motivo del reingreso de Estados Unidos en la UNESCO, que "la decisión de Estados Unidos de reincorporarse a la UNESCO no debe sorprendernos. Desde 1984, los dirigentes de la Naciones Unidas han trabajado diligentemente para que Estados Unidos regresara al foro, hasta el punto de rechazar el propio pasado de la organización". Thérèse Paquet Sévigny, vicesecretaria general de información de Naciones Unidas en 1990, expresó claramente una posición contraria al NOMIC que coincidía con la política y la ideología oficial de Estados Unidos: "Durante muchos años, el debate internacional sobre la información y la comunicación no propició ningún acuerdo sobre un planteamiento común. Sólo me refiero a algunas de las discusiones, por ejemplo, sobre los conceptos de un nuevo orden mundial de la información, que, a los ojos de muchos interlocutores del campo de la comunicación, han perjudicado los esfuerzos internacionales por construir una sociedad mundial de la información".

Sobre las cenizas del trabajo de MacBride y su comisión se consolidaron las posiciones que Occidente había tenido respecto a sus políticas infocomunicativas. De este modo, el expansionismo occidental se vio reforzado en su capacidad de globalizarse por el proyecto de la Sociedad de la Información y por la irrupción de las nuevas tecnologías, cuyo control volvía a garantizar la dependencia e indefensión de la Periferia. La globalización ulterior no habría

sido posible sin el férreo control de los mercados occidentales de la infocomunicación, lo que se hizo a través del mentado proyecto de la Sociedad de la Información. Los valores esenciales de esta última fueron promovidos, entre otros, por Estados Unidos, Canadá, Japón y la Unión Europea, y asumidos por una parte importante de los países latinoamericanos y africanos.

Los pilares básicos de la Sociedad de la Información, más allá de las peculiaridades contextuales de cada país, han sido coherentes con el desarrollo de los procesos económicos impuestos desde la mundialización y radicalmente contrarios al espíritu del informe MacBride: a) la globalización del mercado infocomunicativo, conceptualizando el mundo como un mercado mundial de la infocomunicación; b) la liberalización de la infocomunicación, convertida en un condicionante básico para la situación de ventaja de las grandes multinacionales del Centro respecto a la Periferia; c) la desregulación mundial del mercado infocomunicativo, lo que consagra la irrupción de las empresas del Centro en espacios que habían gozado de cierta protección.

## LOS CUATRO PUNTOS CARDINALES DE LA INFOCOMUNICACIÓN IMPULSADA DESDE OCCIDENTE

La estructura básica del modelo infocomunicativo de la Sociedad de la Información responde a cuatro puntos cardinales: lo ideológico, lo económico, lo informativo y lo comunicativo. A continuación se analizan de manera sintética:

### LO IDEOLÓGICO: PRINCIPIO DE CENTRALIDAD DEL MUNDO. OCCIDENTE COMO LA MEDIDA DEL MUNDO

En sintonía con el modo de razonamiento recogido en la máxima de Protágoras —“el hombre es la medida de todas las cosas”—, Occidente se ha consolidado como centro indiscutible, no ya de su vida, sino de la vida del resto del planeta (su perpetuación como eje central a buen seguro vendrá determinada por la capacidad de generar

alianzas con agentes emergentes). Valores como la justicia, la razón, o subvalores como la eficacia y la eficiencia, tienen como referencia real su desarrollo en Occidente. Los logros que se muestran para resaltar su superioridad ante el mundo guardan relación con el grado de desarrollo social vinculado, como ya se ha dicho antes, al consumismo y a la sobreexplotación de buena parte de los recursos planetarios. Una parte importante de las sociedades periféricas, sometidas a una intensa campaña propagandística a través de los resortes de la infocomunicación, ha sucumbido al canto de sirena del modelo occidental, lo que ha generado un mayor cuarteamiento en la cohesión de los empobrecidos. Como parece obvio, este etnocentrismo occidental justifica su mesianismo, desde la supuesta superioridad moral, intelectual, económica, militar y tecnológica. El pueblo elegido cabalga la historia a través de la dominación de los demás pueblos. La relación de lo anterior con la infocomunicación es clara. Valga como ejemplo la emisión de flujos infocomunicativos de manera unidireccional, que refleja el modo de vida occidental como el correcto y enfrentado a los demás. Sin lugar a dudas, la *agenda setting* de los medios viene determinada por lo que Occidente considera prioritario.

#### LO ECONÓMICO: OBJETIVO DE RENTABILIDAD INMEDIATA. LO ECONÓMICO COMO FUENTE DE SENTIDO

En el tuétano mismo de la mística occidental reside el impulso básico del egoísmo, tan teorizado por Adam Smith. Lo económico es fuente de sentido, pero no desde una mera perspectiva de subsistencia, sino como modo de encarnar una forma de vida basada en el designio del éxito económico a través de la acumulación. La acumulación de riqueza, o de los recursos necesarios para su producción y perpetuación, es justificación suficiente para Occidente. En este terreno, es fácil establecer un vínculo directo entre el pensamiento dominante y algunos de los dogmas calvinistas, que vienen a establecer, precisamente, la relación existente entre Dios y el éxito económico de algunas personas o sociedades, en detrimento de otras personas o sociedades que, al estar empobrecidas, no cuentan con el favor divino. El criterio económico en su acepción

capitalista es, junto con la visión de que Occidente es la medida del mundo, el otro gran argumento mediatizador de toda la producción infocomunicativa. El posicionamiento económico de la Sociedad de la Información es rotundamente contrario al criterio económico esbozado por el NOMIC. Donde el NOMIC hablaba de solidaridad y justicia, la Sociedad de la Información sostiene en su argumentario razones que sitúan la infocomunicación en el mundo como una oportunidad de negocio. De todo lo cual se desprenden las políticas de dominio y concentración practicadas por las grandes empresas de la industria infocomunicativa. Un dominio que se ha visto reforzado por las denominadas TIC: Tecnologías de la Información y la Comunicación. Como dato revelador, cabe subrayar que, según Jerry Mander, economista y experto en el estudio de los medios de comunicación, siete empresas controlan el 70 por ciento de todos los medios de comunicación del mundo.

Podemos resumir los rasgos generales del economicismo capitalista en la infocomunicación a través de los siguientes elementos: desestatización de la infocomunicación, privatización de los servicios públicos de comunicación, transnacionalización, desregulación e integración horizontal y vertical en grandes conglomerados empresariales, como la News Corporation de Murdoch (Estados Unidos) —en cuya mesa delegada se sienta Aznar—, AOL Time-Warner (Estados Unidos), Walt Disney Co. (Estados Unidos), Viacom (Estados Unidos), Vivendi Universal (Reino Unido) o Bertelsmann (Alemania).

## LO COMUNICATIVO: ¡HEY, CHICOS, ESTO SÍ ES EDUCACIÓN EN VALORES! REACTUALIZANDO EL CONCEPTO DE ALIENACIÓN

Vinculadas colectivamente a través de una realidad construida a partir de materias primas como el egoísmo, el individualismo, el miedo, etc., no es de extrañar que cada vez más personas se vean seducidas por los paraísos artificiales de nuevo cuño. Los valores que subyacen en las emergentes y consolidadas realidades virtuales, si bien guardan relación con los desarrollados en el cine, la televisión y la radio, cuentan con otros elementos singulares.

El fenómeno *hikikomori*, que en Japón tiene gran relevancia social, ilustra con suma crudeza el aislamiento al que se puede conducir a miles de personas que buscan refugio ante una realidad socioeconómica cada vez más abrumadora. Los *hikikomori* se niegan a abandonar sus pequeñas habitaciones durante años y toman como marco de referencia el universo de los videojuegos. Los valores que se difunden a través de estas plataformas guardan relación con las tecnologías audiovisuales pretéritas en la forma del escapismo a través de una realidad simplificada donde se soslayan determinados elementos mientras se sacralizan otros: la violencia como modo de resolver conflictos, el machismo, la jerarquía, la visión occidental de la vida, etc.

La interacción es esgrimida por los defensores de las realidades virtuales como forma de democratización a través de la participación. Sin embargo, lo cierto es que la interacción genera un mayor y mejor vínculo de fidelización, en virtud del cual la toma de decisiones se produce en un universo cerrado en el que las únicas decisiones por tomar están ya preestablecidas. La inclusión sistemática de realidades virtuales en nuestras vidas cambia tiempo por unas ilusiones que omiten nuestra presencia y responsabilidad para con nuestro desarrollo y el de nuestras comunidades. Y genera un marco educativo terriblemente antisocial.

Todo lo cual, la verdad, podría parecer una aproximación algo trivial o anecdótica si no contáramos con la contundencia de los datos. En el último informe de Avista Partners sobre la industria del videojuego en 2009, un mal año, la inversión destinada sólo a acuerdos dentro del propio sector supuso una cantidad de 3.600 millones de dólares. Unos 1.200 millones más se asignaron a adquisiciones. Los juegos para telefonía celular fueron los más demandados. En un contexto de crisis económica gravísima, Estados Unidos fue el país donde más creció la demanda de estos productos: hasta un 12,3 por ciento. Empresas como Activision Blizzard alcanzaron ingresos, sólo en los tres primeros meses de 2009, por valor de 650 millones de dólares.

En su informe de 2008 la Entertainment Software Association, entidad especializada en la industria del videojuego en Estados Unidos, aporta datos de gran interés sobre el impacto del

videojuego en la sociedad estadounidense: el 65 por ciento de las familias utiliza videojuegos, la edad media de los jugadores es de 35 años, el 25 por ciento de éstos son menores de 18 años, un 26 por ciento tiene más de 50 y en un 60 por ciento de los casos se trata de varones.

Algunos directivos de la industria del videojuego sostienen que la crisis económica será positiva para el sector, ya que mucha gente de sus empresas se quedará sin empleo, lo que generará más capacidad creativa a través de pequeñas firmas, que desarrollarán juegos innovadores que, finalmente, serán adquiridos por la gran industria.

Una industria que intenta penetrar en todas las esferas de la vida. Por ello, a propósito de la celebración del V Congreso Anual de Juegos de Salud (Boston), muy relacionado con la tecnología Wii de Nintendo, se enarbolaba la cifra de asistentes como una gran victoria sobre la crisis. Jules Maaten, parlamentario europeo, es claro a este respecto: "Europa debe favorecer el crecimiento de sectores creativos como el de los videojuegos. Todo el mundo debe beneficiarse de esto: los desarrolladores, la economía, etc., pero también el consumidor y yo estamos apostando por que la Unión Europea lance un programa de estimulación de la industria del videojuego". Por su parte, el Congreso español, a propuesta del PSOE y con los votos favorables del PP, aprobó que los videojuegos sean considerados un bien cultural y que, por tanto, tengan acceso a todas las ventajas fiscales que ello pueda suponer para su industria, así como a subvenciones, etc. Según la propia industria del videojuego, en 2009 el volumen de negocio en España ascendió a los nada despreciables 1.200 millones de euros.

#### LO INFORMATIVO: LA INFORMACIÓN YA NO ES EL MOTOR DEL PERIODISMO. DE LA VIGILANCIA CRÍTICA A LA COSMÉTICA DE LA DIFERENCIA

El elemento realmente coaxial del ejercicio periodístico es, en este momento, la empresa informativa. El sentido relacional del poder sitúa en una esfera de influencia recíproca a los conglomerados informativos, al poder político y al poder económico. La labor del

periodista, que en otros tiempos fue la de desarrollar una vigilancia independiente que pusiera límites a los abusos de las instituciones públicas o privadas que ostentaban cuotas importantes de poder, ha sido arrollada y alejada del centro de las principales redacciones. El periodismo de los grandes canales de información ya no funciona como contrapoder, sino como legitimador del *statu quo*. Por ello es comprensible que cada vez se hable más de periodismo de partido o de periodismo de empresa.

Los intereses que encarnan las principales cabeceras periódicas no representan, en puridad, mayor pluralidad, toda vez que lo que se transmite, más allá de la lógica cosmética de la diferencia, es un catálogo temático que confirma las prioridades del sistema. Unidireccionalidad y coherencia, con los otros puntos cardinales de la infocomunicación, son características esenciales de los flujos informativos. A continuación se proponen algunos detalles que ilustran estos extremos:

*El "efecto pato"*. El multiprofesionalismo, tan en auge en las redacciones, ha servido para conjurar el periodismo vocacional, más lento, más metódico, más de contenido y menos de continente. El perfil que se busca es el de un profesional que encarne el *efecto pato*, esto es: que vuele, aunque no vuele muy bien; que nade, aunque tampoco sea un gran nadador; que camine, aunque lo haga lamentablemente. Que haga algo de fotoperiodismo, algo de información Web, algo de audiovisual... Basta con observar los medios de comunicación para comprobar el rápido declive de su calidad<sup>13</sup>.

*El periodismo "low cost"*. En el marco de la tertulia Club Lisboa, organizada por el colectivo Periodistas en Acción, el veterano periodista José Manuel Martín Medem hizo una reflexión más que interesante: la independencia periodística muere donde comienza la precariedad profesional. La profesión periodística ha vivido en las dos últimas décadas una desregulación brutal, lo que ha generado un marco profesional precario, de gran rotación, poco especializado, poco experimentado, que a la postre ha degenerado en un medio laboral insano, asaeteado por el intrusismo más incompetente. Un trabajador de la información en precario es, como se comprende, sumamente susceptible a los preceptos de su empresa, en detrimento de la deontología profesional.

*La mediatización del formato.* Si el impacto de las TIC es incuestionable, no siempre resulta positivo. En el ámbito de la información hay que reseñar que el formato tiende a mediatizar el contenido. La manera de informarse en una pantalla es muy diferente a la que ofrecen otros medios. Es más rápida, más superficial, más sujeta a mensajes cortos y simples, incapaces de albergar matices y complejidades, tan propios de un mundo global. Mientras se sigue produciendo una lenta sangría de los lectores de prensa escrita, de las televisiones y de las radios, no para de engordar el nivel de afluencia a los medios digitales, y de manera muy particular a las redes sociales. En ellas, el vertido de mensajes es, en su forma, parco, en su contenido, simple, en su significado, terrible: conocer la realidad colectiva a través de titulares fugaces<sup>14</sup>.

*El ruido y la velocidad como omisores de la memoria.* La velocidad es uno de los factores más sacralizados desde Occidente. De hecho, las TIC han sido justificadas por dos razones: por su accesibilidad y por la velocidad de transmisión. Esta velocidad ha venido acompañada de un volcado de información que, realmente abrumador, ha generado, al menos, un doble efecto: a) la emisión de un ruido informativo sin precedentes, en el que conviven, sin jerarquía, informaciones de realidades relevantes, como la violación de derechos humanos, la pérdida de biodiversidad, etc., con otras, completamente triviales e intrascendentes, como informaciones anecdóticas, ecos de sociedad, etc. De lo que se desprende una modalidad de censura: la censura por ruido; b) una rotación de novedades informativas que obliga a las personas a descartar rápidamente otras informaciones para poder recibir esas novedades. El acontecimiento narrado a través de la simplicidad, a gran velocidad y con trascendencia inserta en otros mensajes de trascendencia variable, provoca un modelo de retención basado en el constante descarte, socavando, para nuestra desgracia, las bases de la memoria<sup>15</sup>.

*La masa estratificada como producto.* Imbuido el sector informativo en la lógica capitalista, se debe considerar que, en la búsqueda de la rentabilidad a través de la publicidad, el principal producto que genera esta industria no es la información, sino los propios consumidores de esa información que son empaquetados

en perfiles sociológicos y ofrecidos como mercancía valiosa a las empresas anunciantes. La información, de este modo, deja de ser el motivo, para convertirse en el señuelo.

## DECRECIMIENTO E INFOCOMUNICACIÓN (PROPUESTAS PARA EL CAMBIO)

Resulta claro que, desde la perspectiva transformadora, sería un error de bulto ignorar la importancia estratégica de la infocomunicación, ya sea para el sostenimiento del actual sistema o para posibilitar nuevos modos de gestión de la realidad. Por ello es imprescindible construir un nuevo modelo infocomunicativo que contenga un doble objetivo: minimizar las capacidades del actual sistema infocomunicativo y formular un modelo infocomunicativo que incida en la extensión y legitimación de una alternativa transformadora como lo es el decrecimiento. Realicemos al respecto cinco apuntes estratégicos que dan cuenta de otras tantas exigencias.

### ROMPER CON LA INERCIA DE LA CORRUPCIÓN, PARA CREAR LA DINÁMICA DE LA RESPONSABILIDAD

A lo largo de la historia ha quedado constatada la capacidad que tiene el poder para corromper. Pero interesa en este punto afirmar, asimismo, que la falta de poder también corrompe, toda vez que la renuncia al propio poder deviene en una sumisión que, sumada masivamente, es soporte indispensable para la tiranía del sistema.

Por ello es vital afrontar los parámetros de corrupción ética y moral, enjuiciando el pacto de consentimiento como posibilitador del contexto de barbarie actual. La infocomunicación del sistema desempeña un papel importante a este respecto, proponiendo un binomio terrible: la alienación para perder la perspectiva y el engaño para legitimar el sistema.

Así las cosas, es imprescindible romper inercias (producción-consumo-alienación-engaño-legitimación) y crear dinámicas (consciencia-responsabilidad-participación-resistencia-alternativas). Teniendo en cuenta que toda iniciativa responsable, por

pequeña que ésta sea, puede y debe contener los valores de una transformación a gran escala, y teniendo también en cuenta la actual situación del mundo, no parece desacertado afirmar que es preferible la peor de las alternativas a la mejor de las resignaciones.

Agotado el discurso de los quemados, los movimientos sociales aparecen con suficiente madurez como para sostener al mismo tiempo el pesimismo lógico de los análisis más rigurosos y el optimismo propio de quienes tienen la voluntad de transformar la realidad de manera profunda.

### CAMINAR EN MOVIMIENTOS DE SINERGIA

Podemos considerar como movimientos de sinergia a aquellos que han transitado de la temática especializada a otra integradora, de la globalidad a lo territorial, del testimonialismo al rigor de la praxis. Todo ello sin haber renunciado a su capacidad para expresar análisis y propuestas específicas, a su responsabilidad global, a la necesidad de seguir formulándose como referencias.

Este momento resulta de especial relevancia, ya que los movimientos que habían desarrollado su labor en ámbitos más sociales no habían dimensionado su realidad con respecto a la ecología, mientras que aquellos movimientos que se vertebraban a través de la ecología no se habían dimensionado en torno a lo social. La tupida red de movimientos sociales articula una alternativa que contiene lo social y lo ecológico, percatándose de lo indisoluble de ambas realidades. La justicia social es consustancial a la búsqueda de un nuevo contrato social entre ser humano y medio, toda vez que el conflicto humano, de unos pocos sobre la mayoría, deriva en el enorme conflicto ambiental<sup>16</sup>.

### DIMENSIONAR LA IMPORTANCIA DE LA INFOCOMUNICACIÓN COMO HERRAMIENTA DE LIBERACIÓN Y SUPERVIVENCIA

S. Vanistendael definió con gran claridad las dos vertientes de la resiliencia: "La resiliencia distingue dos componentes: la resistencia frente a la destrucción, es decir, la capacidad de proteger la propia integridad bajo presión y, por otra parte, más allá de la

resistencia, la capacidad de forjar un comportamiento vital positivo pese a las circunstancias difíciles”.

Sirva esta experiencia como ejemplo de lo anterior. Sucedió en la Amazonia brasileña. Mientras terminábamos de apagar las llamas de un ataque perpetrado por *garimpeiros* contra un poblado yanomami que resistía denodadamente, un joven cooperante me preguntó desesperanzado: “¿Cómo siguen resistiendo teniéndolo todo en contra? ¿Cómo logran romper el aislamiento de un dolor infligido constante y calculadamente?”. Algunos yanomamis comenzaron a batir las ramas raíces de los inmensos árboles de tronco cuadrado. Minutos después, resonaron en la distancia selvática otros ritmos que contestaban. Aquella tarde, decenas de miembros de otros poblados se presentaron en el lugar devastado para volver a poner en pie las chozas. Entonces, me acerqué al cooperante para retomar la conversación inconclusa de la mañana: “Resisten porque su voluntad y determinación transitan a través de importantes y primigenias formas de comunicación”.

La comunicación ha sido una de las principales bazas con que ha contado el ser humano para poder pervivir y progresar, superando dificultades y saliendo fortalecido de ellas. A través de la comunicación se rompe la barrera del aislamiento que, impulsada desde el poder, busca sofocar las sinergias propias de los pensamientos compartidos. Por la comunicación fluyen los sentimientos, los conocimientos, los análisis, los debates sobre mundos posibles, diferentes al que tenemos. A través de la comunicación se fija la valiosa materia de la memoria y se pule el espejo de las percepciones sociales.

De todo lo cual se colige que uno de los elementos más importantes de la capacidad de resiliencia del ser humano es la comunicación<sup>17</sup>. Así las cosas, la infocomunicación debe ser considerada como una herramienta estratégica y transversal para la consecución de una sociedad decrecentista. Se deben soslayar miradas que sitúan las políticas comunicativas de los movimientos sociales transformadores como meramente complementarias: el discurso de nuestras acciones debe ser proyectado a través de todos los canales.

## APLICAR LOS PRINCIPIOS DEL FONDO EN LA FORMA

Se trata, pues, de hacer una propuesta infocomunicativa en clave de proceso/meta. Esto es, que exprese en su desarrollo los mismos valores que en los objetivos que persigue: justicia social, democracia participativa, sostenibilidad...

Si la sociedad es receptora, también debe ser emisora, rompiéndose de este modo la estructura vertical propia de la infocomunicación unidireccional.

En este sentido, hay que reivindicar el papel que viene desempeñando la infocomunicación de factura comunitaria, apegada a lo local y provista de valores universales.

Es crucial retomar los procesos educativos que preparaban a la sociedad para tener una postura crítica en relación con los medios. La metabolización social del producto infocomunicativo del sistema ha degenerado en el actual embrutecimiento: aislamiento, miedo, egoísmo, insolidaridad, xenofobia...

## MIRAR LA CRISIS COMO UNA OPORTUNIDAD

Todo proceso de inestabilidad deviene en crisis. Toda crisis genera potencialmente el contexto necesario para la innovación. Si bien las causas de la falta de innovación ante la crisis son múltiples, es evidente que una de las más importantes es la política infocomunicativa del sistema. La crisis debe ser interpretada como una constatación del fracaso y de la insostenibilidad del capitalismo. De hecho, la crisis global es una contenedora de crisis diferentes e interconectadas: ambiental, social, económica, financiera...

Es aceptable pensar que ante una crisis de estas dimensiones el sistema esté buscando innovaciones parciales para seguir perpetuándose. Si tenemos en cuenta el papel de las guerras en el desarrollo del capitalismo, podremos encontrar significado a los próximos zarpazos a los que asistiremos en política internacional.

Por eso es importante transmitir que el decrecimiento es una respuesta proactiva a las necesidades y métodos de perpetuación del sistema: un sistema gripado para la inmensa mayoría del planeta, inestable y generador de miedo para las clases bajas y

medias de Occidente, y del que sólo saldrán indemnes los más poderosos.

La crisis actual es un retrato global de un estilo de vida. Ese estilo de vida debe ser desafiado por la proyección comunicativa de otros estilos en los que se primen valores radicalmente enfrentados al capitalismo: suficiencia, contención, sobriedad, colectivo, cooperante, integrado, relacional, biosocial... Todos ellos valores profundamente enclavados en la cultura de los cuidados tan reivindicada desde el ecofeminismo.

## ALGUNAS IDEAS DECRECENTISTAS APLICADAS A LA INFOCOMUNICACIÓN DEL SISTEMA

Para que la sociedad pueda encarar la crisis global y perfilarse soluciones ante ella es necesario aplicar criterios decrecentistas en la infocomunicación del sistema. Estos criterios deben girar en torno a tres pilares básicos: medidas de reestructuración del sistema infocomunicativo, medidas para la desmercantilización de la infocomunicación y medidas de impulso y democratización de un nuevo sistema de información y comunicación.

Se debe crear un marco regulador de la infocomunicación de ámbito internacional. Esta regulación debería tener, como referencia básica, el derecho de los pueblos a desarrollarse de manera justa y equitativa, disfrutando de su propia cultura. Por ello, es necesario limitar los flujos unidireccionales de infocomunicación, toda vez que generan una visión colonialista y perversa del mundo.

Es imprescindible alejar la maquinaria de desarrollo económico del sistema capitalista y la infocomunicación. Esto, a su vez, podría generar dos efectos beneficiosos. De una parte, el retorno del sector público, asumiendo la responsabilidad del derecho ciudadano a una información rigurosa. De otra, al significarse la información como territorio no mercantil, se vería reducida en su volumen, bajando el nivel de ruido y, presumiblemente, facilitando la percepción social de aquellas informaciones que son esenciales y trascendentes para la marcha del mundo. Además,

se debería reforzar la infocomunicación de ámbito comunitario. En este caso, la información trabajada desde lo local sería una potentísima herramienta educativa, de análisis y reflexión, de desarrollo, de resolución de conflictos, de socialización, etc. La participación activa de los miembros de la comunidad sería un estupendo vehículo de cohesión social. Sin lugar a dudas, la labor desarrollada por colectivos, asociaciones, movimientos y comunidades hace, a este respecto, que seamos optimistas en la capacidad de desarrollo de la infocomunicación comunitaria. Comunicación comunitaria, pensamiento global, prácticas locales, participación y democracia directa son elementos indispensables de un escenario alternativo.

Si es importante desandar el ruido, no lo es menos ralentizar la mirada. Un programa alternativo para crear una infocomunicación diferente, liberadora, no alienante, debe explorar el límite de las posibilidades tecnológicas, siendo conscientes de las trabas que suponen los formatos a los contenidos, condicionándolos y, en ocasiones, mediatizándolos. Sin embargo, es necesario reconocer la ingente labor que muchas personas y colectivos están desarrollando en la Red, haciendo noticiarios diferentes, televisiones que rezuman justicia, radios web que intentan con esfuerzo denodado emitir palabras de solidaridad en un inmenso océano de ruido. Pero esto no es suficiente. Una propuesta sobre infocomunicación, alternativa y contraria a la barbarie, debe explorar otros modos, retomando los formatos directos, pequeños, humanos. Espacios para la complejidad del mensaje, para el matiz y la reflexión participada. Pero, como dijo Michael Ende, ésa es otra historia que será contada en otro momento.

## NOTAS

1. Pensadores como Kropotkin ya alertaron sobre los riesgos y consecuencias de ubicar la natalidad al margen del equilibrio con el planeta.
2. Se utilizarán indistintamente los términos "infocomunicación" y "comunicación", en la acepción descrita por Martín Becerra: "El concepto de infocomunicación plantea la articulación entre economía, comunicación y cultura".
3. Sorprende el desconocimiento, salvo excepciones, de este documento, crucial para comprender la historia de la comunicación, en las facultades de Periodismo y Comunicación. Sin duda el rencor y la censura tienen muchos caminos.
4. En los últimos años de la década de 1980 Hobbsawm apuntó que nunca antes

- se había vivido tanto y tan bien. Pero anunció al tiempo un claro declive en que convergían injusticia, capacidades extractivas y recursos limitados.
5. La infocomunicación no ha obrado sólo como legitimador, sino como ejército ideológico cuyas conquistas y victorias han sido, en ocasiones, superiores a las efectuadas militarmente. La infocomunicación no sólo es una herramienta: ha formado parte del núcleo central del capitalismo.
  6. De aquí la necesidad de crear la ilusión de la economía desmaterializada.
  7. Agustín García Calvo hace décadas que resaltó la importancia del control de los tiempos para la perpetuación de los poderes establecidos.
  8. Lo que queda suficientemente argumentado por Chomsky en *Estados Fallidos*.
  9. En *Los guardianes de la libertad* se muestra con qué facilidad se puede inducir un estado de opinión en la población de todo un país que lleve a ésta a actuar de manera diametralmente opuesta a lo que pensaba apenas unos meses antes. Es el caso de la intervención de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial. Su población pasó de una postura de no injerencia a otra de intervención directa, tras haberse puesto en marcha un proceso comunicativo en el que convergían la propaganda, la publicidad, las relaciones públicas y el manejo de informaciones tanto ciertas como falsas a propósito del comportamiento de Alemania.
  10. Cuestión bien enfocada por Luis Enrique Alonso en su investigación sobre identidad y consumismo, formidablemente expuesta en *La era del consumo* (Siglo XX, Madrid, 2006).
  11. En "La gestión compartida como territorio de ciudadanía" explico cómo se simplifica la existencia del sujeto reduciéndolo a cliente, orientando su yo político a la adhesión a través de la decisión propia del cliente: comprando.
  12. Me refiero al proceso que nutre las funciones del determinismo a través del vaciado de significados de conceptos racionales.
  13. Resulta turbador el análisis de los cursos intensivos sobre periodismo digital. Es fácil percibir que el periodismo está siendo brutalmente atacado, a través del adiestramiento de miles de jóvenes en un sentido muy técnico y de una sumisión total a una realidad mediática dominada por los grandes grupos. Mucha técnica, pocos criterios, análisis simplista y petición de esclavitud voluntaria como formas de adaptación del nuevo profesional de la información.
  14. Es importante advertir las limitaciones de unas tecnologías que nunca son neutras a la hora de construir un modelo de comunicación que difunda valores de transformación.
  15. Es importante abundar en una cultura de la lentitud, también de la lentitud en los modos comunicativos. El organismo sistémico del capitalismo sería mucho menos eficaz con una metabolización informativa ralentizada.
  16. Debemos superar los discursos de la desesperanza y ser capaces de crear programas alternativos, pasando a la ofensiva en vez de plegarnos al mero reactivismo.
  17. Asumir este principio básico es también asumir un elemento importante de la biomimesis, ya que la comunicación es factor de resiliencia de todas las especies.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARRIGHI, G. (1999), *Movimientos antisistémicos*, Akal, Madrid.
- BAUDRILLARD, J. (1988), *El paroxista indiferente*, Anagrama, Barcelona.
- BECERRA, M. (2003), *Sociedad de la Información: proyecto, convergencia, divergencia*, Norma, Buenos Aires.
- BERNABÉ, J. (dir.) (2007), *Periodismo preventivo*, Los Libros de la Catarata, Madrid.

- BOFF, L. (2002), *El cuidado esencial, ética de lo Humano, compasión por la Tierra*, Trotta, Madrid.
- BUSTAMANTE, E. (1997), "Mitos y utopías de la Sociedad de la Información: las nuevas tecnologías también tienen sus gurús y chamanes", *El viejo topo* (nº 106), pp. 36-49.
- CACCIARI, P. (2010), *Decrecimiento o barbarie*, Icaria, Barcelona.
- CANETTI, E. (1986), *La masa y el poder*, Alianza, Madrid.
- CAPELLÁN, G. (2008), *Opinión pública*, Trotta, Madrid.
- CAPRA, F. (2006), *La trama de la vida*, Anagrama, Barcelona.
- CAPRILES, O. (1980), "De las políticas nacionales de comunicación al Nuevo Orden Internacional de la Información", ponencia presentada en la conferencia de Caracas.
- CEMBRANOS, F. (1993), "Bienestar, Ecología y Participación Social", *Intervención psico-social* (nº 5).
- CHOMSKY, N. (2007), *Estados fallidos*, Ediciones B, Barcelona.
- CIBERGOLEM (2003), *La nueva ciudad de Dios*, Siruela, Madrid.
- (2005), *La quinta columna digital*, Gedisa, Barcelona.
- DEBORD, G. (1990), *Comentarios de la sociedad del espectáculo*, Anagrama, Barcelona.
- ECOLOGISTAS EN ACCIÓN (2009), *Claves del ecologismo social*, Libros en Acción, Madrid.
- FERNÁNDEZ DURÁN, R. (2010), *Tercera piel*, Virus, Barcelona.
- FOUCAULT, M. (2002), *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- GUTIÉRREZ, B. (2002), *Medios de comunicación y medio ambiente*, Universidad de Salamanca, Salamanca.
- HAMELINK, C. (1985), *Hacia una autonomía cultural en las comunicaciones mundiales*, Paulinas, Buenos Aires.
- HOBBSAWM, E. (1995), *Historia del Siglo XX*, Crítica, Barcelona.
- MARINA, J. A. (1988), *La selva del lenguaje. Introducción a un diccionario de los sentimientos*, Anagrama, Barcelona.
- (1995), *Ética para náufragos*, Anagrama, Barcelona.
- MIRABILLA, P. (2009), *En plano corto*, ACSUR- Las Segovias, Madrid.
- MUÑOZ-TORRES, J. R. (2002), "Objetividad y verdad. Sobre el vigor contemporáneo de la falacia objetivista", *Revista de Filosofía* (vol. 27, nº 1), pp. 161-190.
- TAIBO, C. (2005), *Movimientos de resistencia frente a la globalización capitalista*, Ediciones B, Barcelona.
- (2009), *En defensa del decrecimiento*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- UNESCO (1980), *Un solo mundo, voces múltiples. Comunicación e información en nuestro tiempo*, Fondo de Cultura Económica/UNESCO, México.
- VV AA (2003), *Ciudadanía, ciudadanos y democracia participativa*, Fundación César Manrique, Tahiche.

UNA VISIÓN DE LAS RELACIONES CENTRO-PERIFERIA<sup>1</sup>  
DESDE LA DEUDA ECOLÓGICA Y LA 'REGLA DEL NOTARIO'

La deuda ecológica de los países centrales es aquella acumulada con los países periféricos, por el expolio de sus recursos, los daños ambientales no reparados, la ocupación gratuita o mal pagada de su espacio ambiental para depositar residuos, las consecuencias que están sufriendo debido al cambio climático o el vertido de contaminantes en espacios comunes (como el agua) y la pérdida de soberanía alimentaria. En otras palabras, como dice Joan Martínez Alier, sería la capacidad de carga expropiada de unas sociedades por otras.

La deuda ecológica del Centro se puede ejemplificar mediante casos concretos. Uno es que los principales impactos del cambio climático no van a recaer en los principales causantes, sino en la Periferia, según refleja el IPCC. Otro ejemplo más sería que en Estados Unidos, la Unión Europea, Japón, Canadá y Australia (donde habita el 15 por ciento de la población), se consumen el 61 por ciento de todo el aluminio extraído del planeta, el 60 por ciento del plomo, el 59 por ciento del cobre y el 49 por ciento del hierro<sup>2</sup>. Pero probablemente las cifras sean en realidad mayores, si

atendemos a que las emisiones "oficiales" de gases de efecto invernadero de estos países se deberían incrementar en algo más de un tercio al considerar las producciones que, realizadas en regiones periféricas, se consumen luego en las centrales<sup>3</sup>.

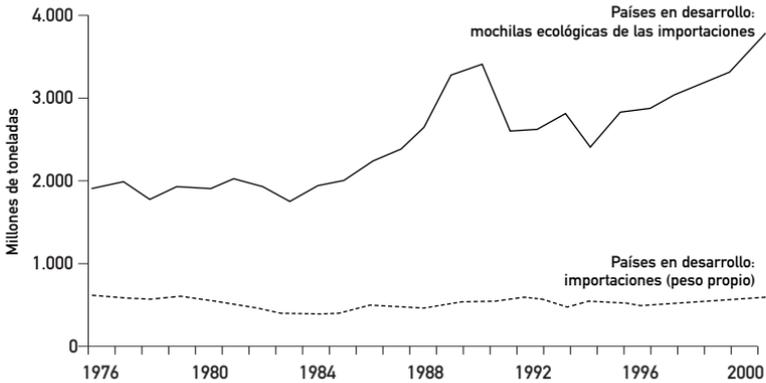
Sin embargo, la deuda ecológica ofrece una visión más estructural que refleja el (des)orden del mundo. Así, los países periféricos están especializándose, de manera forzada, en una industrialización para la transformación de materias primas. En las etapas iniciales de transformación de estas materias, las que se asignan a los territorios más desfavorecidos en la globalización, el consumo energético y los impactos ambientales en general son muy altos. Además, al estimular el capitalismo la competitividad de forma inherente, se promueve el deterioro de las legislaciones sociales y ambientales, situando los precios de las materias primas por debajo de sus costes socioambientales y deteriorando las condiciones laborales. Todo ello redundando en que las mochilas ecológicas<sup>4</sup> de las importaciones desde países periféricos no paren de crecer. Este crecimiento es muy superior al que experimenta su tonelaje.

Sin embargo, en la fase final del ciclo productivo, el consumo energético de los productos manufacturados, que son los producidos por los países centrales, disminuye, de tal forma que desde los lugares centrales se está exportando la producción más impactante. El valor en el mercado de los productos manufacturados, y no digamos de los tecnológicos y financieros, es mucho mayor que el de las materias primas. Todo esto es lo que José Manuel Naredo y Antonio Valero denominan "regla del notario"<sup>5</sup>. Es lo que permite que regiones como la Unión Europea puedan hablar de un leve desacoplamiento del crecimiento del PIB frente al consumo energético<sup>6</sup>.

Así, los países enriquecidos lo son porque se ocupan, desde hace siglos, de las fases finales de elaboración y de comercialización de los productos con alto valor añadido y bajo impacto ambiental. Mientras, los empobrecidos se encargan de las fases extractivas y de elaboración con escaso valor añadido, pero con altos impactos ambientales. De este modo, las importaciones de regiones centrales, como la Unión Europea, cada vez llevan acopladas una mochila ecológica mayor (véase el gráfico 1), generan una huella ecológica creciente (véase el gráfico 2) y suponen que aproximadamente un

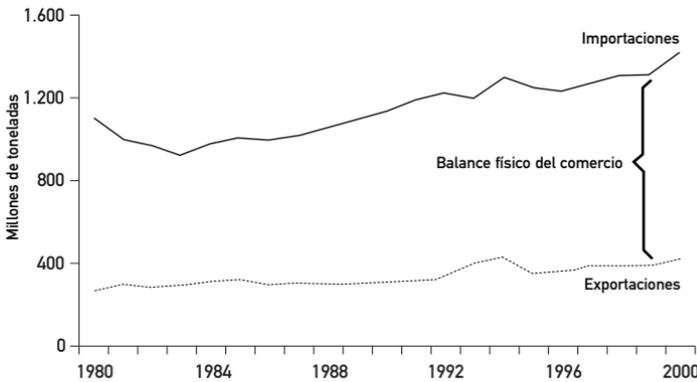
cuarto de las emisiones de gases de efecto invernadero de países como China sean para generar productos que se consumen en lugares como la Unión Europea o Estados Unidos<sup>7</sup>.

**GRÁFICO 1**  
**CRECIENTE MOCHILA ECOLÓGICA DE LAS IMPORTACIONES**



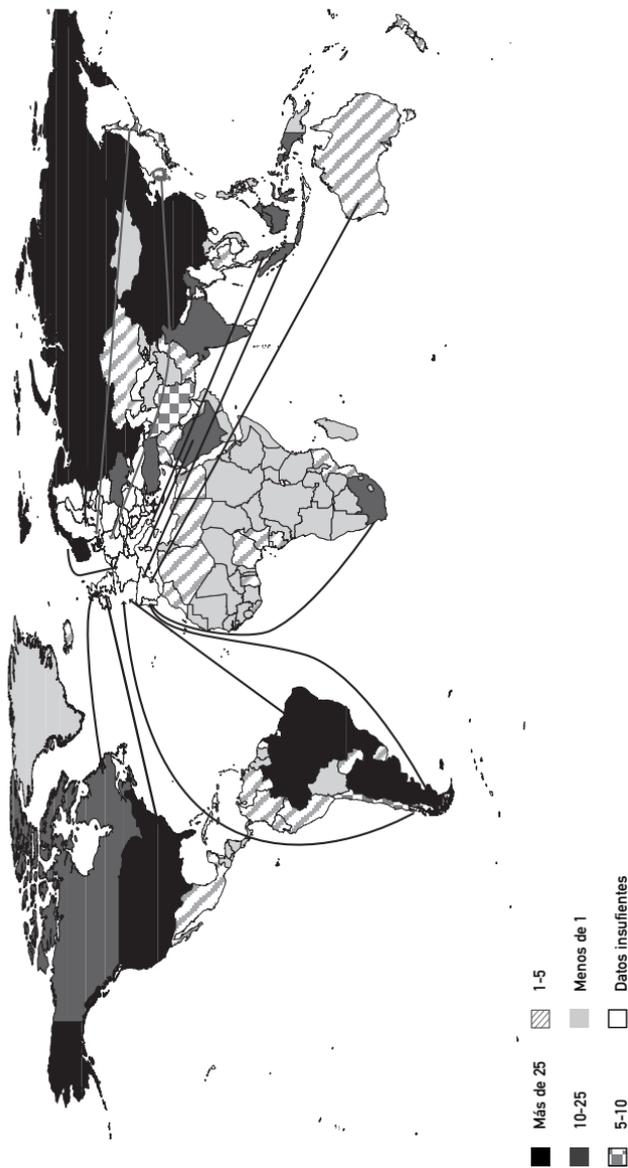
FUENTE: WOLFGANG SACHS Y TILMAN SANTARIUS (DIRS.). *UN FUTURO JUSTO*, ICARIA-INTERMÓN OXFAM, 2007.

**GRÁFICO 2**  
**BALANCE FÍSICO DEL COMERCIO DE LA UE-15 ENTRE 1980-2000**



FUENTE: STEPHAN MOLL, STEFAN BRINGEZU, HELMUT SCHÜTZ. *RESOURCE USE IN EUROPEAN COUNTRIES*, WUPPERTAL REPORT, 2005.

HUELLA DE IMPORTACIONES DE LA UE-27 PROVENIENTES DE LOS 20 SOCIOS COMERCIALES MÁS IMPORTANTES, 2005



FUENTE: HUELLA DE IMPORTACIONES TOTALES DE LA UE-27 = 827 MILLONES DE HA GLOBALES (5,4% DEL TAMAÑO DE LA HUELLA GLOBAL). EL 78% PROVIENE DE 20 PAÍSES (SEÑALADOS CON FLECHAS, + SUÍZA).

Otra forma de ver lo mismo es comparar la masa de las importaciones y las exportaciones de la Unión Europea de 15 miembros, que reflejan que la Unión es un claro importador neto, con 940 millones de toneladas de exceso en las importaciones en 1999, de las que el 85 por ciento venía de países periféricos<sup>8</sup>. A ello hay que añadir que cada vez se importa y exporta una mayor cantidad de materia, con un incremento constante de las importaciones: un 40 por ciento entre finales de la década de 1980 y el año 1998<sup>9</sup>. Esto indica claramente que la economía está cada vez más globalizada, con todos los impactos ambientales y el incremento de deuda ecológica que ello supone. Traído más cerca: el Estado español consume unas 85 toneladas de materia por persona y año. Si en 1955 se exportaba un millón de toneladas más de las que entraban, en 2000 llegaban 127 millones de toneladas más de las que salían<sup>10</sup>.

Por lo tanto, en la globalización capitalista las zonas periféricas están perdiendo, no sólo en el plano económico, sino también en el medioambiental. Todo ello hace que la situación de sus sociedades sea muy complicada.

## Y OTRA VISIÓN DESDE LA ECONOMÍA FINANCIERA

Sin embargo, hay que realizar una mención específica de los impactos ambientales y sociales asociados con la economía financiera, el principal campo de negocio de las sociedades sobredesarrolladas. De no hacerla, podríamos llevarnos a engaño al observar ciertos indicadores, como el comercio internacional que, desde el año 2000, ya no es favorable en términos económicos a los países centrales, sino a los periféricos<sup>11</sup>. Sólo comparando el valor de las transacciones comerciales con el de las financieras descubrimos dónde se está jugando la partida internacional: la diferencia está en más de cien veces.

Los nichos naturales de esta economía son la bolsa y los distintos tipos de paraísos fiscales, además de la "banca en la sombra" o las operaciones OTC<sup>12</sup>. En la bolsa hay dos tipos de mercados. Uno es el primario, donde se comercia con acciones ("trozos" de una empresa), deuda privada y pública (el dinero que piden prestado las

grandes empresas y los Estados para acometer sus inversiones y gastos), materias primas y alimentos (es allí donde se les pone el precio final, no en los lugares de producción) y, sobre todo, monedas (compraventa de distintas divisas). El segundo mercado es el secundario, dominado principalmente por los productos derivados. Éstos son futuros (comprar el derecho a adquirir algo dentro de  $x$  tiempo por  $y$  euros), opciones (comprar la posibilidad de adquirir algo por  $y$  euros en  $x$  tiempo) y complejísimos instrumentos financieros derivados del mercado primario. En el resto de "nichos" se especula con los mismos productos<sup>13</sup>.

Todos estos productos muestran una relación directa con la economía productiva y con la realidad político-monetary. Así, por ejemplo, la deuda pública tendrá que serlo con un interés tanto mayor cuanto menos "fiable" sea el país (¿quién tendrá un mayor tipo de interés de su deuda: Somalia o Francia?). Recordemos que la deuda pública se devuelve con los impuestos que paga la población y con otros ingresos. Otro ejemplo de cómo la economía real se ve afectada por la financiera es el valor de las monedas, que determina la capacidad de compra internacional de un país —la compra, por ejemplo, de petróleo— y su capacidad de devolución de deuda —que suele estar emitida en dólares o en euros—<sup>14</sup>. Y no debe olvidarse la enorme responsabilidad de la especulación financiera en el encarecimiento de los alimentos, lo que ha causado una crisis alimentaria global sin precedentes.

La traslación final de esto a la economía real significa que los países enriquecidos, los que controlan las divisas fuertes y los mercados financieros más potentes, tienen una inmensa capacidad de compra sobre el resto del mundo. Aunque la creación de dinero financiero es ficticia, el poder de compra en la economía productiva es muy real. Con esta capacidad de compra y con la presión para que las zonas empobrecidas consigan ingresos, se fuerza a que la explotación de las poblaciones y los recursos naturales de la Periferia no deje de crecer.

Una última consecuencia es que este entramado termina bombeando recursos financieros desde los espacios periféricos hacia los centrales. Esto hace palidecer el balance comercial positivo de la Periferia citado anteriormente: en 2007, Estados Unidos atraía el

50 por ciento de todos los flujos de capital importados a escala mundial, España, el 10 por ciento, y a continuación iban el Reino Unido e Italia<sup>15</sup>. Este dinero viene, en una importante parte, de Estados semiperiféricos como China, que acapara el 33 por ciento de las reservas de dólares mundiales.

## ¿QUÉ ALIMENTA ESTOS VÍNCULOS DE DOMINACIÓN?

Vivimos en un sistema, el capitalista, que funciona con una única premisa: maximizar el beneficio individual en el menor tiempo. Uno de sus corolarios inevitables, además de la explotación de la mano de obra, es que el consumo de recursos y la producción de residuos no pueden parar de crecer, formando una curva exponencial.

Veámoslo con un ejemplo. Partimos del Banco Central Europeo (BCE), que presta dinero a los bancos privados a un tipo de interés. Pongamos que el Banco de Santander toma unos millones de euros del BCE. Obviamente, no lo hace para guardarlos, sino para conseguir un beneficio con ello. Por ejemplo, se los presta, a un tipo de interés mayor —claro está—, a Sacyr Vallehermoso. ¿Para qué le pide la constructora el dinero al banco? Imaginemos que para comprar el 20 por ciento de Repsol-YPF. Sacyr espera recuperar su inversión en Repsol con creces, vía la revalorización de las acciones de la petrolera y/o el reparto de beneficios. Ambas cosas pasan por un incremento continuado de los beneficios de Repsol. En otras palabras, para que Sacyr rentabilice su inversión y le devuelva el préstamo al Santander y éste a su vez al BCE, Repsol no puede parar de crecer. Si no hay tal crecimiento, la espiral de créditos se derrumba y el sistema se viene abajo. El crecimiento no es una consecuencia posible de este sistema: es una condición indispensable para que funcione. Si la economía capitalista deja de crecer, se colapsa.

¿Y cómo crece Repsol? Ya lo sabemos: vendiendo más gasolina (a través de costosas campañas de publicidad); recortando los costes salariales (como tras la compra de YPF); extrayendo más petróleo, incluso de parques nacionales (como el Yasuní en Ecuador) o de reservas indígenas (como las guaraníes en Bolivia); bajando las

condiciones de seguridad (como en la refinería de Puertollano); subcontratando los servicios (como en el transporte de crudo); apoyando a dictaduras (como en Guinea)... Vamos, a costa de las poblaciones de las zonas periféricas y de la Naturaleza.

No es que haya una mente maquiavélica que diga: "Voy a ventilarme el planeta y sus habitantes" (aunque sí que existen quienes están por la labor). Es una simple cuestión de reglas de juego: o te atienes a maximizar tus beneficios o te quedas fuera. Quedarse fuera supone que tu empresa sea absorbida o pierda su mercado. Atenerse a las reglas significa que lo único que importa son las cuentas a final de año. Sólo bajo una fuerte presión social, ambiental o económica importan el entorno o las condiciones laborales<sup>16</sup>.

La economía financiera se articula sobre la productiva, que es sobre la que tiene que ejercer, en último término, su capacidad de compra. Es decir: los complicados derivados financieros al final se basan en derechos de compra sobre acciones, materias primas o deuda. Y ésta, a su vez, parte, como hemos visto con el ejemplo, del consumo creciente de materia y energía, una constante en la historia del capitalismo<sup>17</sup>. De este modo, entrar por la senda de unas relaciones Centro-Periferia que no se basen en la explotación del entorno y de las personas implica, entre otras cosas, romper con la adicción por el crecimiento o, lo que es lo mismo, armar un sistema económico radicalmente distinto del capitalista.

## CRECIMIENTO Y CALIDAD DE VIDA

Cuando la población vive en condiciones de miseria, incrementos en el consumo de recursos y energía se asocian directamente con el aumento de la calidad de vida. Esto está claro en varios indicadores, como el aumento de la esperanza de vida, del acceso a la educación o de la felicidad, y ello aunque añadamos todos los matices que sean necesarios a estos indicadores<sup>18</sup> y los tomemos como ejemplos de la tendencia, más que como indicadores universalizables tal cual<sup>19</sup>.

Sin embargo, a partir de un determinado umbral, esa correlación se pierde. Por ejemplo, incrementos continuados en el consumo de energía por encima de una tonelada equivalente de petróleo

por persona y año no van acompañados de incrementos significativos en indicadores como el Índice de Desarrollo Humano, la esperanza de vida, la mortalidad infantil o el índice de educación<sup>20</sup>; en algunos casos incluso se producen disminuciones. Una tonelada equivalente de petróleo es el consumo energético aproximado de Uruguay y Costa Rica, que tienen indicadores de calidad de vida similares a España, cuyo consumo en 2005 era de 3,58 toneladas.

Otros estudios apuntan a que la felicidad tampoco guarda una correlación con el crecimiento a partir de determinado límite. Así, aunque en Estados Unidos el poder adquisitivo se ha más que duplicado desde 1950, el número de personas que se autodefinen como muy felices ha permanecido aproximadamente constante. Un caso paradigmático, y probablemente extremo, es el de Irlanda. Entre 1994 y 2000 el PIB del país creció de forma constante y notable. Irlanda se convirtió en el denominado "dragón celta". Pero, en paralelo, se incrementó el número de horas dedicadas al empleo por persona, el porcentaje de personas que se declaraban insatisfechas con su vida aumentó, crecieron las diferencias sociales, aumentaron los suicidios masculinos y el consumo de alcohol y, para remate, también repuntó el paro<sup>21</sup>.

De este modo, romper las ataduras del crecimiento en las sociedades sobredesarrolladas —entendiendo como entiende este sistema el desarrollo, esto es, como sinónimo de crecimiento— no sólo permitiría romper el yugo al que se ven sometidas las sociedades empobrecidas, sino que no supondría una rebaja en la calidad de vida de los países centrales. Más bien todo lo contrario, como se apunta en otros capítulos de este libro. La propuesta ayuda a articular unas relaciones internacionales basadas en la justicia social y en paz con el planeta.

## DESDE LA EXPLOTACIÓN HACIA LA JUSTICIA AMBIENTAL Y SOCIAL

La clave estriba en cómo realizar ese tránsito hacia una sociedad ecotópica<sup>22</sup> basada en la justicia social. Indudablemente el proceso tiene un componente individual que pasa por desconectar al máximo nuestra vida de los mercados capitalistas. Un ejemplo notable

de lo que ello significa puede ser el de Colin Beavan, quien realizó el experimento de vivir con su familia, durante un año, en Manhattan sin causar ningún impacto ambiental<sup>23</sup>. Acciones de este tipo trascienden lo local para ayudar a reconstruir unas relaciones internacionales basadas en la justicia, porque, cuando la alimentación sale de los circuitos del agronegocio internacional, la energía escapa al control de las transnacionales o el transporte ya no alimenta a las petroleras, estamos contribuyendo a la desconexión de las relaciones de dominio del Centro sobre la Periferia.

Pero, indudablemente, esto no es suficiente. No podemos salir del todo del sistema capitalista. Ya no existen islas desiertas y, sobre todo, hemos llegado a un punto de inflexión en el que, o paramos la máquina de destrucción capitalista, o ésta acabará con amplias capas de las sociedades humanas y con muchos de los ecosistemas y recursos del planeta. Así, es imprescindible la articulación social para juntar las mayorías necesarias que permitan que esto se lleve a cabo. Otros capítulos de este libro presentan muchos ejemplos de cómo hacerlo. Aquí cabe reseñar los que conciernen específicamente a las relaciones Centro-Periferia.

La articulación debería romper los mecanismos que autores como David Llistar han llamado "anticooperación"<sup>24</sup>. El concepto incluye tanto los mecanismos de dominación controlados por el sector privado (los grupos de presión o las posiciones de control del mercado monopolistas) como los impulsados por los Estados (organismos como la Organización Mundial del Comercio o acciones como las intervenciones militares). En ambos casos se toma en consideración cómo contribuyen a la extensión de la cultura capitalista que permite el mantenimiento del sistema. La ruptura de estos mecanismos deberemos llevarla a cabo a través de redes de lucha compartida Centro-Periferia y fortaleciendo las redes que en la Periferia están rompiendo los vínculos de dominación.

Según Mónica Vargas, un ejemplo de cómo hacer esto fue la "guerra del agua" en Cochabamba, Bolivia, en 2000, desarrollada con el propósito de expulsar a la multinacional Bechtel. Los movimientos bolivianos consiguieron vencer gracias a las redes y a la capacidad de resistencia que articularon en el nivel local, y a la solidaridad que consiguieron movilizar a escala internacional. Otro

ejemplo es la reconfiguración cultural ejemplificada por conceptos como el de "buen vivir" (*sumak kawsay* o *suma q'amaña*), que, acuñado por diversas poblaciones indígenas andinas, se ha extendido a partir del Foro Social Mundial celebrado en Belém en 2009. Una propuesta que enraíza plenamente con las de decrecimiento que están en boga en la Unión Europea y que reconfigura el imaginario al distinguir claramente lo que significa vivir con pocos recursos materiales y lo que supone hacerlo de forma miserable. Un último caso sería la Red Birregional Enlazando Alternativas<sup>25</sup>, un espacio de encuentro entre movimientos sociales de la Unión Europea y de América Latina y Caribe que está fortaleciendo luchas contra el poder de las transnacionales europeas y contra las políticas colonizadoras que emanan de la Unión.

## ¿CÓMO SERÍAN ESAS NUEVAS RELACIONES?

Una buena forma de imaginar las nuevas relaciones sería aprender de cómo se relacionan los distintos ecosistemas en el planeta. Funcionan desde la autonomía en el consumo de energía y recursos, pero están conectados entre sí a través de distintos corredores biológicos que los convierten en interdependientes. Tienen un funcionamiento que se asemejaría al confederal, con federaciones autónomas en su toma de decisiones locales, pero que se coordinan y conectan para lo que atañe a lo común.

Es decir: las conexiones no lo serían para mantener el crecimiento capitalista en virtud del sometimiento, sino para afrontar las necesidades sociales en paz con el planeta.

## NOTAS

1. La elección de esta nomenclatura pretende reflejar un mundo cada vez más complejo en el que las potencias occidentales ya no son las únicas dominantes. Por ejemplo, según el Worldwatch Institute, en 2004 había más consumidores/as en la India y China juntos que en la Unión Europea. Aunque realmente deberíamos hablar de regiones semiperiféricas, que son dominadas por las centrales y a su vez ejercen relaciones de dominación con las periféricas.
2. D. Llistar, *Anticooperación* (Icaria y ODG, Barcelona, 2009).

3. S. J. Davis y K. Caldeira, *Balance de emisiones de GEI en importaciones y exportaciones* (PNAS, 9 de marzo de 2010).
4. La mochila ecológica refleja todos los costes ambientales del proceso productivo, incluyendo los de los materiales no utilizados y los residuos.
5. En palabras de los autores, "en la construcción de una casa el mayor consumo energético se lo llevan la remoción de tierras, los materiales de construcción, el cemento, el vidrio y el acero, que, sin embargo, tienen un reducido precio unitario. Por el contrario, cuando la operación finaliza en la mesa del notario, éste, el promotor, el registrador y el fisco consumen en su actividad muy poca energía y, sin embargo, reciben una buena fracción del precio final de la venta".
6. A. Valero, "Energía y desarrollo social", <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n32/aaval.html> (2004).
7. Davis y Caldeira, *op. cit.*
8. Y eso considerando que la mochila ecológica no refleja las diferentes capacidades contaminantes de los distintos productos (un gramo de mercurio contamina más que una tonelada de hierro). En todo caso, nos sirve para dar una idea de la dimensión física de la economía.
9. J. M. Naredo, "El metabolismo de la sociedad industrial y su incidencia planetaria", en J. M. Naredo y F. Parra (coords.), *Economía, ecología y sostenibilidad en la sociedad actual* (Siglo XXI, Madrid, 2000); S. Moll, S. Bringezu y H. Schütz, "Resource Use in European Countries", *Wuppertal Report* (2005); Ó. Carpintero, "El papel del comercio internacional y el mito de la desmaterialización de la economía", en Naredo y Parra (coords.), *op. cit.*
10. J. M. Naredo, *Raíces socioeconómicas del deterioro ecológico y social* (Siglo XXI, Madrid, 2006).
11. Llistar, *op. cit.*
12. Operaciones privadas sin ningún tipo de regulación ni control.
13. R. Fernández Durán, L. González Reyes y L. Rico, "Crisis Global", *El Ecologista* (nº 59, 2008).
14. *Ibidem.*
15. Ó. Carpintero, "El poder financiero de los grandes grupos empresariales", en F. Aguilera y J. M. Naredo (coords.), *Economía, poder y megaproyectos* (Fundación César Manrique, Tahiche, 2009).
16. L. González Reyes, "Decrecimiento: menos para vivir mejor", en VV AA, *Claves del ecologismo social* (Libros en Acción, Madrid, 2009).
17. R. Fernández Durán, *El crepúsculo de la era trágica del petróleo* (Virus, Barcelona, 2008).
18. R. Lago e I. Barcena, "A la búsqueda de alternativas", en I. Barcena, R. Lago y U. Villalba (coords.), *Energía y deuda ecológica* (Icaria, Barcelona, 2009).
19. El nivel de educación, por ejemplo, debería incluir factores básicos que señalen si aquello para lo que se educa es lo que necesitaría una sociedad sostenible o todo lo contrario, como ocurre en nuestro contexto actual, según desvela Ecologistas en Acción en *Educación y Ecología*.
20. Lago y Barcena, *op. cit.*
21. M. Max-Neef, "Economía transdisciplinaria para la sustentabilidad", [www.inakioe.net/volpa\\_vieja/documentos/max-neef.pdf](http://www.inakioe.net/volpa_vieja/documentos/max-neef.pdf) (2005).
22. J. Ibarrondo, *Retazos de la red* (Bassarai, Vitoria, 2005).
23. C. Beavan, *No impact man* (451 editores, Zaragoza, 2009).
24. Llistar, *op. cit.*
25. Véase [www.enlazandoalternativas.org](http://www.enlazandoalternativas.org)

## BIBLIOGRAFÍA GENERAL SOBRE DECRECIMIENTO

- ARIÈS, P. (2002), *Pour sauver la Terre: l'espèce humaine doit-elle disparaître?*, L'Harmattan, París.
- (2005), *Décroissance ou barbarie*, Golias, Villeurbanne.
- (2006), *No conso. Manifeste pour la grève générale de la consommation*, Golias, Villeurbanne.
- (2007), *Le mésusage. Essai sur l'hypercapitalisme*, Parangon/Vs, Lyon.
- (2010), *La simplicité volontaire contre le mythe de l'abondance*, La Découverte, París.
- BADIALE, M. y BONTEMPELLI, M. (2010), *Marx e la decrescita*, Abiblio, Trieste.
- BESSON-GIRARD, J.-C. (2005), *Decrescendo cantabile. Petit manuel pour une décroissance harmonique*, Parangon/Vs, Lyon.
- BOISVERT, D. (2005), *L'ABC de la simplicité volontaire*, Écosociété, Montreal.
- BONAIUTI, M. (dir.) (2003), *Obiettivo decrescita*, Missionaria Italiana, Bolonia.
- CACCIARI, P. (2006), *Pensare la decrescita. Sostenibilità ed equità*, Intra Moenia, Nápoles.
- (2010), *Decrecimiento o barbarie*, Icaria, Barcelona.
- CARPINTERO, Ó. (2006), *La bioeconomía de Georgescu-Roegen*, Montesinos, Barcelona.
- CHEYNET, V. (2008), *Le choc de la décroissance*, Seuil, París.
- (2009), *Objetivo: decrecimiento*, Leqtor, Barcelona.
- GARCÍA CAMARERO, J. (2009), *El crecimiento mata y genera crisis terminal*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- GEORGESCU-ROEGEN, N. (2007), *Ensayos bioeconómicos*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- GESUALDI, F. y CENTRO NUOVO MODELLO DI SVILUPPO (2005), *Sobrietà. Dallo spreco di pochi ai diritti per tutti*, Feltrinelli, Milán.
- GORZ, A. (2008), *Crítica de la razón productivista*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- GUIBERT, B. y LATOUCHE, S. (dirs.) (2006), *Antiproduktivisme, altermondialisme, décroissance*, Parangon/Vs, Lyon.
- HAMILTON, C. (2006), *El fetiche del crecimiento*, Laetoli, Pamplona.
- ILlich, I. (1975), *La convivencialidad*, Barral, Barcelona.
- JACQUARD, A. (1998), *L'équation du né-nuphar*, Calmann-Lévy, París.
- LAHILLE, P. (2009), *Vivre simplement pour vivre mieux*, Dangles, París.
- LATOUCHE, S. (2004), *Altri mondi, altre menti, altrimenti*, Rubbettino, Soveria Mannelli.
- (2005), *Décoloniser l'imaginaire*, Parangon/Vs, Lyon.
- (2005), *L'occidentalisation du monde*, La Découverte, París.
- (2007), *La otra África*, Asociación Cultural OZEBAP, Barcelona.
- (2007), *Sobrevivir al desarrollo*, Icaria, Barcelona.
- (2008), *La apuesta por el decrecimiento*, Icaria, Barcelona.
- (2009), *Decrecimiento y posdesarrollo*, El Viejo Topo, Barcelona.
- (2009), *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, Icaria, Barcelona.
- LINZ, M.; RIECHMANN, J. y SEMPÈRE, J. (2007), *Vivir (bien) con menos*, Icaria, Barcelona.
- MONGÉAU, S. (dir.) (2007), *Objecteurs de croissance*, Écosociété, Montreal.
- MYLONDO, B. (dir.) (2009), *La décroissance économique*, Croquant, Bellecombren-Bauges.

## BIBLIOGRAFÍA

- PALLANTE, M. (2007), *Discorso sulla decrescita*, Luca Sossella, Roma.
- (dir.) (2008), *Un programma politico per la decrescita*, Per la Decrescita Felice, Roma.
- (2009), *Decrescita e migrazioni*, Per la Decrescita Felice, Roma.
- PIGNATA, V. (2009), *L'insostenibile leggerezza dell' avere*, Missionaria Italiana, Bolonia.
- RIDOUX, N. (2009), *Menos es más. Introducción a la filosofía del decrecimiento*, Ediciones del Lince, Barcelona.
- SEMPERE, J. (2009), *Mejor con menos: necesidades, explosión consumista y crisis ecológica*, Critica, Barcelona.
- TERTRAIS, J.-P. (2006), *Du développement à la décroissance*, Libertiaires/Le Monde Libertiaire, Saint-Georges-d'Oléron.
- VV AA (2003), *Objectif décroissance. Vers une société harmonieuse*, Silence, Lyon.
- VV AA (2006), "Décroissance et politique", monográfico de *Entropia* (nº 1, otoño).
- VV AA (2008), "Decrecimiento sostenible", monográfico de *Ecología política* (nº 35).
- VV AA (2009), *El decreixement per salvar la Terra*, Una Sola Terra, Barcelona.